

MARIA RODÓ-ZÁRATE

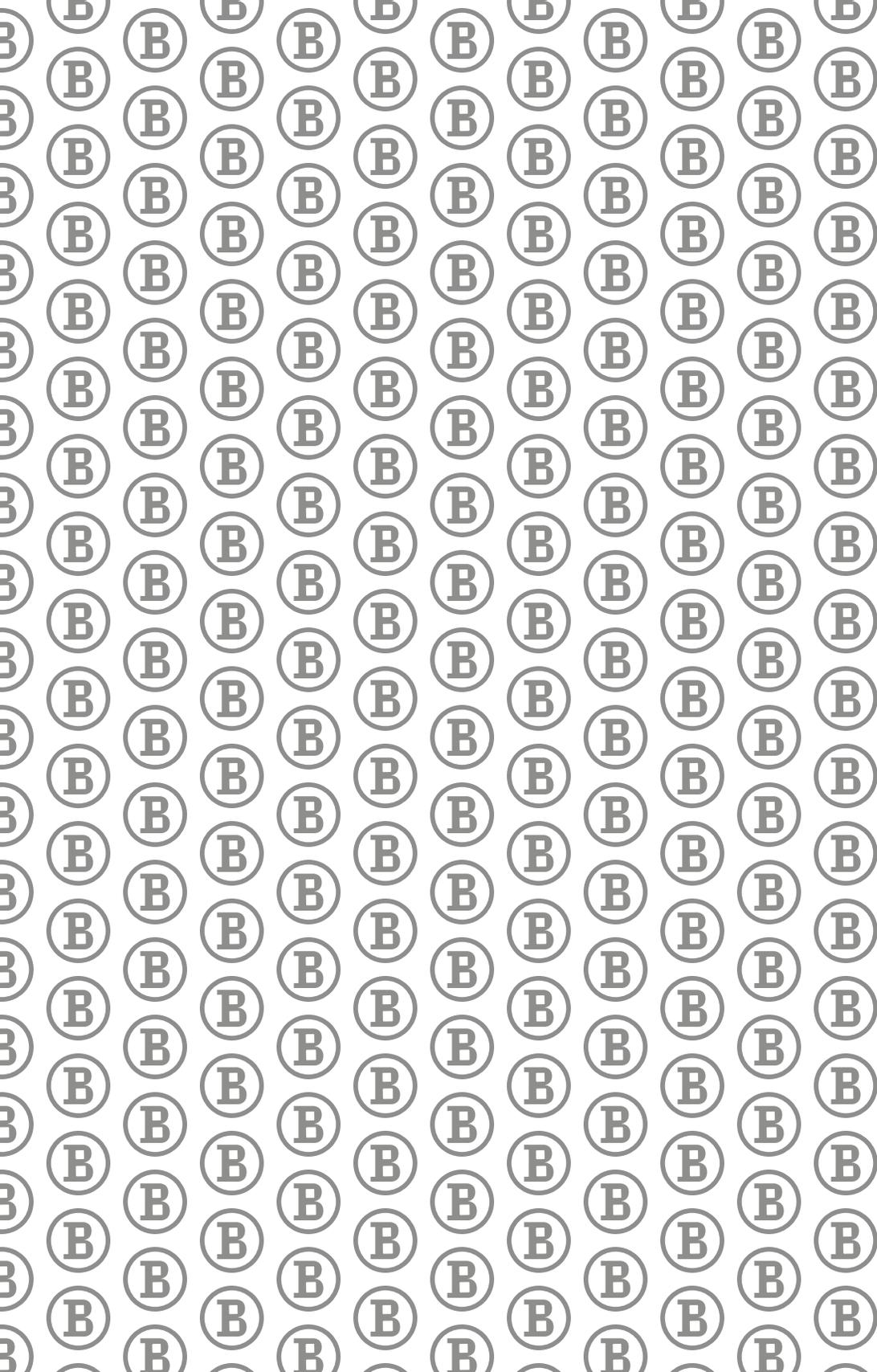
Interseccionalidad

Desigualdades, lugares y emociones

TRADUCCIÓN DE CRISTINA BARRIAL

PRÓLOGO DE PASTORA FILIGRANA GARCÍA





Interseccionalidad

Desigualdades, lugares y emociones

Consejo editorial

María Eugenia Aubet

Barbara Biglia

Elvira Burgos Díaz

Manuel Cruz Rodríguez

Manel Delgado

Josep M. Delgado Ribas

Mari Luz Esteban

Oscar Guasch Andreu

Antonio Izquierdo Escribano

Dolores Juliano

Raquel Osborne

R. Lucas Platero

Oriol Romaní Alfonso

Carmen Romero Bachiller

María Rosón Villena

Amelia Sáiz López

Verena Stolcke

Meri Torras Francés

Francisco Vázquez García

Olga Viñuales Sarasa

MARIA RODÓ-ZÁRATE

Interseccionalidad

Desigualdades, lugares y emociones

Diseño de la colección: Dani Rabaza (Munster Studio)

Diseño original: Joaquín Monclús

Ilustración de la cubierta: Mari Fouz

Título original: *Interseccionalitat. Desigualtats, llocs i emocions.*

Título: *Interseccionalidad. Desigualdades, lugares y emociones.*

Traducción de Cristina Barrial

Corrección de Manuel Azuaje

© Maria Rodó-Zárate

© Pastora Filigrana, del prólogo

© Edicions Bellaterra (Cultura21, SCCL), 2021

Edicions Bellaterra (Cultura21, SCCL)

C. Balmes, 25-27, bajos izquierda, 08242 Manresa

www.bellaterra.coop

Esta obra ha recibido una beca de apoyo a la creación literaria en lengua catalana del programa SOS Cultura de la Fundació Carulla y la Editorial Barcino



EDITORIAL BARCINO

FUNDACIÓ////**CARULLA**

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18684-16-6

ISBN libro electrónico: 978-84-18684-67-8

Déposito Legal: DL B 3704-2021

Impreso por Prodigitalk (Barcelona)

Índice

Prólogo · Pastora Filigrana García	9
Prefacio	13
Introducción	21
1. Metáforas, conceptos y aproximaciones sobre la interseccionalidad	31
Metáforas sobre la interseccionalidad: cruces, huevos y pasteles	33
El problema de la reificación de las categorías	38
El marco conceptual de las propiedades y la propuesta del cesto de manzanas	40
Desigualdades sociales: ¿de qué ejes prescindimos en un análisis interseccional?	45
Perspectivas y aproximaciones metodológicas sobre los ejes	54
La relación entre categorías: una aproximación pluralista y contextual	59
El lugar en las dinámicas interseccionales	63
Hacia unas geografías de la interseccionalidad	67
Aplicando la teoría: intersecciones en el hogar	74
2. La política interseccional: debates, emociones y heridas	81
Política identitaria, postestructuralismo e interseccionalidad	82
La trampa de la unidad: marxismo y jerarquización de luchas	89

Del problema de la fragmentación en los feminismos al feminismo interseccional	98
La dimensión emocional: politizar los malestares interseccionales	104
La herida interseccional: gestión de la diferencia, la opresión y el privilegio para no hacernos daño	114
Apuntes para una política interseccional	123
3. Orígenes, genealogías y hegemonías en la producción de conocimiento sobre la interseccionalidad	129
Kimberlé Crenshaw y la interseccionalidad	130
Ampliando la mirada sobre los orígenes	133
Sobre el feminismo Negro y la propiedad intelectual de la interseccionalidad	139
Por unas genealogías situadas contra el imperialismo cultural	143
Pensamiento y acción de tipo interseccional: movimientolésbico en Barcelona	153
4. Los <i>Relief Maps</i> como modelo metodológico, analítico y conceptual para la interseccionalidad	167
Los <i>Relief Maps</i> : definición y características	168
Trazando las líneas de la desigualdad con lápices de colores	174
Complementos y variaciones del modelo	180
Desarrollos digitales de la herramienta	184
El encaje de los <i>Relief Maps</i> en la interseccionalidad	189
Toma de conciencia, gestión emocional y cuestiones éticas en la investigación	196
La interseccionalidad en diez puntos	203
Bibliografía	207
Anexo. Tablas para la realización de los <i>Relief Maps</i> en papel	225

Prólogo

PASTORA FILIGRANA GARCÍA

¿Tú por qué lo has pasado peor por ser mujer, por ser gitana o por ser de clase trabajadora? Hace unos años mi vida política me interpeló insistentemente con esta pregunta y me llevó un tiempo encontrar una respuesta que me dejara en paz. Soy abogada laboralista y una sindicalista comprometida con los sectores más precarizados y feminizados, pero llevo toda una vida dedicando horas militantes a la lucha contra el antigitanismo. Se me exigía una respuesta en este debate. Entonces qué, ¿raza, clase o género? La respuesta pasó por complejizar la mirada. Por tomar conciencia de mi posición en el mundo y por afinar en los diagnósticos. El eje capital-trabajo ocupa un lugar central a la hora de accionar políticamente desde mi posición, pero era y es una evidencia de que las condiciones de mayor explotación recaían en las personas racializadas, migrantes y en su mayoría mujeres con las que me organizaba. El capitalismo pone diferentes precios a los cuerpos portadores de fuerza trabajo y por tanto a las vidas humanas en función del cuerpo y el territorio que se habita. El capitalismo, el patriarcado y el racismo se me presentaban como sistemas diferentes de opresión, pero estrechamente vinculados. Intuyo que la respuesta política organizada frente a este desigual reparto de vidas dignas pasará por una alianza entre quienes padecen estos diferentes dolores que crean la desigualdad.

La interseccionalidad como enfoque se convierte en una herramienta que puede ser útil para propiciar estas alianzas desde estos diferentes dolores en las luchas políticas. Al menos, es una herramienta que puede

servir para tomar conciencia de la mirada situada de cada uno, de cómo se ve el mundo dependiendo del cuerpo y el lugar que le ha tocado habitar. Y sobre todo puede servir para generar empatías con las opresiones de otras personas desde el dolor de la opresión propia, aunque no sean las mismas. Antes de la pandemia participé en varios foros en Cataluña para hablar de desobediencia civil y represión policial. En una de mis intervenciones pinché algunos videos sobre las identificaciones policiales por perfil racial a personas gitanas y migrantes. En frente tenía a personas catalanas blancas de clases sociales pudientes pero la empatía que generaba esos vídeos era inmediata, la represión policial del 1-Ö era reciente y las heridas estaban abiertas. Algunas señoras mayores se me acercaron la final de la charla y me dieron las gracias, ahora entendían claro lo que era la represión policial, que afectaba a mucha gente y deberíamos unirnos todas contra esto.

Maria Rodó-Zárate se propone en este libro como objetivo *romper trincheras*, abogar por hacer de la necesidad virtud y convertir la complejidad de la desigualdad social y la diversidad de las luchas en complementarias. Convertir lo aparentemente fragmentado en la potencia política necesaria para la transformación social. Este libro navega desde los aspectos más teóricos de la interseccionalidad, –los debates respecto a este enfoque y la genealogía y origen del concepto– hasta las cuestiones más prácticas y tangibles como es la dimensión emocional que origina la desigualdad en las luchas políticas concretas, donde la mirada interseccionalidad se presenta como una propuesta de superación de los males que está impidiendo mayores alianzas.

Confieso que tras la lectura de la introducción de este libro me supuso un esfuerzo hacer una lectura ordenada del mismo. Tuve que controlar mi impaciencia por llegar al segundo capítulo de este libro donde se aborda el concepto de la *herida interseccional*, entendida como la herida emocional causada por el hecho de ser identificada como opresora o privilegiada por un eje cuando se acumula dolor y sufrimiento por otro.

Mi aproximación a la interseccionalidad como enfoque y herramienta nace más de una inquietud práctica que teórica. Cómo conseguir que se consoliden alianzas políticas amplias sin que la diversidad en las desigualdades se convierta en un impedimento. Tengo compañeros varones en el sindicato que no entienden cómo activistas feministas cercanas pueden empatizar más con mujeres de la clase política que con ellos que son mozos de almacén subcontratados. Me organizo con colectivos de

mujeres mayoritariamente migrantes que no entienden que otros grupos feministas de mujeres autóctonas le exijan más nivel de politización en el discurso para confluir. Y quiero mucho a algunos activistas gitanos que no están de acuerdo en que le dedique más tiempo militante a un sindicato que a la causa gitana. Las heridas están abiertas. Sentarse a dialogar con una finalidad de sanación se hace urgente y la mirada interseccional puede ayudar.

Hace unos meses tuve un maravilloso encuentro en Donosti con parte del movimiento feminista vasco. Estaban abordando estas heridas abiertas con sinceridad. Las mujeres migradas a Euskalerría están interpellando al movimiento feminista vasco y señalan sus privilegios como feminismo hegemónico. Las feministas vascas no se han sentido ocupando ese lugar de hegemonía y su experiencia política como mujeres está atravesada por una historia de persecución cultural y política desde el Estado español. Sentarse a pensar colectivamente estos escollos, tomar conciencia de la posición y abrir el diálogo para buscar salidas que refuercen las alianzas es la receta para «romper trincheras» y sumar fuerzas en pos de la transformación social.

Este libro aborda los debates claves que han de superarse en los espacios donde se organiza la disidencia política y que están frenado que avancemos en el proyecto emancipatorio. Destaco en este prólogo el planteamiento del debate clase-identidad. Un abordaje del debate muy esclarecedor y que ayuda a desmontar el falso binomio clase-identidad. Que existan luchas políticas que se organizan desde determinadas identidades compartidas a partir de sufrimientos comunes no significa que estas luchas estén reducidas únicamente al reconocimiento de la propia identidad desvinculándola de las estructuras sociales y económicas. Tampoco significa que en su propuesta política no existe una impugnación del orden económico y social a escala global.

Recientemente he tenido que responder varias veces la pregunta ¿cuáles son las políticas públicas de restitución que necesita el pueblo gitano? Tras comentar algunas de las cuestiones materiales más necesarias de abordar en este momento para que las personas gitanas tuvieran acceso a los bienes básicos para una vida digna me apresuré a decir que esto no sería suficiente. Aunque mañana consiguiéramos vencer el antigitanismo imperante y todos los gitanos y gitanas accedieran a esta vida digna el problema no habría acabado. Mientras el modelo capitalista siga vigente y las bolsas de exclusión y pobreza estructural sigan siendo necesarias para el funcionamiento económico el

problema seguirá. Aunque los gitanos y gitanas no ocuparan los guetos serían otras y otras quienes lo ocuparía; alguien tendría que ocupar el lugar de la exclusión y subalternidad, quizás las personas migrantes. El movimiento gitano no quiere eso. Organizarse desde la identidad no tiene que conllevar una impugnación parcial de la desigualdad centrada únicamente en los padecimientos vinculados a la identidad.

Maria presenta en este libro las discusiones políticas que sitúan las luchas contra diferentes sistemas de dominación como contrapuestas. Desmonta discursos que enfrentan entre sí luchas políticas que deberían ser complementarias: «El feminismo rompe la unidad de la clase trabajadora», «las mujeres trans no son mujeres», «los catalanes son burgueses», «la juventud es incívica». Discusiones que desgastan energías militantes en muchos espacios, que agotan y retrasan las alianzas amplias que sea capaz de propulsar el cambio social.

La mirada interseccional se propone como un método de observación, el punto de partida de un diálogo, y un trampolín desde el que impulsar una acción política colectiva. Una forma de mirar las desigualdades y discriminaciones de una manera interrelacionada. El reto que tenemos por delante es organizar políticamente los malestares y la rabia que generan las desigualdades y discriminaciones. No todos los golpes son iguales o duelen igual, pero todos provienen de sistemas de opresión que se sostiene entre sí, capitalismo-racismo-colonialidad-patriarcado. No se trata de homogenizar discursos y prácticas políticas, se trata de converger para que el cotragolpe sea lo más certero posible. Se trata de impugnar todas las desigualdades desde todas las partes.

Pastora Filigrana García.

Prefacio

Mi interés por la interseccionalidad surge de mi participación en movimientos sociales, de mi investigación sobre temas vinculados a los estudios feministas y de mi experiencia personal. Cuando escuché por primera vez el concepto, allá por el 2010, comprendí con más claridad ciertos malestares, dudas y preocupaciones que tenía. Entender que todas estamos situadas en diferentes ejes de desigualdad como el género, la raza, la orientación sexual o la clase social, y que estos configuran de forma diferenciada nuestra experiencia de discriminación, me permitió pensar sobre mí misma y sobre lo que me rodeaba desde una perspectiva más compleja y al mismo tiempo, también más clara.

En relación con los movimientos sociales, mi participación en espacios mixtos, tanto estudiantiles como juveniles y de la izquierda independentista había sido un gran aprendizaje, de crecimiento personal y de toma de conciencia en muchos sentidos. Pero mi experiencia como mujer en estos espacios, y también por el hecho de defender posturas feministas de forma explícita, había sido fuente de importantes malestares. Por este motivo comencé a participar en espacios feministas no mixtos con compañeras provenientes de orígenes, trayectorias políticas e ideológicas muy diversas. Estos espacios transformaron mi manera de entender el activismo, mis relaciones y también a mí misma. Espacios donde me sentía muy cómoda por mi género y mi orientación sexual, pero también espacios donde la falta de consideración por los derechos lingüísticos y por las cuestiones nacionales, por ejemplo, fueron una importante fuente de

malestar. Como explicábamos en *Tierra de nadie. Perspectivas feministas sobre la independencia* (Gatamaula, 2018), el hecho de participar simultáneamente en diferentes espacios políticos y ver y vivir las contradicciones nos había causado diversas heridas, pero también había sido una fuente de múltiples reflexiones y un motor para la acción. Compartir estas experiencias, malestares y bienestar con compañeras fue lo que les dio una dimensión política y estructural a todas estas cuestiones. Y la interseccionalidad nos daba herramientas para comprender qué (nos) pasaba.

Paralelamente, comencé un doctorado en el Departamento de Geografía de la Universitat Autònoma de Barcelona. Venía de hacer un máster sobre estudios de género y mi motivación principal era investigar sobre cuestiones feministas, pero tenía un especial interés por la perspectiva interseccional y, en concreto, por cuestiones relacionadas con la juventud, las sexualidades no normativas y la experiencia en el espacio público. Comencé a hacer trabajo de campo en Manresa (Barcelona) entrevistando a chicas jóvenes sobre su experiencia en la ciudad. Un tema que siempre aparecía, y de manera muy intensa, era el miedo a sufrir una agresión sexual en el espacio público. Parecía que ya tenía el tema de investigación definido cuando entrevisté a Laila¹, y al preguntarle por el miedo en la calle, me contestó: «Nunca he probado si tengo miedo, mi marido no me deja salir de casa por la noche».

Me di cuenta de que todas las chicas a las que había entrevistado constituían un grupo muy homogéneo en torno a la etnicidad, el origen, la clase social, la orientación sexual y la situación familiar. Seguramente el miedo que sentían no estaba configurado solo por su posición de género y edad, que compartían con Laila, sino también por otros factores. Claramente, para comprender la situación que sufría Laila me hacían falta otras aproximaciones que no estaba teniendo en cuenta. ¿Qué sesgos estaba trasladando esto a mi investigación? En las siguientes entrevistas intenté encontrar participantes con otras posiciones, y al hablar con algunas chicas lesbianas, me di cuenta de que el sesgo también estaba presente en relación con la orientación sexual. Las lesbianas relataban grandes limitaciones de acceso al espacio público a causa de su orientación sexual: el hecho de que sus familias no lo pudiesen saber por la represión que sufrían en casa, o que pensaban que podían llegar a sufrir, implicaba que no podían tampoco ir de la mano o mostrarse cariño por

1 Con el objetivo de preservar el anonimato, todos los nombres referentes a participantes en investigaciones son pseudónimos.

la calle. Para ellas, el «tema» no era (solo) tener miedo a una agresión sexual por ser chicas, sino la homofobia que sufrían de manera muy intensa como lesbianas. Así, la interseccionalidad fue dejando de ser una perspectiva más a aplicar para convertirse en el tema central de la tesis.

Otra de las cuestiones centrales que fue apareciendo en la investigación era la diferencia entre lugares. Las experiencias eran diferentes según si me hablaban de cómo se sentían en la calle, en el instituto, en su casa, en el pabellón jugando a fútbol, en el bar de la Plaza Mayor, en Barcelona cuando salían de fiesta o en Colombia cuando iban a visitar a la familia. Un artículo de la geógrafa feminista Gill Valentine (2007) fue clave para comprender la situación con la que me estaba encontrando. La autora mostraba, con diferentes ejemplos, cómo el lugar era central para comprender las dinámicas interseccionales, evidenciando que las posiciones de género, edad u orientación sexual se configuraban y tenían efectos diferentes según los lugares en los que transcurría la vida cotidiana. Y así, el lugar, la ciudad, también fue dejando de ser el espacio donde las cosas *pasaban* para convertirse en un elemento clave en la investigación.

En medio de estas reflexiones, realicé una estancia en la City University of New York (CUNY), en Nueva York (Estados Unidos) desde septiembre de 2011 hasta febrero de 2012, con una beca de movilidad. Con parte del trabajo de campo ya terminado y con más preguntas que respuestas, comencé a buscar textos sobre interseccionalidad y a introducirme en las teorías y propuestas políticas de las feministas Negras² que habían desarrollado el concepto. Además, eran libros muy difíciles de encontrar en Barcelona y el contexto de estar ahí suponía una gran oportunidad. La estancia coincidió con el movimiento Occupy Wall Street, donde tuve la suerte de poder escuchar a Angela Davis pronunciando un discurso sobre las movilizaciones y la necesidad de las luchas articuladas³. En Nueva York se vivía un ambiente de revolución, al menos en los lugares por los que me movía. O eso parecía. En las asambleas se comparaba el movimiento de Occupy Wall Street con el Mayo del

- 2 Escribo Negro en mayúscula siguiendo la tradición del propio movimiento, que con este gesto mostraba una reapropiación de un término utilizado de manera peyorativa.
- 3 Habló de pie, subida encima de un banco de Washington Square, mirando sus notas en el móvil y con un abrigo abierto que el viento hacía que pareciera una capa y que ella pareciera una superheroína. El contexto en general, y aquella charla en concreto, contribuyeron a que me centrara de forma principal en el estudio del feminismo Negro. Un feminismo con una gran potencia discursiva y prácticamente desconocido, exceptuando algunas referencias concretas, en los círculos feministas donde yo me movía en Barcelona en aquella época.

68, pero después, en las calles, las manifestaciones iban por la acera, siguiendo las normas de circulación y sin pararse. La sensación de euforia se contagiaba, pero yo venía de la Universitat Autònoma de Barcelona y de las movilizaciones contra el Plan Bolonia, con huelgas, ocupaciones de facultades, manifestaciones multitudinarias... y una fuerte represión. Y nada había cambiado –excepto nosotras.

Las comparaciones entre movilizaciones me hicieron darme cuenta de lo que significaba la hegemonía cultural. Parecía que una manifestación en Nueva York por la acera podía suponer un cambio mundial, mientras las movilizaciones en Barcelona (o en El Cairo, o en Madrid) eran insignificantes o meras réplicas. Me pareció evidente que, a pesar del carácter rupturista, crítico y de izquierdas del movimiento, Nueva York seguía siendo el centro. Y mi posición era contradictoria. La condición de estudiante con un visado temporal, a pesar de la posición privilegiada que tenía por el hecho de ir con una beca y con seguro médico, me limitaba a la hora de participar en ciertos espacios por el riesgo a una identificación, por el miedo que me generaba no conocer los procedimientos y por una posible extradición.

En mi caso, el dominio del inglés también me situaba en una posición de inferioridad. El inglés que se usaba mayoritariamente en las conferencias y encuentros lo entendía, pero la inseguridad con la lengua me limitaba e imposibilitaba que participara demasiado a menudo. En una ocasión, en un seminario sobre jóvenes LGTB racializadas y sus experiencias con la policía, me sorprendió la enorme voluntad para promover la participación inclusiva. Había sido impulsado por un centro de investigación que trabaja conjuntamente con las comunidades y donaban billetes de metro a las jóvenes participantes para que pudiesen ir al seminario. En los debates semanales utilizaban unas dinámicas muy inclusivas, como por ejemplo pedir que primero hablasen las jóvenes y las estudiantes, y que solo cuando ya no había nadie de estos grupos que quisiese participar, lo hiciese el profesorado. Se tenía en cuenta que hablasen las mujeres y que hubiese diversidad en cada comisión o acto. Este tipo de medidas, junto con las complicidades que establecí con feministas, con personas con orientaciones sexuales e identidades de género no normativas y estudiantes migradas, fueron un importante factor de bienestar. Sin embargo, el tema de la lengua no se consideraba como un elemento que dificultase la participación. Parecía que el inglés –un cierto tipo de inglés, coloquial y espontáneo, que no aparecía en los libros con los que yo había estudiado– era una cosa innata, dada por descontado.

La lengua era un eje estructurador de mi experiencia porque me silenciaba, me situaba como inferior, como si no supiese hablar. Como si, de hecho, yo no tuviese ninguna lengua con la cual pudiese expresarme correctamente. Y también lo era venir del sur de Europa, ya que se relacionaba con algún lugar donde hay sol, playas y vino, pero no donde se produce conocimiento. A esto también se le sumó el hecho de ser *demasiado* morena, con rasgos que en aquel contexto me asociaban –para mi sorpresa– tanto con latinas como con árabes. Ser mujer, joven y estudiante tampoco ayudaba. Así, de repente, mis lenguas eran una no-lengua, y mis facciones y mi origen, un exotismo.

Estas cuestiones estaban prácticamente ausentes en mi experiencia en Barcelona, donde yo era una chica blanca, catalana, autóctona y con un buen nivel de inglés. Estos rasgos nunca habían sido motivo de discriminación, como en cambio sí que lo eran cuestiones relacionadas con mi género, edad u orientación sexual. La cuestión de la lengua sí que había sido una importante fuente de malestares, pero por la minorización del catalán. En cambio, nunca había sentido la exclusión que implica no dominar perfectamente la lengua propia de un territorio donde tienes que vivir y, en particular, trabajar. Pero en este contexto, todas estas cuestiones se convirtieron en aspectos esenciales en mi cotidianidad, ejes sobre los cuales giraba mi vida allí, y también mis posibilidades y limitaciones. Así, la movilidad y el lugar aparecían como factores clave para la configuración de mis experiencias interseccionales, y como factor clave también para mi participación política.

Fue en este contexto y mediante la lectura de autoras como bell hooks, Audre Lorde o Patricia Hill Collins, con el ambiente de movilizaciones y como estudiante temporal en los Estados Unidos que vi y viví lo que significaba la interseccionalidad. Tanto el trabajo empírico realizado los meses antes como la experiencia que estaba teniendo iban hacia un mismo lugar: la experiencia de opresión y de privilegio no se podía analizar desde un solo marco explicativo, ya que las posiciones creaban situaciones contradictorias y además variaban según el contexto. Como en los textos originales del feminismo Negro, el pensamiento interseccional aparecía desde la propia experiencia. La experiencia, otra vez, mostrando que con el análisis de un solo eje no podemos comprender ni el mundo ni a nosotras mismas. Sin ninguna intención de poner al mismo nivel mi situación y la de las mujeres negras de los años ochenta y noventa, ya que la mía era una situación temporal y en muchos sentidos privilegiada, sí que hay un punto en

común: el desencaje. Un desencaje entre mis posiciones, el contexto donde estaba y también las herramientas para entenderlo. Una experiencia que se convertía en un punto de partida, situado y concreto; un desencaje interseccional productivo que me empujó hacia la reflexión y la toma de conciencia. Y un desencaje que también fue el que me empujó a elaborar el modelo de los *Relief Maps* como forma de concebir y estudiar las dinámicas interseccionales desde una perspectiva geográfica y emocional.

Un año más tarde, en el 2013, durante una estancia de cinco meses en la Universidad Estadual de Punta Grossa (Brasil), mi experiencia en relación con estos cinco ejes fue del todo diferente. En Brasil yo era una «professora européia». A pesar de tener veintipocos años, ser estudiante y venir del sur de Europa, se me atribuía una autoridad en relación con el conocimiento que sentía del todo dissociada de mi posición. Una experiencia del todo opuesta a la que viví en Estados Unidos y que me proporcionó nuevas herramientas para comprender y conceptualizar mi experiencia, mi práctica política y el funcionamiento de las hegemonías epistémicas a nivel global. Me di cuenta de mi propio menosprecio hacia la riquísima producción de conocimiento latinoamericano sobre cuestiones relacionadas con el género, la raza, las sexualidades, el colonialismo, la indigeneidad o la relación entre todas estas cuestiones. Un menosprecio que yo había sentido en los Estados Unidos pero que, claramente, reproducía hacia otras regiones. Otra vez, el lugar, y en concreto el desplazamiento, contribuía a una configuración específica de las relaciones de poder y mostraba cómo las posiciones se transforman y provocan efectos diferenciados según los contextos. Y cómo, según el lugar de la producción de conocimiento, los conocimientos son más o menos valorados.

Esta historia no es la que acostumbro a contar para introducir el concepto de interseccionalidad, pero es la que me llevó a conocerlo, profundizar en él y aplicarlo, tanto para comprender las dinámicas de desigualdad como mi propia experiencia. Creo que contarla puede ayudar a entender las motivaciones de este libro y mi posicionalidad. Unas motivaciones que vienen tanto del ámbito de la investigación como de la participación política y la experiencia personal, y donde la cuestión del lugar ha tenido un papel fundamental como elemento que permite alejarse de esencialismos, hacer visible el dinamismo de las relaciones de poder y también poner de relieve la necesidad de una perspectiva situada en la producción de conocimiento.

Agradecimientos

La realización de este libro es fruto de reflexiones, investigaciones y experiencias que tuvieron lugar durante casi diez años. Agradecer a todo el mundo que de alguna manera ha contribuido en este proceso es una tarea complicada, pero no por eso querría dejar de intentarlo. En primer lugar, quiero agradecer a todas las compañeras feministas con las que he podido politizar malestares, debatir sobre cuestiones complejas y generar espacios y acciones para el cambio. La participación en diferentes espacios políticos me ha hecho ampliar la mirada y me ha aportado aprendizajes muy valiosos que han sido fundamentales para escribir este texto. Siempre he sentido que el activismo me aportaba una profundidad teórica y política que me permitía leer con una mirada más crítica los textos académicos, y este también es el ejercicio que he intentado hacer aquí. Un ejercicio que no habría sido posible sin el apoyo del grupo de investigación en Geografía y Género de la UAB y de las personas con las que me he ido encontrando en las diferentes estancias de investigación. Fueron especialmente relevantes los comentarios, sugerencias y empuje que me dieron personas como Jack Giesecking, Michelle Fine, Caitlin Cahill o Cindi Katz de la CUNY, que contribuyeron a que los *Relief Maps* y la conceptualización que hay detrás pasasen de ser una idea vaga a una propuesta concreta y estructurada. También quiero agradecer la acogida del grupo GETE de la UEPG, y especialmente a Joseli Maria Silva, la aportación de nuevas perspectivas, la amistad y el apoyo durante todos estos años. Todas las charlas, conferencias, seminarios y talleres donde he participado explicando algunas de las propuestas que aquí presento han sido también espacios esenciales que me han hecho cambiar, matizar o consolidar muchas de mis ideas. Muchas gracias a todas las que, participando en estos espacios, desde charlas en centros sociales hasta en congresos internacionales, me habéis hecho repensar conceptos. Y especialmente a algunas de las autoras sobre interseccionalidad, como Gill Valentine, Nira Yuval-Davis, Peter Hopkins, Anna Carastathis o Ann Garry, que en seminarios, congresos o comentarios de artículos me han permitido avanzar en las diferentes propuestas. Finalmente, y concretamente por la elaboración del libro, quiero agradecer las sugerencias, las lecturas y las aportaciones hechas en diversas versiones de este texto a Mireia Baylina, Gerard Coll-Planas, Nerea Eizagirre, Mireria Foradada, Jule Goikoetxea, Marta Jorba, Montse Otero, Lucas Platero y Joseli Maria Silva. Especialmente, también a

Marc Garcés de Tigre de Paper y Edicions Bellaterra, por animarme a escribir, por la confianza y por las sugerencias. Para acabar, quiero mostrar mi más profundo agradecimiento a Marta, por el acompañamiento personal e intelectual en todo el proceso. Por las horas compartidas en debates, por las revisiones de los capítulos y por las que no han tenido nada que ver con este libro. También a las abuelas y abuelos por sostener la vida cuidando a las *peques* durante muchos ratos en los que yo escribía. Y a las *peques*, porque no dejándome escribir, me han hecho pensar más.

Introducción

La palabra *interseccionalidad* es ya de entrada difícil de pronunciar. De hecho, es una palabra que ni siquiera existe en el diccionario en castellano y genera confusión y extrañeza para quien escucha el concepto por primera vez. Sin embargo, en los últimos años la interseccionalidad ha sido un concepto que ha entrado con mucha fuerza en los debates políticos sobre la relación entre ejes de desigualdad, en la academia como perspectiva relevante en la investigación, y en las instituciones públicas como concepto para guiar la acción sobre las discriminaciones y la desigualdad. Pero ¿qué es la interseccionalidad?

El desarrollo del concepto se vincula con el feminismo Negro norteamericano y con la voluntad de comprender la situación de discriminación y desigualdad estructurales que sufrían las mujeres negras desde una perspectiva feminista y antirracista. El punto clave era mostrar cómo los ejes género y raza⁴, por separado, no podían explicar su situación de desigualdad, sino que hacía falta ver cómo interrelacionaban y

4 Utilizo el concepto *raza* porque es como se traduce *race* del inglés, el término utilizado por las autoras que desarrollaron el concepto interseccionalidad (ver Crenshaw, 1989). En nuestro contexto se suele utilizar el concepto de etnicidad porque se considera que raza hace referencia a las diferencias biológicas y no a su construcción social. Sin embargo, autores como Haider (2020: 23), que utilizan el término raza, muestran cómo «el racismo es real como relación social, y produce una ideología de raza, de diferencia biológica y de civilización, que es falsa, pero que hace referencia a relaciones reales que tienen efectos reales, al mismo tiempo que reproduce las relaciones sociales del racismo».

configuraban una experiencia de opresión concreta. Actualmente, el término se ha expandido y se utiliza para mostrar cómo diferentes ejes de desigualdad como el género, la raza, la clase social, la orientación sexual, la diversidad funcional o la edad están relacionados entre ellos y cómo configuran formas concretas de discriminación y desigualdad.

Las referencias al origen del concepto acostumbran a incluir dos artículos de Kimberlé Crenshaw (1989; 1991) que se identifican como los primeros textos donde este aparece como tal. También se suele hacer referencia a la declaración de 1977 del Combahee River Collective, un colectivo político que desarrolló una mirada interseccional desde una perspectiva situada y orientada a la acción política. Aunque son referencias imprescindibles para comprender la tradición interseccional, ninguno de estos textos tenía la voluntad de presentar una teoría desarrollada sobre la interseccionalidad. De hecho, sus propuestas se enmarcaban en una tradición mucho más amplia dentro del feminismo Negro, donde se había ido desarrollando esta mirada sobre las desigualdades sociales desde hacía décadas. En este sentido, la interseccionalidad no es una teoría coherente desarrollada en un único texto fundacional, sino una tradición muy rica y compleja que se construye sobre determinadas propuestas políticas y conceptuales sobre cómo entender las desigualdades sociales y la discriminación.

Esta falta de referencias concretas no debe considerarse un problema, sino una oportunidad para alejarse de dogmatismos. De hecho, en los feminismos en general hay libros y referentes claros para ciertos tipos de feminismo, pero no hay una obra o una autora a la cual nos refiramos como punto de partida de consenso, sino una multiplicidad de voces, surgidas en momentos históricos concretos, que se articulan para dar un cuerpo teórico a los feminismos. No hay un punto fijo al que sujetarse con fuerza, sino centenares de puntos diferentes entre los cuales se pueden crear nuevas conexiones. No hay un *El capital* de Marx (2010 [1867]) al que —a pesar de todas las interpretaciones que se puedan hacer de su obra— podamos acudir para ver si un análisis encaja en los presupuestos del marxismo o no. Hay una multiplicidad de referentes, a veces contradictorios, que dan herramientas para comprender determinadas cuestiones. Creo que este es uno de los tesoros del feminismo, una vacuna contra la idealización de ciertas autoras y contra el aferramiento dogmático a sus postulados, y entiendo la interseccionalidad en este mismo sentido: no como una teoría rígida e inmutable escrita hace cuarenta años, sino como una caja de herramientas para comprender las desigualdades

sociales y las discriminaciones de manera compleja. Una caja a la que se van incorporando nuevas herramientas, que se va transformando y se va llenando de nuevos referentes, de nuevas propuestas, en constante transformación y debate.

En los últimos años, muchas autoras han profundizado en aspectos concretos de la interseccionalidad, tanto desde perspectivas teóricas como aplicándola a cuestiones específicas. Actualmente la interseccionalidad es un campo de estudio en sí mismo (Cho, Crenshaw y McCall, 2013), creciente y con una multiplicidad de desarrollos, aplicaciones y propuestas. Pero es un campo de estudio donde la mayor parte de lo que se produce está en inglés, escrito en un lenguaje muy técnico y publicado en revistas académicas de difícil acceso que suelen ser de pago. Esta inaccesibilidad, junto con la ausencia de una referencia concreta donde se describa qué es la interseccionalidad, provoca confusión sobre la definición y alcance del concepto e impide que la gran riqueza de los debates sobre interseccionalidad se pueda aplicar en las discusiones sobre la relación entre ejes de desigualdad.

Con este libro pretendo, en primer lugar, hacer más accesibles los debates sobre la interseccionalidad en nuestro contexto. Hay un trabajo pedagógico y de traducción, no solo lingüística, sino también cultural, que vincula los debates que se dan mayoritariamente en el contexto norteamericano con los debates que se están dando en el contexto catalán o español. En este sentido, pretendo también ordenar, con mi propio criterio, los debates que se dan en esta multiplicidad de textos que conforman un cuerpo diverso —y muchas veces contradictorio— sobre el que se construye el concepto. Intento explicar cuáles son las discusiones, según diferentes temas y en base a las autoras de referencia⁵, mostrando las diferentes posturas de forma contextualizada. No se presentan como debates cerrados y seguramente hay muchas cuestiones que no se abordan. En este sentido, no pretende ser en ningún caso una explicación exhaustiva ni definitiva, sino una aproximación a las diferentes discusiones. Relacionado con eso, hay también una voluntad de

5 Me baso en los debates que se han dado en el mundo académico y que por tanto tienen un claro sesgo anglocéntrico. Abordo esta cuestión de forma crítica en diversas partes del libro, analizando cómo estas dinámicas, de las que yo tampoco me escapo, contribuyen a reproducir ciertas hegemonías y relaciones de poder en la producción de conocimiento. Aun así, creo que es importante hacerse eco de estos debates, aunque sea asumiendo el riesgo de amplificar ciertos discursos angloamericanos y no otros producidos en otros territorios.

mostrar la complejidad, la radicalidad y la profundidad del concepto. Ante intentos de cooptación, de un uso simplista de la interseccionalidad como sinónimo de diversidad o de críticas poco fundamentadas, pretendo mostrar qué hay detrás de la palabra y también los desarrollos que se han realizado sobre el concepto, tanto los que se encuentran en su origen como los que se encuentran presentes en las discusiones más actuales sobre su propia conceptualización, uso y aplicación.

Un segundo objetivo es el de presentar una propuesta propia sobre cómo entender las dinámicas interseccionales, basada en una incorporación de la perspectiva geográfica como forma de comprender la interseccionalidad de manera situada, compleja y dinámica y aportando la dimensión emocional sobre las desigualdades sociales, una dimensión central para comprender cómo se materializan en la vida cotidiana y dar herramientas para gestionar la diferencia en diferentes entornos. Estas perspectivas impregnan cada uno de los capítulos, donde a parte de mostrar los debates actuales sobre interseccionalidad, también apporto mi propia mirada y propuesta teórica y política. La propuesta concreta es la de desarrollar *una perspectiva situada sobre la interseccionalidad*. Una aproximación a la interseccionalidad que pretende mostrar las geografías tanto de los orígenes y de las genealogías de la interseccionalidad como de las dinámicas interseccionales de la desigualdad. Así, por un lado, la interseccionalidad situada evidencia que la conceptualización por parte de las feministas Negras norteamericanas es también concreta y situada, permitiendo tanto el reconocimiento de los orígenes de la interseccionalidad y su fuerte componente antirracista como un cuestionamiento de las hegemonías y las desigualdades de la autoridad epistémica en la producción de conocimiento a nivel global. Por otro lado, la interseccionalidad situada incorpora la dimensión geográfica de la interseccionalidad, situando el lugar no como el espacio donde simplemente *pasan* las relaciones interseccionales, sino como parte constitutiva de ellas. Una propuesta que permite concebir las categorías y sus interrelaciones como dinámicas y definidas contextualmente, al mismo tiempo que permite estudiar y actuar sobre situaciones concretas de desigualdad, huyendo de dogmatismos.

Mi perspectiva es situada y parcial. Por tanto, lo que explico está condicionado por mis posiciones y por el contexto en el que me muevo. Podría haber muchas otras maneras de abordar estos debates desde posturas diversas y motivaciones diferentes. La mía consiste en proporcionar herramientas para tratar la relación entre ejes de desigualdad

evitando exclusiones, abordándolos en su complejidad y procurando que se visibilicen diferentes tipos de discriminaciones. En este sentido, pretendo más bien crear vínculos y no tanto confrontar la interseccionalidad con otras propuestas, y esta motivación acompaña tanto la teoría como la práctica. En la teoría, pretendo dotar de un utillaje conceptual para comprender la relación entre ejes de desigualdad que puedan servir para la reflexión y para la aplicación de marcos interseccionales en la investigación en temas sociales. Y en la práctica, intento proporcionar herramientas para que la interseccionalidad pueda ser útil para afrontar los retos políticos actuales: desde las discusiones sobre las exclusiones dentro de los feminismos a la relación entre la lucha de clases y otros ejes de desigualdad, la crítica antirracista en los movimientos feministas y de izquierdas, el surgimiento de nuevos sujetos políticos o el encaje de los movimientos independentistas en las luchas por la transformación social.

Pero la interseccionalidad por sí sola no puede explicarlo todo. Pone el énfasis en la interrelación entre sistemas de dominación y en cómo esta interrelación se configura de forma concreta y desigual en la vida cotidiana de las personas, pero harán falta herramientas conceptuales específicas para comprender el funcionamiento concreto del patriarcado, el capitalismo o el capacitismo. La interseccionalidad tampoco da soluciones mágicas ni plantea una propuesta concreta de acción política. Es un concepto útil para analizar la complejidad social más que una propuesta alternativa a esta. Sin embargo, creo que proporciona elementos fundamentales para afrontar los debates políticos sin hacernos tanto daño por el camino. Amaia Pérez Orozco (2014), parafraseando a Donna Haraway (1991), habla de aquella «cosa escandalosa» para referirse a este sistema complejo que se construye sobre la interrelación entre diferentes ejes de desigualdad. Un sistema que es capitalista, cisheteropatriarcal, racista, capacitista, edadista y que se construye sobre el colonialismo y la depredación del medio ambiente. La interseccionalidad es una perspectiva desde la cual pensar sobre esta «cosa escandalosa» en su complejidad, pero se focaliza en cómo se materializa la desigualdad sobre los cuerpos concretos, diferentemente posicionados en estos sistemas. Como se verá, no es una teoría sobre la identidad ni tampoco una propuesta concreta de comprensión o acción sobre cada uno de los ejes, sino que pretende comprender las interrelaciones entre los sistemas vinculando la experiencia de opresión y el privilegio en las dinámicas estructurales de la desigualdad.

Con la intención de abordar estas cuestiones, el libro se estructura en cuatro capítulos en los que se tratan diferentes aspectos de la interseccionalidad, intentando mostrar los debates sobre cada tema, y se aportan también contribuciones propias. Se proporcionan herramientas sobre las diferentes cuestiones con el objetivo más de situar los debates y no tanto de dar respuestas unívocas y cerradas, ya que la mayoría de las cuestiones son debates abiertos y en permanente transformación.

El primer capítulo, «Metáforas, conceptos y aproximaciones sobre la interseccionalidad» aborda los debates conceptuales sobre la interseccionalidad, mostrando las diferentes teorías y propuestas que se han desarrollado y presentando también algunas propias. Una de las cuestiones que se trata es el debate acerca de las propias metáforas sobre la interseccionalidad. A pesar de que Kimberlé Crenshaw (1989) fue muy clara en su elaboración teórica de la interseccionalidad, su metáfora, la intersección, ha sido más un elemento de confusión que de esclarecimiento del concepto. Para ver la evolución de la propia metáfora, se repasan diferentes imágenes que se han propuesto posteriormente por parte de diversas autoras y se identifica un problema compartido que impide captar la motivación política y conceptual de la interseccionalidad en las metáforas: la reificación de las categorías. Como alternativa, se propone la metáfora del cesto de manzanas y el marco conceptual de las propiedades como manera de romper con la reificación y comprender la dinámica interseccional tanto en relación con las posiciones como con los valores que se les atribuyen. Con esta contribución se pretende dar herramientas para pensar la interseccionalidad sin concebir los ejes como separados y que al mismo tiempo se permita nombrarlos individualmente. En este primer capítulo también se aborda la cuestión de los ejes de los que prescindimos en un marco interseccional. Esta acostumbra a ser una preocupación frecuente y fuente de múltiples debates. Lejos de presentar una propuesta cerrada, se identifican diferentes ejes y se defiende que hace falta partir de la necesidad de tratarlos todos para hacer el ejercicio de descartarlos justificadamente, y no a la inversa. También se propone concebirlos como interrelacionados, asumir que la lista está en permanente transformación y que la priorización de unos sobre otros ha de venir condicionada por el contexto y no por a priori generales.

Esta perspectiva contextual es también la que se aplica en los debates sobre la relación entre las categorías, por lo que se defiende una perspectiva pluralista que incluye diferentes tipos de relaciones (de intensificación, mitigación, confluencia y hasta adición) en el análisis de los efectos de la

desigualdad social. La última parte del primer capítulo se centra en el rol del lugar en las dinámicas interseccionales y en una propuesta para unas geografías de la interseccionalidad. Aunque la variabilidad que el espacio y el tiempo aportan a la configuración de las dinámicas interseccionales ha sido una cuestión evidenciada por varias autoras, la conceptualización del lugar siempre ha estado ausente. Siguiendo los planteamientos de la geógrafa Doreen Massey (1994; 2005) se defiende una visión del espacio como constitutivo de las dinámicas interseccionales y no solo como lugar en el que estas pasan. Para ver una aplicación más práctica de esta conceptualización, se elaboran algunos puntos a tener en cuenta en las geografías de la interseccionalidad, y en la última sección se aplican estas consideraciones en la conceptualización del hogar y las dinámicas interseccionales que se dan en él.

El segundo capítulo, «La política interseccional: debates, emociones y heridas» es la parte más vinculada a la acción política y está centrada en los debates sobre el encaje entre los diferentes ejes de desigualdad y en las discusiones que se han tenido también en el ámbito académico. En primer lugar, se muestra la discusión sobre el postestructuralismo y si la interseccionalidad es o no una forma de política identitaria y encaja o no en unos parámetros postestructuralistas en cuestiones como el uso de categorías. En segundo lugar, se sitúa el debate entre la interseccionalidad y el marxismo, mostrando diferentes aportaciones e identificando tanto puntos en común como puntos de disenso. De forma específica, se centra en la cuestión de la jerarquización entre luchas y las implicaciones políticas que comporta. En tercer lugar, se trata la cuestión de la interseccionalidad y la fragmentación del feminismo, considerando el uso de las categorías desde una perspectiva interseccional y planteando algunos de los debates actuales sobre el sujeto y los ámbitos de actuación de los feminismos. Sobre los diferentes debates, se prioriza establecer puentes y no reforzar trincheras ideológicas, a pesar de que mi visión sea, como todas, situada.

A continuación, se aborda la dimensión emocional de la desigualdad, estrechamente vinculada con la política interseccional y con los debates anteriormente nombrados. En este sentido, se muestra la necesidad de considerar las emociones como elementos centrales en la configuración de la desigualdad y la gestión de la diferencia y se apunta a la necesidad de nombrar los malestares interseccionales. Con este objetivo, y tomando como referencia el trabajo de Sara Ahmed (2007), se presenta una clasificación de malestares y bienestar relacionados con las

posiciones sociales y con las desigualdades estructurales, procurando separar la consideración de la dimensión emocional de una aproximación individualista y psicologizadora sobre estas. La aplicación de esta perspectiva emocional se aplica a la gestión de la diferencia y la experiencia simultánea de la opresión y el privilegio desarrollando el concepto de la *herida interseccional*, que hace referencia a la herida emocional causada por el hecho de ser identificada como opresora o privilegiada por un eje cuando se acumula dolor y sufrimiento por el otro. En relación con la gestión de este fenómeno, se defiende que se ha de tener en cuenta tanto la legitimidad de la rabia como la necesidad de una ética del cuidado en la expresión de los malestares. Con esta propuesta se intenta mostrar la diferencia entre una aproximación interseccional en la desigualdad y un uso de las posiciones de opresión como autoridad moral, con el objetivo de dar herramientas para no hacernos tanta mala sangre a la hora de gestionar las diferencias. La última sección son unos apuntes para una política interseccional que recogen algunas de las cuestiones planteadas en el capítulo aplicadas a debates políticos actuales.

El tercer capítulo, «Orígenes, genealogías y hegemonías en la producción de conocimiento sobre la interseccionalidad», se centra en los orígenes del concepto y la discusión que existe alrededor de su genealogía. Este es un tema que ha centrado los debates sobre interseccionalidad en los últimos años, sobre todo en el ámbito académico anglosajón, y que trato de descentralizar con el desarrollo de una perspectiva situada sobre la interseccionalidad. En primer lugar, se presentan los artículos de Kimberlé Crenshaw (1989, 1991) en detalle para situar el origen de la interseccionalidad y mostrar tanto las motivaciones como el contenido concreto de sus análisis y propuestas. A continuación, se amplía la mirada sobre los orígenes mostrando cómo algunas ideas interseccionales ya se habían desarrollado en el seno del feminismo Negro norteamericano antes de que se hubiesen publicado los textos de Crenshaw, como por ejemplo las aportaciones del Combahee River Collective. También se identifican otras aportaciones de feministas de color y académicas y activistas de otros contextos, situando el debate sobre si sus aportaciones eran interseccionales o no. Este debate se problematiza en base a las discusiones actuales sobre la propiedad intelectual de la interseccionalidad en un contexto de racismo neoliberal en el que se ha instrumentalizado el concepto, vaciándolo de la radicalidad con la que se desarrolló en sus orígenes y blanqueándolo en su aplicación.

Como propuesta relacionada con estas cuestiones se plantea, por un lado, la necesidad de reconocer y visualizar los orígenes del concepto en el feminismo Negro y los cuerpos y las voces de las que surge, y, por el otro, la de descentrar el debate sobre las genealogías, apuntando a las jerarquías en la producción de conocimiento que privilegian unas propuestas y menosprecian otras. En este sentido, se defiende la necesidad de desarrollar genealogías situadas contra el imperialismo cultural norteamericano a través del concepto de *pensamiento y acción de tipo interseccional*. Este concepto hace referencia a las acciones y teorizaciones desarrolladas por parte de los movimientos sociales y políticos en diferentes lugares del mundo de forma paralela al concepto de interseccionalidad que tenían como objetivo la comprensión de la desigualdad social desde la interrelación entre diferentes ejes. Se defiende una visión más horizontal que pueda reconocer la interseccionalidad como propuesta concreta y situada del feminismo Negro norteamericano, pero que al mismo tiempo reconozca los desarrollos genuinos del pensamiento y la acción de tipo interseccional surgidos de la experiencia de opresión de grupos concretos en diferentes lugares. Además, poniendo el énfasis en la acción, se pretende también reforzar la vinculación de la perspectiva interseccional con el activismo y no solo como constructo academicista. Como ejemplo, en la última sección de este tercer capítulo se muestran los debates y las propuestas del movimiento lésbico en Barcelona entre los años setenta y noventa del siglo xx.

Y el cuarto capítulo «Los *Relief Maps* como modelo metodológico, analítico y conceptual para la interseccionalidad» es una propuesta propia y concreta para trabajar la interseccionalidad, fundamentada en los debates mostrados anteriormente. La propuesta se basa en la incorporación de la perspectiva geográfica y la perspectiva emocional para la conceptualización de las dinámicas interseccionales, y en una herramienta concreta, los *Relief Maps*, que son tanto una metodología como una forma de análisis y visualización de la relación entre diferentes ejes. Este modelo teórico y metodológico pretende ser una ayuda a la hora de responder a preguntas como qué herramientas concretas y qué métodos existen para el estudio y la intervención desde perspectivas interseccionales y cómo se aplican en diferentes ámbitos. Sobre los *Relief Maps*, se presenta su definición, características y forma de realización y se muestran cuestiones prácticas para su uso en la investigación y sus desarrollos digitales. También se sitúan en el debate sobre las metodologías y en su encaje conceptual en relación con los debates sobre

interseccionalidad presentados a lo largo de los diferentes capítulos. Finalmente, se muestra cómo pueden servir para una reflexión sobre los propios privilegios y opresiones con el objetivo de que puedan ser útiles para abordar las desigualdades sociales desde una perspectiva situada. Se ponen ejemplos de su uso en la investigación y se consideran cuestiones éticas relacionadas con el hecho de utilizarlo para tratar discriminaciones, desigualdades y violencias.

Más que unas conclusiones, al final del libro se puede encontrar un resumen esquemático de diez puntos en los que se identifican las ideas clave tratadas a lo largo de los diferentes capítulos. En este apartado se prioriza la simplificación antes que la complejidad para aportar herramientas concretas que acerquen y aterricen el concepto.

1. **Metáforas, conceptos y aproximaciones sobre la interseccionalidad**

Una de las primeras preguntas que surge al conceptualizar la interseccionalidad es qué significa exactamente. El término se relaciona con las propuestas desarrolladas por las feministas Negras norteamericanas que, a finales de los años ochenta y durante los noventa, construyeron un marco conceptual para poder comprender cómo se configuraba la opresión en el caso de las mujeres negras (Crenshaw, 1989, 1991; Collins, 1990). La interseccionalidad, por tanto, surge de la necesidad de comprender la interrelación entre el racismo y el patriarcado y sus efectos en la vida cotidiana. Si bien en sus inicios se desarrolla en el marco de los estudios jurídicos de la mano de Kimberlé Crenshaw (1989, 1991), rápidamente se expande a otras disciplinas, especialmente vinculadas con las ciencias sociales, y también a diversos ámbitos de intervención.

Pero ¿qué es la interseccionalidad? ¿Es una teoría? ¿Un método? ¿Un concepto? ¿Un fenómeno? ¿Una aproximación? Diversas autoras han defendido posturas muy diferentes sobre su definición (ver Hancock, 2007b; Cho, Crenshaw y McCall, 2013; Else-Quest y Hyde, 2016), hecho que muestra ya de entrada la diversidad de posiciones y la indefinición del término. Más allá de los debates específicos sobre cómo se tendría que definir, autoras como Kathy Davis (2008) defienden que la interseccionalidad es un proceso de descubrimiento que muestra que la realidad es mucho más compleja y contradictoria de lo que parece y que, en lugar de ofrecer una guía clara sobre cómo investigar, lo que hace la interseccionalidad es estimular la creatividad para acercarse a los temas

de estudio de formas novedosas y heterodoxas. En esta línea, autoras como Sumi Cho, Kimberlé Crenshaw y Leslie McCall (2013) defienden que la interseccionalidad es una *sensibilidad analítica*, una manera de pensar y de analizar. En base a esta premisa, las autoras defienden que un análisis interseccional no se da por el hecho de utilizar la palabra «interseccionalidad» en un texto, sino que es una manera de pensar sobre la semejanza, (*sameness*), la diferencia y su relación con el poder.

Otro de los conceptos que se utiliza para recoger esta perspectiva metodológica interseccional es el de *framework checker* o *method checker* (Garry, 2011), que serían unos estándares sobre los que comprobar si un método o marco conceptual encaja con las premisas de la interseccionalidad. Es decir, un conjunto de ideas que recuerdan la necesidad de observar un abanico más amplio de opresiones y privilegios y las relaciones que existen entre ellos. Mari Matsuda (1991) lo define como el hecho de «hacer la otra pregunta» (*ask the other question*). Como afirma la autora,

la manera en que intento entender la interconexión de todas las formas de subordinación es a través de un método que llamo «hacer la otra pregunta». Cuando veo alguna cosa que parece racista, pregunto: «¿Dónde está el patriarcado en esto?». Cuando veo alguna cosa que parece sexista, pregunto: «¿Dónde está el heterosexismo en esto?». Cuando veo alguna cosa que parece homófoba, pregunto: «¿Dónde están los intereses de clase en esto?» (Matsuda, 1991: 1189).

Hacer siempre la otra pregunta es una buena manera de mostrar qué significa aplicar una perspectiva interseccional: mirar siempre cómo una discriminación o desigualdad está configurada por múltiples ejes, evitando así hacer análisis simplistas que solo tengan en cuenta un eje de desigualdad y abriendo la puerta a la complejidad.

Pero más allá de estas premisas, ¿cómo se ha conceptualizado la interseccionalidad? Cho, Crenshaw y McCall (2013) defienden que actualmente, dentro de lo que ellas «estudios interseccionales», hay tres maneras de aproximarse: la aplicación de marcos interseccionales a investigaciones concretas, los debates teóricos y metodológicos sobre la interseccionalidad como paradigma y las intervenciones políticas que utilizan aproximaciones interseccionales. Siguiendo esta distinción, el presente capítulo se basa en los debates teóricos y metodológicos sobre el concepto. Hace diez años eran muy pocas las autoras que centraban

su investigación en el concepto de interseccionalidad en sí mismo, pero ahora se pueden encontrar artículos sobre desarrollos de la interseccionalidad en muchas disciplinas y en muchos contextos diferentes. Sin embargo, el lenguaje acostumbra a ser muy técnico, y muchas veces cuesta entender la relevancia que pueden tener ciertos debates para la utilización de marcos interseccionales en el ámbito político o en la investigación aplicada. Aun así, estas discusiones son básicas para comprender el alcance de las propuestas interseccionales y también para aplicarlas con rigor.

En este capítulo presentaré algunos de los debates actuales sobre la conceptualización a través de las metáforas sobre la interseccionalidad. Después me centraré en el problema de la reificación y propondré una nueva imagen, la del cesto de manzanas, para explicar el marco conceptual de las propiedades. A continuación, me centraré en los ejes concretos de desigualdad, proponiendo una aproximación pluralista y contextual a la relación entre categorías. Finalizaré con una propuesta sobre el papel clave del lugar en la configuración de las dinámicas interseccionales y con una aplicación de los conceptos en un ejemplo concreto.

Metáforas sobre la interseccionalidad: cruces, huevos y pasteles⁶

Considera una analogía con el tráfico en una intersección, yendo y viniendo en las cuatro direcciones. La discriminación, como el tráfico en una intersección, puede fluir en una dirección o en la otra. Si ocurre un accidente en una intersección, este puede ser causado por automóviles que viajan desde cualquier dirección, y a veces, desde todas ellas. De manera similar, si una mujer negra sufre daños porque está en una intersección, su lesión podría ser resultado de la discriminación sexual o racial [...] Pero no siempre es fácil reconstruir un accidente: a veces las marcas de neumáticos y las heridas simplemente indican que ocurrieron de forma simultánea, frustrando cualquier intento de determinar qué conductor causó los daños (Crenshaw, 1989: 149).

6 Esta sección y las dos siguientes están basadas en la investigación realizada conjuntamente con la filósofa Marta Jorba (Universitat Pompeu Fabra) y se puede encontrar un desarrollo en Rodó-Zarate y Jorba (2020) y en Jorba y Rodó-Zarate (2019)

Esta descripción de Kimberlé Crenshaw en su artículo de 1989 sobre la metáfora es la que da nombre al concepto de interseccionalidad. Las metáforas están presentes en la comunicación cotidiana y tienen un fuerte potencial en la creación de nuevos significados. De hecho, como señalan George Lakoff y Mark Johnson (1980), las metáforas son también medios a través de los cuales conceptualizamos la realidad. En los debates científicos y académicos, pero también en la política, las metáforas sirven para explicar conceptos complejos, utilizando herramientas que los vinculen a elementos más conocidos y que por tanto ayuden a su comprensión. Pero el uso de metáforas no es inocuo y muchas veces implica significados y connotaciones que van mucho más allá de lo que se pretendía expresar en un principio. Las metáforas ayudan a comprender conceptos abstractos y complejos en términos que nos son familiares, pero corren el riesgo de ser tomadas de manera literal, como si los fenómenos fuesen las propias metáforas.

Con la interseccionalidad, la metáfora que utilizó Crenshaw se ha tomado a menudo como la caracterización del concepto en sí mismo, y esto ha traído consigo importantes debates conceptuales. Esta famosa metáfora muestra la idea de que hay una intersección de diferentes calles por donde van y vienen coches. El tráfico de cada una de las calles sería un eje de opresión y la persona se encontraría en el medio del cruce, recibiendo en un golpe daños por parte de diferentes ejes de opresión. Esta metáfora, que es la que da nombre al concepto, se ha considerado problemática porque parece reproducir precisamente lo que se quería superar con el concepto: entender las categorías de manera separada (ver Yuval-Davis, 2006; Platero, 2012). Para que dos elementos se crucen, interseccionen, tienen que estar separados –dos cosas que no están separadas no se pueden cruzar–. Entender el género o la etnicidad como entes separados que se cruzan en algún punto concreto no permite concebir su interrelación, la manera en que están mutuamente constituidos.

Como señalaba la misma Crenshaw (1991: 1244), «la intersección del racismo y el sexismo en la vida de las mujeres Negras tiene un impacto que no se puede comprender del todo si se miran las dimensiones de la raza y del género en sus experiencias de manera separada». La cuestión de la inseparabilidad es un factor clave en la interseccionalidad, sobre todo en el ámbito de la experiencia, ya que lo que se pretende poner sobre la mesa es justamente que una experiencia de discriminación no se puede concebir si no se mira la interrelación entre diferentes causas de discriminación. Así, a pesar de que el objetivo era evitar la

conceptualización de las estructuras de poder de manera separada, parece que la imagen que propone no supera esta concepción, sino que la analogía de la intersección la refuerza. Muchos de los debates teóricos sobre la interseccionalidad se han construido sobre las confusas implicaciones de la metáfora, más que sobre la especificación teórica de Crenshaw, que era muy clara⁷.

Diversas autoras, con la voluntad de mejorar la metáfora de Crenshaw y con la intención de que esta fuese más fiel a sus presupuestos, han desarrollado otras imágenes. Una modificación es la que propone la filósofa Ann Garry (2011). La autora sitúa una rotonda en el medio de la intersección mostrando que los diferentes ejes pueden relacionarse de maneras muy diversas, y también para permitir la incorporación de más ejes como la religión, la clase social o la orientación sexual. Como dice ella misma, «una rotonda ilustra mejor la idea de que un eje de opresión utiliza otro eje para oprimir a una persona concreta, o que los ejes se pueden combinar para producir una mezcla diferente» (Garry, 2011: 831). Garry también propone añadir montañas a la metáfora, con el objetivo de incluir el privilegio, que serían las posiciones más elevadas. También propuso cambiar los coches por líquidos, de manera que unos podrían unirse a otros, fusionarse.

Mostrar la fusión y la relación constitutiva entre los ejes ha sido una de las grandes preocupaciones de muchas otras autoras. Alejarse de la visión aditiva de las desigualdades implica concebir los ejes como relacionados entre ellos, afectándose los unos a los otros y no discurriendo por calles separadas. Esto es lo que ha recibido el nombre de «relación de mutua constitución». La misma Crenshaw explica que la exclusión social no se puede superar «incluyendo a las mujeres Negras en una estructura analítica preestablecida. Como la experiencia interseccional es algo más que la suma del racismo y el sexismo, cualquier análisis que no tenga en cuenta la interseccionalidad no puede abordar suficientemente la forma

7 Crenshaw (1989) elabora una segunda metáfora, la del sótano, para mostrar cómo las mujeres negras solo reciben protección legal si sus experiencias son asimilables a las de las mujeres blancas o los hombres negros, haciendo que las leyes de antidiscriminación continúen reproduciendo las jerarquías sociales. Anna Carastathis (2013, 2016) considera que el menosprecio de esta metáfora y la priorización de la metáfora de la intersección es una muestra de cómo el concepto de interseccionalidad se ha alejado de las motivaciones iniciales en el pensamiento feminista Negro. En esta sección me centro en las implicaciones conceptuales de la metáfora de la intersección, pero se puede ver un desarrollo de la propuesta de Crenshaw (1989) en el capítulo tres.

concreta en que las mujeres Negras están subordinadas» (Crenshaw, 1989: 140). Por tanto, la aproximación aditiva de las desigualdades no sirve para comprender las experiencias concretas de la opresión. La perspectiva interseccional aparece precisamente por este motivo, para «explorar cómo las categorías de raza, clase y género están entrelazadas y mutuamente constituidas, dando centralidad a cuestiones como de qué manera la raza está “generizada” o cómo el género está “racializado”, y cómo ambos están relacionados con las continuidades y transformaciones de la clase social» (Davis, 2008: 71).

El debate teórico sobre esta cuestión se basa en la tensión entre, por un lado, reconocer la compleja y profunda relación entre categorías, y por el otro, mantener la especificidad ontológica de cada categoría. Sylvia Walby, Jo Armstrong y Sofia Strid (2012: 237) lo presentan en forma de dilema en los siguientes términos: «¿Cómo podemos abordar la preferencia por la visibilidad de cada desigualdad en el contexto de una conceptualización hegemónica emergente de la interseccionalidad como mutua constitución?». Aquí se encuentra el meollo del asunto sobre la relación entre las categorías en la interseccionalidad, sobre las metáforas que la representan y también sobre el debate político que se desprende de ella. Es necesario comprender que género, etnicidad y clase social no son ejes aislados, pero al mismo tiempo también es imprescindible poder identificarlos, nombrarlos. Si todo fuese una sola cosa indisoluble, ¿qué sentido tendría defender los derechos de las mujeres? ¿Y de las personas refugiadas? Pero ¿cómo se puede reconocer que el sexismo está configurado por el racismo y al mismo tiempo poder hacer políticas concretas sobre violencia machista? Si están mutuamente constituidos, ¿no tienen ninguna especificidad que los pueda identificar de manera aislada? Esta tensión, aunque pueda parecer solo un debate conceptual, tiene implicaciones políticas muy importantes.

A raíz de estos debates se han creado otras metáforas que pretenden mostrar la inseparabilidad de las categorías y al mismo tiempo la posibilidad de identificarlas de manera aislada. Por ejemplo, Ivy Ken propone la metáfora del azúcar y su mezcla con otros ingredientes cuando se cocina una galleta. Como ella misma explica, «los ingredientes se afectan los unos a los otros. Cuando se juntan, se transforman los unos a los otros. Ningún ingrediente de la galleta final tiene el mismo olor, la misma textura o el mismo aspecto que antes de ponerlo en el bol» (Ken, 2008: 162). Con esta metáfora, Ken se centra en la solubilidad del azúcar y en su capacidad de transformación cuando se mezcla con otros

ingredientes para mostrar el significado del concepto de mutua constitución y de inseparabilidad. Con esta metáfora, la autora describe las categorías como productos fruto de diferentes procesos, prácticas, discursos, estructuras y formas de expresión del poder interrelacionadas entre ellas.

Una segunda imagen relacionada con el mundo culinario es la que propone Julia S. Jordan-Zachery (2007): un pastel de mármol donde es imposible separar sus elementos, la parte de vainilla y la parte de chocolate, del mismo modo que para ella es imposible separar su género de su raza en su propia experiencia. Otra analogía que pretende capturar la misma relación de inseparabilidad es la de los filtros de luz de Sally Haslanger: «la luz ilumina con color azul, pero si se añade un filtro de color rojo, entonces ilumina de color lila; en cambio, si se añade un filtro de color amarillo en lugar de uno de color rojo, la luz se ve de color verde. De forma similar, el género se vive de manera diferente según las posiciones raciales (y otras) en las que una persona está situada» (Haslanger, 2012: 9).

Continuando en el mundo culinario, María Lugones (1994) escoge el huevo, donde nunca se puede llegar a separar del todo la clara de la yema, como metáfora. La autora basa su análisis en la relación entre el patriarcado y el colonialismo, y defiende que «el colonialismo no impuso los dispositivos de género europeos precoloniales a los colonizados. Impuso un nuevo sistema de género que creó dispositivos bien diferentes para los hombres y mujeres colonizados por un lado, y para los colonizadores blancos burgueses por el otro. Por tanto, introdujo diversos géneros, y el género en sí mismo como concepto colonial y como modo de organización de las relaciones de producción, de las relaciones de propiedad y de las cosmologías y formas de conocimiento» (Lugones, 2007: 186). Es decir, hay una imposición del género en sí mismo que se configura de forma diferente para las personas colonizadoras y para las colonizadas. Esta noción de fusión entre el género y el colonialismo hace indisociables los dos ejes, los fusiona, de manera que no se pueden entender el uno sin el otro, ni tampoco fuera de los procesos históricos de su configuración. Además, su aportación es clave porque muestra cómo las propias categorías de género se crean a partir de los procesos de colonización, poniendo de relieve la importancia de su interrelación para la configuración del género en sí mismo. Lugones (2008) también utiliza otras imágenes como la de «urdimbre» o «entretrama», relacionadas con el arte de tejer, para mostrar la inseparabilidad de los términos,

argumentando que, al observar el tejido íntegramente, la individualidad de las tramas se vuelve difusa en la tela.

Hay otras metáforas que han contribuido al debate, como la maraña de Lucas Platero (2012a). En este caso, la interseccionalidad se visualiza como una combinación de ejes que se entrecruzan y generan situaciones y experiencias concretas. En este sentido, la imagen aporta la idea de la inseparabilidad entre ejes y va también en la línea de complejizar la intersección de Crenshaw, mostrando la multiplicidad de relaciones y movimientos. Mary Romero (2018) también aporta una imagen, la del cubo de Rubik, para conceptualizar la mezcla de identidades que rotan y los sistemas de dominación cambiantes.

Todas estas metáforas han servido para avanzar en el debate sobre la interseccionalidad, proponiendo imágenes muy sugerentes que hacen evidente la complejidad que presenta una perspectiva interseccional sobre las desigualdades. Y, sobre todo, han aportado elementos para comprender la importancia de la interrelación. Sin embargo, a pesar de que todas sean muy claras en la necesidad de no considerar los ejes o las categorías de manera separada, las imágenes que proponen acaban reforzando a menudo la misma separabilidad.

El problema de la reificación de las categorías

Más allá de las particularidades de cada metáfora, generalmente presentan un problema común que termina siendo uno de los grandes obstáculos que impide concebir la inseparabilidad de las categorías sociales: la reificación.

El problema parte del hecho de convertir las categorías en «cosas», en «cosas físicas». Este proceso de reificación hace que las categorías aparezcan como cosas separadas y que, por tanto, se tenga que buscar la manera de juntarlas, mezclarlas, cruzarlas o disolverlas en una imagen metafórica. Convertirlas en cosas físicas implica dotarlas de unos límites que, aun siendo porosos o flexibles, no dejan de visibilizar las categorías de manera separada. Se concibe el género como una unidad (la yema, el azúcar, el chocolate, el filtro azul) que después se junta/se fusiona/se diluye con otra unidad (la clara, la harina, la vainilla, el filtro rojo) de formas complejas.

Pero ¿podemos pensar las categorías de esta manera? Podemos imaginarnos una yema sin clara, o la parte de chocolate del pastel separada

de la parte de vainilla. Pero ¿podemos tan solo imaginar, por ejemplo, una mujer sin una etnicidad concreta? Toda mujer tiene un color de piel que puede leerse de maneras muy diferentes según los contextos, pero en un mundo estructurado por relaciones racistas, toda mujer siempre estará situada según su etnicidad. De la misma manera que toda mujer tiene una edad. De hecho, ni siquiera podemos concebir lo que significa ser una mujer sin estar refiriéndonos a una edad específica. Una mujer puede tener tres, treinta o noventa años, pero siempre tendrá una edad y la forma en que le afectará el sexismo estará condicionada por su edad. Por ejemplo, una niña de tres años seguramente recibirá juguetes sexistas que la educarán en cierto tipo de roles y actitudes consideradas femeninas, una mujer de treinta puede que padezca la objetualización de su cuerpo en el espacio público, y una mujer de noventa probablemente recibirá una pensión exigua por haberse dedicado al trabajo de cuidados. Para la mujer de noventa años, el sexismo no se configura en relación con los juguetes que recibe ni en la objetualización sexual de su cuerpo, y esto es porque el sexismo se configura de maneras concretas según la edad —y según la etnicidad, la religión, la diversidad funcional o la clase social, entre otras—. Por tanto, no hay formas neutras de sufrir sexismo, ya que este siempre estará configurado por otros ejes de discriminación.

«Mujer», por tanto, no existe sin estar siempre constituida por una edad, por una etnicidad y por una clase social, aunque estas puedan cambiar, transformarse o hasta no ser relevantes en un momento determinado. La experiencia de toda mujer que podamos identificar o imaginar siempre estará constituida por sus otras posiciones. Esto, que es en definitiva lo que se pretende argumentar con la «mutua constitución», no está bien capturado por las metáforas presentadas, porque sí podemos imaginar el azúcar fuera de la galleta, el filtro de luz azul sin el filtro rojo, una calle sin otra o la yema sin la clara. Podemos imaginarlos «antes» de que se junten o podemos imaginárnoslos separados, pero eso no podemos hacerlo con «mujer» y «blanca» o «mujer» y «joven».

Este es el principal problema en la elaboración de metáforas para conceptualizar la interseccionalidad: que las categorías se conviertan en cosas, que se reifiquen. La propuesta de nueva imagen surge precisamente para evitar la reificación y permitir que se cumplan los dos requisitos de una conceptualización de las categorías: que se reconozca la inseparabilidad al mismo tiempo que se permita la identificación de categorías concretas. A continuación, se presenta la metáfora del cesto de manzanas con este objetivo.

El marco conceptual de las propiedades y la propuesta del cesto de manzanas

Las metáforas elaboradas por las diferentes autoras han sido ideadas con una clara voluntad emancipadora. Gran parte de estas metáforas tienen su origen en el feminismo Negro y se crean con la intención de capturar la multidimensionalidad de las opresiones y las dinámicas interseccionales. Mantener la imagen de la intersección, aunque haya llevado a confusiones sobre la conceptualización de la interseccionalidad, es necesario para preservar la motivación que impulsó estas teorizaciones y reconocer el punto desde el cual se crearon. Su objetivo era claro al mostrar la relación e indisolubilidad de las categorías, partiendo de su propia experiencia de opresión como mujeres negras. Sin intención de sustituirla, sino de aportar nuevos elementos al debate, se muestra la imagen del cesto de manzanas y el marco conceptual de las propiedades para pensar sobre la interseccionalidad.



Ilustradora: Cristina Zafra⁸

8 Esta ilustración fue realizada para visualizar la metáfora del cesto de manzanas en el marco de la guía «Mirades polièdriques: Guia per a l'aplicació de la interseccionalitat»

Imaginemos un cesto con manzanas de diferentes tipos. En él podemos encontrar manzanas golden, granny smith, gala, reineta o fuji. Cada manzana tendrá colores, sabores, texturas y tamaños diferentes. La granny smith, por ejemplo, tiene un color verde claro y es ácida y crujiente. La reineta tiene la piel rugosa, acostumbra a ser grande y es muy dulce. Si nos fijamos en una propiedad en concreto, como el color, podemos encontrar manzanas amarillas, verdes, rojas o rosas, y todas las mezclas posibles entre estos colores. Sobre el tamaño, puede haber manzanas muy pequeñas, medianas o grandes. En relación con la textura, pueden ser crujientes o blandas. En cuanto al sabor, algunas son dulces, otras ácidas, y otras recuerdan al gusto de las nueces, o son amargas. Si observamos la madurez, pueden estar muy verdes o muy maduras.

A partir de esta descripción se podría hacer una analogía con las posiciones. El color como género, el tamaño como etnicidad, la textura como edad, el gusto como orientación sexual y la madurez como clase social. Los criterios para clasificar las manzanas, como el color o el tamaño, serían análogos a las categorías sociales, como el género o la etnicidad. Por tanto, cada propiedad específica de una manzana –roja, grande, dulce– sería una posición concreta –hombre, blanco, gay–. Así pues, las categorías serían las propiedades de las manzanas.

Es importante tener en cuenta que esta metáfora no implica una concepción estática de cada propiedad y permite entender que las propiedades se configuran y definen a través de unos procesos históricos que producen estas categorías. Considerar el color como un criterio relevante es fruto de procesos culturales, como también lo es qué colores en concreto diferenciamos y qué connotaciones tienen. La manzana roja se asocia al pecado por su aparición en el Génesis, y el color de la manzana aparece como categoría relevante en la cultura judeocristiana, más que la textura, por ejemplo. En este sentido, las propiedades de las manzanas se entienden no como fijas e inmutables sino como producidas social y culturalmente y con posibilidad de transformación. Una manzana puede cambiar su color o forma con el paso del tiempo y la consideración de sus propiedades puede variar también según el contexto. En la misma línea, pensar en la variedad de las propiedades que puede tener una manzana permite romper con visiones binarias de las

a la prevenció sobre violències de gènere amb joves» (Coll-Planas, Rodó-Zárate y García-Romeral, 2021).

categorías: no hay solo dos colores posibles de manzanas, sino una gran variedad que podemos concebir también desde su indefinición.

Cada una de las propiedades de las manzanas se identifica en base a diferentes indicadores. Por ejemplo, el color se mide según los pigmentos, el peso en gramos, el tamaño en centímetros, etc. De forma similar, las categorías también se pueden distinguir según criterios de diferenciación social:

Las divisiones de *clase* se fundamentan en relación con procesos económicos de producción y consumo; el *género* se tendría que entender [...] como un modo discursivo que se relaciona con grupos de sujetos cuyos roles están definidos por sus diferencias sexuales/biológicas, mientras que la *sexualidad* es otro discurso relacionado con este, que tiene que ver con las construcciones del cuerpo, el placer sexual y las relaciones sexuales. Las divisiones étnicas y *raciales* se relacionan con discursos de colectividades construidos en torno a fronteras que excluyen/incluyen [...] y que pueden estar construidas como permeables y mutables en diferentes niveles y que dividen a las personas entre un «nosotros» y un «ellos». Estas fronteras a menudo se organizan en torno a mitos (sean válidos históricamente o no) de orígenes comunes y/o destinos comunes. Las construcciones del cuerpo, la religión y otros códigos culturales en relación con el matrimonio y el divorcio son cruciales en la construcción de estas fronteras. La «*capacidad*», o –mejor dicho– la «*discapacidad*», implica [...] discursos de «normalidad» que excluyen a las personas discapacitadas. *La edad* representa las dimensiones del tiempo y el ciclo de la vida (Yuval-Davis, 2006: 201)⁹.

Esta es una propuesta que hace Nira Yuval-Davis de diferenciación de cada eje, pero cada uno de los criterios de diferenciación social se podría definir de formas muy diferentes. Por ejemplo, Audre Lorde definía en un texto de 1978 las diferentes formas de discriminación de la siguiente manera:

Racismo: la creencia en la inherente superioridad de una raza sobre todas las demás y por tanto el derecho a la dominación. Sexismo: la creencia en la inherente superioridad de un sexo y por tanto el derecho a la dominación. Heterosexismo: la creencia en la inherente superioridad de

9 La cursiva es mía.

1. Metáforas, conceptos y aproximaciones sobre la interseccionalidad

una forma de querer y por tanto el derecho al dominio. Homofobia: el miedo a sentir amor por los miembros del propio sexo y por tanto el odio hacia estos sentimientos en otras personas (Lorde, 2007 [1984]: 45).

La identificación de los ejes puede ser diferente, como también el contenido concreto que se le da. Por ejemplo, concretamente en el caso del género, Judith Butler (2007 [1990]) lo caracterizaría como el conjunto de actos reiterativos en un marco regulador heterosexual rígido, o Gayle Rubin (1975:179) como «divisiones de los sexos socialmente impuestas». Sea cual sea la manera en que se definen los diferentes criterios de diferenciación social, la metáfora propone que se puedan identificar como propiedades diferenciadas: diferenciamos las manzanas por su color o textura, como se diferencian las personas por su género o su edad, y según esta diferenciación también son discriminadas.

La principal contribución de la metáfora es que al considerar las diferentes categorías sociales como propiedades –color, textura, tamaño– y no como «cosas» –yema, carretera, filtro azul–, se muestra que no son entidades separadas que hace falta mezclar de formas complejas, sino que todas están de entrada constituyendo de forma simultánea la manzana o a la persona. El color y la textura constituyen la manzana, como el género y la edad constituyen a la persona. En comparación con las metáforas presentadas anteriormente, no podemos imaginar ninguna manzana sin un color, como no podemos imaginar una persona sin género, por más que este sea un género no binario o fluido. En este sentido, la metáfora del cesto de manzanas permite tanto identificar las categorías concretas como mostrar la relación de mutua constitución. Pero en este caso, la constitución no es necesariamente entre las categorías, sino entre las categorías y la manzana¹⁰. Y esto muestra también que no podemos pensar en manzanas neutras, sin color, como tampoco existen individuos neutros en ninguna categoría social:

10 El hecho de considerar que las categorías constituyen la manzana y no que se constituyen entre ellas supone un paso importante en el debate sobre la mutua constitución. En general, en las conceptualizaciones sobre interseccionalidad, se considera que las categorías están mutuamente constituidas. Sin embargo, si pensamos en la dimensión de las posiciones a la luz de la metáfora del cesto de manzanas, esta conceptualización pierde sentido como tipo de relación general: el color no constituye el tamaño, como el género no constituye la etnicidad necesariamente. La relación constitutiva, en cambio, sí que se encuentra de manera clara entre las categorías y la persona, y también entre los efectos. Es decir, los efectos, la discriminación que se sufre, por ejemplo, están constituidos entre ellos. Para un desarrollo, ver Jorba y Rodó-Zárate (2019).

todo el mundo tiene una posición de género o etnicidad aunque esta sea privilegiada o esté en permanente transformación¹¹.

Las diferentes propiedades de la manzana la constituyen como un todo. A cada manzana del cesto se le dará un valor diferente de forma integral, no de forma separada según cada una de sus propiedades. Como afirma Himani Bannerji (1995: 12), «mi género, “raza” y clase no son personajes o personas separadas –hacen y representan todo lo que soy y por el mundo en el que vivo. Soy –siempre y a la vez– sea lo que sea para lo que sirva». Este «siempre y a la vez» muestra esta integridad y lo difícil que es separar categorías, y muestra también que la experiencia se configura por esta intersección, es decir, que el valor que se le da a la manzana va en función de todas sus propiedades.

Por ejemplo, las manzanas más valoradas son las que tienen colores más brillantes, formas más homogéneas y texturas más finas. Estos valores están socialmente contruidos y definidos a partir de diferentes procesos históricos y culturales y, para cada manzana dentro de la cesta, todas sus características juegan un papel en la configuración del valor que se le dará. Para la manzana red delicious, por ejemplo, su sabor, textura y color la convierten en una de las más preciadas. Pero no es la suma de cada una de las propiedades la que le da este valor, sino la combinación específica de todas ellas. También, si una de las manzanas en el cesto tiene un color rojo muy apreciado, pero es muy pequeña, no será valorada de la misma manera que una manzana con el mismo color, pero más grande. Pasa igual con las discriminaciones y desigualdades sociales. En una entrevista de trabajo, dos hombres (manzanas rojas) tienen ventaja para conseguir el puesto de trabajo en relación con las mujeres (manzanas amarillas), pero uno de ellos es blanco (manzana grande) y el otro es negro (manzana pequeña). Así, a pesar de que los dos tienen una posición bien valorada, que les da ciertos privilegios y ventajas, difieren en su posición en relación con la etnicidad, teniendo efectos diferentes, y desiguales, sobre los dos.

En esta dimensión de las propiedades (los valores atribuidos), el contexto es fundamental, y lo es por la consideración de cada propiedad y por los efectos que tendrá sobre cada manzana. Por ejemplo, sobre las

11 La cuestión de la permanente transformación es relevante porque el marco de las propiedades no implica que estas sean rígidas ni fijas. Muestra cómo se definen y construyen a partir de procesos históricos y culturales y cómo se pueden concebir desde su indefinición o fluidez. Aquí utilizo categorías y propiedades concretas para simplificar la explicación y hacer comprensibles las argumentaciones más abstractas.

propiedades concretas, la forma en que se definirá el dulzor se determinará en función de las otras frutas existentes en un contexto determinado. Por tanto, las propiedades de cada manzana no indican unos efectos predefinidos, sino que será el contexto geográfico y social el que los configurará. El valor que se le da a cada manzana en general también variará según el contexto: a pesar de que la red delicious es una manzana muy bien valorada, puede que no sea la más idónea para hacer un pastel, como en cambio sí sería la granny smith. En la analogía, los diferentes usos de las manzanas se podrían ver como los diferentes contextos sociales donde las posiciones sociales tienen efectos diferentes, normalmente discriminatorios o de desigualdad. Una mujer joven y lesbiana tendrá experiencias diferentes según si está en casa de su familia, en el instituto o en la manifestación del 28 de junio. Esta importancia del contexto, que se desarrollará más adelante, es un elemento central de la conceptualización de la interseccionalidad situada.

La metáfora del cesto de manzanas permite conceptualizar tanto la dimensión de las posiciones (propiedades) como la dimensión de los efectos (valores), entendiendo que la configuración de las dos dimensiones se da a través de procesos sociales, culturales e históricos que varían según los contextos. Pero, una vez conceptualizadas las diferentes categorías como propiedades, ¿cuáles son estas? ¿Cómo se tienen que trabajar en un marco interseccional?

Desigualdades sociales: ¿de qué ejes prescindimos en un análisis interseccional?

En la metáfora del cesto de manzanas se ha visto cómo hay múltiples criterios de diferenciación (textura, color, tamaño...) que tienen que ver con los diferentes ejes de desigualdad. Se ha mostrado también cómo diferentes autoras como Nira Yuval-Davis o Audre Lorde definen estos ejes. Pero ¿cuántos ejes hay? ¿Cuáles se han de tener en cuenta en análisis interseccionales? Uno de los temas en discusión ha sido si la interseccionalidad se tenía que focalizar únicamente en la intersección entre género y raza, y en concreto en la realidad de las mujeres negras, o si tenía que servir para analizar las relaciones entre múltiples ejes (ver tercer capítulo). La propia Crenshaw afirmaba que «aunque las intersecciones que yo exploro de forma primaria son la raza y el género, el concepto puede y tendría que expandirse para considerar cuestiones

como la clase, la orientación sexual, la edad y el color» (Crenshaw 1991: 1244-1245). En la misma línea, diversas autoras apuntan que la interseccionalidad debe abordar la multiplicidad de ejes existentes, y que además debe considerar tanto las posiciones de opresión como las de privilegio. Es en este sentido en el que la interseccionalidad deviene una herramienta para el análisis de la desigualdad en términos amplios, ya que considera diferentes ejes en sus múltiples dimensiones y la relación entre ellos. Antes de ver cuáles son estos ejes, es importante mostrar que hay múltiples formas de nombrarlos. Algunas autoras utilizan la palabra *categorías* (ver Crenshaw, 1991 o Davis, 2008), pero considero que utilizar este término puede llevar a confusión, porque se utiliza indistintamente para referirse a diferentes niveles categóricos como «género» y «mujer» y creo que es importante diferenciarlo. También se han utilizado conceptos como «organizadores sociales» (Platero, 2012a) o «ejes de poder» (Cho, Crenshaw y McCall, 2013) entre otros. Aquí tomo el concepto de ejes de desigualdad porque creo que es lo suficientemente genérico y claro. Entonces ¿cuáles son estos ejes?

La tríada de género, raza y clase ha sido fundamental en muchos estudios interseccionales, sobre todo en los inicios del desarrollo del concepto. Con su expansión, los ejes que se han ido incorporando han sido muy diversos. Esto ha llevado al debate sobre cuáles son los ejes a considerar y si hay unos más centrales que otros. En un intento de formalizar una lista de ejes, Helma Lutz (2002), por ejemplo, enumera catorce «líneas de diferencia» —que entiende como una lista incompleta y susceptible de ser redefinida— que incluyen: género, sexualidad, raza/color de piel, etnicidad, nación/Estado, clase, cultura, capacidad, edad, sedentarismo/origen, riqueza, norte-sur, religión y estado de desarrollo social. También hay otras posturas como la de Yuval-Davis (2006: 203) que afirma que «en situaciones históricas específicas y en relación con personas concretas hay algunas divisiones sociales que son más importantes que otras en la construcción de posicionamientos concretos» y a la vez defiende que hay algunas divisiones sociales, como el género, la edad, la etnicidad y la clase que tienden a condicionar la vida de la mayoría de personas, a diferencia de otros ejes como la posición en relación con las castas sociales o la condición de indígena o de refugiado, que afectan a menos personas globalmente. En este sentido, el número y el tipo de categorías a utilizar estaría condicionado por el contexto. La elaboración de estas listas es compleja y el hecho de que estén siempre incompletas ha llevado también a la crítica. En concreto, sobre el

«etcétera» que aparece a menudo en textos sobre interseccionalidad cuando se enumeran los diferentes ejes, Judith Butler (2007 [1990]: 279) ha afirmado que es un «signo de cansancio, así como del procedimiento ilimitado de significación en sí», pero también afirma que es un nuevo punto de partida para las teorías políticas feministas.

La elaboración de listas de ejes es un tema cuestionable que siempre lleva a la visibilización de unos aspectos y a la invisibilización de otros, y además puede reforzar su separabilidad en lugar de focalizarse en su interrelación. Sin embargo, creo que es importante poder nombrarlos para poder distinguir diversas formas de diferenciación social y también para hacer visible lo que raramente se suele tener en cuenta. A continuación, se presentan algunos ejes que podrían tenerse en cuenta en análisis interseccionales, siempre entendiendo la lista como inacabada, incompleta y en permanente redefinición. Es necesario tener en cuenta que la breve definición de cada eje tiene más que ver con cómo se configura y se vive la discriminación que con un análisis del funcionamiento de los diferentes sistemas de dominación o de su intersección. Además, cada uno de ellos puede definirse de múltiples maneras y desde aproximaciones muy diferentes. En ese sentido, la definición que acompaña a cada uno de los ejes es solo una de las posibles maneras de aproximarse a él, por lo que es reducida y orientativa, y está simplificada y contextualizada –en diferentes lugares, estos ejes se configuran de maneras diferenciadas–. Sin embargo, creo que esta lista puede ser útil para entender de qué estamos hablando cuando hablamos de «los ejes de desigualdad» y para ver cómo se diferencian entre ellos, aunque estén íntimamente interrelacionados¹².

Género y orientación sexual: El sistema sexo-género tiene diferentes dimensiones que se enmarcan en las normatividades derivadas del sistema cisheteropatriarcal. Estas diferentes dimensiones incluyen el sexo –clasificación de las corporalidades según las categorías de «macho» y «hembra» y la patologización de los cuerpos que no encajan en el binomio– la identidad de género –donde se presupone una correspondencia entre sexos e identidad de género y se patologizan y discriminan las identidades trans o no binarias–, la posición de género –basada en la atribución de una superioridad a los hombres y lo masculino frente a las mujeres y

12 La diferenciación entre ejes se basa en la guía «Mirades polièdriques: Guia per a l'aplicació de la interseccionalitat a la prevenció sobre violències de gènere amb joves» (Coll-Planas, Rodó-Zárate y García-Romeral, 2021).

lo femenino, implicando todo tipo de desigualdades y violencias—, la expresión de género —en la que se asocian formas de expresión de roles masculinos y femeninos a las personas identificadas como hombres y mujeres respectivamente y se estigmatizan los que no encajan en esta asociación— y la orientación sexual —donde se establece la heterosexualidad como norma y todas las otras formas de deseo como desviación.

Estas diferentes dimensiones, expuestas de manera muy simplificada, están relacionadas entre ellas, pero el hecho de distinguirlas tiene como objetivo mostrar su complejidad. También es importante remarcar, en el actual contexto de profundas discusiones dentro de los feminismos y de ataques contra las personas trans, que todas las personas estamos posicionadas en cada una de estas dimensiones de formas diversas, y que es posible estar en posiciones de opresión y privilegio al mismo tiempo. Una mujer cis¹³ está en una una posición privilegiada como cis y de opresión como mujer. Desde una perspectiva interseccional es central comprender que una posición de privilegio no minimiza ni anula otra posición de opresión, y que por tanto ver las diferentes posiciones —y luchas que hay detrás— en competición entre ellas es algo que no tiene sentido en este marco. Dentro del marco interseccional es evidente que las mujeres trans sufren toda una serie de violencias basadas en el género, y que por tanto sus reivindicaciones son reivindicaciones feministas. Y esto no excluye que las mujeres cis, por su posición de opresión en la dimensión de género, sufren discriminación o desigualdad. En este sentido, la interseccionalidad no solo ayuda a ver las diferencias cruzadas por diferentes ejes, sino que también ayuda a mostrar cómo las posiciones en diversas dimensiones de un mismo eje configuran formas de desigualdad y discriminación diversas. Del mismo modo que entender la diversidad de ejes ayuda a comprender mejor la desigualdad, comprender el funcionamiento de las diferentes dimensiones del género ayuda también a entender mejor el género como eje.

Origen, racialización y diversidad étnica, cultural y religiosa: Este eje incluye cuestiones muy diversas que en realidad podrían separarse en ejes diferenciados. En nuestro contexto concreto, estas cuestiones suelen estar relacionadas entre ellas, pero es necesario comprender que se configuran de forma diferente y en múltiples interrelaciones. *El origen* hace referencia al lugar de nacimiento de una persona y tiene que ver

13 *Cis o cissexual* hace referencia a una persona que se identifica con el género que le fue asignado al nacer en función de su sexo.

con los procesos migratorios. En el contexto europeo, el sistema de control migratorio se fundamenta en el colonialismo, que otorga derechos diferentes a las personas según su origen. Por ejemplo, tener o no la nacionalidad española implica determinados derechos como el derecho a voto, a la sanidad pública, etc. También está relacionado con la situación administrativa, ya que hay condiciones concretas como la de persona refugiada o la de la persona que se encuentra en situación no regularizada que implican vulnerabilidades específicas. La *racialización* se refiere al proceso a través del cual se forman los grupos racializados. El uso de este término encaja con la voluntad de rechazar el carácter biologicista y de inferioridad que se asocia a la «raza». Esta racialización implica racismo cuando se considera que un grupo concreto es inferior a otro, y en esta jerarquización, las personas blancas tienen privilegios. La *diversidad étnica, cultural y religiosa* hace referencia a las costumbres, tradición y cultura de una persona y tiene implicaciones también en relación con las creencias, las prácticas religiosas y el imaginario colectivo. En nuestro contexto, *el antigitanismo* es una forma de discriminación concreta contra el pueblo gitano, de la misma manera que *la islamofobia* es un prejuicio negativo y una forma de discriminación concreta contra las personas musulmanas.

La violencia, desigualdad, discriminación y aplicación de estereotipos negativos por razón de origen, etnicidad, racialización o identidad religiosa tiene que ver con el colonialismo, el imperialismo, el eurocentrismo y la supremacía blanca. Estos sistemas de dominación son fruto de procesos históricos de espolio, esclavitud y explotación que en la actualidad y en nuestro contexto se materializan en diferentes formas de racismo, xenofobia y también en relaciones económicas y políticas desiguales entre países.

Clase social: Es una forma de estratificación social que se relaciona con la función productiva, el poder adquisitivo o el acceso a los recursos. Una distinción básica sería la posición en relación con la propiedad o no de los medios de producción, pero para poder comprender la desigualdad que comporta la clase social en nuestro contexto capitalista actual, puede haber también otros indicadores como los ingresos, las propiedades, el acceso a los recursos, la formación o el capital cultural. Aquí, el clasismo tendría que ver con prejuicios y discriminaciones basados en la pertenencia a una determinada clase social. La *aporofobia*, por ejemplo, sería una forma de discriminación concreta hacia las personas pobres o la pobreza en general. Es importante comprender que, en

nuestro contexto, la posición de clase está ligada al capitalismo como sistema económico basado en la propiedad privada de los medios de producción, la explotación de la clase trabajadora y el espolio de los recursos. Será necesario un análisis del capitalismo desde una perspectiva global para comprender las configuraciones concretas en un contexto.

Edad: La sociedad también se organiza en base a la edad de las personas, otorgando determinados derechos, roles y expectativas a las personas según su edad. El edadismo es el conjunto de creencias, normas y valores sobre diferentes grupos de edad en los que se basa la discriminación. En nuestro contexto, la infancia, la juventud y la vejez son los grupos sociales que sufren discriminación por razón de edad. Aunque el término *edadismo* se acostumbra a utilizar para referirse a la discriminación a las personas grandes –también se llama gerontofobia–, es importante tener presente que los niños y las personas jóvenes también lo sufren, ya sea por cuestiones como la negación de ciertos derechos (a voto o a tomar decisiones sobre el propio cuerpo) o en la juventud, la criminalización, la estigmatización o la legitimación de la precariedad laboral, por ejemplo.

Diversidad funcional: Se suele establecer una línea divisoria entre las personas con alguna discapacidad y las que no la tienen, idea que tiene sus raíces en cómo se entiende el concepto de normalidad corporal física, psíquica y sensorial. La diversidad funcional es un concepto que se utiliza como terminología no negativa para referirse a la discapacidad, mostrando cómo la diferenciación de las personas en función de su adecuación a la normalidad corporal, psíquica y sensorial genera formas de exclusión que se señalan como capacitismo. Esta forma de discriminación se acentúa en el contexto de una sociedad capitalista, en la que las personas se consideran menos valiosas en la medida en que pueden ser menos productivas.

Existen muchos otros ejes que pueden ser muy relevantes en la configuración de la desigualdad para determinados colectivos. *Los cánones estéticos*, por ejemplo, se relacionan con las normas sociales en torno a la forma, tamaño, peso y altura de los cuerpos. En este eje se pueden encontrar formas de discriminación concreta como la *gordofobia*, pero puede hacer referencia también a cuestiones relacionadas con la forma del cuerpo, las cicatrices, las marcas corporales y los tatuajes, la asimetría corporal, etc. *El estado de salud* como eje se refiere a las formas de discriminación y estigmatización que pueden darse por tener una condición determinada relacionada con la salud. El caso de la serofobia (la discriminación contra personas que viven con VIH) es un claro ejemplo, como

también lo pueden ser las enfermedades raras, minoritarias o las que tienen menos reconocimiento. La *identidad nacional* también puede ser un eje muy claro y tiene que ver con el sentimiento de pertenencia a una colectividad definida histórica y culturalmente. En nuestro contexto, la relación entre el Estado español y las nacionalidades históricas –como Cataluña, País Vasco o Galicia– en cuanto a su identificación nacional puede comportar diferentes formas de discriminación. La *lengua o idioma vehicular* sería otro eje vinculado al uso de la lengua primaria, que puede suponer una fuente de exclusión en la medida en que puede no coincidir con el idioma oficial de un territorio o puede sufrir minorización por parte de otra lengua. También pueden darse discriminaciones relacionadas con la lengua de signos. La *ideología* entendida como posicionamiento político o pertenencia a un partido, asociación o grupo, puede ser también fuente de discriminación si este no es mayoritario o hegemónico. El hecho de que a veces vaya asociada a una estética concreta conlleva que este posicionamiento o pertenencia sea explícito. La *maternidad o paternidad* –es decir, el hecho de tener o no tener criaturas propias– es un eje que también genera desigualdades, presiones sociales y estigma. La división entre el mundo *urbano y el rural*, con un predominio del primero sobre el segundo, también constituye un eje muy relevante en relación con el acceso a recursos, infraestructuras y también fuente de estigmatización social. En contextos concretos habría otras cuestiones como *la casta, la indigeneidad o el nomadismo* que claramente serían ejes estructurales de desigualdades y causas específicas de violencias.

Esta explicación es una simplificación de cuestiones mucho más complejas, que además se van redefiniendo constantemente y están relacionadas entre ellas. En cuanto a esta simplificación, es necesario tener en cuenta tres cuestiones básicas: la identificación de ejes separados es una abstracción de una realidad donde los ejes se configuran entre ellos, la lista está en permanente cambio y siempre abierta a la incorporación de nuevos ejes y la priorización de los ejes tiene que venir condicionada por el contexto y se debe entender como un «prescindir de» más que como un «añadir».

Sobre la primera cuestión, es importante comprender que la forma en que se materializa el sexismo, por ejemplo, está configurada por la edad o la clase. En la explicación sobre el problema de la reificación –donde se ha abordado este aspecto más extensamente– se ponía como ejemplo la diferente manera en que el sexismo se configura según la edad. Esta relación concreta de co-constitución es fundamental y por

ello es imprescindible partir de la base de esta interrelación. Los ejes solo se pueden identificar posteriormente, y siempre como ejercicio de abstracción, ya que en la realidad todos se dan de forma simultánea e interrelacionada.

La segunda cuestión tiene que ver con la incorporación de nuevos ejes y el pánico que a veces genera el hecho de que la lista pueda llegar a ser infinita. Creo que la interseccionalidad permite la incorporación de tantos ejes como sean necesarios y que esto no debe verse como un problema, sino que debería defenderse como una posición política fundamental. Partir de que los ejes no son limitados obliga a permanecer en una posición abierta y no dogmática sobre qué ejes configuran la desigualdad. Siempre pueden aparecer ejes nuevos y el hecho de que aparezcan implica que seguramente ha habido un trabajo político detrás, centrado en la identificación de desigualdades que antes permanecían invisibilizadas. Implica también un trabajo colectivo de toma de conciencia y de elaboración de un discurso político con la voluntad de transformar una situación injusta. Por eso creo que la incorporación de ejes debe celebrarse como un paso relevante en la visibilidad de formas concretas de discriminación, en lugar de abordarse desde el agotamiento por tener que sumar más complejidad, ni tampoco desde un escrutinio meticuloso centrado en si hay un nuevo eje que es válido o no para entrar en la lista. Que entren nuevos ejes no resta importancia a los ejes que ya había. Comprender esto es fundamental para gestionar la diferencia y las exclusiones dentro de los colectivos, ya que visibilizar un nuevo eje no tiene por qué implicar un perjuicio en la lucha contra los otros, sino que supone un enriquecimiento en la comprensión de los ejes en sí mismos y de la complejidad de las dinámicas de desigualdad.

En tercer lugar, partiendo de la premisa sobre la interseccionalidad que muestra que todas las personas estamos situadas en todos los ejes, la lógica no debe ser «qué ejes incluimos en el análisis», sino «de qué ejes prescindimos en el análisis». Es decir, se debe partir de la base de que la experiencia de todas las personas está configurada por todos los ejes, aunque la posición sea ser heterosexual, tener plenas capacidades físicas e intelectuales o ser blanca. Estas posiciones condicionan nuestra experiencia y, por tanto, el punto de partida es que todos los ejes son necesarios para comprender un fenómeno. Si no se considera el eje de la orientación sexual, diversidad funcional o etnicidad es porque por algún motivo es necesario simplificar, no porque no tengan un rol en la configuración de la situación concreta.

Esta manera de plantear la situación –de prescindir de ejes en lugar de sumarlos– permite tener en cuenta la complejidad desde un primer momento y realizar el ejercicio de tener que eliminar categorías para el análisis, siendo conscientes de lo que no estamos considerando y propiciando que busquemos justificaciones sobre por qué no estamos tratando determinados ejes. Creo que este ejercicio es necesario en muchas ocasiones y no tiene por qué implicar el rechazo absoluto de unos ejes, sino que pone de relieve que la priorización es imprescindible en situaciones concretas. Sin embargo, es importante que este «prescindir de» se haga siempre *ad hoc*. Es decir, que sea el contexto específico el que condicione qué ejes son más relevantes para comprender un fenómeno, y no que termine siendo un *a priori* general. En este sentido, según el fenómeno, el contexto de intervención, las preguntas de investigación, los recursos o las motivaciones, se priorizarán unos ejes sobre otros, pero siempre teniendo en cuenta que los que no se han considerado también están teniendo algún papel, por poco relevante que pueda parecer.

Situar la interseccionalidad también es esto: que el propio contexto sea el que determine los ejes a considerar. Diversas autoras han mostrado cómo, en determinados contextos, hay ciertas posiciones o ciertos ejes que destacan más que otros (McCall, 2005; Collins, 2000a; Valentine, 2007; Yuval Davis 2010; McKinzie y Richards, 2019) y la perspectiva interseccional implica el análisis sobre cuáles son y cómo se relacionan entre ellos. En la sección «Hacia unas geografías de la interseccionalidad» se desarrolla este punto más extensamente, ya que es un factor clave a tener en cuenta.

Pero a parte del contexto, la selección de los ejes también puede estar condicionada por unos intereses concretos de investigación o intervención. Por ejemplo, en el libro *Intersecciones: cuerpo y sexualidades en la encrucijada* (Platero, 2012a), una obra pionera en el desarrollo de la perspectiva interseccional en el Estado español, se escoge el eje de la sexualidad como el principal. Tal y como afirma Platero en la introducción, esto no significa que la sexualidad deba ocupar un lugar privilegiado en relación con otros ejes, sino que se escoge la sexualidad con la voluntad de darle una visibilidad que normalmente no tiene. Es una elección consciente que no parte de un apriorismo general –la sexualidad es el eje más importante–, sino que es el eje que interesa tratar por unas motivaciones concretas. Es a partir de esta motivación que se aplica una mirada interseccional para analizar cómo la sexualidad se articula con otros ejes.

En este sentido, es importante destacar que la interseccionalidad no intenta identificar cuál es el eje que explica más cosas en general, sino cuáles son los ejes que mejor explican una situación de desigualdad concreta, entendiendo que esta está relacionada con procesos estructurales amplios pero que se configuran de forma específica en lugares concretos. Como afirma Collins (2000a: 74), todos los sistemas de poder están siempre presentes en cada situación, pero la relevancia de cada sistema de poder concreto variará según el tiempo y el espacio. La variabilidad en la configuración de los ejes y su relevancia en cada contexto es una cuestión central, pero ¿cómo se diferencia de otras aproximaciones?

Perspectivas y aproximaciones metodológicas sobre los ejes

Una vez identificados los (posibles) ejes y teniendo en cuenta la relevancia de la premisa general de su interrelación, no se puede pasar por alto que un tema central en los debates sobre interseccionalidad ha sido cuál es la relación entre los ejes. Detrás del concepto general de «mutua constitución», que es el que se acostumbra a utilizar para referirse a la relación entre categorías, existe una gran confusión sobre qué significa exactamente el término (ver Jorba y Rodó-Zárate, 2019). La idea básica es que las categorías se afectan o se transforman entre ellas, y la motivación clave para utilizar el concepto es alejarse de visiones aditivas que consideran las categorías como sumadas entre ellas. El rechazo a esta visión aditiva sobre las desigualdades constituye uno de los objetivos principales para el desarrollo de perspectivas interseccionales desde sus inicios y, por tanto, se ha puesto mucho énfasis en considerar las relaciones de mutua constitución.

La visión de las relaciones entre ejes como *aditiva* ha sido muy criticada, ya que no permite ver cómo la interrelación entre categorías provoca formas de desigualdad y discriminación concretas y diferentes a la suma de los efectos de las categorías. También se ha criticado porque provoca lo que Hancock (2007a) llama las «olimpiadas de la opresión», que vendría a ser la tendencia a buscar el grupo más oprimido de todos en función del número de posiciones de opresión que sufre. Esta tendencia provoca una lógica de competitividad entre grupos en la que parece que el más oprimido es el que «gana». Esta consideración también implica una comprensión de la intersección de los ejes siempre como

suma, es decir, que ser mujer, negra y adulta siempre será peor que ser mujer, blanca y adulta pero mejor que ser mujer, negra y anciana. Gerard Coll-Planas (2013), sobre esta cuestión, habla del «coeficiente de opresión», que sería esta tendencia a entender que por cada eje en el que una persona está oprimida se le sumaría un punto y por el que está posicionada como opresora se le restaría otro. El autor muestra cómo la interseccionalidad propone una forma más compleja de entender los efectos del cruce de ejes.

Esta tendencia de las olimpiadas de la opresión o del coeficiente de opresión suele estar relacionada con una perspectiva de discriminación múltiple en ámbitos como el de las políticas públicas, por ejemplo, donde los grupos minorizados u oprimidos compiten entre ellos para obtener más recursos justificándose a través del grado de opresión. En un artículo central sobre la interseccionalidad dentro del ámbito de las ciencias políticas, Hancock (2007) propone una sistematización de lo que debería ser una aproximación al estudio de los diferentes ejes de desigualdad y define la interseccionalidad como un paradigma de investigación en sí mismo. La autora diferencia entre una *aproximación unitaria*, una *múltiple* y una *interseccional*. La aproximación unitaria es la que considera solo una categoría y la analiza de forma primaria, conceptualizándola como estática, tanto a nivel individual como institucional, y entendiendo que su constitución es uniforme. A nivel metodológico se suelen realizar análisis empíricos o teóricos. La aproximación múltiple es la que aborda más de una categoría y considera que todas tienen la misma importancia en una relación predeterminada entre ellas. Las categorías se consideran estáticas tanto a nivel individual como institucional, e igual que en la aproximación unitaria, se entiende que su constitución es uniforme. En cambio, la aproximación interseccional es la que trata más de una categoría considerando que todas tienen la misma importancia y que la relación entre las categorías es una pregunta empírica abierta y no predefinida. En sí mismas, las categorías son diversas y las personas que integran cada categoría difieren de forma significativa entre ellas. En el análisis, lo individual se integra en lo institucional y los métodos que se utilizan son múltiples. La autora analiza en detalle estas tres aproximaciones, centrándose en su aplicación en el ámbito de las ciencias políticas, y muestra cómo son necesarios métodos concretos que puedan tener en cuenta todas las premisas de la aproximación interseccional.

Basándose en la propuesta de Hancock (2007a), Gerard Coll-Planas y Roser Solà-Morales (2019), en el marco de un proyecto pionero sobre

la aplicación del enfoque interseccional en las políticas públicas locales de no discriminación¹⁴, diferencian tres tipos de perspectivas sobre la desigualdad en políticas locales: *la perspectiva monofocal, la de la discriminación múltiple y la interseccional*. Como explican, la lógica monofocal –que también llaman sectorial o fragmentada– es la lógica habitual de trabajo en la administración pública, y es la que trata de forma independiente un eje de desigualdad, como pueden ser los departamentos de igualdad (género) o de juventud (edad). Según los autores, esta aproximación es problemática porque impide abordar de forma compleja la relación entre ejes y acostumbra a homogeneizar los grupos sociales, pero ha sido también la que ha permitido visibilizar problemáticas concretas derivadas de un eje y también ha facilitado la transversalización de determinadas perspectivas. Respecto a la perspectiva de la discriminación múltiple, Lucas Platero (2012a, 2014) la relaciona irónicamente con «el síndrome YMCA» según el cual las desigualdades se abordan de forma separada y cada categoría implica una clasificación estable¹⁵. A pesar de que se haya criticado que esta aproximación contribuye al etiquetamiento y a la estigmatización, también se ha puesto de relieve la aportación positiva que puede suponer para el reconocimiento de discriminaciones concretas. En la misma línea, Gerard Coll-Planas y Solà-Miralles (2019) muestran cómo esta perspectiva ha sido central en el modelo impulsado por la Unión Europea a través de agencias como la Fundamental Rights Agency. La cuestión problemática de esta lógica es que, a pesar de que trata diferentes ejes de desigualdad a la vez, no se aborda cuál es la relación entre ellos, y por tanto la perspectiva se limita a lógicas aditivas sobre la discriminación¹⁶.

14 Web del proyecto: <http://igualtatsconnect.cat/>

15 N. de la T: Lucas Platero hace esta comparación entre la perspectiva de discriminación múltiple y la canción «Y.M.C.A» del grupo musical Village People porque en su opinión, desde esta perspectiva tiende a «reducirse a evocar diferentes desigualdades obviando cómo las diferentes desigualdades atraviesan a los sujetos y tienen relaciones recíprocas, o mostrando “una colección de algunas desigualdades, o personajes, tal y como representa el conjunto musical Village People y su famosa canción de 1978”» (Platero, 2014: 63).

16 En relación con las políticas públicas, Gerard Coll-Planas y Marta Cruells (2013) analizan la incorporación de marcos interseccionales en el desarrollo de las políticas de igualdad LGTB en el caso catalán y Carmen Romero Bachiller y Marisela Montenegro Martínez (2018) lo hacen también en relación con la Comunidad de Madrid. Diversas autoras (Platero, 2012b; Bustelo, 2009; Lombardo y Bustelo, 2012; Lombardo y Verloo, 2010; Olivella, 2016) también han analizado cómo se han aplicado estos marcos en las políticas públicas sobre

Estas perspectivas, más centradas en el ámbito de las políticas públicas, ponen el foco en la variedad de niveles presente en la interseccionalidad. Diversas autoras han hecho distinciones entre niveles para situar el marco en el que se están analizando las dinámicas interseccionales. En general, todas distinguen entre una parte más individual y relacionada con la experiencia y otra más estructural y sistémica. La primera tendría que ver con cómo se viven las opresiones interseccionales y los efectos que tienen las propias posiciones (múltiples) en relación con la experiencia de la desigualdad. La segunda sería una aproximación más abstracta que estaría relacionada con cómo los sistemas sociales (capitalismo, patriarcado, imperialismo, edadismo...) se relacionan entre ellos. No son niveles excluyentes y la interseccionalidad precisamente pretende analizar la relación entre lo estructural y lo vivido, pero es diferente centrar el análisis en la discriminación que sufren las mujeres negras en el contexto específico que hacerlo en el racismo y el sexismo presente en una ley o en la manera en que históricamente ha evolucionado la relación entre el patriarcado y el racismo. No son perspectivas excluyentes ni opuestas, pero la distinción es útil para darnos cuenta de que existen múltiples niveles en los que se da la interrelación. En concreto, algunas autoras diferencian más concretamente los niveles, como Collins (1990) que distingue entre la biografía, el grupo o la comunidad y el nivel sistémico de las instituciones sociales. Floya Anthias (2012a) diferencia las relaciones sociales concretas, las prácticas discursivas y las ontologías sociales. Winkler y Degele (2011) separan las construcciones de la identidad, las representaciones simbólicas y las estructuras de poder. Como se ha visto en las secciones anteriores sobre las metáforas, otra de las distinciones también sería entre las posiciones y los efectos, permitiendo diferenciar aspectos interconectados en la práctica.

Otra distinción fundamental para comprender el tratamiento de los ejes y su relación en la interseccionalidad es la de Leslie McCall (2005). La autora propone tres aproximaciones diferentes para una investigación interseccional según el uso y la comprensión de las categorías sociales: la aproximación anticategorórica, la intracategorórica y la intercategorórica. Define estas aproximaciones como posibilidades conceptuales o metodológicas que han ido surgiendo desde diferentes posiciones históricas adoptadas en relación con la categorización. No establece una distinción

desigualdades múltiples en el Estado español y de forma comparada con otros estados europeos.

rígida, sino que defiende que muchas investigaciones se sitúan en puntos intermedios entre ellas o hasta fuera de esta clasificación.

McCall (2005) vincula *la aproximación anticategoría* con el feminismo postestructuralista que parte del rechazo o la desconstrucción de las categorías sociales, manteniendo una postura crítica en relación con la categorización en sí misma. Según esta aproximación, utilizar categorías fijas implica la reproducción de desigualdades en el mismo proceso de producir la diferenciación. Como señala la autora, «la consecuencia metodológica es la sospecha en relación tanto con el proceso de categorización en sí mismo como en cualquier investigación que se base en esta categorización, ya que esto lleva inevitablemente a la demarcación, la demarcación a la exclusión y la exclusión a la desigualdad» (McCall, 2005: 1777).

Sitúa *la aproximación intracategoría* relacionada con el feminismo Negro y centrada en grupos sociales concretos en posiciones de múltiple discriminación. Esta aproximación se focaliza en una intersección concreta, como las mujeres negras, y no en la multiplicidad de posiciones dentro de diferentes ejes. Es la aproximación con la que se inicia el estudio de la interseccionalidad y se limita el análisis a una sola posición dentro de cada eje. Por ejemplo, sobre las mujeres negras, solo se tiene en cuenta una dimensión del género (mujeres) y una de la raza (negras). El método que se acostumbra a utilizar en esta aproximación es cualitativo, y en concreto, suele ser el estudio de caso. En este sentido, la multiplicidad y la complejidad aquí vienen dadas por la variedad en relación con diferentes ejes, no con diferentes dimensiones dentro de un eje.

La aproximación intercategoría, que es la que utiliza McCall, implica la consideración de todas las dimensiones en diferentes ejes de desigualdad y defiende un uso estratégico de las categorías analíticas, es decir, las utiliza pero mantiene una postura crítica hacia ellas. Como afirma: «La aproximación intercategoría [...] comienza con la observación de que hay relaciones de desigualdad entre grupos sociales constituidos, siendo estos imperfectos y cambiantes, y toma estas relaciones como centro del análisis. La tarea principal de la aproximación intercategoría es la de explicar estas relaciones, y para hacerlo es necesario el uso provisional de las categorías» (McCall, 2005: 1784-85). A través de esta aproximación, la autora desarrolla un análisis cuantitativo estadístico para analizar las desigualdades salariales en las economías regionales norteamericanas. Clasifica a los individuos en las categorías analíticas tradicionales y examina las desigualdades entre los grupos a

través de un método de comparación sistemática. Esto es lo que ella llama «una aproximación intercategoría» ya que tiene en todo momento en cuenta todas las posiciones en cada categoría y en diversos ejes.

La interseccionalidad aparece como un paradigma concreto que pone el énfasis en la relación entre los ejes y para el que existen diversas aproximaciones. Pero, más allá de mostrar que tiene en cuenta la relación entre categorías, ¿cómo se configura esta relación en concreto?

La relación entre categorías: una aproximación pluralista y contextual

La propuesta concreta sobre la relación entre las categorías, al igual que sobre qué ejes tratar, se basa en aplicar la aproximación geográfica y permitir que sea el contexto el que muestre cuáles son las relaciones concretas entre categorías, más allá de afirmar que están relacionadas entre ellas. Con esta aproximación pluralista y contextual (Jorba y Rodó-Zárate, 2019) no se fijaría un tipo de relación específica y general, sino que se dejaría la puerta abierta a una multiplicidad de relaciones, en la misma línea que Hancock (2007a) defiende que el tipo de relación entre categorías en una aproximación interseccional no tiene que ser un *a priori*, sino que es una cuestión empírica abierta. Pero ¿cuáles son los tipos posibles de relación entre categorías en contexto concretos?

Una posible relación entre categorías es la relación de intensidad, ya sea en el sentido de intensificación como en el de mitigación. La *intensificación* se da cuando, en una relación entre (al menos) dos categorías de opresión, una intensifica los efectos de la otra (ver Khader, 2013; Verloo, 2009; Rodó-de-Zárate, 2015). Por ejemplo, en relación con el aborto, la clase social intensifica la opresión de género, ya que mujeres con pocos recursos económicos verán intensificada la restricción de su derecho al aborto en contextos donde haya una legislación contraria a este derecho. La relación de mitigación sería a la inversa, y el mismo ejemplo sigue siendo útil: una mujer con una posición económica acomodada podrá mitigar su opresión de género en relación con el derecho al aborto porque, a pesar de que en su país esté restringido, tendrá recursos económicos para mitigar la limitación de su derecho yendo a otro país, por ejemplo. Esta mujer continúa sufriendo una opresión de género porque no tiene derecho a decidir sobre su propio cuerpo, pero mitiga los efectos de esta opresión en base a su posición privilegiada de clase.

Sin embargo, esta relación de *mitigación* también se puede dar entre posiciones de opresión. En el estudio de Joseli Maria Silva y Marcio Jose Ornat (2015: 1082) sobre las redes de prostitución de travestis y su movilidad transnacional entre Brasil y el Estado español, muestran como «las travestis utilizan los significados que envuelven la nacionalidad/ racialidad brasileña en el sentido que movilizan elementos de la brasilianidad en beneficio propio en el mercado sexual español». A pesar de que las representaciones de las mujeres brasileñas están llenas de elementos de subordinación colonial, las travestis brasileñas se aprovechan de estas representaciones culturales para mitigar su situación de desventaja tanto de clase como sexual, ya que tienen un capital erótico que utilizan para mejorar su situación económica.

Este ejemplo se puede relacionar también con la situación de mujeres lesbianas y la mitigación que su orientación sexual puede suponer para la opresión que sufren como mujeres. El hecho de no tener relaciones sexo-afectivas con hombres o de no tener unos roles de género predeterminados en relación con el trabajo de cuidados, puede implicar una mitigación de las desigualdades y violencias que las mujeres heterosexuales sufren en el ámbito doméstico. Este caso sería otro ejemplo de cómo una posición de desventaja puede mitigar una opresión en un contexto concreto. También puede llegar a darse la cancelación de los efectos opresivos de una categoría, que sería un caso extremo de mitigación (Verloo, 2009).

El análisis también puede darse en el sentido contrario: observando cómo una posición de privilegio puede intensificar una posición de opresión en un caso determinado. Por ejemplo, en relación con la juventud racializada y su presencia en el espacio público, los chicos pueden estar más estigmatizados que las chicas, siendo considerados como sujetos peligrosos e implicando esto todo tipo de control social y represión en la calle. Esto no quiere decir que las chicas racializadas sufran menos violencia que los chicos en general, simplemente muestra cómo un grupo social –chicos jóvenes racializados– en un contexto concreto, como el espacio público, sufre una intensificación de la discriminación dada por la relación entre diferentes sistemas.

Pero hay otro tipo de relaciones que no se pueden explicar a través de dinámicas de intensificación. Por ejemplo, ante el caso del derecho a voto en los Estados Unidos para personas negras y para mujeres, la situación de las mujeres negras no se puede comprender en términos de intensificación, sino de lo que llamo *confluencia*. Ellas no podían

votar, ni como negras ni como mujeres, pero el resultado no era una posición en el voto diferente. «Simplemente» no podían votar, como tampoco podían hacerlo los hombres negros o las mujeres blancas. Si se analiza el contexto de lucha por el derecho a voto, su situación claramente no era la misma que la de las mujeres blancas sufragistas ni la de los hombres negros, pero en el caso concreto del derecho a voto, esta debe analizarse como la confluencia de los efectos de la discriminación.

En esta visión pluralista no solo es importante considerar que hay diferentes formas de afectación, sino que también se pueden incluir los *efectos aditivos*. Es importante diferenciar entre una aproximación aditiva —que implica la consideración de las categorías como independientes y separadas— y la posibilidad de considerar los efectos aditivos en una aproximación interseccional (ver Else-Quest y Hyde, 2016). Además, los efectos aditivos aquí no se consideran como *la* relación entre categorías, sino como una posibilidad más. Como ejemplo de este tipo de efectos, es interesante ver el caso que analiza Lisa Bowleg (2008). La autora muestra cómo los ingresos por unidad familiar de las lesbianas negras son relevantemente más bajos que los de las parejas de heterosexuales negras y que los de las parejas de gays negros¹⁷. En concreto, muestra que

las parejas negras del mismo sexo tenían unos ingresos medios anuales por unidad familiar (49.000\$) 2.000\$ inferiores a los de los matrimonios negros heterosexuales (51.000\$). Las parejas del mismo sexo de mujeres negras, en cambio, tenían unos ingresos medios de 9.000\$ menos que los matrimonios negros heterosexuales, 7.000\$ menos que las parejas de hombres negros del mismo sexo y la sorprendente cifra de 21.000\$ y 29.000\$ menos que las parejas del mismo sexo de mujeres y hombres blancos respectivamente, ilustrando claramente cómo las desigualdades estructurales basadas en la intersección entre raza, sexo y orientación sexual afectan a las parejas del mismo sexo de mujeres negras de forma negativa (Bowleg, 2008: 313).

Este ejemplo evidencia que las cuestiones de orientación sexual, género y raza están claramente relacionadas con las condiciones materiales de vida, pero también que, en relación con un tema específico como los ingresos por unidad familiar, la aproximación aditiva puede ser útil. En este

17 Los datos se basan en el estudio hecho por Bowleg (2008) en los Estados Unidos con datos del US Census Bureau del 2000.

caso concreto se identifica un incremento o descenso de los ingresos según las múltiples posiciones que, si bien no es extrapolable a cualquier otra forma de desigualdad o discriminación que puedan sufrir, sí que se tiene que considerar como una posibilidad y no descartarla de entrada por ser opuesta a los planteamientos interseccionales.

Creo que la voluntad de mostrar la mutua constitución entre categorías y alejarse de visiones aditivas simplistas y totalizadoras ha supuesto un rechazo absoluto a este tipo de relación. Pero, aunque no pueda ser considerada como *la* forma de relación, sí se tiene que poder tener en cuenta como una posibilidad en un marco pluralista de relaciones entre categorías. Es necesario recordar que la adición aquí se está considerando siempre en relación con los efectos concretos que se puedan dar, no con las posiciones. Es decir, no es que la identidad de estas mujeres negras lesbianas sea aditiva, sino que los *efectos* que tienen sus posiciones en diferentes estructuras de poder pueden ser, en casos determinantes, aditivos.

Para la relación entre categorías es central la perspectiva contextual, es decir, qué ejes destacan más en según qué contexto. Esta perspectiva, junto con la visión pluralista sobre las relaciones, abre la puerta a un dinamismo en la configuración de desigualdades sociales que rompe con esencialismos e identidades rígidas. Por ejemplo, en cuanto al binomio víctima/agresor, las situaciones de discriminación serán diferentes según las múltiples posiciones que se ocupen y el lugar en el que se den, y esto rompe con la rigidez del binomio. Las posiciones de opresión no siempre y en todo momento implican ser víctima, y esto abre la puerta a concepciones más dinámicas y menos rígidas sobre las identidades, pero también sobre las violencias y la manera de afrontarlas.

Como se ha visto, una premisa clave de la interseccionalidad es que, como afirma Patricia Hill Collins (1990), no podemos hablar de «víctimas puras» de la opresión, sino que «cada individuo obtiene cantidades variables de desventaja y privilegio de los múltiples sistemas de opresión que estructuran sus vidas» (Collins, 1990: 229). Todo el mundo está situado en posiciones de privilegio y opresión de forma simultánea, y se pueden estar sufriendo los efectos negativos de una posición a la vez que se está teniendo una ventaja en otro sentido. Esta experiencia, que puede vivirse de forma contradictoria sobre todo cuando una persona se enfrenta a sus privilegios, es clave para entender que no hay víctimas ni agresores en un sentido absoluto. Romper con esta dicotomía puede proporcionar herramientas muy valiosas para comprender las dinámicas de la violencia, huyendo de

visiones esencializadoras y marcos conceptuales rígidos que limitan la comprensión de la complejidad de las relaciones sociales.

Tanto en la identificación de diferentes ejes como en la relación entre ellos, la cuestión del lugar es central, ya sea para mostrar cuáles son los ejes más relevantes para explicar una situación concreta, para identificar formas de relación entre categorías o para permitir esta visión no binaria sobre las posiciones de opresor/oprimido. En la siguiente sección me centro en esta cuestión, planteando una propuesta sobre la conceptualización del lugar vinculada con la interseccionalidad. Una propuesta dirigida hacia unas geografías de la interseccionalidad como forma de otorgar al lugar la centralidad que merece como constitutivo de las dinámicas interseccionales y de la configuración concreta de las desigualdades. Una propuesta para una interseccionalidad situada.

El lugar en las dinámicas interseccionales

Como se ha ido apuntando, la perspectiva espacial, el contexto, es un factor clave en la comprensión de la interseccionalidad de forma situada y dinámica. Por mi formación inicial en ciencias políticas, la consideración del lugar en la teorización sobre cuestiones sociales no había sido nunca una cuestión central, pero el hecho de incorporarme al Grupo de Geografía y Género de la Universitat Autònoma de Barcelona como estudiante de doctorado me «obligó» a incluir una perspectiva geográfica a los temas de género que trabajaba. Creo que las aportaciones de las geógrafas feministas y la consideración del espacio y el lugar como elementos fundamentales en la configuración de las relaciones sociales desiguales ha sido una de las cuestiones más enriquecedoras de mi investigación. También ha sido desde esta perspectiva desde la que he podido analizar la interseccionalidad con otras gafas, de una manera más situada, más contextualizada, geográfica. En esta sección intento contribuir al desarrollo de esta mirada, aportando nuevos elementos para reflexionar sobre las dinámicas interseccionales.

En las conceptualizaciones sobre interseccionalidad, diversas autoras han mostrado la relevancia del lugar en las dinámicas interseccionales, a menudo refiriéndose a él como contexto. Yuval-Davis, por ejemplo, identifica la importancia de analizar cómo las posiciones específicas se interrelacionan y se afectan las unas a las otras en lugares y contextos particulares (Yuval-Davis, 2006: 200). La autora

remarca que la especificidad histórica y contextual puede ser una forma de evitar el esencialismo en las categorías, ya que las categorías concretas siempre se dan en un momento y lugar determinados, respondiendo así a las críticas por parte de autoras postestructuralistas.

Floya Anthias (2012a) argumenta que las categorías sociales no solo se relacionan entre ellas, sino que también lo hacen con el lugar y el tiempo de una forma variable. La autora propone el concepto de «posicionalidad translocacional» (*translocational positionality*) (Anthias, 2001, 2011, 2012b) como idea que permite explorar las narrativas de localización y posicionalidad que se producen a través de la interacción. La posicionalidad translocacional se estructura sobre la base de la relación entre diferentes posiciones de género, etnicidad, raza y clase, entre otras. La posicionalidad es el lugar entre la estructura y la agencia, la idea de «posición» o «ubicación» (*location*) reconoce la importancia del contexto y su variabilidad. La translocacionalidad se refiere a la complejidad de posiciones que pueden existir. Anthias (2012b: 130) destaca también que «la mirada translocacional es una herramienta para analizar posiciones y procesos, incluyendo los transnacionales, dando importancia a los contextos más amplios y a la temporalidad».

Patricia Hill Collins y Silma Bilge (2016) también sitúan el contexto social como un elemento central para la interseccionalidad, como también lo es la relacionalidad entre categorías y sistemas, el poder, la desigualdad, la justicia social y la complejidad. Sobre el contexto social, afirman que la interseccionalidad adquiere significado según los contextos sociales específicos y que es necesario poner el acento en las geografías locales, regionales y globales para entender determinados procesos. Las autoras se centran en contextos específicos, como el contexto institucional académico. En la misma línea, Collins (2000a: 228) afirma que la dominación se estructura de formas diversas en diferentes países y añade que, a pesar de que las matrices se organizan de múltiples formas según los contextos, el concepto de «matriz de dominación contiene la universalidad de las opresiones interseccionadas como organizadas a través de diversas realidades sociales». Esto se relaciona con su idea de que, a pesar de que los sistemas de poder están presentes, el lugar y el tiempo hacen que unos destaquen más (*salient*) que otros. Lucas Platero (2012a) también remarca que la mirada interseccional consiste en fijarse en las identidades y manifestaciones que son relevantes en cada contexto y en las maneras cómo los sujetos las encarnan para darles un significado. Un significado siempre temporal, hecho que

aporta dinamismo a las construcciones identitarias (Platero, 2012a). En la misma línea, Carmen Romero Bachiller y Marisela Montenegro Martínez (2018: 12) apuestan por una mirada contextual a las desigualdades que tenga en cuenta la *sistematicidad de las contingencias*. Como explican las autoras, esta aproximación se basa en un análisis interseccional centrado en «los contextos concretos, situados histórica, geográfica y temporalmente en los que las dinámicas de diferenciación tienen lugar para comprender cómo se configuran las continuidades y discontinuidades en relación con las dinámicas de poder».

Recientemente, Ashleigh E. McKinzie y Patricia L. Richards (2019) han defendido también una aproximación contextual que tenga en cuenta cómo la raza, la clase o el género no tienen los mismos significados en lugares o tiempos diferentes. Argumentan también que focalizar los análisis en el contexto contribuye al retorno a la radicalidad de la interseccionalidad, ya que permite centrarse en las instituciones y las estructuras de poder y no solo en la identidad, que termina llevando a la despolitización del concepto.

A pesar de la relevancia que algunas autoras le han dado al contexto, no hay desarrollos teóricos específicos sobre la conceptualización del lugar (o el contexto) en las dinámicas interseccionales. Es decir, si bien hay múltiples textos que muestran análisis contextualizados sobre la interseccionalidad o la necesidad de incorporar el contexto en los análisis teóricos interseccionales, no hay desarrollos conceptuales sobre el lugar en sí mismo o sobre el rol que juegan los lugares en las dinámicas interseccionales más allá de afirmar que existe una variabilidad de configuraciones. La geógrafa Doreen Massey (2005) afirmaba que cualquier noción de sociabilidad implica una dimensión de espacialidad, es decir, que cualquier aproximación a lo social o lo político implica y requiere una conceptualización concreta de la espacialidad. Creo que esta perspectiva ha estado ausente en la teoría interseccional como aproximación a lo social y a lo vinculado con las relaciones de poder.

Por otro lado, desde la geografía se ha teorizado extensamente sobre el espacio, el lugar y las relaciones sociales y de poder. Las geógrafas feministas han incorporado conceptualizaciones del lugar muy complejas en temas centrales para el feminismo, como la geógrafa feminista Gillian Rose, que en su libro *Feminism & Geography: the limits of geographical knowledge* (1993) utilizaba el concepto de espacio paradójico para referirse al carácter multidimensional, cambiante y contingente del poder, de estar al mismo tiempo en el margen y en el centro, dentro y fuera.

Otras autoras como Audrey Kobayashi (1994), Linda Peake (1993), Geraldine Pratt (1999) o Sue Ruddick (1996) también llevaron a cabo estudios pioneros centrados en la interconexión entre el género y otras identidades desde perspectivas geográficas, a pesar de que no dialogasen específicamente con la literatura concreta sobre interseccionalidad.

Un texto precursor sobre la interseccionalidad desde la perspectiva geográfica fue el de Gill Valentine (2007). La autora afirmaba que el hecho de que la interseccionalidad se centrara en la experiencia vivida tenía implicaciones importantes en lo que respecta a los análisis de la producción del espacio y el poder. Mostraba que la interseccionalidad «ofrece una herramienta potencialmente muy importante para la geografía feminista en la comprensión de estrechas conexiones entre la producción del espacio y las producciones sistemáticas de poder» (Valentine, 2007: 17). En este sentido, Valentine apuntaba a las posibilidades que podía ofrecer la interseccionalidad y defendía que «la capacidad de representar unas u otras identidades o realidades es altamente contingente a las relaciones de poder de los lugares en y a través de los cuales se dan nuestras experiencias» (Valentine, 2007: 19). El texto de la autora mostraba de forma clara la necesidad de desarrollar teóricamente estas relaciones y de vincular las geografías feministas con la interseccionalidad. Para mí, este texto fue un importante punto de partida y un gran estímulo para el posterior desarrollo de las geografías de la interseccionalidad, ya que señalaba de forma pionera la necesidad de profundizar en este campo de estudio.

Más recientemente, en el número especial sobre la Interseccionalidad en las geografías feministas publicado en *Gender, Place and Culture* (ver Rodó-de-Zárate y Baylina, 2018), Sharlene Mollet y Caroline Faria (2018) defienden que la interseccionalidad es en sí misma un concepto espacial, y lo evidencian con las metáforas espaciales que las autoras utilizaron desde sus inicios. Aunque es una tendencia que ha cambiado mucho en los últimos años (ver Hopkins, 2017), la participación por parte de las geógrafas en los debates sobre interseccionalidad no ha sido muy común.

Aunque las autoras sobre interseccionalidad hayan tenido en cuenta el contexto y las geógrafas hayan tenido en cuenta la interconexión entre diferentes ejes de desigualdad¹⁸, si se presta atención al listado de referencias en los artículos y libros clave sobre interseccionalidad,

18 Esta incorporación de la perspectiva interseccional se puede ver también en otros campos de estudio, como por ejemplo las geografías de la infancia (ver Hopkins y Pain, 2007).

difícilmente se encontrarán geógrafas que participen en los debates sobre la relación entre ejes o se localizarán citas de obras donde se desarrollen concepciones críticas sobre el espacio y el lugar. Una de las causas seguramente es que la interseccionalidad como campo de estudio surge de disciplinas como la sociología, los estudios legales, la ciencia política o la antropología, más que de la geografía. Las fronteras disciplinares seguramente han tenido que ver, pero lo cierto es que ha habido pocas influencias entre la tradición interseccional y las geografías críticas. A continuación, intento contribuir al establecimiento de puentes entre los estudios interseccionales, las geografías feministas y las geografías críticas a través de una conceptualización del rol del espacio en las relaciones interseccionales.

Hacia unas geografías de la interseccionalidad

En geografía se suele definir el espacio como algo abstracto, una superficie, algo que se puede medir y que puede ser representado. En cambio, el lugar se suele conceptualizar como un punto en el espacio, que es concreto y tiene significado. Pero el lugar también está vinculado con las emociones, los significados, las imágenes y los textos, que lo constituyen y lo convierten en algo más que un punto en el espacio. Doreen Massey (2005) también defiende que mientras el espacio es abstracto, el lugar es concreto. Esta concepción dualista ha sido cuestionada y, además, en la literatura académica están presentes diversos usos de cada concepto, pero esta distinción ha sido fundamental para evidenciar la construcción social del espacio (ver Cresswell, 2004)¹⁹.

La espacialidad también es un concepto clave para comprender esta vinculación entre lo social y lo espacial. Como afirman Michael Keith y Steve Pile (1993), el concepto de espacialidad hace referencia a cómo lo social y lo espacial están constituidos de forma inextricable, y en las circunstancias en las que la sociedad y el espacio se producen de forma simultánea a través del pensamiento, el sentimiento o la práctica. El

19 Para la teoría no representacional (*actor-network theory*), los lugares se conciben también como resultado de la interacción entre agentes humanos y no-humanos (como plantas, animales, minerales, tecnologías y herramientas). Para un desarrollo, ver Anderson y Harrison (2010).

concepto de espacialidad incide en que lo social produce el espacio y el espacio produce lo social, y que esto se experimenta de forma diferente.

Una de las distinciones clave sobre el espacio es la de Henri Lefebvre (1974), que distingue entre el espacio percibido, el vivido y el concebido. El autor considera que cada sociedad produce espacio y que, por tanto, el espacio es un producto social fruto de determinadas relaciones de producción y de procesos históricos. Estos procesos interrelacionan aspectos diversos sobre los espacios que Lefebvre diferencia a través de su tríada: el espacio percibido es la práctica del espacio, el más próximo a la vida cotidiana y tiene que ver con los usos que se hacen de los espacios. El espacio vivido es el espacio de representación, que sería un espacio que supera el espacio físico y está cargado de símbolos e imaginarios. Y el espacio concebido es la representación del espacio, un espacio abstracto que puede ser representado en forma de mapas, por ejemplo, y que está estrechamente vinculado a las relaciones de producción y está compuesto por signos y códigos.

Como ya se ha mencionado, otra de las autoras clave para la concepción del lugar ha sido Doreen Massey, que es la autora en quien me baso para explicar la relación del lugar con la interseccionalidad. Massey (2005) argumenta que el espacio ha sido menospreciado, dando preferencia al tiempo. El tiempo se ha considerado como más abierto y creativo, mientras que el espacio se ha considerado tradicionalmente como más estático. La autora defiende una visión conjunta del espacio y del tiempo en que los lugares son el resultado de procesos de creación y de encuentro, nunca fijados, sino abiertos y en permanente creación. Defiende que no se debe considerar la forma del espacio, sino su contenido, ya que el espacio no es solo una entidad geográfica sino política, el espacio es las relaciones sociales que lo conforman, que sitúan a grupos sociales en posiciones diferentes y desiguales (Massey, 2005).

La aproximación de Massey (2005) en el espacio se basa en tres proposiciones: *a*) el reconocimiento del espacio como producto de interrelaciones, *b*) el espacio como esfera de la posibilidad de la existencia de la multiplicidad –la esfera de la heterogeneidad coexistente–, y *c*) el espacio como en permanente construcción, nunca terminado ni cerrado. Para la autora, el espacio no existe antes que las identidades/entidades ni antes que las relaciones entre ellas, sino que hay una relación de co-constitución. Este lugar, entendido como un proceso de permanente construcción, es el que permite imaginar la coexistencia con otras personas, con sus trayectorias. En un contexto globalizado,

las distancias y los vínculos también se modifican, generando interconexiones entre lugares que pueden parecer distantes.

Continuando la propuesta de conceptualización de Massey, si los lugares son entendidos en los términos de las relaciones sociales que los vinculan y si «las identidades/entidades, las relaciones “entre” ellas y la espacialidad que es parte de ellas, están todas co-constituidas» (Massey, 2005: 10), es necesario considerar que las relaciones interseccionales están también constituidas por el espacio y que el espacio está al mismo tiempo constituido por estas relaciones. Siguiendo a la autora, esta co-constitución sería precisamente lo que aportaría fluidez y heterogeneidad tanto a los lugares –o a las relaciones entre ellos– como a las identidades. El lugar, pues, es lo que aporta dinamismo a las relaciones interseccionales posibilitando una concepción de las posiciones sociales que se aparta de perspectivas fijas y esencialistas de la identidad.

Para los debates sobre interseccionalidad, la propuesta de considerar el lugar como constitutivo de las dinámicas interseccionales, y no como «el lugar donde pasan» las diferentes configuraciones interseccionales, es una cuestión fundamental. Implica una concepción del lugar no estática, en permanente construcción y sobre todo social. Implica también dejar de concebir los espacios –de la misma forma que las identidades– como naturales o dados de antemano, e implica también considerar que el espacio tiene un rol central en la configuración de dinámicas interseccionales concretas y que los significados, efectos y las relaciones de poder en cada lugar varían dependiendo de las relaciones interseccionales que lo constituyen, tanto las presentes como las que han contribuido a su configuración en procesos históricos. Esta perspectiva abre la posibilidad de redirigir el foco que se ha colocado en la relación entre categorías para dar importancia a la espacialidad, ofreciendo una visión más dinámica, contextual y situada de las relaciones interseccionales. Además, posibilita centrar el análisis en los efectos más que en las identidades, hecho que puede evitar la reificación de las categorías y propicia una aproximación a las desigualdades más estructural.

Otra de las cuestiones que Massey apunta (1994: 3) es que «las relaciones sociales del espacio se experimentan y se interpretan de forma diferente por parte de personas con diferentes posiciones». Defiende que su forma de conceptualizar el espacio implica la existencia de una multiplicidad de espacios simultáneos que intersectan entre sí. Esta cuestión es muy relevante desde la perspectiva interseccional, ya que muestra cómo según las diferentes posiciones interseccionadas, la

experiencia del espacio cambia. En este sentido, un mismo espacio tiene significados diferentes y se vinculan emociones diferentes según el género, la etnicidad, la clase o la diversidad funcional, por ejemplo. Comprender esto desde la interseccionalidad implica entender que, según las múltiples posiciones, la experiencia en un lugar variará. El Camp Nou, la oficina de atención a la ciudadanía, el instituto o el hogar tendrán significados diferentes e implicarán diferentes efectos de las relaciones de poder según las diferentes posiciones interseccionadas de las personas. Por tanto, en base a estas concepciones sobre el espacio y a la relación con lo social, creo que es importante tener en cuenta algunas cuestiones para una incorporación de la espacialidad en la interseccionalidad, lo que llamo «las geografías de la interseccionalidad».

Una primera cuestión, que ya ha sido desarrollada, es la *relación de la mutua constitución* entre los lugares y la interseccionalidad. Es necesario tratar de evitar concepciones del lugar como contenedores donde se dan ciertas relaciones y entenderlos como construcciones sociales en sí mismos y como centrales en la configuración de desigualdades interseccionales. Esto tiene implicaciones fundamentales en la consideración de las propias categorías, ya que la perspectiva geográfica permite aportar dinamismo y romper con visiones rígidas sobre la identidad o las relaciones de poder. Esta visión también refuerza la dimensión estructural de la interseccionalidad, ya que la producción de los espacios se vincula con relaciones sociales y de poder y se aleja de planteamientos únicamente referidos a las identidades.

Una segunda cuestión tiene que ver con la *relacionalidad entre lugares*, por un lado, y con la relacionalidad entre tiempo y espacio, por el otro. Los lugares están vinculados entre ellos por relaciones de producción y reproducción y por relaciones de poder que se dan en ellos y los producen. La violencia que recibe una menor en el hogar tiene efectos sobre su experiencia en la escuela. Por tanto, es fundamental comprender que, aunque es necesario analizar los contextos de relaciones interseccionales de forma situada y concreta, también lo es no perder de vista que estos espacios no se pueden analizar aisladamente, puesto que seguramente muchas dinámicas de desigualdad no se pueden entender solo por las relaciones de poder del propio lugar, sino que hace falta comprenderlas a través de la relacionalidad entre los lugares. El ejemplo de la casa y la escuela vincula lugares de la vida cotidiana muy próximos, pero se puede pensar también en otras escalas. Por ejemplo, no se puede concebir la situación de precariedad de trabajadoras del hogar en Barcelona si no se

entiende la situación a nivel transnacional, las cadenas globales de cuidado (Pérez Orozco, 2014) o la situación específica en Bolivia, por ejemplo.

Y la *relacionalidad entre el lugar y el tiempo* es la que implica un análisis que tenga en cuenta los procesos históricos que han configurado los lugares y las relaciones sociales. Es imprescindible comprender los procesos de colonización para entender los procesos migratorios actuales o el racismo. En este sentido, la dimensión temporal también ofrece la posibilidad de vincular situaciones concretas con estructuras de desigualdades globales, ya que los lugares también están configurados por la acumulación histórica de las relaciones sociales. Por tanto, la relacionalidad no se da únicamente entre categorías, que suele ser la cuestión considerada como central en interseccionalidad, sino que también se da entre los lugares, en diferentes escalas y dimensiones temporales.

La tercera cuestión está vinculada a cómo, según las posiciones sociales, los lugares *se viven de forma diferente y desigual*. Esta premisa es básica y es la que más se ha desarrollado en la interseccionalidad, mostrando de forma contextual cómo se configuran determinadas situaciones de violencia, discriminación o desigualdades en diferentes lugares y por personas posicionadas de forma diferente. Esta cuestión muestra la inestabilidad de las relaciones interseccionales y la variabilidad de sus efectos según los cuerpos. Es relevante vincular este punto tanto con la relacionalidad entre espacios como con su producción social. Los lugares se viven de forma diferente según las posiciones, pero también según las experiencias en otros espacios. Al mismo tiempo, los espacios se producen a través de determinadas relaciones sociales. En este sentido, estudiar las dinámicas interseccionales en una prisión requiere analizar las dinámicas concretas que se dan dentro, los efectos variables que suponen para diferentes grupos y también su relación con otros espacios y tiempos.

En relación con este punto, es importante relacionar la experiencia variable, dinámica y espacial con los procesos de transformación social. En el tercer capítulo se abordan los orígenes y genealogías sobre la interseccionalidad y se profundiza más en esta cuestión, pero aquí es importante desatacar el papel del lugar en lo que llamo «los desencajes interseccionales productivos». Estos desencajes son los que se dan entre las propias posiciones y los lugares cuando los cuerpos no encajan en determinados espacios, como puede ser el desencaje de una persona trans en un lugar con identidades de género muy normativas o el de una mujer cis en un espacio muy masculinizado. Este desencaje puede generar un malestar limitante, pero este malestar también puede ser productivo,

es decir, puede fomentar la reflexión y la acción sobre las dinámicas interseccionales²⁰. Un desencaje productivo se puede dar en forma de pensamiento estructurado y de acción colectiva organizada –como en el caso del desencaje del feminismo Negro en los Estados Unidos en relación con el movimiento feminista y el movimiento por los derechos civiles–, pero también se puede dar como práctica cotidiana. Una práctica cotidiana interseccional en la que el desencaje empuja a transformar los espacios o crear otros nuevos, como por ejemplo irte a vivir con personas que hablan tu lengua o que te acompañarán en tu transición de género. Es necesario concebirlo como un proceso abierto, cotidiano y en permanente construcción, y no como una solución final. Es decir, es un desencaje dinámico que también puede ser contradictorio, porque volviendo al ejemplo anterior, puede ser que con las personas que hablan tu lengua el desencaje surja por cuestiones de género, o que con las que te acompañen en tu transición de género surja por cuestiones de clase. Sin embargo, este desencaje vinculado a los lugares es fundamental para comprender la relación entre la estructura y la agencia en las relaciones interseccionales, una relación que es dinámica, situada y espacial.

Por último, la cuarta cuestión hace referencia a las *jerarquías geográficas* y a cómo estas impiden comprender la afectación de las desigualdades sociales en la vida cotidiana. La teoría política tradicionalmente se ha centrado en la esfera pública de la vida, conceptualizando solo lo público como político y negando la esfera privada, hecho que tiene consecuencias muy importantes para la concepción de la ciudadanía (Pateman, 1988). A nivel económico, esta distinción también fundamenta la centralidad del mercado y el trabajo remunerado que menosprecia la relevancia de los trabajos de cuidado y la sostenibilidad de la vida (Pérez Orozco, 2014). Esto implica también una jerarquización geográfica que prioriza los espacios públicos sobre los privados en cuestiones como, por ejemplo, los estudios urbanos, que se acostumbran a centrar en las plazas y calles y descuidan por completo los hogares como constitutivos de las ciudades y las relaciones de producción y

20 En el capítulo «La Güera» que Cherrie Moraga escribe en *This Bridge Called My Back. Writings by radical women of color* (Moraga y Anzaldúa, 1983), utiliza la expresión «clic» para identificar los momentos en su experiencia vital en los que se dio cuenta de formas concretas en que sufría opresión y en cómo ella misma estaba alienada o ignoraba formas concretas de dominación. Estos desencajes también podrían ser este «clic», esta toma de conciencia surgida de una situación puntual que pone de relieve determinadas estructuras y la propia posición en ellas.

reproducción en ellas. Pero también implica la invisibilización de otros espacios considerados como inferiores o como no políticos porque se dan prácticas vinculadas a lo privado o lo reproductivo, como puede ser un lavabo público, un parque infantil, una habitación de hotel o el propio coche. Es importante considerar esta dicotomía, que impregna todos los ámbitos de la investigación (y de la vida), en las perspectivas espaciales sobre interseccionalidad, ya que muchas de las desigualdades y discriminaciones interseccionales tienen su causa en estos espacios privados y cotidianos que ni se estudian, ni se representan, ni se disputan.

Continuando con esta jerarquización geográfica entre diferentes espacios, desde las geografías feministas también se ha mostrado cómo la concepción geográfica tradicional ha concebido el cuerpo como algo perteneciente al ámbito privado, y por tanto como no digno de ser estudiado. Pero las geógrafas feministas han mostrado cómo el cuerpo es también un lugar, un espacio social con fronteras fluidas producido por un entramado de relaciones de poder (ver Longhurst 2001). Es a través de los cuerpos que los espacios son vividos y que nos comunicamos y negociamos permanentemente con nuestro entorno (Valentine 2001). Los cuerpos están posicionados social y geográficamente y partir desde la corporalidad es también fundamental para comprender las dinámicas interseccionales. Las posiciones sociales están encarnadas y los cuerpos situados en lugares concretos. Por tanto, es también a través de los cuerpos que se puede comprender la importancia de la relación entre lo social y lo espacial.

Estas cuatro premisas sobre el rol del lugar en las dinámicas interseccionales pretenden ser un paso para el desarrollo de las geografías de la interseccionalidad. Unas propuestas para una interseccionalidad situada que permita concepciones contextualizadas sobre las relaciones entre ejes de desigualdad y que se fundamente en desarrollos sociales y críticos sobre el lugar que superen visiones esencialistas sobre las identidades, conceptualizaciones estáticas sobre los espacios y perspectivas binarias sobre el privilegio y la opresión. Una propuesta que permita analizar tanto las configuraciones desiguales de la experiencia de la opresión como su dimensión estructural.

Aplicando la teoría: intersecciones en el hogar

Como ejemplo de esta mirada espacial en la interseccionalidad, si pensamos en un lugar como el «hogar» vemos claramente que no es solo

un espacio, sino que lo que llamamos «hogar» se construye también en base a emociones y significados. Es el resultado de unos procesos materiales, legales, encarnados, históricos y emocionales que configuran la construcción social de un espacio. La misma situación de la casa, su entorno, las infraestructuras y los recursos disponibles, la misma distribución del hogar o los elementos interiores se construyen vinculadas con unas relaciones económicas y de poder concretas, que a su vez se condicionan mutuamente. Tener acceso a agua corriente o no puede estar relacionado con la segregación económica y racial en una ciudad. La situación de la cocina dentro de la casa tiene que ver con las relaciones de género, la división sexual del trabajo y el (no) reconocimiento del trabajo de cuidado. El tamaño de las habitaciones puede estar relacionado con una visión adultocentrista que da preferencia de espacios a las personas adultas de una familia, y un diseño capacitista puede implicar obstáculos o limitaciones de acceso a personas con diversidad funcional.

Las casas se construyen sobre la base de las relaciones sociales del entorno, y la situación y características de estas posibilitarán o potenciarán unas relaciones y actividades u otras. Los apartamentos de dos habitaciones en edificios herméticos no potencian la vida en común, ni los baños pequeños facilitan el trabajo de cuidados cuando alguien tiene que ayudar a bañarse a otra persona. Que en el salón no haya una foto de la boda del hijo con su marido por pura homofobia aumenta su sentimiento de exclusión y al refuerzo de la heteronormatividad. La relación de mutua constitución se ve de forma clara en relación con la producción del espacio doméstico y las relaciones sociales que se dan en él.

El significado que se le da a los hogares y a los espacios privados tiene también una clara vinculación con las estructuras sociales. Carole Pateman (1988) ha sido la autora fundamental para evidenciar cómo lo público está definido en base a lo masculino, que a su vez es lo que se considera como político. La autora, en el libro *El contrato sexual* (1995 [1988]), cuestiona las teorías contractualistas mostrando cómo el poder político se sostiene sobre la subordinación sexual de las mujeres, que sería una parte fundamental del contrato y, por tanto, de la conceptualización de la ciudadanía. Silvia Federici (2010) ha mostrado también cómo la domesticación de las mujeres y su expulsión del ámbito público está estrechamente vinculada con el asentamiento del capitalismo. Rita Laura Segato (2016) muestra cómo esto también se da en los procesos de conquista y colonización de América, procesos que entiende también

como condición de posibilidad de la modernidad y del capitalismo. La autora afirma que

al mismo tiempo que el sujeto masculino se torna modelo de lo humano y sujeto de enunciación paradigmático de la esfera pública, es decir, de todo cuanto sea dotado de politicidad, interés general y valor universal, el espacio de las mujeres, todo aquello relacionado con la esfera doméstica, se vacía de su politicidad y vínculos corporados de que gozaba en la vida comunal y se transforma en margen y resto de la política. El espacio doméstico adquiere así los predicados de íntimo y privado, que antes no tenía, y es a partir de esta mutación que la vida de las mujeres asume la fragilidad que le conocemos, su vulnerabilidad y letalidad se establecen y pasan a incrementarse hasta el presente (Segato, 2016: 20).

Por tanto, la consideración de lo privado, y de los hogares en especial, como lo no político, constituye uno de los fundamentos más importantes del patriarcado –y el colonialismo. Las mujeres –y las violencias que sufren– no forman parte de la esfera pública y, por tanto, tampoco de lo político. Por eso nuestros cuerpos y nuestras vidas valen menos, y por eso el trabajo de cuidados no se considera ni tan solo un trabajo cuando se realiza dentro del ámbito doméstico, ni su gestión se considera una cuestión colectiva sino individual y privada. Las teóricas feministas (ver de Beauvoir (2017 [1949]; Oakley, 1974; Walby, 1986; Rose, 1993) han hecho muchos esfuerzos históricamente para mostrar cómo los hogares sí que son espacios políticos y espacios donde se reproducen muchos tipos de violencia, explotación y opresión de las mujeres. Pero desde una perspectiva interseccional, la cuestión es más compleja. Segato (2016) muestra cómo esta construcción de la esfera doméstica como no política forma parte del proceso de colonización, evidenciando cómo las estructuras de género están constituidas en base a procesos coloniales. Pero también hay otros significados del hogar si se observa a través de las gafas de la raza.

bell hooks (1990), en *Yearning: race, gender and cultural politics*, partiendo de experiencias personales que revelan cuestiones a menudo invisibilizadas, reflexiona desde una perspectiva antirracista y feminista sobre cómo el hogar ha sido un espacio de resistencia para la comunidad negra. Recordando el camino que realizaba para llegar a la casa de su abuela, relata el miedo que sentía hacia las personas blancas que la

observaban desde las casas por donde pasaba y que parecían recordarle que no pertenecía a ese lugar. Rememora también la tranquilidad y la seguridad que sentía al llegar a casa. Ella misma se refiere a «aquel contraste, aquella sensación de llegada, de vuelta a casa, lo dulce y lo amargo de aquel trayecto, el constante recordatorio del poder y el control blancos» (hooks, 1990: 41). En este contexto, la autora explica cómo el hogar pertenecía a las mujeres no como propiedad, sino como lugar dónde pasaba todo lo que era importante en la vida: el bienestar del refugio, el alimento de los cuerpos y las almas, el aprendizaje de la dignidad. Eran las mujeres negras las que construían estos espacios como espacios de cuidado contra la opresión racista y sexista. Como ella afirma:

A pesar de la brutal realidad del apartheid racial, de la dominación, el propio hogar era el único lugar donde podías enfrentarte libremente con la humanización, donde podías resistir. Las mujeres negras resistían a través de hacer de los hogares los lugares donde las personas negras podían intentar ser sujetos, no objetos, donde nos podíamos afirmar en nuestras mentes y en nuestros cuerpos a pesar de la pobreza, las adversidades y las carencias, donde podíamos recuperar la dignidad que nos había sido negada fuera, en el mundo público (hooks, 1990: 42).

Esta idea de hogar pensado desde la relación entre el género y la raza es una clara muestra de cómo el pensamiento interseccional puede mostrar significados de los lugares antes invisibilizados. Desde perspectivas feministas blancas, el hogar se solía mostrar como un espacio de conflicto y de violencia, con la voluntad de contrarrestar la idea (masculina) romantizada que se acostumbra a concebir los hogares como espacios de bienestar e identificación. Los hogares son espacios políticos, configurados a través de relaciones de poder, donde las mujeres y otros colectivos han sufrido todo tipo de violencias y desigualdades, y obviamente es necesario mostrarlo. Pero también hace falta ver cómo los hogares han sido también espacios de resistencia contra el racismo, donde las mujeres negras han tenido una función política fundamental, ya que son ellas las que han combatido el supremacismo blanco a través de su trabajo de construcción del hogar como espacio de cuidado. Concebir estos espacios solo como lugares de dominación patriarcal de los hombres negros contra las mujeres negras anula todo el poder subversivo que puedan tener.

Así, un solo marco explicativo no es útil para analizar los lugares concretos, ni seguramente lo son solo el género y la raza. De hecho, si añadimos la edad y la orientación sexual al análisis del hogar, el planteamiento es mucho más complejo. En una investigación que realicé con jóvenes lesbianas en Manresa (Rodó-de-Zárate, 2015), el hogar era el espacio de su vida cotidiana más complejo y conflictivo que apareció en sus narrativas. Para algunas chicas era el lugar de más opresión y para otras un lugar de alivio. Esto dependía básicamente de las relaciones con la familia, de si les daban apoyo y respetaban su sexualidad o no lo hacían.

En general, la casa familiar se ha identificado en la literatura académica como un lugar en el que la juventud con orientaciones sexuales disidentes se enfrenta con las consecuencias negativas de salir del armario (Valentine y Skelton, 2003). Pero para algunas chicas, la casa familiar también era un espacio de apoyo y bienestar, hecho que contradice algunas asunciones del hogar como espacio homofóbico entendiéndolo como un espacio de seguridad (ver Elwood, 2000; Kentlyn, 2008; Gorman-Murray, 2007). Otras autoras han problematizado también la relación de la juventud con el hogar, como Melissa Hyams (2003), que analiza cómo jóvenes latinas de Los Ángeles transforman los espacios «públicos» de la calle en espacios «privados» (refugios) y los espacios «privados» de sus hogares en espacios «públicos» de exposición, invirtiendo los significados que se suelen dar a cada uno de los espacios. El hogar es un lugar lleno de significados que, desde una perspectiva interseccional, aparece lleno de complejidades, paradojas y matices. En este sentido, según las posiciones interseccionales los espacios se viven de forma diferente, implicando desigualdades.

La relacionalidad de los espacios aplicada al hogar se hace presente también en casos como el que explica bell hooks. El hogar se convierte en un lugar de resistencia porque el «mundo público» —como lo llama ella— es un lugar de opresión. En el caso de la investigación sobre jóvenes lesbianas, la relación entre el hogar y el espacio público también estaba muy presente: las que no encontraban apoyo en casa difícilmente podían vivir el espacio público con libertad, por miedo a ser vistas (Rodó-de-Zárate, 2015). Las fronteras entre los espacios se hacen porosas, y no solo de forma abstracta: como expresaban chicas jóvenes sobre el miedo en el espacio público, la propia porosidad se mostraba físicamente en cuestiones como que durante el verano, con el calor, la gente dejase las ventanas abiertas en la noche y esto les hiciese sentirse más seguras. Lo mismo ocurría con las puertas: dirigirse hacia un

lugar que tuviese las puertas abiertas, como un bar, les daba más tranquilidad que si iban hacia su propia casa, donde necesitaban llaves para entrar. Los límites entre los espacios público y privados son porosos, no solo de forma abstracta, sino también en relación con la materialidad física de los espacios.

Continuando con esta cuestión, la propia configuración de la percepción del miedo y de la vulnerabilidad de las mujeres muestra la relacionalidad entre espacios y la importancia de la dicotomía entre público y privado para la reproducción de las desigualdades y las violencias. En un estudio que llevamos a cabo en el País Vasco con chicos y chicas jóvenes (Rodó-de-Zárate, Estivill Castany y Eizagirre Telleria, 2019), el tema del miedo apareció de forma muy clara como una limitación de acceso al espacio público para las chicas. Tenían mucho miedo en la calle al volver a casa por la noche, y explicaban muchas prácticas concretas para hacerle frente. Pero había algunos lugares, como los espacios de ocio nocturno, en los que no decían que tuviesen miedo, aunque relataban que habían sufrido todo tipo de agresiones, abusos e intimidaciones por parte de hombres. Tampoco tenían ningún miedo en su casa, ni en casa de sus amistades o de su pareja. Si la violencia que sufren las mujeres mayoritariamente la ejercen hombres próximos a ellas (parejas, familiares, amigos, amantes, profesores, etc.) y en espacios privados (la casa familiar, la propia casa, el propio coche, casa de amigos), ¿por qué tienen tanto miedo en los lugares públicos y hacia personas desconocidas? En este trabajo señalábamos que esta disociación entre los lugares donde se tiene miedo y las personas de las que se tiene miedo en relación con los lugares donde ocurren de forma mayoritaria las agresiones tiene dos consecuencias fundamentales: *a)* el miedo en el espacio público es una forma de control de los cuerpos de las mujeres, que recuerda que este no es un espacio que nos pertenezca y *b)* no tener miedo en espacios privados/de personas conocidas aumenta la vulnerabilidad, ya que no se dispone de herramientas para detectar posibles abusos ni se perciben las señales de alarma.

El espacio reservado para las mujeres es el privado, sobre el que no se habla, sobre el que no hay debates públicos y sobre el que se construye la falsa idea de que es un espacio de bienestar, sin conflicto, sin violencia. Construyendo el espacio público como espacio hostil para las mujeres, a través de toda una serie de discursos sobre el terror sexual que limitan la libertad sexual de las mujeres, se quita el foco del espacio privado y se perpetúa el silencio para que la violencia que se da en él se

pueda desarrollar con total impunidad. Esta cuestión es problemática porque, si se malinterpreta puede llegar a parecer que se esté afirmando que las mujeres tenemos miedo sin sentido porque no sufrimos violencia en los espacios públicos. Las mujeres sí que sufrimos agresiones en los espacios públicos, y de forma sistemática. Pero poner el foco solo en estos espacios invisibiliza la violencia que se da en el espacio privado y se limita así el acceso de las mujeres al espacio público, siendo esto en sí mismo una fuente de discriminación.

Y aquí hace falta aplicar otra vez una perspectiva interseccional para evidenciar que la forma en que se sufre este miedo, que es limitante, depende de otras posiciones más allá del género y de los contextos donde se dé. Una mujer no tendrá el mismo miedo caminando de noche por Barcelona que por Río de Janeiro, pero en Río de Janeiro tampoco tendrá el mismo miedo si va por las calles del barrio de Lapa, por la favela de Rocinha o por un complejo residencial con seguridad privada en Ipanema. Y tampoco será el mismo miedo si tiene quince años, cincuenta u ochenta años. Si es blanca, mestiza o negra. Como tampoco si lleva un bastón para la ceguera, si va con un bebé en brazos o si camina agarrada de la mano de su compañera. O todo al mismo tiempo. El miedo está condicionado por los discursos sociales y políticos que hacen que ciertos cuerpos se consideren más vulnerables que otros en lugares concretos. Cuerpos que se vuelven sumisos a través de la violencia sistemática o la posibilidad de poder sufrirla. Y esta violencia es interseccional, es vivida y es contextual.

2. **La política interseccional: debates, emociones y heridas**

En la era prepandemia, cuando aún nos podíamos encontrar para pensar colectivamente, participé en unas jornadas sobre feminismo en Barcelona. La primera ponente era una activista feminista antirracista que, nada más comenzar, realizó un ejercicio para evidenciar la falta de referentes de mujeres negras en el feminismo. Hizo que todas las asistentes se levantaran mientras ella iba diciendo nombres de pensadoras y activistas feministas Negras. Si las conocíamos, nos quedábamos a la derecha. Si no habíamos escuchado hablar de ellas, nos teníamos que sentar. Para los primeros tres o cuatro nombres aún éramos unas cuantas las que estábamos de pie, pero pronto no quedó ninguna persona levantada. De forma participativa y visual quedó patente el sesgo racista que impregna nuestro feminismo. Su ponencia trataba sobre la necesidad de tener en cuenta el eje de la raza y el origen para comprender las desigualdades de género y las diferentes formas en que el patriarcado y el racismo condicionan las vidas de las mujeres negras. Al acabar su presentación, una mujer del final de la sala levantó la mano. Iba en silla de ruedas y era el único espacio accesible en la sala. Explicó que, aunque la actividad del inicio había sido muy interesante y ilustrativa, ella no había podido participar porque no se podía poner de pie. La ponente, mostrando una gran capacidad de reacción y de autocrítica, se disculpó, reconoció que no había sido una actividad inclusiva y reflexionó sobre la necesidad de pensar sobre la multiplicidad de ejes que nos cruzan.

En este capítulo pretendo proporcionar herramientas para comprender y gestionar situaciones como esta, en el marco de lo que Crenshaw (1991) llama «la interseccionalidad política»: la forma como se incorporan los diferentes ejes en las agendas políticas. Actualmente, la interseccionalidad es un concepto central en los debates políticos y de la misma manera que se invoca para mostrar los sesgos de una propuesta, también se critica por su instrumentalización o se rechaza porque se considera demasiado posmoderno o demasiado poco, en general. En el capítulo anterior he intentado lanzar algunas ideas, unas teóricas y otras más prácticas, para comprender de qué se está hablando cuando se aborda la interseccionalidad. En este segundo capítulo me centro en los debates que se han dado en relación con la interseccionalidad y en cómo puede ser una herramienta útil para la gestión de la diferencia en los espacios políticos desde la dimensión emocional. Para la cuestión de los debates, me baso en tres tensiones: la interseccionalidad y el postestructuralismo, la interseccionalidad y el marxismo y la interseccionalidad y los feminismos. El debate sobre interseccionalidad y antirracismo, aunque aparece en las siguientes secciones de forma transversal, se trata de forma exclusiva en el tercer capítulo a lo largo de diferentes secciones. Una vez presentados los debates y también mi propia visión sobre estos, me centro en la dimensión emocional de las dinámicas interseccionales en la práctica política con la motivación de dotar de herramientas para nombrar los malestares. Creo que hay una fuerte carga emocional en la gestión de la diferencia, la opresión y el privilegio en entornos políticos y por ello intento dotar de un utillaje conceptual para poder abordarlo haciéndonos menos daño durante el proceso. Para acabar, esbozo unos apuntes para una política interseccional y muestro algunas de las tendencias que se podrían evitar en la acción política si se aplicase este marco conceptual.

Política identitaria, postestructuralismo e interseccionalidad

Una de las críticas más importantes que ha recibido la interseccionalidad dentro de los feminismos ha sido la que defiende que es un concepto incompatible con los planteamientos postestructuralistas sobre la identidad y las categorías sociales. Por un lado, autoras como Jasbir Puar (2007)

defienden que ciertas visiones de la interseccionalidad refuerzan las categorías socialmente construidas, ya que desde una perspectiva interseccional, según argumenta la autora, se requiere nombrar y, por tanto, estabilizar la identidad. En esta línea, Puar (2007) propone el concepto de ensamblajes (*assemblage*)²¹ para analizar las múltiples desigualdades, defendiendo que el concepto de ensamblaje es más adecuado para referirse a «las fuerzas entretejidas que fusionan y disipan el tiempo, el espacio y el cuerpo en contraposición con la linealidad, la coherencia y la permanencia» (Puar, 2007: 212). Considera que este concepto es más acertado, ya que no presupone una estabilidad ontológica de las categorías, pero tampoco lo propone como sustituto de la interseccionalidad sino en «fricción» con esta (Puar, 2011).

Por otro lado, autoras marxistas como Eve Mitchell (2014) han criticado que la interseccionalidad se centre en la política indentitaria, reforzando así el individualismo capitalista. Desde una perspectiva marxista, tratar solo sobre las identidades individuales y no tener en cuenta las estructuras sociales que las crean y mantienen, ni tampoco verlas como efectos de procesos históricos, contribuye al individualismo y refuerza las estructuras capitalistas. Mitchell (2014) toma la propia declaración del Combahee River Collective donde afirman que «el concepto de políticas de la identidad encarna el hecho de centrarnos en nuestra propia opresión» para defender que la interseccionalidad se enmarca en la línea de las políticas identitarias y oponer así el concepto al marxismo.

Pero ambas críticas presentan la interseccionalidad de forma sesgada. A pesar de que desde algunos sectores se utiliza el término poniendo el énfasis en la cuestión identitaria, esto no es consecuencia del concepto en sí mismo, sino de algunos de los usos que se le han dado. La interseccionalidad surge como propuesta para analizar la configuración de las desigualdades y las discriminaciones, no como un concepto para tratar cuestiones identitarias. El propio manifiesto del Combahee River Collective, analizado en su complejidad, es un claro ejemplo de cómo el hecho de que su lucha partiese de su propia experiencia no significaba que esta se tuviese que reducir a las identidades concretas de las personas que participaban (ver Gandarias Goikoetxea *et al*, 2019; Haider, 2020). La propia Kimberlé Crenshaw (1991: 1244) ya decía en sus

21 Este concepto de *assemblage* es la traducción al inglés del término francés *agencement* (Deleuze y Guattari, 1980), que se refiere a la colección de multiplicidades.

primeros artículos que la interseccionalidad no se tenía que entender como «una nueva y totalizadora teoría de la identidad». Recientemente, en la Conferencia Internacional sobre Interseccionalidad celebrada en Los Ángeles en marzo de 2019, Kimberlé Crenshaw fue muy clara afirmando que la interseccionalidad nunca había tenido como objetivo ser una «explicación afirmativa sobre la identidad», sino que era sobre todo una motivación política, contextualizada en los Estados Unidos, que pretendía entender por qué las mujeres negras eran asesinadas y menospreciadas, y que tenía el claro objetivo de luchar por el cambio de esta situación de manera estructural.

En la misma línea, Collins (1990) también afirmaba que su desarrollo de la matriz de dominación era una propuesta para alejarse de los análisis de la opresión que solo se centraban en la identidad. Otras autoras han mostrado cómo la interseccionalidad no es una teoría sobre cómo comprender la configuración de la identidad o la subjetividad, sino sobre el poder, y concretamente sobre la discriminación (Cooper, 2016), evidenciando también que no es un proyecto que pretende centrarse ni en los sujetos ni en las identidades *per se* sino en su producción (Carbado, 2013). Por tanto, si bien no se puede considerar un proyecto postestructuralista en sí mismo, sí que es una propuesta antipositivista que parte de la posicionalidad como punto de partida fundamental (ver Collins 1990).

Sin embargo, es curioso cómo una autora como Judith Butler, claramente situada en el pensamiento postestructuralista, hablaba en *El género en disputa* (2007 [1990]) sobre la relación entre diferentes ejes de desigualdad desde una perspectiva muy próxima a los planteamientos interseccionales, aunque no se acostumbra a citar como tal. En este libro publicado originalmente en 1990 –un año después del primer artículo de Kimberlé Crenshaw– se pueden encontrar múltiples referencias a esta cuestión utilizando conceptos como «diferenciales cruzadas»²² para referirse a los diferentes ejes y argumentando que no se pueden jerarquizar de manera sumatoria, afirmación que encaja perfectamente con el surgimiento de la interseccionalidad como propuesta contraria a la aproximación aditiva sobre las opresiones. La autora también reflexiona

22 N. de la T.: En la versión en catalán de este libro la autora tradujo como *diferencials interseccionants* el concepto que originalmente en inglés Judith Butler (1990) menciona como *intersecting differentials*.

sobre el carácter incompleto esencial de la categoría «mujeres» en relación con otros ejes. Como explica:

Sería erróneo suponer anticipadamente que hay una categoría de «mujeres» que simplemente deba poseer distintos componentes de raza, clase, edad, etnicidad y sexualidad para que esté completa. La hipótesis de su carácter incompleto esencial posibilita que esta categoría se utilice como un lugar de significados refutados que existe de forma permanente. El carácter incompleto de la definición de esta categoría puede servir, entonces, como un ideal normativo desprovisto de la fuerza coercitiva (Butler, (2007/1990: 68).

En este caso, la autora se refiere a la relación entre categorías para definir la propia categoría «mujeres» y mostrar cómo ni siquiera en su relación con otros ejes esta deviene completa. Y es precisamente su carácter incompleto el que permite quitarle la «fuerza coercitiva».

Otra de las cuestiones que se ha criticado sobre la interseccionalidad desde posiciones postestructuralistas es el poco espacio que se deja a la agencia desde perspectivas interseccionales. Walby, Armstrong y Strid (2012) consideran que la cuestión de la agencia es uno de los dilemas teóricos no resueltos sobre interseccionalidad, pero algunas autoras han contribuido con aportaciones concretas. Por ejemplo, Sirma Bilge (2010) realiza un análisis detallado sobre los debates sobre la agencia y lo útil que puede ser incorporar la interseccionalidad en el estudio. Afirma que desde una aproximación interseccional no se concebiría que hubiera una prioridad ontológica de la agencia sobre el contexto, y pondría su foco sobre los contextos específicos en los que se dan ciertas formas de agencia. Como concluye la autora, «la combinación de la interseccionalidad y la crítica postestructuralista es necesaria para trazar los contornos de las posibilidades históricas concretas a través de las cuales surgen determinadas formas y comprensiones de la agencia» (Bilge, 2010: 24).

A parte de los textos originarios sobre interseccionalidad o las aproximaciones postestructuralistas sobre la relación entre categorías, en las últimas décadas ha habido muchos otros desarrollos del concepto. En el primer capítulo se mostraba cómo la clasificación de las aproximaciones a la interseccionalidad de Leslie McCall (2005) incluía la aproximación anticategoría, vinculada al postestructuralismo y a la crítica a la propia categorización, como central en el desarrollo de la interseccionalidad.

Según la autora, la aproximación a la interseccionalidad puede ser muy diversa en relación con la conceptualización y el uso de las categorías, lo que muestra la heterogeneidad de posturas y visiones que pueden encajar en ella. Pero a pesar de la distinción que hace McCall y de cómo incorpora la perspectiva postestructuralista en el estudio de la interseccionalidad, hay un debate abierto sobre si puede haber una aproximación anticategoría interseccional o no. Es decir, ¿puede realmente una perspectiva interseccional no hacer un uso, aunque sea estratégico (McCall, 2005) de las categorías sociales? ¿Es compatible la deconstrucción de las categorías con el análisis de la relación entre ellas para la reproducción de las desigualdades?

Según mi punto de vista, no es tanto una cuestión de incompatibilidad, sino de diferenciación del proyecto. La motivación inicial de la interseccionalidad no era analizar la existencia de las categorías ni tampoco su construcción, sino ver cómo las desigualdades materiales y la discriminación están configuradas por la interconexión entre diferentes sistemas de dominación y analizar qué efectos tienen en la experiencia cotidiana de las personas que los sufren. Como afirmaba Crenshaw (1991: 1297), «el problema más urgente del proyecto [de la interseccionalidad], en la mayoría de los casos –si no en todos–, no es la existencia de las categorías sino los valores concretos vinculados a estas categorías y la forma en que estos valores fomentan y crean jerarquías sociales». Y defendía que, a pesar de que el proceso de categorización es en sí mismo un ejercicio de poder, no es ni unilateral ni va en una sola dirección, refiriéndose al carácter subversivo de la apropiación de la palabra *negro* o *queer* para mostrar la agencia existente también en las políticas de nominación (*politics of naming*). En este sentido, la interseccionalidad, a pesar de comprender y partir de la base de que el proceso de categorización es una forma de poder en sí mismo, se centra en los valores asociados a las categorías y en las dinámicas de desigualdad que comportan. Por tanto, si bien puede incluir visiones postestructuralistas sobre las categorías en sus análisis, la motivación inicial de la interseccionalidad no era la reflexión sobre las propias categorías y su objetivo tampoco era el abandono del pensamiento categórico en su totalidad.

La interseccionalidad puede incorporar visiones postestructuralistas sobre las categorías²³ y tratar a la vez las cuestiones estructurales de la desigualdad desde una óptica marxista, como se verá a continuación.

23 Sobre la propuesta de la interseccionalidad como horizonte, ver Carastathis (2016).

Críticas como las de Mitchell (2014) cuando afirma que «como las políticas identitarias, y por tanto la interseccionalidad, son políticas burguesas, las posibilidades de lucha son también burguesas», no solo erran en la definición de la interseccionalidad, sino que como apunta Bannerji (1995) desde una perspectiva marxista crean una falsa dicotomía entre la identidad y la clase como dos formas de hacer política mutuamente excluyentes. La autora, refiriéndose a Marx en *La ideología alemana*, argumenta que hay una falsa separación entre el individuo y el mundo que habita y defiende que es necesaria una comprensión dialéctica entre la identidad y la estructura. Además, afirma que «aquellos que rechazan con tanto desprecio todos los proyectos para autonombrarse o empoderarse tildándolos de “política identitaria” no han tenido nunca la necesidad de autoafirmarse a través de la fuerza creativa que proporciona el hecho de encontrar partes de una misma en las experiencias e historias que son similares a las de otras personas» (Bannerji, 1995: 9). En la misma línea, Sara Ahmed (2017) nos recuerda que la política identitaria ha sido fundamental para identificar relaciones de poder opresivas y organizarse para transformarlas, y que el hecho de denigrarla a menudo beneficia a quien ocupa posiciones hegemónicas.

Esta idea se vincula también con la relación paradójica entre subjetivación y subordinación que define Judith Butler (2007 [1997]: 118) afirmando que «acepto los términos que me injurian porque me constituyen socialmente». La autora explica cómo nos vinculamos a los términos perjudiciales que confieren nuestra existencia porque es solo ocupándolos que nos podremos oponer a ellos. En este sentido, como explica Haider (2020: 113), «estamos activados como agentes políticos a través de las heridas que son constitutivas de nuestra identidad». Esta vinculación con el poder a través de la propia subjetivación creo que es uno de los fundamentos de las políticas identitarias y ayuda a comprender por qué determinados colectivos parten de la propia identidad y experiencia como motor para el desarrollo del pensamiento y la acción política. Pero esto no tiene por qué ir desligado de planteamientos estructurales sobre las desigualdades sociales ni tampoco se tiene que vincular directamente a visiones rígidas, estables y fijas sobre la identidad. Es decir, que se tenga en cuenta la identidad no implica necesariamente reducir la política a la reivindicación de la propia identidad desvinculándola de las estructuras y considerándola un hecho natural. Del mismo modo, partir de la propia posición no implica necesariamente que se limite la solidaridad únicamente con las personas que comparten las mismas experiencias

específicas. Y la interseccionalidad, al menos en sus orígenes, trata la cuestión de las posiciones desde una perspectiva radicalmente opuesta a esta idea reduccionista de la política identitaria.

Itziar Gandarias Goikoetxea, Marisela Montenegro Martínez y Joan Pujol Tarrés (2019: 57) identifican tres interpretaciones o usos de la interseccionalidad, vinculados a la cuestión identitaria, que la han vaciado de su carácter político: « *a*) la reproducción de las dinámicas de esencialización y homogeneización de las políticas de identidad, *b*) la reificación de categorías herméticas ligadas a sistemas binarios y dicotómicos de orden social (i.e. mujer/hombre, negra/blanca) y *c*) un fetichismo por las diferencias individuales con el riesgo de ser captadas por la compleja industria académica y el multiculturalismo neoliberal». Estas tres dinámicas están relacionadas con procesos transversales que afectan a la articulación de luchas políticas más allá de la interseccionalidad, pero que ciertamente condicionan cómo se utiliza el concepto para intereses muchas veces contradictorios a las motivaciones por las que se desarrolló. Pero en la tradición interseccional, las propias posiciones y experiencias de opresión se tienen en cuenta como punto de partida para comprender dinámicas estructurales, no como objetivo político a defender en sí mismo.

En este sentido, la experiencia se entiende como una construcción cultural. O como dice Avtar Brah (1992), no como guía inmediata hacia la verdad, sino como lucha por las condiciones materiales y los significados. Y tampoco implica una articulación de luchas para la emancipación únicamente de las personas que comparten la misma identidad, sino que justamente puede ser la base sobre la que construir alianzas políticas. Identificar que la discriminación, desigualdad y violencia se dan de forma diferente según los cuerpos diferentemente posicionados no tiene por qué implicar necesariamente la elaboración de demandas políticas ni el otorgamiento de derechos en base a las identidades, aunque se haya pretendido equiparar de esta forma. De hecho, desde una lógica interseccional, tiene poco sentido estructurar la acción política en base a la identidad, ya que esta aparece como un elemento con múltiples prismas que señalan tanto la opresión como el privilegio de forma simultánea, mostrando la dificultad de articular la acción en base a elementos identitarios que seguramente ni serán totalmente compartidos ni serán estables. En este sentido, Lucas Platero (2012a) defiende que la interseccionalidad hace visible la multiplicidad de ejes que cruzan una misma configuración identitaria, cuestionando así la propia homogeneización de las categorías.

Desde mi punto de vista, la aproximación interseccional permite encajar visiones muy diferentes sobre las categorías sociales que pueden perfectamente cuadrar con planteamientos postestructuralistas, pero también con planteamientos marxistas. Existe una gran diversidad de posturas en ambas aproximaciones y creo que el encaje o desencaje con la interseccionalidad depende más de la visión concreta que se tenga sobre el sujeto, la identidad o las categorías sociales que de unos fundamentos indiscutibles de cada una de ellas. Ahora bien, una aproximación interseccional trata necesariamente sobre el poder y la desigualdad, no solo sobre las diferencias identitarias.

La trampa de la unidad: marxismo y jerarquización de luchas

Es probable que cualquier concepto que se expanda, como la interseccionalidad, está sujeto a recibir críticas por todos lados. En el contexto español, algunas publicaciones de los últimos años (ver Bernabé, 2018; Moreno Laullón y Tirado Sánchez, 2017) han prendido la llama de un debate muy de fondo que se había ido cociendo en muchos espacios políticos. Desde estas posturas, se suelen situar las luchas en relación con la clase como estructurales –y, por tanto, relevantes– y todas las demás luchas, como las feministas, antirracistas, LGTBI o independentistas, como identitarias, simbólicas e individualistas. Se considera que estas últimas le restan fuerza a la cuestión del conflicto capital-trabajo, que se conceptualiza como central y prioritario en la lucha política. La respuesta ha sido contundente mostrando el sesgo y la ceguera que desprenden estas posiciones, evidenciando cómo las luchas feministas o antirracistas, entre otras, también abordan las cuestiones materiales y estructurales y cómo al final la trampa es apelar a la unidad de la clase trabajadora, puesto que esta supuesta unidad esconde un sesgo sexista, racista, y lgtbifóbico.

En medio de este debate se ha contrapuesto la lucha en relación con la clase social con las luchas que, se supone, no tienen nada que ver con cuestiones laborales o económicas. Este tipo de discusión, muchas veces sobredimensionada por debates fuera de tono en las redes sociales, ha contribuido a dibujar estas diferentes luchas como trincheras opuestas y contradictorias donde los diversos sectores implicados se han ido radicalizando en sus posturas. Creo que ha sido una

chispa que ha hecho que surgiesen malestares muy profundos que tienen su fundamento en el hecho de que se haya destronado la clase social como único marco de lucha política contra la injusticia. Un destronamiento no solo del eje de clase a nivel ideológico, sino también un desplazamiento del poder político de ciertos grupos dentro de los movimientos sociales. Frente a una multiplicidad de actores, reivindicaciones y propuestas políticas, los marcos conceptuales clásicos se han vuelto obsoletos y han sido puestos en duda desde diferentes posiciones. Las luchas feministas, antirracistas y LGTBI (entre otras) se han concebido como contrarias a los intereses de la clase trabajadora, y esto ha supuesto entrar en una lógica de competición que no beneficia a ninguna de estas luchas. Lo que propongo aquí es que desde un marco interseccional se pueda establecer una base que contribuya a romper la lógica de trincheras. Un marco que entienda la diversidad de aproximaciones como necesaria para comprender la complejidad de la desigualdad social y la diversidad de luchas como complementarias entre ellas.

En relación con el marxismo, aunque la interseccionalidad a menudo se ha colocado dentro de la trinchera opuesta a la de las cuestiones de clase, Ashley J. Bohrer (2019) muestra que la tradición marxista y la interseccional no son dos proyectos opuestos, sino que tienen genealogías compartidas y se han cruzado y solapado en muchos momentos. La autora muestra cómo figuras centrales de lo que ella llama la «tradición interseccional», como Sojourner Truth o Maria Stewart, trataban de forma central sobre el capitalismo y sobre cuestiones de clase. Muestra también el trabajo pionero de mujeres negras comunistas en relación con la interacción entre clase, género y raza, pero también de autores como W. E. B Du Bois, que se ha identificado por algunas autoras como precursor de ideas interseccionales por el hecho de considerar la raza, la clase y la nación como jerarquías sociales interconectadas que configuraban el acceso de los Afroamericanos al estatus, la propiedad y el poder (ver Collins 2000b). Acerca de los trabajos más recientes, Bohrer (2019) analiza cómo autoras contemporáneas incluyen cuestiones de clase y análisis marxistas en sus estudios sobre interseccionalidad.

Por otro lado, Ange M. Hancock (2016) también muestra cómo la vinculación entre el capitalismo, la esclavitud y el colonialismo fue un aspecto central en el desarrollo de la interseccionalidad. En trabajos como el de Angela Davis (2005 [1981]) esta vinculación también está bien clara, sobre todo en su análisis del trabajo doméstico desde una perspectiva de clase, raza y género. En la misma línea, otros referentes

del marxismo negro son también una clara muestra sobre cómo la incorporación de ejes como la raza es compatible con planteamientos marxistas (Fanon, 2010 [1961]).

Estos puntos de unión entre la tradición marxista y la interseccional se podrían encontrar también en genealogías locales de diferentes movimientos sociales, como el movimiento independentista vasco, gallego o catalán, que desde los años setenta desarrollaron ideas como la triple opresión desde perspectivas feministas, marxistas y por la liberación nacional (ver un desarrollo en el capítulo 3). Los caminos aquí tampoco son tan diferentes y lo que ahora se percibe como si fuesen dos tradiciones contradictorias, han sido históricamente planteamientos complementarios. Pero es importante ver por qué se han planteado como contradictorios.

Actualmente, las críticas que se le suelen hacer a la interseccionalidad desde posturas marxistas se podrían resumir en base a tres cuestiones centrales. En primer lugar, está la crítica a la interseccionalidad como proyecto posmoderno con una visión individualista sobre la identidad. En la sección anterior ya se ha mostrado cómo esta crítica parte de un sesgo en la comprensión del propio concepto de interseccionalidad, que ni se considera un proyecto propiamente postestructuralista –aunque ciertas aproximaciones puedan ser compatibles– ni es tampoco una propuesta política sobre cómo concebir las identidades, sino sobre cómo comprender la desigualdad estructural. Esto tiene que ver, como explica Asad Haider (2020), con una falsa asunción basada en la equiparación de la lucha contra el racismo –y podríamos añadir también el sexismo, la homofobia, etc.– con una lucha enmarcada en las «políticas identitarias». De hecho, el autor defiende que la política identitaria supone un obstáculo para la lucha antirracista y cuestiona que la raza sea tan solo una identidad, argumentando que la raza como tal no existe y que lo que sí existe son regímenes de racialización específicos.

De esta crítica también se deriva la idea de que las luchas feministas, antirracistas o LGTBI son luchas culturales que se dan en el ámbito de lo simbólico, en contraposición a las de clase, que serían luchas sobre cuestiones materiales. Afirmar que estas luchas se reducen al ámbito de lo simbólico es no haber entendido sobre qué tratan. El racismo, el sexismo y la LGTBIfobia matan, empobrecen y desposeen, así que estas luchas tienen por objetivo acabar con estas desigualdades y violencias estructurales y materiales. Muchas de las otras demandas

feministas, antirracistas o LGTBI que aparentemente pueden pertenecer al ámbito simbólico son cuestiones de representación. Representación política, que es también poder. Además, como afirma Jule Goikoetxea (2021) la misma distinción entre lo cultural y lo material, la división entre las políticas de reconocimiento y las de redistribución (ver Fraser, 1997) reproduce la ideología liberal y patriarcal, ya que vincula el género a una diferencia cultural que ha de ser igualada y no a una desigualdad que ha de desaparecer. De la misma manera que los capitalistas explotan a los obreros, los hombres explotan a las mujeres, y no se pide el reconocimiento de una diferencia, sino que se reivindica la desaparición del género, como también de la clase. La autora también afirma que justamente esta defensa del materialismo en base a un sujeto universal descontextualizado lleva a despojarlo de su materialidad y corporalidad, es decir, de sus condiciones materiales concretas (Goikoetxea, 2021). Por tanto, situar, contextualizar, corporalizar, es también una forma de ir a lo material y de no quedarse en lo abstracto, en este supuesto sujeto universal.

En segundo lugar, una crítica que se hace también por parte de feministas marxistas (ver Mann, 2013) es que en estudios sobre interseccionalidad las cuestiones de clase están poco presentes. Sin embargo, creo que esta crítica sería aplicable a la mayoría de los ámbitos de estudio de las ciencias sociales y no en especial a la interseccionalidad. Además, hay numerosos ejemplos de teóricas sobre interseccionalidad que incorporan el análisis de clase y del capitalismo en sus trabajos (ver Salem, 2016; Carastathis, 2016). Aunque la crítica sea del todo válida en un contexto neoliberal de producción de conocimiento, donde demasiadas veces la cuestión de la clase social queda relegada, no lo atribuiría a la interseccionalidad en sí misma sino a una dinámica más amplia. La clase social no tiene la presencia ni la relevancia que ha tenido en épocas anteriores, pero no creo esto se deba a que haya sido sustituida por otros ejes de desigualdad, sino a que las perspectivas neoliberales han prevalecido en la conceptualización de las relaciones económicas, o a que también ha habido procesos de cooptación e institucionalización de luchas vinculadas a la clase social como el sindicalismo. De la misma manera, la cooptación del concepto de interseccionalidad y el hecho de vaciarlo de su radicalidad y de su potencialidad para tratar la dimensión estructural de las desigualdades se ha de entender en el marco de una tendencia más amplia en la academia neoliberal y no como un problema derivado del propio concepto.

En tercer lugar, la interseccionalidad también se critica por no poder comprender la naturaleza fundamental de la clase social para explicar la opresión. Es decir, se la critica por no considerar la clase social como una estructura más fundamental que el resto. Considero que este punto sí constituye el tema central del disenso entre algunas posturas de ambas tradiciones, aunque no solo en relación con las visiones marxistas que consideran que la clase social es más fundamental y que de ella se derivan los otros ejes, sino también de las visiones feministas que consideran que el género es el eje que tiene una función social más importante o que es más universal, por ejemplo (ver Witt, 2011). La interseccionalidad no sería compatible con ninguna de estas visiones, ya que para esta aproximación una premisa básica es considerar que no hay una jerarquía predefinida entre ejes. Como afirma Carastathis (2014: 307):

a diferencia de las aproximaciones unitarias o aditivas sobre la teorización de la opresión, que privilegian una categoría fundacional y o bien ignoran o simplemente «añaden» otras, la interseccionalidad insiste en que categorías múltiples y co-constituídas son operativas e igualmente relevantes en la construcción de prácticas institucionalizadas y experiencias vividas.

En este sentido, los ejes no se reducen los unos a los otros ni tampoco completamente autónomos (Brah, 1992). La cuestión de la no jerarquía entre opresiones o ejes de desigualdad es clave y fundamental para la interseccionalidad que forma parte de los primeros planteamientos y motivaciones (ver Collins 1990). Audre Lorde (2009: 219), por ejemplo, explicaba que «entre las personas que compartimos los objetivos de liberación y de un futuro posibles para nuestras criaturas, no puede haber jerarquías entre las opresiones». En este sentido, a parte de la dimensión conceptual de la premisa de la no jerarquía, hay también una convicción política fundamentada en que la jerarquización de opresiones perpetúa la marginalización de ciertos grupos sociales que quedan relegados a los puntos ciegos del análisis. Por tanto, una visión marxista que considere la clase social como estructura más fundamental sí que entra en contradicción directa con la interseccionalidad, ya que esta no reduce la complejidad de la estratificación social a una sola o más fundamental división social.

Esta visión ha sido central en la tradición marxista, que históricamente ha reducido el análisis de la opresión a la opresión de clase y ha

considerado las otras formas de dominación como derivadas de esta. En *El capital* de Marx, sin ir más lejos, hay una ausencia de las cuestiones de género y raza y, cuando se tratan, se hace como si fuesen fenómenos derivados de la clase (Bohrer, 2019). Es decir, si bien Marx se preocupa por la situación de las mujeres dentro del capitalismo, no explica el origen de la posición devaluada de las mujeres en la sociedad (Lewis, 2020). Lise Vogel (2014) analiza desde una perspectiva marxista-feminista las limitaciones del análisis de Engels subrayando, por ejemplo, que el autor no analiza la supremacía masculina en el hogar proletario. Otras autoras como Silvia Federici (2013 y 2018) han mostrado cómo el hecho de que Marx dejase de lado el trabajo no asalariado, que es justamente el trabajo que reproduce la mano de obra, ha comportado una invisibilización de la desigualdad que se da en este ámbito y por tanto también de las cuestiones de género. No ver más allá de la fábrica sitúa la desigualdad y los procesos de transformación en un único espacio que invisibiliza el resto de los ámbitos, en especial el de la reproducción de la vida cotidiana.

Contra esta ceguera por parte del marxismo tradicional, feministas marxistas han desarrollado planteamientos diferentes para incorporar la cuestión del género y para romper con el reduccionismo economicista. Si bien hay teorías como la de los sistemas duales, desarrollada por autoras como Sylvia Walby (1988) o Heidi Hartmann (1981), que comprenden el capitalismo y el patriarcado como dos sistemas diferentes, tienen la limitación de que obvian otros ejes como la raza. Otras propuestas, como la de Holly Lewis (2020), defienden el desarrollo de una política feminista, queer y transinclusiva, materialista e internacionalista basada en la economía política de Marx.

Como propuestas de relación entre las dos tradiciones, son destacables las diferentes conferencias internacionales sobre feminismo marxista que han tenido lugar a partir del 2015²⁴ y que han creado las «trece tesis del feminismo marxista», desarrolladas por Frigga Haug y acordadas por autoras como Angela Davis, Gayatri Spivak o Heidi Hartmann y centenares de participantes en la conferencia. En su octava tesis, por ejemplo, defienden que «se debe dar un paso más allá en la controversia sobre la raza, clase y sexo/género (interseccionalidad)» y que «es necesario un pensamiento no lineal» sobre esta cuestión²⁵. Este supuesto

24 <https://marxfemconference.net/>

25 Para ver el texto en la web de la conferencia: <https://marxfemconference.net/2018/10/29/frigga-haug-thirteen-theses-of-marxism-feminism/>. Para una

conflicto entre el feminismo/interseccionalidad y el marxismo sería en realidad, como afirman Jule Goikoetxea y Teresa Larruzea (2018), un conflicto entre algunas visiones del feminismo y una visión monoteísta concreta del marxismo que «folcloriza los análisis de diferentes sistemas de opresión como contradicciones colaterales subsumidas bajo la dominación capitalista». En esta línea, llaman «monoteísmo teológico —o concepto de clase sin perspectiva consubstancial que acaba colaborando con el solipsismo patriarcal— a la maquinaria práctico-teórica que diluye la totalidad del antagonismo histórico, socioeconómico y político bajo el manto moderno y omniabarcante de la “clase burguesa”» y critican que afirmar que «la dominación patriarcal y la dominación racista se reducen a las relaciones de producción capitalistas, en el mejor de los casos es un error teórico, en el peor de los casos, es hacer pasar el reduccionismo por radicalidad».

La interseccionalidad no tiene por qué considerarse como contraria al marxismo, sino como una propuesta que puede incluir la perspectiva marxista. No son las tradiciones en sí mismas sino ciertas maneras de entenderlas las que están en contraposición. Hay visiones marxistas que incluyen una variedad de ejes en su análisis, del mismo modo que hay propuestas interseccionales que incorporan la clase y el análisis marxistas. Como afirma Bohrer (2019), las críticas mutuas entre el marxismo y la interseccionalidad se deben básicamente a un fracaso comunicativo entre las dos. Tanto una como otra son tradiciones diversas, heterogéneas y cambiantes, y por tanto la contraposición entre una y otra es una simplificación que no permite ver ni la riqueza ni las posibilidades de entendimiento entre ellas. La interseccionalidad se puede —y se tendría que— beneficiar del análisis del capitalismo y la clase social bien fundamentados, y el marxismo se puede —y se tendría que— beneficiar de una visión de las desigualdades que incluyese diferentes sistemas de dominación en sus análisis.

En este sentido, habría dos niveles diferentes en los que las aproximaciones marxistas podrían incorporar perspectivas interseccionales: en las relaciones de explotación laboral y en la ampliación de los ámbitos en los que se da la desigualdad. En relación con el primero, la perspectiva interseccional puede aportar herramientas para comprender la diversidad de formas en que se configura la clase social o la explotación laboral. De un

explicación en castellano sobre las trece tesis, ver el vídeo de Jule Goikoetxea: <https://www.youtube.com/watch?v=exYLOqbWB-c>

lado, la forma como se define qué es la clase social suele partir de visiones urbanas y occidentales que imposibilitan analizar la complejidad en la que se configuran las relaciones de producción en diferentes ámbitos. Del otro, como afirma Pastora Filigrana, «la explotación capitalista y el chantaje de la renta a cambio de la fuerza de trabajo se manifiesta con diferente violencia según el grado de “humanidad” que el sistema otorga a la persona trabajadora a partir de la raza, el género o el territorio donde habita» y son las luchas feministas y antirracistas las que han incluido a la lucha obrera los diferentes sujetos que habían quedado excluidos (Filigrana, 2018).

No se puede entender por qué las mujeres, la juventud o las personas migradas tienen sueldos más bajos o trabajos más precarios si no se incorporan otras perspectivas a la de la clase social. No somos las feministas las que nos hemos inventado el género, ni las antirracistas la raza, ni la juventud la edad. Tradicionalmente, la izquierda había luchado solo por un tipo de trabajador (un hombre blanco adulto heterosexual) conceptualizando la clase social solo desde la experiencia de este sujeto, solo desde su propia identidad y desde su punto de vista situado y marcado por su privilegio de raza, género, orientación sexual y edad. No tener en cuenta las cuestiones de género, raza o edad en la lucha de clases no es tener una posición neutra, es una práctica política identitaria y parcial presentada como propuesta universal. No somos las feministas las que hemos venido a romper la unidad de la clase trabajadora. Ha sido la negación de la diferencia dentro de la clase trabajadora lo que ha roto la unidad de acción. Como afirmaba Audre Lorde (2007 [1984]: 115), «ciertamente hay diferencias de raza, edad y sexo entre nosotras. Pero no son estas diferencias entre nosotras lo que nos separa. Más bien, lo que nos separa es nuestra negativa a reconocer estas diferencias». Y esta negativa histórica ha sido la que ha provocado, y continúa provocando, la separación y la fragmentación de las luchas.

El segundo nivel, la ampliación de los ámbitos de desigualdad, podría incluir tanto todo lo que se relaciona con el trabajo no remunerado (ver Federici, 2018) como con todos los otros ámbitos en los que se dan relaciones de poder y violencia. El marxismo no puede explicar todas las formas de opresión y dominación, y por eso hacen falta otras herramientas como el feminismo, la teoría postcolonial, antirracista o conceptos como la heteronormatividad, el capacitismo o el poder adulto para comprender cómo se configura la desigualdad. Como decía Doreen Massey (1991: 24), la movilidad de las mujeres en las ciudades no está restringida por el capital sino por los hombres. El miedo que sienten

las mujeres en las calles de sus ciudades, y que limita enormemente su acceso al espacio público, no responde a las lógicas del capital sino a las relaciones de poder de género. Desde una óptica de clase no se puede explicar por qué una chica rica es violada en el lavabo de una discoteca en un barrio acomodado. Tampoco se entiende solo desde una óptica de clase por qué un chico negro recibe una paliza en el metro de Barcelona o por qué un adolescente trans sufre violencia, estigmatización y represión por parte de su familia. Hay cuestiones que el capitalismo o las relaciones de producción no pueden explicar, como hay cuestiones que el género no puede explicar o que la raza no puede explicar. Es por esto que la interseccionalidad propone que se tengan en cuenta diversos marcos explicativos para poder entender la compleja configuración de la desigualdad social que no solo tiene que ver con esta multiplicidad de ejes, sino con las diversas y cambiantes formas en que se relacionan entre ellos y su configuración variable según el contexto.

Partiendo de una perspectiva situada de la interseccionalidad, en la que el lugar tiene un papel constitutivo, el debate no es si hay un eje que explica más cosas a nivel global, sino qué ejes son necesarios para comprender una situación de desigualdad concreta. Es decir, en lugar de buscar grandes explicaciones sobre la forma general de interrelación entre ejes, lo importante es analizar las relaciones históricamente contingentes y situadas en un contexto concreto (Brah, 1992). La necesidad de encontrar una jerarquización general y *a priori* imposibilita esta mirada interseccional situada e implica también un debate sin sentido que no lleva a ningún lugar. Una competición por el *trofeo al sistema más malvado* teóricamente es inviable y es destructora políticamente. ¿Es más importante explicar cómo se genera la plusvalía en el sector bancario que el proceso de heteronormalización en el ámbito familiar? ¿Quién puede determinar qué es más importante? ¿Y más importante para quién y para qué? Creo que es evidente que el capitalismo, el patriarcado o el racismo fundamentan y estructuran nuestra sociedad y causan desigualdades, discriminaciones y violencias profundas, institucionalizadas y normalizadas. Y creo que lo que es más relevante es comprender qué papel juegan en cada situación concreta para poder hacerles frente. Analizar la situación de explotación laboral y de abuso sexual de las recolectoras de fresas de Huelva requiere tener en cuenta tanto la explotación de clase como el patriarcado, el colonialismo, el racismo o cuestiones vinculadas con la religión y la lengua (ver Filigrana, 2019). No se trata de identificar cuál de entre todos estos es el factor más importante, sino de ver cómo la interrelación entre

ellos configura la situación de explotación y abuso que sufren para poder encontrar formas de transformar la situación.

La propuesta es la de utilizar un marco interseccional en el que sea el contexto el que determine qué ejes son más o menos fundamentales para comprender situaciones concretas de desigualdad y discriminación. Es decir, decidir de forma situada y coyuntural qué ejes o qué luchas son prioritarias, y no tomar esta decisión como un apriorismo general. También es una propuesta que pretende contribuir a frenar la competición por el *trofeo al sistema más malvado*, que al final es lo que termina siendo la verdadera *trampa* en la construcción de luchas, solidaridades y alternativas políticas.

Del problema de la fragmentación en los feminismos al feminismo interseccional

La cuestión del encaje entre diferentes ejes de desigualdad en las luchas políticas no es solo una discusión entre la clase y los «otros» ejes, sino que actualmente es un tema de debate central dentro de los feminismos. Muchas de las reflexiones de la sección anterior podrían ser aplicables también a debates internos al feminismo donde se intentan priorizar unas dimensiones del género sobre otras o donde se menosprecian otros ejes como configuradores de desigualdades. Judith Butler (2007 [1990]: 67) se refería extensamente a esta cuestión mostrando cómo «insistir en la coherencia y la unidad de la categoría de las mujeres ha negado, en efecto, la multiplicidad de intersecciones culturales, sociales y políticas en que se construye el conjunto concreto de “mujeres”». Criticaba también la búsqueda de una candidata para la posición de «condición primaria de opresión», rechazando por tanto la jerarquía entre opresiones y las reivindicaciones de unidad en el feminismo. Esta cuestión ha sido un tema de discusión importante que se ha relacionado con la crítica a la fragmentación en los feminismos vinculada, en parte, a la perspectiva interseccional.

En este sentido, otra de las críticas que se han hecho a la interseccionalidad es la de la fragmentación (ver Garry, 2011), en la que se argumenta que la interseccionalidad fragmenta el feminismo e imposibilita la construcción de lazos de solidaridad porque no permite que haya objetivos comunes entre las mujeres. El marco conceptual de las propiedades propuesto en el capítulo anterior puede ser una forma de superar esta lógica, ya que muestra la posibilidad de considerar la diversidad sin renunciar a la

identificación de categorías concretas. En este sentido, es importante ver cómo la interseccionalidad también puede ser una manera de romper con lógicas esencialistas sin perder la posibilidad de nombrar categorías concretas. La clave es considerar que cuando se está haciendo referencia a una propiedad como el género se está haciendo referencia a una dimensión de la persona, no a su totalidad. Por ejemplo, cuando se dice «mujer» no se debe pretender que «mujer» se pueda referir a todo lo que esta persona es o a todo lo que le pasa, sino que solo se está haciendo referencia a su posición de género. Judith Butler (2007 [1990]: 49) afirma que:

si una «es» una mujer, es evidente que eso no es todo lo que una es; el concepto no es exhaustivo, no porque una «persona» con un género predeterminado sobrepase los atributos específicos de su género, sino porque el género no siempre se constituye de forma coherente o consistente en contextos históricos distintos, y porque se entrecruza con modalidades raciales, de clase, étnicas, sexuales y regionales de identidades discursivamente constituidas. Así, es imposible separar el «género» de las intersecciones políticas y culturales en las que constantemente se produce y mantiene .

La autora muestra que el género no puede separarse del contexto en el que se produce y mantiene. Un contexto que no es solo histórico y geográfico, sino que también se relaciona con otras dimensiones. Lo que es fundamental para la interseccionalidad aquí es el concepto de «no-exhaustividad» que la autora propone pero que no desarrolla más extensamente. Decir que *mujer* no es exhaustivo de lo que es una persona está evidenciando que *mujer* se está refiriendo solo a una posición concreta de la persona, no a toda ella. Por tanto, *mujer* no puede dar cuenta de las otras posiciones de una persona. En un marco interseccional, *mujer* no se debe tomar como un nombre sino como un objetivo (como una propiedad, siguiendo con la metáfora del cesto de manzanas), uno de los muchos adjetivos que puede tener una persona. Como no pretendemos que «amarilla» se refiera a todo lo que es una manzana amarilla (pequeña, madura), *mujer* tampoco puede hacerlo.

Pero esto no suele ser así. En primer lugar, por la relevancia social que tiene la diferenciación de género en el lenguaje, por ejemplo, se utiliza *mujer* como nombre («aquella mujer está sentada en el banco»), y en segundo lugar porque en un contexto racista, adultocentrista, clasista, heteronormativo y capacitista, cuando se piensa (o legisla, o

investiga, o representa) sobre *mujeres*, se hace de forma sesgada: se piensa en una persona *mujer* que además es cis, blanca, adulta, de clase media, heterosexual y con plenas capacidades.

Esta cuestión conceptual ha tenido muchas implicaciones a nivel político. Por ejemplo, en el debate sobre si hay una experiencia compartida entre mujeres, el énfasis se pone en el problema que suponen las diferencias entre mujeres para hablar sobre las desigualdades de género. Las *mujeres* lo que comparten es una posición concreta en las relaciones de género, pero su experiencia y la forma cómo vivirán la discriminación, la desigualdad o la violencia se configura en base a todas sus otras posiciones, y según el contexto donde se encuentren. Por tanto, dos mujeres pueden no compartir ninguna experiencia de opresión, pero esto tampoco significa que dejen de ser «mujeres». La desigualdad de género se configurará en ellas de forma diferente, pero seguramente podrán identificar qué discriminaciones sufren por el hecho de ser mujeres. Como decía Audre Lorde:

Como mujeres, nos han enseñado a o bien ignorar nuestras diferencias o bien verlas como motivos para la separación y la desconfianza en lugar de como fuerzas para el cambio. Sin comunidad no hay liberación, solo hay un armisticio vulnerable y temporal entre un individuo y su opresión. Pero la comunidad no puede significar la pérdida de nuestras diferencias, ni tampoco la patética pretensión de que estas diferencias no existen” (Lorde, 2007 [1984]: 111).

La interseccionalidad muestra que estas diferencias existen y que se pueden tratar como «fuerzas para el cambio», como motor para la transformación. La no-exhaustividad es un concepto fundamental que permite pensar que el concepto *mujer* no agota todo lo que una *mujer* es y justamente su parcialidad es la que permite mantenerlo. Esto tiene implicaciones políticas importantes, ya que permite identificar causas concretas de discriminación, como el género, sobre las que construir luchas políticas reconociendo al mismo tiempo la diversidad en la que estas discriminaciones se configuran en personas diferentes, justamente por la intersección con otros ejes de desigualdad²⁶.

26 Me he referido a *mujer* o *mujeres* para seguir con los ejemplos mencionados en las citas de Judith Butler y Audre Lorde, pero la argumentación se podría aplicar a cualquier otra categoría de género o a otros ejes.

Estas cuestiones suelen ser temas de discusión importantes dentro de los feminismos, y un ejemplo son los encuentros para la preparación del 8 de marzo y sus manifiestos. Estos son espacios de encuentro y de materialización de debates políticos que visibilizan las diferentes posturas en relación con la propia concepción del género –como el debate en relación con la participación de personas trans–, las diferentes posturas feministas –como el debate sobre el trabajo sexual– y también la relación entre el género y otros ejes, especialmente en relación con el racismo²⁷. Los manifiestos que se redactan suelen ser textos largos donde los diferentes colectivos e individualidades muestran visiones y reivindicaciones específicas, muchas veces con la voluntad de visibilizar violencias menospreciadas, colectivos vulnerabilizados o denunciar injusticias concretas. Creer que estas demandas son formas de fragmentación del feminismo es caer otra vez en la trampa de la unidad. Lo que divide son los prejuicios y la negación de las diferencias dentro de los feminismos, no su visibilización. Lo que divide es negar que el racismo es una forma de discriminación estructural que nos afecta de forma diferente según nuestras posiciones, no ponerlo de manifiesto.

Bajo mi punto de vista, no considero necesaria una definición acotada de cuál es el sujeto del feminismo para articular luchas feministas. Al contrario, creo que asumir que es una cuestión en constante transformación permite incluir nuevas perspectivas y aproximaciones. Otra cuestión es si los feminismos tratan solo sobre cuestiones de género. Siguiendo con el ejemplo, en los manifiestos de los últimos años se pueden encontrar frases exigiendo el cierre de los CIEs o defendiendo la educación pública. Pero ¿tienen que ver estas cuestiones con el género? Obviamente, las políticas migratorias o la ley de extranjería afectan a las mujeres, como también sufren las consecuencias de la privatización de la educación. Pero seguramente el género no es el elemento clave en la explicación de estas cuestiones. La pregunta que surge a veces es si el feminismo tiene que tratar sobre todo lo que afecta a las mujeres y a otras personas que sufren opresión por su identidad sexual o de género o si tiene que tratar sobre lo que le pasa a las mujeres y otras personas *por el hecho de ser mujeres*. Es decir, si el feminismo tendría que centrarse

27 Ver, por ejemplo, el comunicado de Afroféminas «Por qué Afroféminas no se suma a la Huelga Feminista»: <https://afrofequinas.com/2018/03/05/porque-afrofequinas-no-se-suma-a-la-huelga-feminista/>. Para una crítica más general al movimiento feminista desde posturas antirracistas y anticoloniales, ver Brizuela González y López Martínez (2018).

solo en lo que le pasa a una mujer trans por el hecho de ser *mujer trans* o también en las dificultades que tiene en general en cuestiones de acceso a la vivienda. Si el feminismo solo abordase las cuestiones de género, seguramente se centraría únicamente en denunciar la discriminación que ella puede sufrir por el hecho de ser trans cuando va a visitar un piso de alquiler, pero no trataría sobre la especulación inmobiliaria o la crisis habitacional en general.

Trans, como *mujer*, no es un término exhaustivo. Si nos referimos a lo que les pasa a las personas trans por el hecho de ser trans o a las mujeres cis por el hecho de ser mujeres cis, seguramente el cierre de los CIEs no entrará en la discusión, porque la existencia de estos centros, a pesar de que afectan de forma diferente según el género, no tiene su causa en las relaciones patriarcales primordialmente, sino en las relaciones coloniales y racistas. Si el feminismo solo debe tratar la discriminación o la violencia causadas primordialmente por el género, las discriminaciones y violencias causadas por la clase o el origen no deberían abordarse. Pero ¿cómo podría un movimiento como el feminismo no denunciar una práctica tan violenta e injusta?

A pesar de las limitaciones y el trabajo que aún queda por hacer, seguramente el movimiento feminista es el que tradicionalmente ha recogido más ejes y se ha esforzado más por ampliar la mirada más allá del género. La mayoría de las veces, la consideración de otros ejes ha sido y es un proceso conflictivo y doloroso, una larga lucha interna por la visibilización de las exclusiones dentro del movimiento, pero una lucha que ha llevado a que hoy en día los feminismos tengan herramientas para comprender el funcionamiento de múltiples estructuras de poder y formas de dominación y la manera en que se entrecruzan. Es fácil ver reivindicaciones lesbianas, migradas, por la sanidad pública, contra la reforma laboral, por el derecho a la vivienda o contra la guerra en movilizaciones feministas. Y es el marco interseccional el que nos puede servir para comprender que, a pesar de que los feminismos se centren especialmente en cuestiones de género, la desigualdad no se puede comprender solo desde esta perspectiva. El reto reside en poder revisar, incorporar y transformar los feminismos reconociendo las propias exclusiones y violencias causadas por otros ejes de desigualdad sin perder de vista la centralidad del género. Siguiendo las palabras de Audre Lorde (2009: 220).

No me puedo permitir el lujo de luchar solo contra una forma de opresión [...] Y no me puedo permitir escoger entre los frentes

donde he de luchar contra estas fuerzas de discriminación, allá donde sea que vengan a destruirme. Y cuando vengan a destruirme, no tardarán mucho en venir a destruirte a ti.

Desde su posición en múltiples ejes de opresión, la separación y la jerarquización entre luchas pierde sentido. No tiene sentido la competición entre ellas, porque las agresiones que no reciba por un lado las recibirá por el otro, y las que no reciba ella, afectarán a otras personas. Creo que un feminismo interseccional tiene que poner las cuestiones de género en el centro, porque si no lo hacen las feministas, no lo hará nadie. Pero también se tiene que entender que el género se configura a través de otros ejes, que afectan de manera diferente a personas situadas de forma diferente y que las preocupaciones de las mujeres u otras personas oprimidas por su identidad de género puede que no tengan que ver de forma principal con el género. En este sentido, el camino recorrido por los feminismos y las discusiones internas sobre la relación entre diferentes ejes hace que pueda ser un movimiento interseccional. De hecho, poner los cuerpos, la vida y las relaciones en el centro de la política no es una «cosa de mujeres», es una enmienda a la totalidad del capitalismo, el racismo, el sexismo y cualquier otra forma de opresión.

Por último, como propuesta concreta sobre cómo gestionar esta diferencia desde marcos interseccionales, creo que el concepto de «política transversal» de Nira Yuval-Davis (1994, 2011²⁸) es muy útil. La autora parte de una distinción clara entre las posiciones y los valores, defiende que una política transversal se debe basar en los valores compartidos y no en las identidades. Esto lo muestra en base a la necesidad de tener en cuenta dos principios: el de arraigo (*rooting*) y el de desplazamiento (*shifting*). Es decir, que las personas que defienden a determinados grupos, en el diálogo con otros grupos, han de partir de su propia posición (arraigo) pero al mismo tiempo deben poder empatizar con la posición de la persona con la que están dialogando (desplazamiento). Creo que esta propuesta es interesante porque permite reconocer las

28 En el prólogo del libro *Tierra de nadie. Perspectivas feministas sobre la independencia* (Gatamaula, 2018) se puede encontrar una reflexión de Nira Yuval-Davis sobre los conceptos de interseccionalidad situada, política transversal y política de pertenencia. Ver también la segunda edición de *Black Feminist Thought. Knowledge, Consciousness and the Politics of Empowerment* (2000a) de Patricia Hill Collins para una reflexión sobre la política transversal relacionada con el feminismo Negro en los Estados Unidos y la interseccionalidad.

epistemologías situadas —es decir, que desde diferentes posiciones el mundo se ve de forma diferente— sin tomarlas de manera esencialista ni como trinchera política contra los otros grupos. Permite partir de las propias experiencias de opresión compartidas sin que esto impida crear alianzas con otras personas diferentemente posicionadas con las que se comparten unos determinados valores.

La pregunta que queda es, ¿cómo llevamos a cabo esta política feminista sin hacernos tanto daño? ¿Cómo podemos empatizar con alguien a quien vemos como causante o cómplice de nuestro propio dolor? En la siguiente sección abordo la dimensión emocional de la interseccionalidad, intentando proporcionar herramientas para poder situar y nombrar los malestares interseccionales, que a menudo considero que son uno de los obstáculos más importantes para poder tejer alianzas.

La dimensión emocional: polítizar los malestares interseccionales

La dimensión emocional no se suele abordar en el análisis de las desigualdades sociales ni tampoco en la acción política, pero tiene un papel central en cómo se configuran las desigualdades, y en cómo se viven o cómo se gestionan las posiciones de privilegio y opresión en la acción política. En la misma dicotomía entre lo público y lo privado, las emociones se relacionan con el ámbito privado, que es el que se vincula con lo femenino, y con lo no político. En el análisis de las desigualdades, por ejemplo, existen indicadores como la esperanza de vida, la renta per cápita, el número de agresiones homófobas, el porcentaje de menores que han sufrido abusos sexuales o el número de personas que se contabiliza que han muerto en el Mediterráneo por la política de fronteras asesina de Europa. Son números que indican desigualdades estructurales, violencias cotidianas y discriminaciones y que efectivamente sirven para visibilizar determinadas injusticias. Pero el hecho de sentir miedo de tu pareja, angustia por el riesgo de una identificación por parte de la policía o preocupación por la posibilidad de un desalojo también son indicadores de desigualdad. No son datos que se muestren porque no suele ser un criterio cuantificable, medible o que tenga relevancia política. Se tiene en cuenta la agresión, la identificación o el desalojo cuando ocurre, pero no las estructuras que lo provocan, los efectos

emocionales concretos que tienen estos hechos ni el miedo sistémico a sufrirlos. Se sitúa lo emocional como contrapuesto a lo material, pero las emociones tienen efectos clave en la materialización de las desigualdades y el simple hecho de que unas personas las sientan y otras no en función de sus posiciones, ya es en sí misma una forma de desigualdad.

Sobre la acción política, Amaia Pérez Orozco (2014), desde sus reflexiones sobre la sostenibilidad de la vida y la economía feminista, expone cómo se han naturalizado nuevos mal vivires repartidos de forma desigual y defiende la necesidad de nombrar el malestar juntas. Muestra cómo es imprescindible nombrar el malestar desde narrativas que, en lugar de proponer la expulsión de las que no caben, partan de lo común. Considera que si no se consigue captar este malestar es porque no se nombran sus afectaciones radicalmente desiguales, y que lo que hace falta es encontrar un punto de partida común y llamar al buen vivir como horizonte al que nos queremos acercar a nivel colectivo (Pérez Orozco, 2014).

Mi motivación surge de esta necesidad de identificar los malestares desigualmente distribuidos, relacionando las posiciones interseccionales, las emociones y los lugares. En este sentido me centro en la dimensión emocional como una forma de acercarme a las desigualdades sociales que creo que tienen una relevancia clave en el terreno político. Actualmente, en un contexto neoliberal, las emociones han tomado valor en la esfera pública. Las emociones sirven tanto para el control social como para una individualización de las problemáticas sociales psicologizadas. El debate intelectual sobre la conceptualización de las emociones es extenso y complejo²⁹. Por ejemplo, sobre el rol de emociones concretas en relación con el poder y la (re)producción de las desigualdades, se han tratado temáticas tan diversas como la geopolítica del miedo (Pain y Smith, 2008), las jerarquías del dolor (Butler,

29 Nikolas Rose (1996) muestra la relación entre las disciplinas como la psicología, la psiquiatría o el psicoanálisis y el poder y los procesos de subjetivación. Eva Illouz (2007) en *Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo* explica el papel que han jugado las emociones en la construcción del capitalismo, mostrando cómo este opera en base a una cultura emocional concreta en relación con el trabajo o la familia. Sara Ahmed (2004) en *La política cultural de las emociones* se centra en la relación entre las emociones, el lenguaje y los cuerpos en los procesos de construcción nacional. Entre muchas de las cuestiones que explica, muestra por ejemplo cómo las emociones no son privadas y cómo están socialmente organizadas o, basándose en Marx, cómo «las emociones se acumulan a lo largo del tiempo, como una forma de valor afectivo» (Ahmed, 2017: 36)

2004) o el imperativo de la felicidad (Ahmed, 2019). Desde la geografía se ha mostrado también la capacidad del lugar para evocar emociones (ver Tuan, 1979), se ha aportado también la dimensión política de las emociones a través de los análisis sobre la naturaleza generizada de las relaciones entre emociones y lugares (ver Rose, 1993) y ha habido también un importante desarrollo sobre los efectos como forma de ir más allá del lenguaje de las emociones (ver Thrift, 2004). Una de las cuestiones centrales ha sido evidenciar cómo las emociones se producen a partir de la relación entre las personas y los entornos (Bondi *et al*, 2007). Aquí me baso principalmente en la conceptualización concreta de malestares/bienestares de Sara Ahmed (2007: 158) y su claro carácter espacial para desarrollar la vinculación entre lo individual y lo estructural desde una perspectiva emocional.

Ahmed argumenta que el bienestar se da cuando una persona está tan bien en un entorno que cuesta distinguir dónde acaba su cuerpo y comienza el mundo. Es el encaje que hace que las superficies del cuerpo desaparezcan. La autora analiza la «blanquitud» (*whiteness*) y afirma que esta «permite a los cuerpos extenderse en los espacios que ya han tomado su forma» y que «los espacios se viven como espacios de bienestar en tanto que permiten que los cuerpos encajen». Añade que «solo nos damos cuenta del bienestar como un afecto³⁰ cuando lo perdemos, cuando sentimos malestar». La autora, desde una perspectiva fenomenológica, explica que «la blanquitud como categoría de la experiencia desaparece como categoría a través de la experiencia» (Ahmed, 2007: 158) y vincula esta cuestión al colonialismo y a cómo este ha hecho que el mundo fuese blanco, un mundo que pone al alcance de determinados cuerpos ciertos objetos. Establece una vinculación clara entre el bienestar y el privilegio.

Las cuestiones que propone Ahmed son clave para el desarrollo de la interseccionalidad desde una perspectiva emocional y geográfica. Establece una clara relación entre cuerpo, emociones, lugares y relaciones de poder y su noción del bienestar de la blanquitud sitúa la co-constitución entre la espacialidad y la sociabilidad (tratada en la sección anterior) como tema central. Las emociones vinculadas a espacios

30 La distinción entre afectos y emociones es una cuestión central en la literatura académica sobre esta temática. En general se utiliza el concepto de afecto para referirse a las sensaciones físicas que no pueden ser expresadas. Las emociones serían los diferentes aspectos que son expresados y están socialmente construidos.

concretos muestran cómo las relaciones de poder afectan a los cuerpos de forma diferente y, además, estas emociones hacen que las categorías «desaparezcan» desde una perspectiva de la experiencia.

Pretendo vincular esta concepción del bienestar y el malestar, como conceptos holísticos que pueden incluir un abanico amplio de emociones concretas, a la interseccionalidad. Es decir, aplicar lo que pasa con la experiencia de la blanquitud a otras categorías y posiciones desde una perspectiva interseccional. Por ejemplo, en relación con la orientación sexual, el hecho de que la heterosexualidad sea vivida como posición neutra, no marcada, ni siquiera como una posición, ha sido una cuestión analizada desde las geografías de las sexualidades, mostrando la aparente asexualidad de los espacios y las consecuencias que esto tiene para las sexualidades disidentes (ver Bell y Valentine, 1995; Hubbard, 2000). El bienestar que aporta la heterosexualidad en determinados espacios podría considerarse en términos similares a los de la blanquitud. No en relación con la ontología de cada uno de ellos ni los procesos históricos que han llevado a su configuración concreta en el lugar, que es diferente, sino en su vertiente fenomenológica relacionada con el privilegio. Y de la misma manera que se podría relacionar con la heteronormatividad, también podría hacerse con el género, la diversidad funcional, la edad o la religión, entre otras.

Sin embargo, desde una perspectiva interseccional la cuestión deviene compleja. Los espacios son inhabitables para algunos cuerpos y no para otros (Ahmed, 2007), pero desde una perspectiva interseccional esta «inhabitabilidad» no es absoluta, sino contradictoria y variable. Una persona heterosexual puede sentir malestar a causa del racismo al mismo tiempo que una persona blanca puede sentir malestar causado por el heterosexismo. Las dos pueden sentir, al mismo tiempo, el desencaje y la inhabitabilidad de un lugar al mismo tiempo que el encaje que hace que desaparezca una categoría, que ni siquiera se viva como categoría. Además, este bienestar/malestar, encaje/desencaje o privilegio/opresión cambia con el lugar y el tiempo. La consideración de los cuerpos como «algo más que blancos» o «algo más que heterosexuales», en el ejemplo, considera el bienestar/malestar como algo dinámico y controvertido.

Esta concepción se aleja de consideraciones dicotómicas y rígidas sobre las posiciones, pero también sobre las emociones, ya que se dan configuraciones diferentes de malestar/bienestar según las posiciones interseccionales y el espacio. En algunos lugares, algunos malestares se sentirán de forma muy intensa mientras que en otros no será así, en

función de los cuerpos y la configuración del lugar y las relaciones sociales. Por tanto, las emociones, junto con los lugares, aportan un dinamismo a la comprensión de las relaciones interseccionales que permite hablar de categorías sin tener que considerarlas ni estáticas ni de forma dicotómica.

La conceptualización del bienestar/malestar es clave para comprender la dimensión emocional de las dinámicas interseccionales y también para poder nombrar estos malestares políticamente. Pero ¿todos los malestares apuntan a opresiones? ¿Todos los bienestar apuntan a privilegios? ¿Qué rol tienen en la reproducción de las desigualdades? ¿Cómo se pueden conceptualizar políticamente? Mi planteamiento pretende proporcionar herramientas para contribuir a nombrar estos malestares (y bienestar) distribuidos de forma interseccionalmente desigual. Para esto propongo una distinción que vincula las emociones de bienestar y malestar con las relaciones de poder y los lugares. Sobre los malestares, distingo entre los sistémicos/sistemáticos, los circunstanciales y los éticos. Sobre los bienestar, entre los sistémicos/sistemáticos, los de alivio y los normalizantes.

En relación con los malestares, se puede distinguir tres tipos. Por un lado, los *malestares sistémicos o sistemáticos* serían aquellos que están relacionados con posiciones de opresión en algún sistema (sistemáticos) y/o que se dan de forma recurrente en los lugares de la vida cotidiana (sistemáticos). Un ejemplo de estos malestares sería el hecho de sentirse observado o rechazado en el metro por ser negro. El malestar provocado por el racismo que conlleva que haya personas que no quieran sentarse a tu lado o te miren con desprecio por tu color de piel. Es un malestar que nace de una posición de opresión, en este caso en relación con la etnicidad, y que se da en diversos lugares de la vida cotidiana, como el transporte público, la calle o el instituto, por ejemplo. Estos malestares son la otra cara de la moneda de lo que Ahmed (2007) plantea sobre la blanquitud. Son cuerpos que no encajan en ciertos lugares porque estos ya han sido configurados de formas determinadas por la presencia de determinados cuerpos en procesos acumulados históricamente. Son cuerpos que están «fuera de lugar» (Cresswell, 1996). Son cuerpos jóvenes en un espacio de decisión política, cuerpos negros en la academia o cuerpos femeninos en un campo de fútbol profesional. Son cuerpos que no encajan en los lugares de la vida cotidiana de forma sistemática, y este desencaje es el que provoca el malestar sistémico/sistemático. La cuestión espacial es fundamental en este sentido, ya que hay cuerpos que encajan en unos lugares y no en otros, espacios reservados para determinados cuerpos que al salir

se hacen visibles las estructuras que sostienen estas relaciones. Además, estos malestares no son solo el efecto de relaciones sociales de desigualdad, sino que son también productores de desigualdades, ya que limitan, restringen o niegan el uso, el acceso, la participación o el disfrute en ciertos espacios de la vida cotidiana.

Aunque estos malestares indican situaciones de opresión estructural, también pueden ser la fuente de un deseo de transformación. Ahmed afirma desde su experiencia personal que las experiencias de placer y entusiasmo que ha tenido delante de la posibilidad de un cambio han comenzado con una sensación cotidiana de malestar (2007: 163). Holliday (1999) también argumenta que es el malestar, el desplazamiento o la alteración lo que ha hecho que la política *queer* se moviese hacia lugares menos exclusivos y complacientes. Identificar un malestar sistémico/sistemático puede llevar a la transformación si se politiza, si se hace social, político, estructural. En este sentido, aunque estos malestares son los que apuntan hacia la desigualdad, también lo hacen hacia la posibilidad de un cambio a través de lo que he llamado «los desencajes interseccionales productivos», que surgen cuando este desencaje entre las posiciones y los lugares es fuente de conocimiento y empuje a la reflexión y la acción (ver la sección «Hacia unas geografías de la interseccionalidad»).

Por otro lado, los *malestares circunstanciales* se dan de forma puntual y no están relacionados con posiciones de opresión. Son malestares que se viven en lugares concretos que a menudo pueden estar configurados por relaciones sociales no hegemónicas. Por ejemplo, el hecho de que un chico heterosexual sienta malestar en un espacio de ocio LGTBI es un malestar vinculado a estar en una posición minoritaria dentro de un espacio, pero no está relacionado con una posición de opresión. Este punto es fundamental, y comprender esta distinción es clave para evitar manipulaciones políticas de los conceptos por parte de personas que ocupan posiciones de privilegio. Un hombre puede sentir malestar en un espacio laboral muy feminizado, pero su malestar no tiene las mismas implicaciones políticas que el del chico negro en el metro. Es necesario reconocerlo como malestar, pero desde una perspectiva estructural sobre las desigualdades sociales no se puede equiparar al malestar sistémico/sistemático que, a diferencia del circunstancial, nace de una injusticia estructural. Esta distinción es la que permite conceptualizar las emociones desde una perspectiva politizada y no individual, y también posibilita la identificación de los malestares en relación con la interpelación de las personas que ocupan posiciones privilegiadas. Jokin Azpiazu Carballo (2017), en

Masculinidades y feminismo, argumenta que es necesario crear espacios – físicos, sociales y discursivos– de incomodidad productiva en el trabajo con los hombres para generar cambios. En estos espacios que identifica el autor se generan malestares causados por la confrontación con el privilegio que serían malestares circunstanciales no vinculados con una posición de opresión estructural, pero con un potencial transformador para generar espacios desde donde reflexionar y actuar por el cambio social.

Por último, están los *malestares éticos*. Estos malestares no están vinculados a la propia posición de opresión/privilegio en las estructuras sociales, sino que surgen de la conciencia política, de la ideología o de la empatía. Es el sentirte mal en el trabajo porque tus compañeras dependientes ignoran a una chica con velo cuando entra en la tienda. O el malestar en una comida de Navidad por los comentarios homófobos que tu tío le hace a tu primo. Estos malestares pueden ser solo emociones puntuales, pero también pueden terminar llevando a la acción y a la transformación social. La identificación de estos malestares, de este desencaje ético, rompe también con la política identitaria, porque permite comprender que la configuración de las luchas no se tiene por qué dar solo a través de la identificación de opresiones compartidas. Es decir, que el malestar productivo puede venir también de una posición política y no solo de la propia identidad, permitiendo así la creación de alianzas fuera de marcos identitarios. En este sentido, la movilización de este malestar sirve también para pensar en la dimensión emocional de la interseccionalidad y en la experiencia vivida, no solo vinculada a las posiciones sociales sino también a las políticas³¹.

Esta distinción entre malestares es fundamental para comprender que el malestar del que habla Sara Ahmed (sistémico/sistemático) no es el mismo que el que viven unos hombres que se sienten fuera de lugar en su colectivo por las reivindicaciones feministas de sus compañeras (circunstancial). Todos son malestares, pero unos están claramente relacionados con posiciones de opresión en estructuras sociales y otros no. Por tanto, distinguirlos es clave para poder identificar su dimensión estructural y sistemática y también para no caer en aproximaciones despolitizadas ni psicologizadoras del malestar.

31 Para un desarrollo de la distinción y una aplicación de estos tipos de malestares a una investigación empírica, ver Rodó-de-Zárate (2017a) sobre el caso de chicas jóvenes lesbianas en Brasil y Cataluña.

Y como pasa con los malestares, los bienestaros tampoco son todos igualmente vinculados con las relaciones de poder. No es lo mismo el bienestar de la blanquitud que pone el mundo al alcance de los cuerpos blancos (Ahmed, 2007), que el bienestar que Andrew Gorman Murray (1999: 448), describe como «"el encaje" emocional entre el yo encarnado y el lugar» o que Ruth Holliday (1999:481), en relación las identidades sexuales en diversos lugares de la vida cotidiana, identifica como el hecho de ser reconociblemente *queer*, de «expresar externamente lo que se siente dentro». Por tanto, si era necesaria una distinción para comprender cómo se vincula el malestar con la opresión, también lo es para comprender cómo se vincula el bienestar con el privilegio.

Por un lado, estarían los *bienestares sistemáticos/sistémicos*, que serían los bienestaros derivados de posiciones de privilegio y que hacen que los cuerpos encajen en los espacios de la vida cotidiana. Son los bienestaros que crean también sentimientos de pertenencia que permiten actuar en los contextos concretos (Noble, 2005). Estos bienestaros serían los que describe Ahmed e implican cuestiones como que «los cuerpos blancos no tienen que enfrentarse a su blanquitud» (Ahmed, 2007: 156). Por tanto, son bienestaros que se configuran como no-emociones, es decir, bienestaros que solo se sienten cuando se pierden (Ahmed, 2019). Apuntan directamente a una posición privilegiada, con todas las consecuencias que la autora expresa, tanto en relación con la experiencia de la categoría en sí misma, que se vive como no marcada, como en relación con los procesos que han configurado ciertos espacios de forma que ciertos cuerpos encajen en ellos. Este privilegio aporta bienestar y también configura los espacios de una determinada forma: como blancos, como heterosexuales, como masculinos, como adultos. La vinculación de este bienestar con un privilegio se da porque el bienestar está distribuido de forma desigual, no porque este bienestar sea «negativo». Es importante remarcar esta cuestión para la conceptualización de la interseccionalidad y también para la gestión de la herida interseccional que se verá a continuación. Sentir un bienestar sistemático/sistémico no es una cuestión política o éticamente despreciable en sí misma, sino que lo es el hecho de que este bienestar esté distribuido de forma desigual. Es en esta desigualdad donde reside la injusticia, no en el hecho de sentir un bienestar. Por tanto, lo que es problemático e indeseable es el malestar sistemático/sistémico, no la falta de este.

Otro tipo de bienestaros serían los *bienestaros de alivio*. Estos bienestaros se tienen que entender como en un continuum con los

malestares sistémicos/sistemáticos, ya que están estrechamente vinculados. Son bienestar derivados de luchas colectivas o cotidianas para la creación de espacios de alivio de determinados malestares. Puede ser la casa propia, el colectivo antirracista de la ciudad, o un centro social gestionado por jóvenes, y son bienestar que no apuntan a los privilegios estructurales, sino que se relacionan con la agencia, con la transformación social y con la creación de solidaridades. En línea con los malestares circunstanciales, son bienestar que se dan por una configuración concreta que no es la hegemónica en un lugar. Estos bienestar, a diferencia de los que mencionaba Ahmed, sí que se viven como tales. Si Ahmed (2007) decía que los bienestar –los que yo llamo sistémicos/sistemáticos– se sienten solo cuando se pierden, cuando se siente un malestar, en este caso ocurriría a la inversa. Es decir, es justamente por el hecho de sentir malestares sistémicos/sistemáticos en la vida cotidiana que estos bienestar son vividos y sentidos. Los lugares a los que están vinculados son espacios con un fuerte potencial transformador, porque son espacios donde se desarrollan formas de vida que escapan de alguna normatividad social. Sin embargo, desde la perspectiva interseccional, estos espacios no se pueden concebir como espacios de seguridad o espacios libres de opresiones en general, ya que pueden ser un refugio para algunas personas y no para otras, pero también porque pueden ser un lugar de alivio por una posición, pero no por otra.

Por último, estarían los *bienestar normalizantes*. Estos son emociones vinculadas con el bienestar, pero como consecuencia de una normalización de la discriminación. Una posición de opresión no va directamente vinculada con malestar, sino que existen toda una serie de procesos de normalización que hacen que se vivan determinadas situaciones desde el bienestar, aunque se estén sufriendo situaciones de violencia, discriminación y desigualdad. Esta cuestión tensiona la asociación directa entre posición social y consciencia de la posición y evidencia que esta relación no es implícita, sino que se construye a través de los discursos y los procesos históricos. Un trabajador puede sentir bienestar en su lugar de trabajo, aunque esté en una condición de explotación, y una mujer puede sentir bienestar en casa con su marido, aunque esté en una relación desigual. Por tanto, este tipo de bienestar muestran cómo la percepción subjetiva de la discriminación o la desigualdad no equivale necesariamente a la posición objetiva. Tener en cuenta esta cuestión es clave para comprender los procesos de reproducción de las desigualdades sociales y el rol de la dimensión emocional en su mantenimiento. Estos, por tanto, no indican posiciones de privilegio,

sino que señalan las normatividades, los discursos y las prácticas que hacen que las oprimidas no sientan su propia opresión, una cuestión muy importante para el desarrollo de luchas políticas.

Creo que estas distinciones son útiles para profundizar en la dimensión emocional de los efectos de las desigualdades sociales y contribuir en la tarea de politizar los malestares y nombrarlos de forma colectiva, pero desde una perspectiva interseccional y geográfica se tiene que entender que todo se puede dar simultáneamente y de forma relacional entre lugares. Es decir, se puede sentir un bienestar sistémico/sistemático por una posición al mismo tiempo que un malestar sistémico/sistemático por otra, y un bienestar de alivio por otra posición. Por ejemplo, un chico gay blanco, cuando está en el trabajo, puede sentir un bienestar de alivio por orientación sexual porque trabaja en una entidad LGTBI, un bienestar sistémico/sistemático por su etnicidad y un malestar sistémico/sistemático por su clase debido a las condiciones de precariedad. Además, estas emociones están relacionadas con su experiencia en otros espacios. Es decir, siente el bienestar de alivio en el trabajo porque su orientación sexual es fuente de malestares en la calle, en su casa y en el gimnasio. Por tanto, la experiencia en cada espacio será relacional en los otros espacios y será una configuración específica según los efectos de todos los ejes.

Esta aproximación emocional en la interseccionalidad es también la que permite alejarse de análisis exclusivamente identitarios sobre la desigualdad. No es la posición lo que provoca directamente la opresión, sino que lo que la provoca es que esta se configura también en base al lugar, teniendo efectos diferentes. Esta relación entre bienestares/malestares es también interseccional, es decir, no es aditiva. No es que sume 1 por un bienestar y reste 1 por un malestar, sino que la experiencia será mucho más compleja y con muchos más matices que una simple ecuación predefinida.

Sin embargo, hay una cuestión relacionada con el bienestar/malestar que es peligrosa, y es el hecho de aproximarse a la dimensión emocional desde una perspectiva individual y psicologizadora. Apelar a las emociones implica correr el riesgo de considerar que el problema es la emoción en sí misma en lugar de lo que la ha causado, y se puede terminar patologizando las emociones y desvinculándolas de lo estructural³².

32 María Zapata (2020) alerta del riesgo de la terapeutización en los espacios políticos y defiende que lo emocional se debe llevar al ámbito sociocultural, haciendo un símil

Por esto, la distinción entre tipos de bienestar y malestares pretende vincular estas emociones a las relaciones de poder, a los cuerpos, a la espacialidad, a la opresión y el privilegio y a una perspectiva estructural. En este sentido, es necesario entender las emociones como prácticas sociales y culturales y no como estados psicológicos (Ahmed, 2017).

También se corre el riesgo de centrarse en la perspectiva individual no como punto de partida, sino como objetivo. Con la conceptualización que he presentado, se toman las emociones como indicadores de procesos sociales muy complejos. Estas se tienen que entender –situadas e interseccionales– como puente entre lo individual y lo estructural, ya que pueden mostrar los efectos cambiantes que las estructuras tienen sobre los cuerpos concretos. De hecho, caer en la trampa de considerar las emociones como pertenecientes solo al ámbito individual es reforzar la idea patriarcal de que lo social, abstracto y objetivo es político mientras que lo encarnado, local y subjetivo no lo es.

Esta dimensión emocional es solo una de las posibles dimensiones desde la que abordar las dinámicas interseccionales, pero es una dimensión tradicionalmente inexplorada, con una importancia clave en la materialización y la experiencia de desigualdades. La toma de consciencia sobre las propias opresiones y privilegios es un paso fundamental para la transformación social. Para nombrar los malestares interseccionales es necesario poder identificarlos y observar cómo se relacionan con las dinámicas de poder. Además, la conflictividad que se deriva de la gestión de la dimensión emocional creo que es hoy día uno de los escollos más importantes para la construcción de alianzas políticas. Las emociones no se tratan desde una perspectiva política, pero afectan enormemente a la práctica política. En la siguiente sección intento abordar esta cuestión en base a lo que llamo «la herida interseccional».

La herida interseccional: gestión de la diferencia, la opresión y el privilegio para no hacernos daño

Hacer política interseccional implica reconocer la diferencia dentro de los grupos oprimidos y entenderla como la fuerza transformadora, como decía Audre Lorde (2007 [1984]), pero también implica ver que hay

con el Teatro de las Oprimidas como forma de partir del propio sufrimiento para ir hacia las estructuras que encarnan los personajes en la representación colectiva.

relaciones de desigualdad y dominación dentro de los propios grupos. La política interseccional es entender que se está en posiciones de opresión y privilegio al mismo tiempo y que, a pesar del sufrimiento que se pueda tener en relación con un eje, seguramente se tendrá un privilegio por otro. Pero esto no suele ser una cuestión fácil de gestionar. En esta sección, basándome en la dimensión emocional de la interseccionalidad presentada anteriormente, apuntaré algunos principios de la interseccionalidad que pueden ayudar a comprender el encaje entre diferentes ejes en la acción política y propondré algunas ideas a tener en cuenta para la gestión emocional de lo que llamo la «herida interseccional».

Situarse en un marco interseccional implica reconocer que todo el mundo sufre opresiones y privilegios y, por tanto, los marcos mentales de «buenos y malos», «oprimidos y opresores» o «víctimas y agresores» *en general* pierden sentido. No hay oprimidos y opresores en términos generales porque todo depende del contexto y el marco desde el que se mire. Esto lleva a un contexto de incerteza y variabilidad que hace muy compleja la acción política. En un nivel interpersonal es especialmente duro cuando se forma parte de un colectivo político, porque tras todo un trabajo de toma de conciencia política se han podido identificar las causas del propio malestar (sistémico/sistemático), ponerle nombre y organizarse para hacerle frente, y de repente alguien te coloca en la posición de privilegiada, o de opresora, por otro eje.

Este hecho, el de encontrarse delante de un espejo que te coloca como privilegiada u opresora por un eje, cuando una se siente víctima y oprimida por otro eje, es una fuente de múltiples conflictos políticos. Lo es por ejemplo cuando mujeres migradas señalan el racismo existente dentro del movimiento feminista. O cuando se muestra el privilegio de clase de quien ha migrado con una beca de estudios. Y es especialmente duro en los movimientos sociales porque suelen ser espacios donde se quiere estar al lado de los oprimidos. Un estar al lado de los oprimidos como posición política, como dice Paulo Freire (1970). A diferencia del marco de Freire, un marco interseccional rompe con las dicotomías totalizadoras entre opresores y oprimidos y complica el esquema, pero puede aportar también herramientas para gestionar la herida que crea el descubrirse opresor cuando se es también oprimido.

Una de las cuestiones principales que muestra la interseccionalidad es que no hay víctimas puras de la opresión (Collins, 1990) y que tampoco tiene ningún sentido buscar «el grupo más oprimido de todos» (Hancock, 2007a). De la misma manera, también es necesario comprender que el

grupo social que no está en ninguna posición de opresión es muy pequeño. Aunque sean la norma sobre la que se construye todo, hombres cis, blancos, adultos, heterosexuales, de clase alta, con plenas capacidades y un buen estado de salud, nativos de una lengua hegemónica, autóctonos de países del Norte global y con identidades nacionales, religiones e ideologías hegemónicas en su contexto, en realidad hay pocos en el mundo. E incluso estos han sido bebés y seguramente serán ancianos o se pondrán enfermos, así que estas posiciones de poder pueden no ser estables a lo largo del tiempo. Buscar el grupo más privilegiado desde una perspectiva identitaria –que no política–, como buscar el grupo más oprimido, es una hazaña que no lleva a ningún lugar. La cuestión es cómo gestionar la diferencia y la desigualdad interseccional para todo el abanico de posiciones y analizar la vinculación con las desigualdades estructurales.

Una primera cuestión sería partir de la base de que todo el mundo está situado en posiciones de opresión y de privilegio de forma simultánea, y que todo el mundo siente diferentes tipos de malestares y bienestares al mismo tiempo. Sin embargo, aceptar los propios privilegios genera muchas resistencias; a veces puede ser simplemente una posición política reaccionaria, como no querer incluir perspectivas feministas en la lucha sindical, pero muchas veces reconocer privilegios para un eje se confronta con el malestar y el dolor sufrido por otro. Por ejemplo, una mujer cis blanca heterosexual que ha sufrido violencias de género a lo largo de su vida puede ver como un ataque que se la identifique como blanca europea racista. Quizá se ofenda porque no acepta que tenga una actitud racista o unos privilegios en este eje, pero también puede ser porque siente que ponerla en el lado de los privilegiados, los opresores, niega su dolor como mujer, que la invisibiliza y le quita valor político a su experiencia. Supongamos que le han rechazado en trabajos por ser mujer, que se tiene que enfrentar cotidianamente a los comentarios que le hacen algunos hombres en la calle y que tuvo que irse con un amigo a Argentina porque «las chicas no pueden viajar solas». Sin embargo, ella también se beneficia de ser blanca y tener apellidos autóctonos cuando va a buscar trabajo, de ir por la ciudad sin miedo a que la policía le pida los papeles o de tener un pasaporte europeo cuando hace turismo por América Latina. La herida interseccional es eso: tener que confrontar un privilegio cuando se acumula sufrimiento. Es aceptar una posición de opresora o de privilegiada cuando te sientes oprimida. La interseccionalidad muestra que todo esto forma parte de la

experiencia simultánea de la opresión y el privilegio y que la existencia de una posición no niega la otra. Es decir, aunque como mujer tiene menos libertad para viajar sola, su pasaporte le otorga el privilegio de cruzar fronteras sin demasiados impedimentos. Y aunque se beneficia de ser blanca para encontrar trabajo, tiene más dificultades para hacerlo porque es una mujer.

De la misma forma, esta necesidad de asumir la simultaneidad de posiciones de opresión y de privilegio se puede aplicar a la relación entre la cuestión racial y la identidad nacional. En el contexto español se dan al mismo tiempo formas de dominación global Norte-Sur, relaciones coloniales entre el Estado español y América Latina y relaciones de dominación intraestatales entre el Estado y las nacionalidades históricas, entre otras. Por ejemplo, que como catalana o vasca autóctona y blanca te tengas que enfrentar con el privilegio étnico y racial puede chocar con la vivencia de opresión como catalana o vasca en relación con el Estado español. Aplicando esto al contexto catalán, el hecho de que se señale como discriminatoria la obligación del conocimiento del catalán como requisito para el acceso a trabajo para personas migradas choca con la experiencia del catalán como lengua minorizada. Pero ambas cuestiones son igualmente ciertas. El catalán es una lengua que hay que defender y proteger, al mismo tiempo que el conocimiento del catalán otorga ciertos privilegios en comparación con las personas que no lo tienen como lengua nativa. Además, como señala Daniela Ortiz (2017), el hecho de que se exija el conocimiento del catalán a personas que provienen de excolonias, pero no a las que provienen de países de Europa o de otras partes del Estado español, es una política discriminatoria racista. De la misma manera lo son otras tantas formas de racismo institucional en Cataluña que, al mismo tiempo, no niegan la relación de subordinación con el Estado español. La interseccionalidad muestra que es necesario poner de relieve ambas situaciones y trabajar siempre en base a esta complejidad. Pero, concretamente, ¿cómo se puede trabajar políticamente sobre los privilegios?

En primer lugar, es necesario tener una actitud de autocrítica que parta de la reflexión y la acción sobre los propios privilegios. Esta actitud implica aprender, no cuestionar, reconocer y actuar. Aprender significa leer y escuchar las voces que hablan en primera persona sobre la opresión que sufren, y también implica hacer un ejercicio consciente sobre la diversidad en la autoría de los libros que se leen, las series que se ven, las fuentes donde se buscan noticias y las cuentas de Twitter que se siguen.

Es escuchar a las personas que sufren las desigualdades y discriminaciones sin cuestionar sus experiencias. Significa partir de la base de que tu posición te sitúa en un lugar desde el que no puedes comprender bien las dinámicas de la desigualdad por ese eje. Porque no lo has sufrido, porque seguramente no le has prestado atención cuando ocurría en tu entorno y porque a veces cuesta comprender cómo pueden llegar a afectar ciertas actitudes que se pueden considerar menores sobre un dolor acumulado en el tiempo. Que un hombre le diga «guapa» a una chica por la calle, sonriendo y a plena luz del día, puede parecer una cuestión menor. Pero puede ser que la agresión que sufrió hace dos años comenzase así, o puede ser también que ese hombre le haya recordado a su tío, que abusaba de ella cuando era pequeña y también le decía que era muy guapa, o puede ser que simplemente se haya asustado y está harta de tener que pasear por su ciudad con miedo.

En segundo lugar, hay también todo un trabajo de reconocimiento de los propios privilegios. Y estos privilegios pueden ser actitudes conscientes o inconscientes. A veces se relaciona el privilegio con una acción consciente y deseada dirigida a subordinar a otra persona, pero los privilegios también vienen dados. Reflexionar sobre estos privilegios implica pensar en cuestiones como si puedes cruzar fronteras libremente, si no tienes miedo cuando te registran en un aeropuerto, si en la tienda de cosmética hay maquillaje de tu color de piel, si en la de ropa hay de tu talla, si no sufres porque te corten la luz en tu casa, si no sufres porque tu lengua desaparezca, si puedes entrar en las salas de teatro porque puedes subir escaleras, si puedes disfrutar de tu sexualidad libremente, si puedes votar en las elecciones de tu país, si no te sientes cuestionada cuando te cambias en el vestuario del gimnasio, si puedes registrar a tu hija sin que te pongan pegas por tu tipo de familia. Estas cuestiones no son privilegios que se ejerzan directamente contra otra persona; son privilegios estructurales e institucionalizados, pero son privilegios de los que nos beneficiamos. Además, difícilmente se puede tener una actitud personal de renuncia de estos privilegios. Esta cuestión es muy relevante porque vincula las experiencias personales con cuestiones estructurales. Aunque no se tenga una actitud sexista, o aunque una persona no se identifique con una categoría concreta, hay unas estructuras sociales, unos procesos históricos y unas instituciones y normas sociales que sitúan a las personas en lugares diferentes y generan desigualdades. En este sentido, reconocer los privilegios que vienen dados no está solo vinculado a un cambio de comportamiento, sino a un reconocimiento

de la opresión estructural que sufren otras personas. Que el dolor por una opresión sea reconocido por alguien que no lo sufre es un paso esencial para el establecimiento de alianzas políticas y para el cambio social en general.

Y, en tercer lugar, está la acción. La acción de renunciar a ciertos privilegios sobre los que sí que se tiene posibilidad de actuación, como levantarse a recoger la mesa, ceder un lugar de visibilidad o poder a una persona en una posición minorizada, o a veces simplemente callarse. También es la acción de dejar de tener actitudes sexistas, homófobas o racistas y apoyar las luchas contra estos sistemas. Una acción que puede ser cotidiana, de revisión de las propias actitudes en la cama, en el trabajo o en el bar, pero también una acción política organizada de apoyo a otras luchas. Un apoyo que no es ponerse delante, sino al lado. Es difundir las ideas, participar en las convocatorias públicas y transformar los espacios donde se tienen privilegios, y no precisamente los espacios donde se organiza la gente que sufre las opresiones. Es decir, como blanca, se trata de difundir las ideas de la lucha antirracista en el lugar de trabajo donde hay una mayoría de personas blancas, no de intentar cambiar las formas de lucha antirracista porque no te parecen las más correctas.

Estos tres puntos, incompletos y simplificados, están relacionados con la gestión de los privilegios. Pero ¿cómo se gestiona la opresión? Una de las cuestiones más complicadas para la gestión de la herida interseccional tiene que ver con la gestión de la rabia y el dolor. Cuando un colectivo identifica una situación de opresión, muchas veces se expresa con rabia. La persona que recibe esta rabia la siente como un ataque, y en lugar de contribuir a reconocer privilegios o actitudes discriminatorias, suele provocar que se cierre y se pierdan las posibilidades de empatizar. Pero la rabia, cuando se habla de opresiones vividas, es una emoción legítima.

Audre Lorde, en un texto de 1981 titulado «The uses of anger: women responding to racism», reflexiona sobre el uso de la rabia por parte de las mujeres negras en discusiones sobre racismo y afirma que «cualquier discusión entre mujeres sobre racismo ha de incluir el reconocimiento y el uso de la rabia» (Lorde, 2007 [1984]: 128). Y distingue claramente entre rabia y odio: «El odio es la ira de los que no comparten nuestras metas, y su objetivo es la muerte y la destrucción. La rabia es el dolor por las distorsiones entre iguales, y su objetivo es el cambio» (Lorde, 2007 [1984]: 129). Creo que esta reivindicación de la rabia es central para no deslegitimar luchas por la forma en que se han expresado.

Aunque en su texto se centra concretamente en cómo tratar el racismo entre mujeres, la misma lógica se puede aplicar a las discusiones por otros ejes. Además, a las mujeres tradicionalmente se nos ha negado la expresión de la rabia en entornos políticos, así que poder expresarla es también un derecho de quien sufre una opresión.

Lorde añade también que la rabia no es solo necesaria para expresar un dolor, sino que también tiene una utilidad. Como afirma, la rabia está «cargada de información y de energía» (Lorde, 2007 [1984]: 127) y es, por tanto, potencialmente transformadora, porque hace que los cimientos de lo ya normalizado comiencen a tambalearse. La rabia empuja a reflexionar sobre el motivo por el que aparece, cuál es la fuente de tanta energía y qué está poniendo de manifiesto, pero también se suele recibir como un ataque o, si se relaciona con las propias actitudes, con la culpa. Sobre este tema, Lorde (2007 [1984]: 130) alerta de que «la culpa no es la respuesta a la rabia; es la respuesta a las propias acciones o a la falta de acción. Si lleva al cambio puede ser útil, ya que deja de ser culpa y comienza a ser conocimiento».

Aceptar que la rabia forma parte de la expresión de la violencia sufrida y de la visibilización de las opresiones es un paso importante para no menospreciar una lucha porque no se expresa en los términos que se consideran adecuados políticamente. Cuando existe una experiencia vivida, existe sufrimiento y esto conlleva una carga emocional fuerte. Que se exprese con rabia debe hacer reflexionar sobre la magnitud de la situación y sobre las acciones que uno mismo puede llevar a cabo para contrarrestarla. Pero a veces esto se opone frontalmente al dolor de quien recibe esta rabia, a la herida interseccional, y el potencial transformador que podía tener la rabia se convierte en una ampliación del sufrimiento.

Siguiendo con el caso mostrado antes —que a la chica le digan con rabia que es una privilegiada porque va por las calles de su ciudad sin miedo a que la identifiquen porque es blanca— se opone frontalmente a su experiencia y puede vivirlo como una falta de reconocimiento de su propia opresión, de su propio dolor y del malestar que sí sufre como mujer en el espacio público. Estas situaciones a veces se gestionan disecionando quién está peor o quién sufre más, una dinámica que normalmente es impracticable y que no lleva a ningún lugar. ¿Peor en qué sentido? ¿Se puede valorar objetivamente el dolor sufrido y compararlo entre personas? ¿Y en caso de que se pudiese, significa que un dolor es menos importante porque es menos intenso que otro?

Es en la gestión de estas heridas interseccionales donde creo que a la rabia se le debe añadir el cuidado. La rabia es legítima, necesaria y puede ser muy transformadora, pero una práctica política feminista e interseccional también debe tener en cuenta el cuidado³³. En un marco interseccional se debe entender que todo el mundo tiene privilegios y que estos no se pueden lanzar contra las otras personas como un arma arrojada. En un marco interseccional también se debe entender que la persona que reciba la rabia puede llevar consigo importantes cargas de dolor y que también necesita reconocimiento. Es imprescindible saber contra quién o contra qué se está dirigiendo la rabia y cómo puede estar amplificando el dolor por otra opresión. Es necesario estar constantemente reflexionando sobre las propias opresiones y los propios privilegios, pero también haciendo un ejercicio de empatía.

Se entiende que este cuidado es necesario cuando la persona o el grupo a quien se dirige la rabia no es quien está perpetrando una discriminación directamente, sino quien tiene unos privilegios que le vienen dados. Por seguir con el ejemplo, no me estoy refiriendo a la rabia dirigida contra el policía que identifica o contra el agresor sexual. Me estoy refiriendo, como apuntaba Lorde, a la rabia expresada entre iguales, dentro de un espacio político donde hay una voluntad de transformación, pero donde se debe trabajar desde la diferencia. Y no estoy tampoco hablando de tener que explicar pedagógicamente las opresiones que se viven para que las personas que no las viven las entiendan. La actitud pedagógica puede ser útil y valiosa, pero no se puede exigir a quien sufre una opresión que esté constantemente justificándose o que tenga las herramientas para explicar las causas con evidencias y argumentos convincentes. Me estoy refiriendo a que en un marco interseccional, entendiendo que todo el mundo tiene posiciones de privilegios, una posición de opresión no se tendría que utilizar como autoridad moral. Vivir una opresión proporciona una perspectiva epistémicamente privilegiada para hablar sobre esta, pero no para hablar de todo ni en nombre de todo un grupo social.

Sobre este punto, la misma Collins (2000a: 270) afirmaba que la interseccionalidad justamente cuestiona las aproximaciones aditivas que consideran que las mujeres negras tienen una perspectiva más verdadera

33 Nira Yuval-Davis, en *The Politics of Belonging. Intersectional contestations* (2011) defendía una ética feminista del cuidado basada en valores compartidos, aunque estos valores incluyan posicionamientos individuales y colectivos diferenciados.

o más precisa para entender la opresión que la que podemos tener otros grupos. Collins, en su articulación de una epistemología afrocentrica, argumenta que su voluntad no es la de defender que la posición de las mujeres negras es epistémicamente mejor que la de otros colectivos, sino que las mujeres negras se encuentran en una posición social concreta y parcial desde la que pueden establecer conexiones con otras epistemologías. En este sentido, rechaza aproximaciones sobre la opresión que consideran que cuantas más posiciones de desventaja se tienen, más subordinado es el grupo y más preciso es el punto de vista que se tiene³⁴. En la misma línea, Avtar Brah (1992) explica cómo dentro del movimiento de mujeres en Gran Bretaña a finales del siglo xx, el hecho de autodesignarse como parte de un grupo oprimido se entendía como una adjudicación de autoridad moral, de manera que cuantas más opresiones se pudiesen identificar en una mujer, superior era su autoridad moral. Y analiza cómo esto era muy problemático para la articulación del movimiento y sus alianzas.

Creo que esta tendencia consistente en cuantificar la opresión y creer que cuanto más oprimido se está, más razón se tiene, es uno de los obstáculos principales para la construcción de alianzas. Más que si la política se basa en las identidades o no, el problema es si esta identidad se convierte en una trinchera. Es decir, el problema es cuando la propia identidad no es un punto de partida sino un punto de llegada, cuando no se parte de la propia experiencia para caminar juntas sino cuando la defensa de la propia posición es la finalidad política misma. Las experiencias de opresión son importantes fuentes de conocimiento y es importante que esto se reconozca, pero no se pueden convertir en espacios de repliegue. La lógica interseccional muestra que estas experiencias de opresión están también configuradas por posiciones de privilegio, que otras personas no tienen, y lanzar las posiciones de opresión como armas arrojadas contra personas que no sufren aquellas experiencias concretas implica, por un lado, un no reconocimiento de las posibles experiencias de opresión de las otras personas, y por el otro, un no reconocimiento de las propias posiciones de privilegio.

A veces, esta tendencia a lanzar las posiciones de opresión como si fuesen dardos es consecuencia de la herida interseccional, por haber sido

34 La autora explica cómo estas tendencias de hacer un *ranking* de opresión y cuantificarla, aunque provengan de la tradición de la teoría del punto de vista (*standpoint theory*) (Harding, 2004), acaban basándose en los criterios típicamente positivistas.

identificada como opresora y haber sentido que tu sufrimiento no es reconocido. Es entonces cuando el propio sufrimiento se lanza como un dardo y se da un repliegue identitario, y por eso creo que es importante romper estas tendencias incluyendo la política del cuidado en la identificación de privilegios. El sufrimiento tendría que poder servir como puente para la empatía, no como muro para separarnos.

Además, si se entiende que la liberación de un grupo está vinculada a la liberación de otro, atrincherarse en la propia opresión no solo refuerza los otros ejes de desigualdad, sino que también refuerza el propio. Al final, es necesario ser conscientes de que todo el mundo tiene un punto de partida diferente y que lo interesante es ver hacia dónde queremos ir. Sobre este tema, creo que es interesante recoger las palabras de Lorde sobre la diferencia:

ser mujeres juntas no era suficiente. Éramos diferentes. Ser chicas lesbianas juntas no era suficiente. Éramos diferentes. Ser negras juntas no era suficiente. Éramos diferentes. Ser *bolleras* negras juntas no era suficiente. Éramos diferentes. [...] Tardamos un poco hasta darnos cuenta de que nuestro lugar era precisamente la casa de la diferencia, más que la seguridad de una diferencia concreta (Lorde, 1982: 226).

Quizá se puede pensar en la diferencia como un lugar donde estar y no del que marcharse. Aprender a vivir en la diferencia, no verla como amenaza y saber gestionarla interseccionalmente.

Apuntes para una política interseccional

Actualmente se están dando muchas discusiones políticas que sitúan las luchas contra diferentes sistemas de dominación como contrapuestas: la cuestión nacional como opuesta a la cuestión social, los feminismos o el antirracismo como opuestos a la lucha de clases. La perspectiva interseccional ofrece un marco conceptual desde el cual pensar estas luchas como complementarias y no en competición entre ellas. Para finalizar este capítulo, presento unos apuntes para una política interseccional. Unas premisas para superar ciertas actitudes y argumentos desde un marco interseccional orientado hacia la acción política.

«La lucha contra el capitalismo es la más importante» o la competición por el trofeo al sistema más malvado: Partiendo de la interrelación entre

sistemas de dominación, la lucha contra un eje no se debe ver en competición con los otros ejes, porque luchar contra un sistema fortalece la lucha contra los otros sistemas. Este es un punto clave para superar los discursos en defensa de la unidad y contra la fragmentación de luchas. No es la diversidad de luchas la que fragmenta a los sujetos políticos, sino el menosprecio de las diferentes formas de desigualdad. Como decía Audre Lorde (Lorde, 2009: 219): «En la comunidad lesbiana soy negra, y en la comunidad negra soy lesbiana. Cualquier ataque contra las personas negras es un tema de gays y lesbianas, porque yo y miles de mujeres negras más somos parte de la comunidad lesbiana. Cualquier ataque contra las lesbianas y los gays es un tema de negros, porque miles de lesbianas y hombres gays son negros. No hay jerarquía entre opresiones».

«El feminismo rompe la unidad de la clase trabajadora» o las exclusiones políticas: Evidenciar el racismo dentro del movimiento feminista o el sexismo en un movimiento de izquierdas es una oportunidad para llevar a cabo una reflexión que implique una transformación, un refuerzo de las luchas y evite la exclusión de la participación de ciertos grupos. No se deben ver estas cuestiones como ataques a las luchas sino como oportunidades para comprender mejor cómo funcionan las dinámicas de la desigualdad y la exclusión. Las feministas no se han inventado a las mujeres ni las antirracistas a las negras. No reconocer esta diversidad es caer en la trampa de una homogeneidad ficticia.

«Las mujeres trans no son mujeres» o la actitud reaccionaria delante de nuevos temas: Si se entiende que los ejes están interrelacionados y que comparten una base de dominación, el surgimiento de nuevos ejes o nuevos sujetos políticos se tendría que ver como algo positivo para el derribo de todos los sistemas. La lucha trans no va contra el feminismo, sino que contribuye a comprender mejor cómo se construye el género y la desigualdad. De la misma forma, la gordofobia ayuda a entender mejor cómo se configura el sexismo en su control sobre los cuerpos, como también ayuda a entender las dinámicas capitalistas o el capacitismo. La lucha contra la gordofobia no va contra la lucha de la clase trabajadora, sino que la refuerza ayudando a comprender mejor cómo se configura la dominación. Y acabar con ella no empobrece a la clase trabajadora, como acabar con la transfobia no incrementa la violencia contra las mujeres. Al contrario, es el ataque contra las mujeres trans lo que refuerza el patriarcado, que nos acaba afectando a todas.

«Los blancos son ricos» o la fusión por simplificación: Se puede dar que las personas negras sean mayoritariamente más pobres que las blancas

en un contexto concreto, hecho que evidencia las interconexiones entre raza y clase. Pero la interseccionalidad muestra que el racismo funciona también desligado de una posición de clase concreta (hay personas negras que no son pobres y sufren racismo), y que la clase funciona también desligada de una posición racial concreta (hay personas blancas que son pobres). Esta tendencia a la fusión entre posiciones (negro=pobre y blanco=rico), a parte de provocar una estereotipación, invisibiliza la complejidad de las relaciones interseccionales. Un futbolista del Barça puede sufrir racismo, y los mineros ingleses en huelga en los años ochenta eran blancos.

«*Los catalanes son burgueses*» o *la fusión por deslegitimación*: El proceso de fusión entre categorías a veces también se da con el objetivo de deslegitimar ciertas luchas. «Los catalanes son burgueses» o «los gays son ricos» serían ejemplos de esta tendencia. Tildar a la lucha LGTBI como interclasista o la independentista como burguesa es una estrategia de deslegitimación por fusión de posiciones donde se anula su heterogeneidad y la posibilidad de alianzas políticas transformadoras y se vulnerabilizan grupos que quedan invisibilizados, como gays de clase trabajadora o anticapitalistas, o izquierda rupturista independentista. Los ejes no están alineados de forma sistemática, ni demográfica ni políticamente, sino que tienen ontologías propias y se articulan de formas diversas según los contextos.

«*La juventud es incívica*» o *la ocultación de las causas reales por estigmatización*: Con el objetivo de ocultar las causas reales de la desigualdad, a menudo se estigmatiza un colectivo en base a una posición supuestamente compartida para invisibilizar otra posición que es la causante de la situación. Durante la pandemia de la COVID-19, se estigmatizó a la juventud acusándola de tener comportamientos que habían sido la causa de los rebrotes de julio en Lleida, pero el incremento de contagios entre menores de 30 años se había dado primordialmente entre temporeros de la fruta. Por tanto, era la precariedad laboral que sufrían y su posición de clase la causa del incremento de los contagios, no su edad. Que los temporeros sean mayoritariamente jóvenes no explica por qué se contagian más, sino que lo explican sus condiciones laborales. En el mismo sentido, es habitual que la prensa criminalice a la juventud por tener actitudes incívicas en el espacio público en jornadas de celebración de victorias futbolísticas. Con una mirada rápida a las imágenes que acompañan estas noticias a menudo se puede ver cómo la edad de las personas no es un factor compartido, habiendo personas

también adultas. Lo que sí acostumbran a compartir es la posición de género. En este caso, seguramente es la construcción de la masculinidad hegemónica lo que explica mejor este tipo de comportamientos, y no la edad. Pero la estigmatización de una posición como la juventud esconde las causas reales de la situación.

«Ahora no es el momento de hablar de feminismo» o las aproximaciones monofocales a las situaciones de desigualdad: Para comprender cualquier situación de desigualdad es necesario aplicar una mirada compleja que integre diferentes perspectivas. Si bien la crisis habitacional se explica básicamente en relación con el sistema capitalista, los efectos que tiene para diferentes grupos sociales en base a la edad, la diversidad funcional, el género, el origen, el tipo de familia, la clase social, la situación administrativa o la orientación sexual serán muy diferentes. No incluir estas perspectivas, aunque no sea el eje principal, no permite ver cómo se configura ni cómo se materializa la desigualdad. No incluir la perspectiva de género no significa hacer un análisis neutro sino androcéntrico.

«Y Merkel, ¿qué?» o las visiones binaristas sobre víctimas/agresores y oprimidos/opresores: Todo el mundo tiene diferentes grados de opresión y privilegio según diferentes ejes que estructuran sus vidas (Collins, 1990). El refuerzo de la dicotomía entre opresores y oprimidos en términos absolutos no permite comprender la complejidad de las dinámicas de poder y de desigualdad. Ángela Merkel tiene una clara posición de poder, pero puede también sufrir sexismo o diferentes tipos de violencia de género. Una cosa no excluye la otra, sino que ayudan a comprender la complejidad. Que haya mujeres ricas, tránsfobas o racistas no anula su posición de género como mujeres. De la misma manera, el hecho de que haya hombres trabajadores que sean racistas, sexistas u homófobos tampoco excluye que sufran precariedad laboral.

«Yo estoy más oprimida que tú» o las aproximaciones aditivas a la desigualdad: Considerar que quien tiene tres posiciones de opresión en diferentes sistemas sufre más opresión que quien solo tiene dos es una lógica esencialista y aditiva que fija las posiciones. La perspectiva interseccional muestra que la configuración de la desigualdad será específica y variable según las posiciones y los contextos y se aleja de la tendencia de las olimpiadas de la opresión (Hancock, 2007a) como forma de buscar al colectivo más oprimido. Esta aproximación aditiva también se utiliza como forma de autoridad moral cuando personas o colectivos argumentan que están más oprimidos que otros según el número de posiciones de opresión que ocupan. Pero esta actitud limita la comprensión de la desigualdad, dificulta

el reconocimiento de la simultaneidad con posiciones de privilegio al mismo tiempo y obstaculiza la creación de alianzas.

«*Las feministas blancas sois opresoras*» o *la herida interseccional*: Descubrirse opresor cuando también se es oprimido puede generar una herida por la percepción de no reconocimiento del propio dolor. Una lucha nunca puede ser deslegitimada por el hecho de expresarse con rabia. La rabia está cargada de información y energía (Lorde, 2007 [1984]: 127), empuja a reflexionar sobre por qué aparece y es potencialmente transformadora. Pero la rabia dirigida contra otros grupos vulnerables tiene que poder reconocer también la posición de opresión que sufren. Si no, es simplemente destructiva. Se deben evidenciar las desigualdades a la vez que se deben reconocer los propios privilegios, porque en el reconocimiento de los propios privilegios está el reconocimiento de la opresión del otro. Pero una acción política feminista requiere al mismo tiempo el cuidado en las relaciones.

«*Las mujeres somos X*» o *el esencialismo en las categorías*: La forma de deshacer el esencialismo en las categorías o identidades suele ser una perspectiva deconstruccionista que pone de relieve la violencia con la que se imponen las categorías y los efectos que conlleva. Pero la interseccionalidad también proporciona herramientas para ir en contra de este esencialismo. Muestra cómo los grupos sociales no son homogéneos y la manera en que se configuran las desigualdades para las «mujeres» puede ser muy diferente. También muestra cómo los efectos de las posiciones no son fijos, sino que varían según el contexto, aportando dinamismo a la construcción y los efectos de las categorías. Además, al focalizarse en las estructuras sociales de dominación y no en las identidades concretas permite analizar la materialización de las desigualdades en los cuerpos sin categorizar. Así se evitan también perspectivas sobre la desigualdad que solo se centren en la dimensión individual, las relaciones interpersonales o en las cuestiones identitarias.

Estas son solo algunas premisas que, lejos de cerrar el debate, lo abren. Es decir, una vez planteado este marco conceptual, el debate político queda totalmente abierto a cuestiones como la relevancia de un eje para explicar una situación de desigualdad, la necesidad de determinadas estrategias, la legitimidad o no de ciertas formas de lucha, la validez de los argumentos para defender determinadas posturas, etc. El marco interseccional no resuelve ninguna de estas cuestiones, solo sitúa el debate de una forma concreta a partir de la cual se puede discutir sobre cuestiones complejas.

3. **Orígenes, genealogías y hegemonías en la producción de conocimiento sobre la interseccionalidad**

La importancia que ha tomado el concepto de interseccionalidad en los últimos años y los debates que ha suscitado han llevado a menudo a valorar la legitimidad de las propuestas según si eran más o menos fieles a los orígenes y motivaciones originales de la interseccionalidad. Aunque es imprescindible reconocer y visibilizar los orígenes en el feminismo Negro de los Estados Unidos, creo que es importante también comprender que la perspectiva que aporta la interseccionalidad no es un fenómeno que surja exclusivamente en el contexto norteamericano. Es necesaria una mirada situada sobre las genealogías de los propios conceptos y una aproximación geográfica que ponga de relieve la importancia del lugar en la producción del conocimiento. Es decir, es necesaria una mirada interseccional también sobre los orígenes y los desarrollos de la interseccionalidad que tenga en cuenta diferentes ejes y la relación entre ellos. Y, en especial, es necesaria una mirada que considere la posición en las hegemonías globales y las relaciones desiguales en la legitimidad epistémica.

En este capítulo presento una propuesta de interseccionalidad situada sobre los orígenes, desplazamientos y genealogías del concepto. Primero expongo los textos de Kimberlé Crenshaw (1989, 1991) como punto de referencia sobre la interseccionalidad. Los muestro en detalle, porque muchas veces se hace referencia a la autora sin conocer bien su obra y creo que es relevante ver cuál es el alcance de sus propuestas, tanto por lo que dice como por lo que no dice. A continuación, amplío

la mirada sobre los orígenes mostrando la multiplicidad de referentes sobre el concepto en el feminismo antirracista, centrándome en el debate actual sobre si la interseccionalidad, en un contexto neoliberal y racista, debe ser una propiedad intelectual de las mujeres negras, o si es necesario expandir su alcance. En esta línea, aporto una visión descentralizada que muestra el papel del imperialismo cultural norteamericano y la hegemonía anglosajona en la expansión del concepto. Con esta motivación de descentralización, y como ejemplo concreto de lo que llamo pensamiento y acción del tipo interseccional, busco las propias raíces locales en el movimiento feminista lésbico de Barcelona de los años noventa. La propuesta es la de una aproximación interseccional situada que pueda reconocer los orígenes del concepto, sobre todo en relación con la radicalidad antirracista de sus planteamientos iniciales, y que supere al mismo tiempo ciertas jerarquías en la producción de conocimiento.

Kimberlé Crenshaw y la interseccionalidad

El concepto de interseccionalidad aparece en los Estados Unidos a finales de los años ochenta de la mano de Kimberlé Crenshaw. La autora, en dos artículos de 1989 y 1991, explica cómo para entender la experiencia de opresión y discriminación de las mujeres negras es necesario analizar cómo el género y la raza se entrecruzan. En sus trabajos estudia, desde una perspectiva jurídica, que tratar de forma separada los diferentes ejes de desigualdad no puede dar cuenta de la experiencia de discriminación y violencia que sufren las mujeres negras.

En el primer artículo, Crenshaw (1989) utiliza el término *interseccionalidad* para referirse a las diversas formas en las que el género y la raza interaccionan para provocar las discriminaciones que sufren las mujeres negras en el mercado laboral. Analiza el caso de la empresa General Motors, donde cinco mujeres negras habían denunciado que sufrían discriminación porque no se las contrataba en ciertos puestos de trabajo. En los tribunales, la empresa había alegado que sí había contratado a mujeres (blancas) y que también había contratado a personas negras (hombres); por tanto, la empresa no discriminaba ni por género ni por raza. La situación de discriminación específica, por la combinación de diferentes causas de discriminación, no se contemplaba a nivel legal, y en consecuencia las mujeres negras quedaban desprotegidas. En el análisis que hace la autora, muestra cómo el marco sobre el

que se fundamentaban las leyes antidiscriminación partía de falsos neutros: para la raza se tenía como modelo la discriminación que sufrían los hombres negros y para el género se tenía como modelo la que sufrían las mujeres blancas. En este sentido, «las mujeres negras están protegidas solo en la medida en que sus experiencias coinciden con las de alguno de los grupos» (Crenshaw, 1989: 143). Sus aportaciones muestran que sufrían una discriminación concreta como mujeres negras y que su experiencia no se puede comprender observando el racismo o el sexismo de manera aislada, ya que es su interacción la que configura la discriminación que sufren³⁵.

En el segundo artículo, Crenshaw (1991) aplica el mismo marco de análisis a la violencia sexual contra mujeres negras. A través del análisis de diferentes casos muestra cómo las experiencias de las mujeres de color a menudo son fruto de la combinación del racismo y el sexismo, y cómo ellas suelen estar ausentes tanto en los discursos feministas como en los antirracistas. Se centra en la violencia machista en el ámbito doméstico y en las violaciones, y lo estructura en diferentes dimensiones: la interseccionalidad estructural –la experiencia de violencia de las mujeres negras–, la interseccionalidad política –la incorporación de diferentes ejes en las agendas políticas– y la interseccionalidad representacional –construcciones culturales sobre las mujeres negras.

Sobre la interseccionalidad política, la autora muestra las tensiones entre las luchas antirracistas y feministas vinculadas con la violencia machista. Por un lado, explica cómo se habían dado casos en los que se escondía la violencia machista contra mujeres negras para no reforzar el estigma que identifica a los hombres negros como violentos. Estos «silencios estratégicos», como los llama ella, borraban a las mujeres negras del mapa por las prioridades de un movimiento o de otro y dificultaban la lucha contra la violencia que sufrían las mujeres negras dentro de su propia comunidad. Por otro lado, muestra también el caso de cómo los servicios de apoyo a mujeres víctimas de violencia eran inaccesibles para mujeres que no hablasen inglés. En las casas de acogida, el conocimiento del inglés era un requisito para la entrada, ya que se pedía la participación en sesiones de grupo donde no había traducción. Las mujeres que no hablaban inglés correctamente se quedaban fuera, expuestas a la violencia de la que habían intentado escapar. Como afirma

35 Sobre este punto, ver Carastathis (2016) para un desarrollo sobre la metáfora del sótano y la jerarquización.

la autora, «mientras que el género, la raza y la clase interseccionan para crear situaciones concretas de violencia contra las mujeres de color, algunas decisiones tomadas por parte de las “aliadas” reproducen el problema de la subordinación estructural en las propias estrategias de resistencia diseñadas para hacer frente al problema» (Crenshaw, 1991: 1262).

Respecto a las violaciones, Crenshaw (1991) muestra cómo el imaginario de un hombre agresor negro y de una mujer blanca como víctima ha servido históricamente para controlar a la comunidad negra y para considerar a los hombres negros como peligro potencial para la feminidad blanca. Además, en un contexto en el que las construcciones sociales de las violaciones son sexistas (cuestionamiento de la víctima, culpabilización) y racistas (los hombres negros como agresores), cuando la agenda antirracista y antisexista entran en juego, las primeras beneficiarias del feminismo son las mujeres blancas y los primeros beneficiarios de las políticas antirracistas sobre el tratamiento de las violaciones son los hombres negros. Las mujeres negras quedan del todo marginalizadas y, además, la representación sexualizada que se ha hecho de ellas contribuye a identificarlas como las «malas», las no-víctimas.

En esta misma línea, la autora también muestra que cuando se considera la intersección entre raza y género, el foco se suele poner sobre cómo afecta a los hombres: la penalización para un hombre negro es superior si viola a una mujer blanca a si lo hace con una mujer negra, mientras que los hombres blancos tienen cierta impunidad en relación con las violaciones a mujeres negras. Como afirma la autora, «la diferente protección que reciben las mujeres negras y las mujeres blancas en relación con la violación interracial no se ve como racista, porque la violación interracial no implica una competición entre hombres negros y hombres blancos» (Crenshaw, 1991: 1277). De esta manera, la marginalización de las mujeres negras persiste en estos marcos conceptuales, que las consideran medios a través de los cuales se puede reconocer la discriminación contra los hombres negros, y no como beneficiarias directas de las luchas antirracistas y feministas.

Los análisis de Kimberlé Crenshaw han sido el marco de referencia para muchos estudios sobre interseccionalidad, y en muchos de los debates posteriores se toman estos dos artículos como origen, como la base de la teorización. Su trabajo, como se ha visto, no pretende ser una teoría general de la opresión, sino un concepto útil para analizar la situación concreta de discriminación y violencia, aunque las herramientas y las perspectivas que ofrece ponen los fundamentos de una

aproximación más general. En este sentido, sus reflexiones muestran de forma clara cómo la opresión de las mujeres negras no puede comprenderse desde un solo marco explicativo, y liga directamente sus reflexiones con la situación política del momento en los Estados Unidos. Es imprescindible conocer su trabajo para comprender el origen del concepto de interseccionalidad y el marco político y teórico del que surge. Pero los textos de Kimberlé Crenshaw se enmarcan en un movimiento más amplio, el de las feministas Negras en los Estados Unidos, que trabajaba sobre esta cuestión desde hacía décadas y en muchos ámbitos diferentes. En el siguiente apartado se muestran algunas de las aportaciones que hicieron otras autoras y colectivos en la misma línea: mostrar que la discriminación de las mujeres negras es fruto de la intersección de los diferentes ejes de opresión.

Ampliando la mirada sobre los orígenes

El debate sobre los orígenes de la interseccionalidad, en el marco del feminismo Negro en los Estados Unidos, es un tema de discusión en muchos de los trabajos actuales. La amplia expansión del término en los últimos años ha situado el concepto en un lugar de discusión política central, provocando una pugna tanto por el significado del concepto como por su apropiación. Este debate, más allá de la cuestión historiográfica de buscar los orígenes o los referentes, debe verse como una cuestión política de definición del propio concepto. De hecho, Jennifer C. Nash (2016) critica lo que llama una aproximación «originalista» de algunas autoras, una fidelidad a los dos artículos «inaugurales» de Crenshaw sobre la interseccionalidad que invisibiliza los múltiples significados y usos del concepto y su transformación en el tiempo. La autora ve como problemático que se defienda una lectura minuciosa de Crenshaw como forma de mantener un supuesto espíritu de la interseccionalidad, ya que muestra una actitud de sospecha sobre las críticas que se le han hecho al concepto.

Una de las cuestiones centrales en el debate sobre los orígenes ha sido la de mostrar que ya existía un *pensamiento del tipo interseccional* (Hancock, 2016) en los Estados Unidos como parte de la tradición política e intelectual del feminismo Negro antes de que Crenshaw le pusiera nombre (ver Alexander-Floyd, 2012; Hancock, 2012, 2016; May, 2015).

Brittney Cooper (2016) sitúa el concepto de interseccionalidad en una amplia historia de teorización de las feministas Negras sobre las interrelaciones entre diferentes sistemas de opresión. La autora elabora una genealogía intelectual de trabajos desarrollados por mujeres negras en los Estados Unidos que identifica como fundamentos sobre los cuales Crenshaw propone su conceptualización. Uno de los primeros textos que se referencia es el de Anna Julia Cooper, que a finales del siglo XIX escribía sobre las experiencias específicas de las mujeres negras. La autobiografía de Mary Church Terrel *A colored woman in a white world*, de 1940, es también una de las piezas que la autora sitúa como ejemplo del pensamiento interseccional. Terrell (en Cooper, 2016) analiza cómo los «dos inmensos obstáculos» que son el racismo y el sexismo constituyen una «doble desventaja» y reflexiona sobre su relación con las mujeres blanca por un lado y los hombres negros por el otro³⁶.

Otra de las referencias que se suelen citar es Sojourner Truth. Truth fue una afroamericana estadounidense, abolicionista y defensora de los derechos de las mujeres que, en la Convención por los Derechos de las Mujeres celebrada en Akron, Ohio, en 1851, pronunció un discurso conocido como el «Ain't I a Woman?» («¿Acaso no soy una mujer?»):

¡Yo he arado, he sembrado y he cosechado en los graneros sin que ningún hombre pudiera ganarme! ¿Y acaso no soy una mujer? Podría trabajar tanto como un hombre, y comer tanto como él cuando tenía comida. ¡Y también sorportar el látigo! ¿Y acaso no soy una mujer? He dado a luz a trece niños y he visto vender a la mayoría de ellos a la esclavitud ¡y cuando grité, con mi dolor de madre, nadie sino Jesús pudo escucharme! ¿Y acaso no soy una mujer? ³⁷.

En su discurso, partiendo de su propia experiencia, deconstruye el concepto «mujer» mostrando cómo es una construcción cultural y no algo natural. Lo hace explicando la situación que sufrían las mujeres negras en un contexto de esclavitud, y cómo la concepción de lo que era o tenía que ser una mujer estaba sesgada por la perspectiva racial. Estos

36 Ver Jarbado (2012) para una antología sobre textos centrales del feminismo Negro en castellano.

37 Se puede encontrar el discurso traducido al castellano y una reflexión sobre este, en Davis (2005 [1981]). Ver también Collins (2000a) para un desarrollo de su relevancia para el pensamiento feminista Negro.

ejemplos de pensamiento del tipo interseccional anteriores a Crenshaw sirven para mostrar la vinculación del concepto a un movimiento político que iba mucho más allá de la teorización académica. En esta misma línea, también se suele considerar la declaración de Combahee River Collective de 1977 como el primer texto donde se hace explícita una perspectiva interseccional de forma desarrollada.

El Combahee River Collective era un grupo de feministas Negras de Boston fundado en 1973 con el objetivo de luchar contra el racismo dentro del movimiento feminista, y contra el sexismo dentro del movimiento por los derechos civiles. En su declaración³⁸ explican que «nos comprometemos activamente con la lucha contra toda opresión racial, sexual, heterosexual y de clase, y consideramos que nuestra tarea fundamental es el desarrollo de un análisis y una práctica integradas, basadas en el hecho de que los principales sistemas de opresión están interrelacionados» (Combahee River Collective, 1981: 213). En sus líneas están los indicios de muchas de las cuestiones que se fueron desarrollando más adelante por parte de las teóricas sobre la interseccionalidad. Parten de su experiencia material como mujeres negras y lesbianas para construir un conocimiento político orientado a la acción que pueda comprender los diferentes ejes de desigualdades como un engranaje que condiciona sus vidas de forma simultánea. Denuncian que ningún movimiento ha considerado nunca su opresión como una prioridad y ven la necesidad de organizarse ellas mismas para cambiar su propia situación.

Se enmarcan claramente en el movimiento de las feministas Negras y rechazan el separatismo que defendían algunas feministas blancas, argumentando que su posición hace que se tengan que solidarizar con los hombres negros por una opresión compartida. Como dicen (Combahee River Collective, 1981: 217), «luchamos con los hombres Negros contra el racismo y al mismo tiempo luchamos contra su sexismo». También se consideran socialistas y realizan un análisis marxista de las clases sociales para comprender sus condiciones materiales, defendiendo al mismo tiempo que la revolución socialista tendrá que ser feminista y antirracista para garantizar su liberación. Defienden que solo con la destrucción del capitalismo, el imperialismo y el patriarcado podrán ser libres, aunque identifican las dificultades que implica la lucha en múltiples frentes teniendo en cuenta que «no tenemos una serie de

38 Se puede encontrar una traducción al castellano de su declaración en Platero (2012a).

privilegios raciales, sexuales, heterosexuales, o de clase sobre los que apoyarnos, y tampoco tenemos el mínimo acceso a ninguno de los recursos o poderes que tienen los grupos que disfrutaban de alguno de estos privilegios». El hecho de beber de diferentes tradiciones de pensamiento como el feminismo, el antirracismo y el marxismo, y relacionarlas entre sí como forma de comprender su propia posición y construir su pensamiento y acción políticas, es lo que hace que se considere un texto fundamental para el desarrollo de la interseccionalidad.

A parte de estas referencias anteriores a Crenshaw, otras autoras contemporáneas a ella como Audre Lorde (2007 [1984]), Angela Davis (2005 [1981]), bell hooks (1981, 1984) o Patricia Hill Collins (1990) también trabajaban sobre la misma idea. Collins, por ejemplo, describe la interseccionalidad como «un análisis que defiende que los sistemas de raza, clase social, género, sexualidad, etnicidad, nación y edad se forman mutuamente» (Collins, 1990: 299), utilizando el concepto de «matriz de la opresión» para referirse a la manera en que interrelacionaban estos sistemas. bell hooks (1984) muestra cómo el género, la clase y la raza son sistemas de dominación interrelacionados que se sostienen los unos a los otros y evidencia las limitaciones de la teoría feminista del momento, que no daban cuenta de esta interrelación. Comienza haciendo referencia a *La mística de la feminidad* de Betty Friedan (2009 [1963]), criticando cómo «el problema sin nombre» que ella identificaba como condición de las mujeres en la sociedad se refería exclusivamente a un cierto perfil de mujer: blanca, adulta, heterosexual, de clase media-alta y con estudios que no había podido desarrollarse profesionalmente por su dedicación al trabajo de cuidado. Critica el hecho de que no tenga en cuenta a las mujeres negras, a las mujeres blancas pobres o a las que no tienen hijos o marido. En definitiva, critica que Friedan hubiera definido cuál era el problema de las mujeres norteamericanas en base a su experiencia concreta (y la de las mujeres blancas heterosexuales acomodadas).

Más allá de los referentes dentro del feminismo Negro, en los años ochenta había también otras autoras que reflexionaban sobre la relación entre el género y la raza en los Estados Unidos (ver Anzaldúa, (2016 [1987]; Talpade Mohanty, 1988). Es especialmente relevante la antología *This bridge called my back: writings by radical women of color*, editada por Cherríe Moraga y Gloria Anzaldúa (1983). En este volumen, diversas mujeres de color, chicanas o asiático-americanas entre otras, hablan sobre sus múltiples posiciones poniendo especial énfasis

en la cuestión racial como eje estructurador de sus vidas y como cuestión menospreciada por el feminismo blanco. Relacionan también cuestiones vinculadas con la clase social y la sexualidad partiendo de la propia experiencia. El libro es especialmente interesante por la gran diversidad de voces y de formatos, por cómo vinculan la poesía y el arte en general y por el uso de la lengua en textos de una gran radicalidad política. Como en el caso de Audre Lorde o bell hooks, la reflexión sobre la propia vida es la que permite politizar la experiencia de opresión y nombrar formas concretas de violencia, discriminación y desigualdad, pero también de agencia, que en ese momento no eran ni siquiera nombradas.

En la misma época, sociólogas en el Reino Unido como Floya Anthias y Nira Yuval-Davis (Anthias y Yuval-Davis, 1983 y 1989, Yuval-Davis y Anthias, 1992) o Avtar Brah (1992) también desarrollaban aproximaciones propias que relacionaban diversos ejes, especialmente cuestiones relacionadas con el género, la nación y la etnicidad. Otros trabajos de investigadoras más próximas al contexto español, como la antropóloga Verena Stolcke (1992) sobre racismo y sexualidad en la Cuba colonial, el de la economista Lourdes Benería sobre género y clase en México (1987), el trabajo sobre mujeres y prostitución de Dolores Juliano (1998) o Raquel Osborne (1978) son también ejemplos sobre cómo el estudio de las cuestiones de género en relación con otros ejes ya era una práctica presente en muchos lugares que se desarrollaba de forma paralela al concepto de interseccionalidad de las feministas Negras estadounidenses³⁹. En este sentido, diversas autoras habían tratado de forma relacional diversos ejes de desigualdad, aunque no utilizaran el concepto de interseccionalidad, y sus aportaciones son también un claro ejemplo de la interrelación entre categorías y de la configuración específica de desigualdades según múltiples posiciones sociales.

Algunas autoras como Linda Gordon (2016) defienden que el feminismo socialista, ya en los años setenta, también se basaba en la idea de interacción entre múltiples formas de dominación como el género y la clase y que, por tanto, sus planteamientos eran muy similares a los de la interseccionalidad antes de que hubiese surgido el concepto. De hecho, como muestra Ashley J. Boher (2019), muchas de las precursoras de la interseccionalidad eran marxistas y/o socialistas, y analiza

39 Ver la introducción de Lucas Platero (2012a) para un análisis detallado del desarrollo de la interseccionalidad en el Estado español.

cómo también dentro del Partido Comunista de los Estados Unidos (CPUSA) se habían articulado muchos análisis que relacionaban la clase social con el género y la raza.

Himani Bannerji (1995), por ejemplo, reflexiona desde una perspectiva marxista, feminista y antiracista sobre cuestiones como el nacionalismo o la política cultural con ideas muy similares a la interseccionalidad, y con una sólida base marxista. Explica cómo su experiencia como mujer migrada de la India en Canadá, y las situaciones de racismo, clasismo y sexismo que vivió allí, fueron la fuente de su pensamiento, y defiende una propuesta política que comprenda la interrelación entre los diferentes sistemas, criticando a los gobiernos liberales que han impedido comprender que las opresiones están enraizadas las unas a las otras y que han mantenido a las comunidades separadas y compitiendo entre ellas.

El hecho de citar a autoras europeas y blancas como pioneras en el desarrollo de concepciones de tipo interseccional en sus contextos se ha considerado una manera de blanquear la interseccionalidad y ha recibido acusaciones de cooptación neoliberal y de eurocentrismo en la producción de conocimiento (ver Salem, 2016). Sin embargo, bajo mi punto de vista, el hecho de reconocer que antes –o en paralelo– al surgimiento de la interseccionalidad como concepto, ya había formas de conceptualizar las desigualdades sociales como interrelacionadas, no es una manera de minorizar la relevancia de las aportaciones de las mujeres negras, sino de descentrar las jerarquías en la producción de conocimiento.

Las autoras referenciadas parten de tradiciones de pensamiento, disciplinas y aproximaciones teóricas muy diferentes, pero todas ellas contribuyeron a complejizar la mirada sobre las desigualdades sociales. Una mirada que intentaba escapar de marcos de pensamiento rígidos y que proponía formas de análisis centradas en la relación entre diferentes ejes. Algunas autoras, como Carastathis (2016), defienden que los planteamientos de estas teóricas no abordan la interseccionalidad, sino que desarrollan «conceptos precursores» de esta. Por tanto, conceptos como la triple opresión, las opresiones entrecruzadas o hasta los planteamientos del Combahee River Collective no serían planteamientos interseccionales en sí mismos, aunque tuviesen un papel fundamental en el desarrollo de la interseccionalidad, sino conceptos precursores de esta (Carastathis, 2016). Bajo mi punto de vista, considero que es problemático conceptualizar todas las formas de pensamiento interseccionales anteriores a Crenshaw como precursoras,

porque hacerlo establece una jerarquía epistemológica, como si cualquier formulación de pensamiento interseccional se tuviese que definir en relación con la conceptualización norteamericana. Mi propuesta es una concepción más horizontal que desarrollo a continuación, mostrando también cómo el debate sobre los orígenes no es solo una discusión historiográfica, sino que tiene que ver claramente con una pugna por el significado del concepto.

Sobre el feminismo Negro y la propiedad intelectual de la interseccionalidad

El debate sobre los orígenes y los referentes en la interseccionalidad ha llevado a muchas discusiones en el ámbito académico sobre lo que Ange-Marie Hancock (2016) llama la «propiedad intelectual de la interseccionalidad». Autoras como Nikol G. Alexander-Floyd (2012) defienden que la interseccionalidad es un proyecto político propio de las mujeres negras y que la investigación sobre la interseccionalidad se tendría que centrar siempre en las mujeres de color, y concretamente en las mujeres negras. De hecho, la autora describe la expansión del concepto centrada en el estudio de grupos privilegiados como «colonización». En la misma línea, Julia S. Jordan-Zachery (2007) defiende que la interseccionalidad pierde su poder analítico y retórico cuando no se centra en las experiencias de las mujeres negras norteamericanas y que este debe ser su foco.

Esta postura ha sido criticada por autoras como Jasbir Puar (2011), que argumenta que cuando la genealogía sobre la interseccionalidad se centra solo en las mujeres negras norteamericanas, otras mujeres de color que no son negras o no son americanas quedan excluidas. María Lugones (2008) también muestra la necesidad de ampliar la mirada con su defensa del feminismo decolonial, que vincula la perspectiva interseccional con una lectura crítica de la modernidad. Jennifer C. Nash (2008) también es contraria a esta postura de vincular la interseccionalidad solo con las mujeres negras y muestra cómo centrarse únicamente en sus experiencias es una forma de romantizar, idealizar y fetichizar su sufrimiento. Brittny Cooper (2016), por otro lado, alerta de los peligros de limitar el concepto solo a las mujeres negras y no reconocer la importancia que ha tenido el desarrollo del concepto para comprender las dinámicas de poder y desigualdad en general. En la misma línea,

Hancock (2016) apuesta por una concepción de la interseccionalidad como paradigma de investigación general y no como terreno único de las mujeres de color.

Nira Yuval-Davis (2011) lo amplía defendiendo que la interseccionalidad debe servir para hablar sobre todo el mundo y sobre todas sus posiciones, incluido también el privilegio. Es decir, que el hecho de estar posicionada en diversos ejes que constituyen la experiencia no es algo que le ocurra solo a quienes están en posiciones de opresión, por lo que la interseccionalidad es un marco para comprender las múltiples posiciones de opresión y también de privilegio. Es necesario analizar también cómo el privilegio configura la experiencia y las posiciones de poder para hacer visible la desigualdad. De hecho, esta teorización sobre el privilegio es la que permite también analizar las formas en las que los grupos dominantes preservan su posición de supremacía (Platero, 2012a). En este sentido, Else-Quest y Hyde (2016: 163) alertan de que centrarse solo en los grupos marginalizados acarrea el peligro de contribuir a que se evite «un análisis crítico de las estructuras sociales y los procesos que construyen, mantienen y perpetúan la desigualdad»⁴⁰. Así, la definición de los orígenes se vincula también con la definición sobre el objeto de estudio de la interseccionalidad, lo que Jennifer Nash (2008: 9) describe como el debate sobre si «todas las identidades son interseccionales o si solo los sujetos marginalizados de múltiples formas tienen una identidad interseccional».

Estos debates deben entenderse en un contexto de expansión del concepto y de un uso masivo del término que muchas veces se ha alejado de sus motivaciones iniciales. Uno de los principales problemas que se suele identificar es que a menudo, en trabajos sobre interseccionalidad, hay una falta de vinculación con la literatura académica sobre

40 Esta perspectiva sobre la interseccionalidad se relaciona también con su aplicación en las políticas públicas. Como afirman Marta Cruells y Gerard Coll-Planas (2013) en relación con las políticas LGTB, la interseccionalidad permite la adopción de una perspectiva universalizadora sobre el grupo al que van dirigidas las políticas públicas. Como explican, en la dicotomía de Kyra Sedgwick (1998) entre la aproximación minorizadora/universalizadora, la primera se basaría en una comprensión de la homosexualidad como tema que afecta a una minoría definida y la segunda se referiría como a un fenómeno relevante para toda la sociedad, dado que la heterosexualidad también se co-construye en relación con la heterosexualidad. En este sentido, la interseccionalidad sería la perspectiva desde la cual se podrían desarrollar políticas públicas LGTBI dirigidas a toda la población y no solo al grupo específico LGTBI, siguiendo con la línea que defiende el análisis de posiciones de opresión y de privilegio en el marco interseccional.

interseccionalidad tanto originaria como actual (Cho, Crenshaw y McCall, 2013). Frecuentemente se toma el concepto de interseccionalidad de forma simplista sin tener en cuenta su alcance teórico y político y se utiliza con objetivos que pueden ser contrarios a los motivos por los cuales se desarrolló el concepto. Además, como algunas autoras señalan, se ha dado un proceso de despolitización del concepto y un alejamiento del punto de partida del feminismo Negro. Diversas autoras como Alexander-Floyd (2012), Carastathis (2016) o Hancock (2016) han mostrado que existe una tendencia a marginalizar las discriminaciones raciales en trabajos sobre interseccionalidad y a omitir las voces de las mujeres negras en los estudios que tratan sobre esta cuestión. Bilge (2013: 413) también alerta de que el hecho de «reivindicar que el feminismo es el responsable de la creación de la interseccionalidad se ha convertido en una práctica feminista normativa, perfectamente naturalizada y dada por hecha» y que esto ha implicado un desplazamiento de las cuestiones relacionadas con la raza. En este sentido, es crucial vincular el surgimiento de la interseccionalidad no solo con el feminismo sino también con el movimiento antirracista.

Paralelamente, se ha señalado cómo el uso del concepto por parte de empresas, instituciones públicas y universidades lo ha reducido a un lema para hacer referencia a la diversidad, sin tener en cuenta la complejidad que implica (Bilge, 2013). Florencia Brizuela González y Uriel López Martínez (2018) critican también que la interseccionalidad se utilice como salvavidas, como si el solo hecho de utilizar la palabra ya evitase la reproducción del racismo. Este uso de la interseccionalidad se da en un contexto de neoliberalismo y racismo institucional, donde la corrección política ha obligado a tener que incorporar demandas de inclusión de diferentes grupos sociales sin voluntad de realizar cambios estructurales. Es lo que Sara Salem (2016) describe como el giro en la interseccionalidad, por el que ha pasado de ser una forma de resistencia al feminismo liberal como en sus inicios a una aproximación neoliberal que borra la desigualdad de sus planteamientos. La autora afirma que la elasticidad del concepto es la que ha permitido que se instrumentalizase y alejase de su definición original.

La expansión del concepto de la interseccionalidad ha evidenciado la necesidad de tener en cuenta múltiples marcos de análisis para comprender la configuración de las desigualdades sociales. A pesar de que sea cierto que está habiendo un blanqueamiento y una instrumentalización del concepto, bajo mi punto de vista su introducción tanto

en la academia como en las instituciones y movimientos sociales ha significado un punto de inflexión muy importante. Seguramente, la mayoría de las veces que se utiliza el término no se hace con un conocimiento profundo acerca de sus implicaciones teóricas y políticas, pero el hecho de que haya aparecido como perspectiva necesaria a tener en cuenta para hablar de desigualdades y discriminaciones ha propiciado que desde muchos sectores se ampliase la mirada. Una mirada que, por un lado, recuerda que los grupos sociales no son homogéneos y que hace falta tener en cuenta las desigualdades estructurales que configuran las experiencias de las personas. Y por el otro, creo que ha sido muy importante el hecho de que una teoría con este alcance tenga su origen en el feminismo Negro.

Desde mi punto de vista, es muy positivo que un concepto que surge de un movimiento político de un grupo marginalizado como las mujeres negras en los Estados Unidos tenga la capacidad de ser una idea que ayude a comprender el funcionamiento de las dinámicas de poder y desigualdades sociales de forma amplia. Esto siempre conlleva riesgos, y uno de ellos es que se vacíe de radicalidad el concepto, pero creo que también se tienen que evidenciar las consecuencias positivas de que autoras negras aparezcan en las listas de referencias. Seguramente lo hacen en menor medida de lo que debería, pero sigue siendo absolutamente excepcional en una industria del conocimiento donde la autoridad «científica» es básicamente blanca y masculina. Por el otro lado, creo también que la instrumentalización no se debe a las características del propio concepto, ni a la elasticidad de la que hablaba Salem (2016), sino a la intención de quien la utiliza. Conceptos como feminismo, cuando han comenzado a ser más hegemónicos, también han sido instrumentalizados y han sido objeto de una pugna por su significado. Creo que todo concepto puede ser cooptado en un contexto neoliberal, y la interseccionalidad no ha sido una excepción. Sin embargo, no creo que el problema sea la interseccionalidad, como seguramente tampoco es la solución si no va acompañada de una clara voluntad política de cambio. En este sentido, la interseccionalidad no es la solución definitiva contra el racismo institucional ni tampoco la causa de su mantenimiento. Por sí solo, un concepto no puede desestabilizar al neoliberalismo, al racismo y al heteropatriarcado que domina las instituciones, pero creo que ofrece herramientas muy valiosas para hacerles frente. Dependerá de cómo y para qué objetivos se utilice el concepto, y esto va mucho más allá de las virtudes del concepto en sí mismo.

Por unas genealogías situadas contra el imperialismo cultural

Situar las raíces de la interseccionalidad en el feminismo Negro es necesario para mantener los orígenes de radicalidad política del concepto y para visibilizar las voces y los cuerpos concretos de los que surge. Al mismo tiempo, es necesario reflexionar críticamente, desde una perspectiva global, sobre las políticas del conocimiento y las dinámicas de poder en este contexto. Si bien las mujeres negras en los Estados Unidos son un colectivo marginalizado, a nivel global, las académicas y las activistas norteamericanas tienen una posición privilegiada. Autoras como la geógrafa feminista Maria Dolors Garcia Ramon (2012) han mostrado cómo la hegemonía anglosajona no solo sitúa el inglés como lengua hegemónica, sino que también establece las pautas para el debate intelectual, valorando determinadas tradiciones académicas y no otras. Desde las geografías de las sexualidades en Brasil, Joseli Maria Silva y Marcio Jose Ornat (2016)⁴¹ también muestran cómo el privilegio epistémico angloamericano silencia discursos académicos procedentes de las periferias y cómo estas relaciones de poder –marcadas también por los intereses del mercado editorial– tienen efectos en la cotidianidad de las personas. Sus reflexiones se basan en las aportaciones del pensamiento decolonial latinoamericano, que surge a finales de los años noventa en el seno del Grupo Modernidad/Colonialidad, impulsado por autores como Walter D. Mignolo (2003), Anibal Quijano (1997) o Ramón Grósfoguel (2006) con el objetivo de vincular el colonialismo moderno con la actual colonialidad global y construir un movimiento epistemológico crítico en las ciencias sociales. Desde los feminismos, se han aportado también otras visiones sobre la relación

41 En su artículo sobre la geopolítica del conocimiento parten de la experiencia de Joseli Maria Silva en el *Annual Meeting of the Association of American Geographers* de Tampa (abril 2014). Joseli Maria Silva y yo fuimos juntas a la sesión ‘«Publishing for Non-Native Speakers of English», donde ella participaba como ponente y yo asistía como público. La experiencia que relata es una muestra de cómo se (re)producen las lógicas de centralidad del discurso científico angloamericano en las redes mundiales de conocimiento, especialmente a través de la intervención de uno de los ponentes. Para mí, aquella experiencia fue también un momento importante de toma de conciencia sobre mi posición (periférica) en estas redes de conocimiento y, al mismo tiempo, poder compartir con ella el sentimiento de incompreensión y marginalización contribuyó al refuerzo de vínculos de solidaridad entre nosotras, vínculos que no pasan por el centro y que crearon otras formas de cooperación y legitimación.

entre la epistemología del sur y la colonialidad del género, mostrando la relación entre feminismos y pensamiento decolonial (ver Espinosa, Gómez y Ochoa, 2014).

Estos debates sobre relaciones de poder vinculados con la producción de conocimiento están muy relacionados con el surgimiento de la interseccionalidad. De hecho, la perspectiva interseccional surge justamente de la necesidad de romper con las jerarquías en la producción de conocimiento y de la necesidad de crear conceptos y construir nuevos marcos teóricos desde la propia experiencia de las mujeres negras en los Estados Unidos, históricamente silenciadas y menospreciadas como pensadoras o teóricas (ver Collins, 1990). Sin embargo, desde una perspectiva global, en un contexto de imperialismo económico, político y cultural de los Estados Unidos y con la hegemonía del inglés en la producción de conocimiento, no se puede olvidar que la forma en que se ha definido y conceptualizado la interseccionalidad también está situada. Situada en un contexto privilegiado que ha permitido la difusión y expansión de unas determinadas autoras e ideas alrededor del mundo y que ha contribuido al mismo tiempo a la invisibilización de otras voces en otras lenguas o provenientes de otros territorios. Y situada también en un contexto de autoridad epistémica desigual en el que el conocimiento que se produce no es concebido como situado, ni geográfica ni lingüísticamente, provocando que una epistemología regional angloamericana se sitúe como referente universal frente a las otras propuestas que sí que se consideran regionales, situadas y parciales.

En este sentido, aplicando una perspectiva interseccional a las genealogías sobre la interseccionalidad, es relevante identificar cómo en su origen la tradición interseccional se configura a través de la simultaneidad de las posiciones de opresión, por género y raza, y de privilegio, por nacionalidad, lengua, o localización en la circulación de conocimiento, permitiendo que unos desarrollos surgidos desde los márgenes llegasen a tener la centralidad que tienen actualmente. Y esto no quita que, desde una perspectiva interseccional también, se comprenda que las posiciones de ventaja no minimizan en ningún caso las situaciones de discriminación en su contexto.

Creo que esta perspectiva es importante porque permite resaltar la necesidad de una aproximación situada sobre las genealogías de la interseccionalidad. Es decir, lo importante de situar los desarrollos del concepto en su contexto concreto. Me baso en la necesidad de partir de un conocimiento situado (Harding, 2004) y del esfuerzo de reconstruir

los hilos de las propias genealogías para no dejarnos llevar por el imperialismo cultural, por la hegemonía anglosajona en la producción de conocimiento ni por el academicismo que rechaza los conocimientos no producidos dentro de los muros de las universidades. Si Yuval-Davis (2011) utiliza el concepto de interseccionalidad situada para referirse a la perspectiva que reconoce el rol del contexto y las configuraciones sociales e históricas concretas para examinar las relaciones sociales, yo tomo el concepto para hablar también sobre la necesidad de contextualizar los orígenes y los desarrollos del concepto. Lo hago para mostrar que el contexto norteamericano no es neutro, sino que es un contexto determinado con una clara posición de poder en las dinámicas globales de producción de conocimiento, y también para mostrar, como se verá en la siguiente sección que, en otros contextos, como el catalán, también se dieron desarrollos del tipo interseccional de forma paralela.

En un contexto racista como el actual, estas cuestiones son complejas. Pretender mostrar desarrollos interseccionales desde la Europa blanca se puede ver como una apropiación del concepto y de las luchas que la originan, y también se puede entender como un blanqueamiento y un menosprecio a las luchas de las mujeres negras (ver Salem, 2016). Lo que aquí propongo es situar los lugares desde los que se parte como tarea imprescindible para comprender las dinámicas locales de la desigualdad. Es necesario entender que los planteamientos interseccionales norteamericanos parten de formas concretas de comprender qué es el género y la raza⁴², y que transportar los debates sobre la interseccionalidad sin intentar situarlos en un contexto concreto tiene consecuencias peligrosas. Por un lado, puede implicar la fetichización de la lucha de las mujeres negras, que lleva a su simplificación, homogenización y despolitización. Y por el otro, invisibiliza las formas concretas de configuración del racismo en el contexto local, que pueden darse contra personas migradas, racializadas, musulmanas o contra el pueblo gitano, por ejemplo, que históricamente ha sufrido discriminación y

42 Por ejemplo, en *How race is made in America: Immigration, citizenship, and the historical power of racial scripts*, Natalia Molina (2014) muestra cómo las leyes sobre inmigración en los Estados Unidos entre 1924 y 1965 construyeron los parámetros raciales, haciendo visible cómo la construcción de las razas es un proceso social e histórico y, por tanto, situado. En concreto, analiza cómo sentencias y legislaciones concretas determinaban si las personas provenientes de México eran blancas o negras, mostrando que tanto «negro» como «blanco» son categorías jerárquicas socialmente producidas.

exclusión en nuestro contexto y es una cuestión que raramente aparece en los textos sobre interseccionalidad. Sobre este tema, Pastora Fili-grana (2020), en su análisis sobre las formas de resistencia del pueblo gitano contra el capitalismo, el patriarcado y el colonialismo, argumenta que el pueblo gitano se ha construido como la alteridad por excelencia en Europa. Creo que la invisibilidad de esta cuestión en la actualidad tiene que ver, en parte, con la importación de la lucha antirracista y poscolonial norteamericana sin una consideración de las formas concretas de estigmatización, exclusión y criminalización locales basadas en cuestiones étnicas, raciales o culturales. En este sentido, creo que la necesidad de reconocer el origen de la interseccionalidad en las feministas Negras no tendría que implicar una invisibilización de las dinámicas locales de la desigualdad y la discriminación⁴³.

De la misma forma abordar el racismo y el sexismo tampoco excluye el análisis de otros ejes de desigualdad. La misma Crenshaw (1991) afirmaba que el concepto debía y podía expandirse para tratar sobre otros ejes. En este sentido, la interseccionalidad puede servir para hablar sobre situaciones de desigualdad y discriminación que sufren otros colectivos en otros lugares del mundo donde quizá se requieren otros ejes más allá de la raza y el género para comprenderlas. Por tanto, la interseccionalidad situada facilita que se entienda la desigualdad social de manera más contextualizada. Partir del contexto

43 Un ejemplo de esta necesidad de situar las luchas interseccionales son las movilizaciones por el asesinato de George Floyd a manos de la policía con el lema del *#blacklivesmatter* como oposición al racismo y al supremacismo blanco en los Estados Unidos. A nivel mundial, la prensa se hizo eco de la situación, y en una clara muestra de cómo el capitalismo puede cooptar cualquier lucha, grandes empresas como Zara se posicionaron a favor de la causa. Es una cuestión que ciertamente merecía todo el eco posible, pero la visibilidad que tuvo y las simpatías que despertó muestran también la centralidad que tiene todo lo que pasa en Estados Unidos frente a la sombra a la que quedan relegadas otras situaciones injustas alrededor del mundo, y muestra los peligros de que la lucha contra el racismo en Norteamérica se vacíe de contenido y de radicalidad política para quedarse en la anécdota, implicando también una desconexión entre las causas estructurales de la opresión y el caso concreto. Al mismo tiempo, sirve como excusa para invisibilizar las formas de racismo más próximas. En las redes hubo más gestos de solidaridad por parte de personas blancas con la causa antirracista en los Estados Unidos, que muestras de solidaridad con las activistas antirracistas contra los CIE o la represión contra los manteros en Barcelona. Solidarizarse con el caso de los Estados Unidos ya cuenta como práctica antirracista, y parece que libera de tener que revisar las propias prácticas racistas o de denunciar el racismo institucional en nuestro contexto. Parece que hay luchas que quedan mejor que otras como fondo de perfil de Instagram o Facebook.

local puede permitir centrarse en las dinámicas concretas en que se configura el racismo y también expandir el concepto a otros ejes que a menudo quedan invisibilizados en marcos interseccionales, ya sea la orientación sexual, la lengua, la diversidad funcional o la cuestión nacional. Creo que esta amplitud de mirada, tanto en relación con los ejes como con los contextos, es justamente la que permite que la interseccionalidad sea un concepto valioso para la comprensión de las dinámicas de desigualdad social, siempre que se parta del reconocimiento de los orígenes y de las motivaciones políticas iniciales.

Esto también es muy relevante para comprender cómo se está aplicando la interseccionalidad actualmente. En la retórica sobre la necesidad de entender la desigualdad desde múltiples ejes también se está importando un punto de partida: que antes del surgimiento del concepto de «interseccionalidad», la desigualdad se entendía desde marcos explicativos únicos y que es la propia aparición del concepto la que cambió esta tendencia. Cuando se importa la interseccionalidad como solución, también se está importando un diagnóstico del problema que la origina, que en este caso es que antes del concepto de interseccionalidad no se entendían los ejes como interrelacionados, sino solo de forma aislada. Por tanto, el hecho de no situar las genealogías de la interseccionalidad no solo trae consigo los peligros de fetichización y de invisibilización de formas de violencia y desigualdad locales, sino que también corre el riesgo de solidificar los marcos explicativos únicos (monofocales) como punto de partida. Y esto no permite relacionar las propuestas interseccionales de las feministas Negras con desarrollos propios y locales existentes previamente.

Esta tendencia no es exclusiva de la interseccionalidad y se podría analizar detenidamente cómo las genealogías locales en el activismo contradicen los diagnósticos establecidos por las propuestas políticas angloamericanas. Por ejemplo, Gerard Coll-Planas y Miquel Missé (2020) analizan la evolución de las categorías identitarias relacionadas con la identidad de género en el activismo trans en Barcelona desde 1978 hasta 2010. En su análisis muestran cómo había una tendencia a concebir las categorías identitarias de manera fluida y crítica con el esencialismo, el binarismo y la patologización. Evidencian también cómo esta tendencia se diferencia claramente del paradigma médico, que era el hegemónico en los Estados Unidos y otros países europeos. En este sentido, la importación de teorías que enmarcan la acción política, como la teoría *queer*, pueden estar importando simultáneamente diagnósticos

del problema inicial, como el paradigma médico, que quizá no eran propios de determinados contextos, como en este caso el activismo trans catalán. La cuestión problemática es que, al importar el problema, se está reforzando el mismo marco discursivo que se pretende combatir.

En este sentido, creo que concebir la interseccionalidad solo como *traveling theory* (Salem, 2016) es problemático, ya que invisibiliza las formas en que genuinamente colectivos oprimidos alrededor del mundo han desarrollado simultáneamente formas propias de comprender las configuraciones de la desigualdad que sufrían. Establecer un único punto como origen y todas las demás propuestas como derivadas de este solidifica una jerarquía epistémica que refuerza el imperialismo cultural norteamericano y determinadas formas de desigualdad. Además, argumentos como los de Salem (2016) que defienden que es precisamente el hecho de que la interseccionalidad haya viajado lo que ha hecho que el concepto perdiese su radicalidad, refuerzan la idea de que el conocimiento producido en el centro –es decir, en los Estados Unidos– es el original y puro, mientras que en el resto del mundo se aplica y replica de forma errónea haciendo que pierda su pureza⁴⁴. Otra vez, solo el centro puede producir conocimiento valioso.

De aquí nace la motivación de situar la interseccionalidad y de resaltar los orígenes locales del pensamiento del tipo interseccional para descentralizar las genealogías. Como se ha mostrado, Hancock (2016) utiliza la idea de *pensamiento de tipo interseccional* para señalar la heterogeneidad en los orígenes del concepto, refiriéndose a las ideas interseccionales desarrolladas fuera de la academia y antes de los años ochenta en los Estados Unidos. Sin embargo, yo aquí tomo el concepto para referirme a otros lugares, y a otros contextos sociales, donde se dio el pensamiento del tipo interseccional fuera de los Estados Unidos. No hago referencia a los procesos de transmisión, traducción o aplicación del concepto de la interseccionalidad –que efectivamente también se han dado, y especialmente en la última década–, sino que muestro el desarrollo genuino del pensamiento y acción interseccionales en otros

44 Edward Said (2001) reconsideró su propuesta sobre *traveling theory* –que las teorías, cuando viajan, pierden su originalidad y radicalidad– para defender que, precisamente cuando viajan, pueden volverse aún más radicales y potentes. Sin embargo, creo que es problemático y limitado considerar que toda propuesta de comprensión de los ejes de desigualdad como interrelacionados proviene del «viaje» de la interseccionalidad a otros lugares y no de propuestas genuinas y situadas que se daban en otros lugares paralelamente.

contextos. Y añado «acción» porque creo que una cuestión central es ver cómo estos desarrollos se dieron en el seno de movimientos sociales y políticos, hecho que descentraliza también a la academia como único lugar de producción de conocimiento⁴⁵.

Un ejemplo de este *pensamiento y acción de tipo interseccional* surgido en otros territorios fuera de los Estados Unidos –y no como aplicación de la teoría sino genuinamente desarrollados– es el del trabajo de Mara Viveros Vigoya (2016). La autora recopila ejemplos de aproximaciones interseccionales en el contexto latinoamericano desde el siglo XIX. Por ejemplo, muestra cómo en Perú, Clorinda Matto de Turner denunciaba en su libro de 1899 *Aves sin miedo*, la vulnerabilidad que suponía ser una mujer indígena en relación con los abusos perpetrados por parte de los gobernadores y capellanes. La autora también muestra cómo en el seno del Partido Comunista Brasileño, en los años sesenta, diversas activistas defendían la teoría de la triada de opresiones de raza, género y clase social. O cómo en el Segundo Encuentro Feminista de América Latina y el Caribe, celebrado en 1983 en Lima, el racismo era un tema de debate dentro del movimiento feminista. Lucía Busquier (2018), en la misma línea, muestra cómo uno de los principales objetivos de la Red de Mujeres Afrolatinoamericanas, Afrocaribeñas y de la Diáspora (RMAAD), en 1992 era la lucha contra el racismo y la opresión de género focalizándose en la intersección de estos dos ejes en América Latina y el Caribe con una clara motivación de alejarse del feminismo occidental y del pensamiento colonial. Otros textos como el de Mercedes Olivera (1976) también son ejemplo de análisis interseccionales, en este caso en relación con la explotación de las mujeres en Chiapas y la situación que vivían como mujeres negras, indígenas y pobres.

Actualmente, en el contexto latinoamericano diversas autoras también trabajan sobre la relación entre diferentes ejes como el género, la orientación sexual, la clase social, el origen, el colonialismo o el mestizaje desde planteamientos propios y contextualizados, donde cuestiones como la colonialidad del género, la comunidad o la

45 Una de las críticas que se hacen también al concepto de interseccionalidad es que es un concepto academicista, un constructo abstracto creado en la academia y alejado de la realidad material y de las luchas sociales. Como se ha mostrado ya extensamente, el concepto tiene unas fuertes raíces en los movimientos políticos en los Estados Unidos y con este desarrollo del fenómeno del pensamiento y acción de tipo interseccional se pretende también reforzar esta vinculación con los movimientos de nuestro contexto.

despatriarcalización son conceptos clave (ver Curiel 2007, 2013; Espinosa, 2007; Espinosa *et al*, 2014; Mendoza, 2010; Viveros Vigoya, 2016). Estos planteamientos son una clara muestra de cómo históricamente el pensamiento y la acción de tipo interseccional se ha dado y se continúa dando bajo unos parámetros diferentes a los del feminismo Negro norteamericano sin que esto implique la pérdida de la radicalidad, de la premisa de la indisolubilidad entre ejes o la asunción de marcos neoliberales.

Estas autoras centran su análisis en América Latina y el Caribe, pero hay muchos otros ejemplos de desarrollos de pensamiento y acción de tipo interseccional alrededor del mundo. Desarrollos que surgen desde los márgenes, de colectivos atravesados por diferentes ejes de desigualdad que necesitan construir nuevas herramientas para comprender su situación. Son ejemplo de ello las conceptualizaciones de la triple opresión desarrolladas desde los años setenta por las feministas abertzales en el País Vasco, donde relacionaban la opresión de género, de clase y la nacional para comprender su situación y organizar una lucha política colectiva (ver Epelde Pagola *et al*, 2015). Una teorización que se daba en espacios de militancia y que, partiendo de la experiencia compartida, desarrollaba formas concretas de comprender la desigualdad y la discriminación con un claro objetivo de organizarse políticamente para la acción. Actualmente, el movimiento feminista vasco también está incorporando el concepto de interseccionalidad como tal para su reflexión y propuesta política en relación con la interacción de múltiples ejes de opresión (ver por ejemplo Bilgune Feminista, 2015, 2016; o Gandarias Goikoetxea, 2017), hecho que muestra la importancia de diferenciar la interseccionalidad, como tradición norteamericana, del pensamiento y acción de tipo interseccional local. Es necesario diferenciarlos para ver cómo se enriquecen mutuamente y, en este caso, para analizar por ejemplo cómo encaja la cuestión nacional en la interseccionalidad⁴⁶.

Pero el pensamiento y la acción de tipo interseccional también se ha desarrollado en otros contextos y en base a otros ejes. En el caso de la India, por ejemplo, Nivedita Menon (2015) argumenta cómo los

46 Para una profundización sobre la relación entre género y nación en diferentes movimientos feministas por la liberación nacional, ver Gatamaula (2018 y 2019). Para un análisis sobre la controvertida relación entre las cuestiones nacionales y los marcos interseccionales, ver Rodó-Zárate (2019a).

marcos conceptuales que tenían en cuenta solo un eje –la perspectiva monofocal que se critica desde la interseccionalidad– no fueron nunca los predominantes en la India, y muestra cómo los debates políticos en los años ochenta y noventa ya relacionaban el género con la casta o la clase. La autora tiene una postura crítica con la interseccionalidad y su relación con el feminismo, pero creo que los casos que explica son útiles para mostrar cómo paralelamente en diferentes lugares del mundo se daban desarrollos sobre la interrelación entre diferentes ejes de desigualdad, y que no es la llegada de la interseccionalidad la que aporta esta complejidad, sino que ya estaba presente en muchos contextos. Contextos en los márgenes que propiciaban conceptualizaciones complejas de la desigualdad y cuyo punto de partida no eran análisis simplistas desde un único marco explicativo que la interseccionalidad tuviese que ir a solucionar.

Otro caso podría ser el del Kurdistán. El movimiento de liberación kurdo ha desarrollado un cuerpo teórico y una práctica política que tiene como pilares la democracia directa, el comunitarismo, la liberación de género y la ecología. Llevan a cabo una lucha antifascista, anticapitalista y feminista e incluyen ejes como la religión, la lengua, la etnicidad y el género en sus propuestas y prácticas. Lemas como que «el pueblo kurdo no podrá ser libre si las mujeres kurdas no son libres», promulgado por su líder Abdullah Öcalan, muestran la indisociabilidad de las luchas, conseguida a través de la autoorganización de las mujeres desde los años setenta, tanto en el ámbito político como en el educativo o el militar (ver Dirik, 2018; VV.AA, 2015). En este sentido, pensar que su elaboración de interrelación entre ejes, aplicada actualmente en un contexto de conflicto bélico, es la consecuencia del desarrollo de la interseccionalidad en los Estados Unidos, parte de una jerarquía y desconocimiento sobre la configuración teórica y práctica de las luchas por la liberación alrededor del mundo. El feminismo en el Oriente Medio no puede considerarse una aplicación o una copia del feminismo blanco ni europeo, pero tampoco una adaptación del feminismo norteamericano, aunque tenga su base en las cuestiones raciales o étnicas.

En este sentido, hago una diferenciación entre la *interseccionalidad* como tradición concreta surgida en los Estados Unidos y el *pensamiento y acción de tipo interseccional*, que sería un fenómeno político amplio que hace referencia a cómo históricamente diferentes colectivos en los márgenes han desarrollado, y desarrollan, conceptualizaciones sobre la interrelación entre diferentes ejes de desigualdad de forma genuina en

diferentes lugares del mundo. El concepto de *pensamiento y acción de tipo interseccional* no se relaciona con la interseccionalidad de forma jerárquica, ya que no es ni necesariamente anterior, ni precursor de la interseccionalidad, ni tampoco una aplicación derivada de esta como *traveling theory*. Es un concepto que pone el foco más en la dimensión geográfica que en la histórica, haciendo referencia a los desarrollos situados y genuinos sobre esta forma concreta de comprender y luchar contra las desigualdades.

La cuestión de los márgenes es un factor clave en la definición de este fenómeno. bell hooks (1984) defiende los márgenes como lugares de resistencia y Chandra Talpade Mohanty (1988) los entiende como lugares desde dónde cuestionar las identidades hegemónicas. Creo que estos márgenes han sido los que han potenciado el surgimiento de estos planteamientos encarnados fruto de la experiencia de opresión. Unas propuestas que, sin estar vinculadas a los desarrollos de la interseccionalidad norteamericana, parten de una misma necesidad: entender la propia experiencia de opresión como fruto de la interrelación entre diferentes ejes de desigualdad. Mostrar este pensamiento y acción de tipo interseccional y evitar poner el foco exclusivamente en los Estados Unidos no pretende en ningún caso negar los antecedentes históricos del concepto. Lo que pretende es mostrar cómo más allá del contexto norteamericano y en lenguas diferentes al inglés, se desarrolló de forma paralela el pensamiento y acción de tipo interseccional que compartía tanto las características como las motivaciones políticas de la interseccionalidad en los Estados Unidos, pero que se desarrollaba de forma independiente. El objetivo es mostrar cómo este es un fenómeno mucho más amplio, arraigado y fruto de la reflexión sobre la experiencia de opresión por parte de grupos cruzados por diferentes ejes de desigualdad. Un pensamiento y acción que parte de la propia experiencia de opresión y de la reflexión colectiva y no un constructo académico desvinculado de las luchas sociales.

En este sentido, la interseccionalidad situada es una propuesta de contextualización de las diferentes propuestas de pensamiento y acción del tipo interseccional que permite valorar cada uno de los desarrollos locales. Una propuesta que defiende la necesidad de reconocer los orígenes de la tradición interseccional en el feminismo Negro norteamericano y que al mismo tiempo invita a buscar las propias genealogías del pensamiento y acción de tipo interseccional en el contexto local y fuera del ámbito académico.

Pensamiento y acción de tipo interseccional: movimiento lésbico en Barcelona

Con esta voluntad de poner en valor las propias genealogías locales, me centraré aquí en el caso del feminismo lésbico en Barcelona desde los años setenta hasta los noventa del siglo pasado⁴⁷. Me fijaré en los *desencajes interseccionales productivos* entre las propias experiencias y los movimientos sociales como fuente de desarrollo de pensamiento y acción de tipo interseccional.

A finales de los años setenta, con el fin de la dictadura franquista, en el Estado español se estaba viviendo un momento de muchos cambios políticos. Movimientos sociales y políticos salían a las calles después de décadas de trabajo en la clandestinidad. Una de las primeras movilizaciones que tuvieron lugar fue la manifestación organizada por colectivos LGTB en Barcelona, en Las Ramblas, en 1977. Era la primera movilización pública por la liberación sexual en todo el Estado, y supuso en sí misma un acto de desobediencia civil que acabó con importantes altercados y represión policial (Ramajo, 2019). Fue una movilización de una relevancia política que trascendió internacionalmente⁴⁸.

Aquella movilización venía precedida de todo un movimiento en ebullición dónde las lesbianas habían tenido una participación central que se había ido cociendo el año anterior, en 1976, en las Primeres Jornades Catalanes de la Dona (Primeras Jornadas Catalanas de la Mujer). Estas jornadas fueron el primer encuentro multitudinario de carácter político después del franquismo, donde más de 4000 mujeres se reunieron para debatir sobre sus experiencias y estrategias vinculadas con la opresión de género. Se evidenciaba así una red feminista que se había ido forjando en la clandestinidad alrededor de grupos de autoconsciencia, asociaciones de mujeres y colectivos locales. Se trataron temas muy diversos, desde cuestiones en relación con el trabajo, con los barrios, con la familia, con la educación, con los medios de comunicación, con las leyes, con el mundo rural o con las sexualidades. El resultado fue una lista de demandas que reclamaban la socialización del trabajo doméstico, la amnistía general⁴⁹, el reconocimiento de los derechos laborales o la

47 Esta sección está basada en las investigaciones publicadas en: Rodó-Zárate (2019a), Rodó-Zárate (2019b) y Rodó-de-Zárate (2017b).

48 En la película *Harvey Milk* (2008) se puede ver cómo el activista Clive Jones defiende que la manifestación de Barcelona era el modelo a seguir para hacer la revolución.

49 Las movilizaciones por la amnistía después de la dictadura franquista se

educación pública. Sobre la sexualidad exigían la supresión de los delitos de adulterio, el derecho al propio cuerpo, la educación sexual y la provisión por parte de la Seguridad Social de anticonceptivos, la legalización del aborto y su inclusión en la Seguridad Social y la eliminación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, que perseguía, entre otras, conductas como la homosexualidad o la prostitución (VVAA, 1977).

Después de décadas de represión, invisibilización y violencia contra las sexualidades, cuerpos y deseos disidentes, la cuestión de la sexualidad era un tema central en la agenda política feminista en los años setenta. En este contexto, las lesbianas jugaban un papel fundamental. Como explica Pineda (2008: 33) sobre las Primeras Jornadas Catalanas de la Mujer, los grupos feministas incorporaron sin censuras la cuestión lésbica, un tema presente en muchas ponencias y debates, e incluyeron reivindicaciones sobre esta cuestión en las conclusiones. Pero la relación entre la liberación sexual y el género no ha sido siempre un espacio libre de conflictos. De hecho, una de las cuestiones centrales del activismo lésbico ha sido su relación tanto con el movimiento feminista como con el gay. Osborne (2008) afirma que, en el contexto del Estado español, las lesbianas organizadas como movimiento siempre se han movido en una dinámica de distanciamiento y acercamiento al movimiento gay y al feminista. Sobre el movimiento gay, explica cómo la misoginia y la invisibilización habían sido fuente de múltiples tensiones y conflictos⁵⁰. Maria Giralt reflexiona también desde la propia experiencia:

Nos encontrábamos dentro del FAGC (Frente por la Liberación Gay de Cataluña) con una misoginia latente y patente con la cual se hacía difícil convivir. Ellos eran 100 y nosotras, 10. Eramos la minoría de la minoría. Les pedíamos que dejaran de ser tan falócratas. Para ellos, todo eran falos y nosotras entendíamos el falo como la representación del poder (*El Periódico*, 27.06.2017).

centraban básicamente en los «delitos» cometidos por hombres heterosexuales, dejando de lado los que se entendían como delitos femeninos o feminizados, como era el adulterio, el aborto, la dispensación de anticonceptivos o los «actos homosexuales». Determinados colectivos quedaban excluidos de las peticiones de amnistía porque se entendía que iban en contra del «bien común» (ver Gómez Beltrán, 2018). Las feministas reclamaban la amnistía general reivindicando que las personas condenadas por estos delitos eran también presas políticas.

50 Para trabajos sobre identidades y movimientos lésbicos en el contexto catalán y español, ver Platero (2008), Torras (2011), Viñuales (2000) y Trujillo Barbadillo (2008).

En el movimiento feminista también había conflictos, ya que las lesbianas tenían que sufrir la invisibilización con la excusa de que así se evitaba una imagen hipersexualizada del movimiento (Osborne, 2008). Esta situación no es específica del contexto español, y de hecho fue un tema central de tensión dentro de movimientos feministas como el norteamericano⁵¹. Estas tensiones «interseccionales» entre la orientación sexual y el género propiciaron el surgimiento de diferentes grupos específicos de lesbianas: el Grupo en Lucha por la Liberación de la Lesbiana (1979); el Grupo de Lesbianas Feministas de Barcelona⁵² (1986), que editaba la revista *Tribades*; la Comisión de Lesbianas del Eje Violeta (1986), que editaba la revista *Laberint*. Ese mismo año también se inauguraba un espacio en Barcelona solo para mujeres, *La Nostra Illa*⁵³ (*Nuestra Isla*, en castellano), convirtiéndose en uno de los primeros lugares de encuentro para lesbianas y mujeres con sexualidades no normativas.

Estos colectivos nacían de la necesidad de encontrar un espacio propio en medio de la tensión e incomodidad vivida en movimientos más amplios como el feminista o el de liberación sexual. Nacían de una experiencia interseccional conflictiva y contradictoria, donde su posición como disidentes sexuales y como mujeres hacía que su experiencia y sus demandas no encajasen. Creo que es precisamente la experiencia de este desencaje, este estar fuera de lugar permanente, lo que hace grupos con múltiples posiciones de opresión desarrollen perspectivas de tipo interseccional. En el caso catalán, el desencaje interseccional productivo lo era también en relación con la cuestión nacional y de clase, y de la misma manera lo fue para las feministas que participaban en

51 Autoras feministas de referencia en los años setenta como Betty Friedan eran contrarias a la participación de las lesbianas en el movimiento feminista. Veían su creciente visibilidad como una amenaza, la «amenaza lavanda», hasta el punto de que fueron expulsadas de la Organización Nacional de Mujeres (NOW, por sus siglas en inglés). Las lesbianas, organizadas como Radicalesbians, se opusieron con diversas acciones con el objetivo de combatir el heterosexismo dentro del movimiento feminista y de entender el lesbianismo como una opción política. De manera parecida a lo que se explica sobre el contexto catalán, Rita Mae Brown, activista feminista abiertamente lesbiana, afirmaba que «no queremos ser más las lesbianas simbólicas en el movimiento de liberación de las mujeres, como tampoco queremos ser las mujeres simbólicas en el Frente de Liberación Gay» (Brown en Davis, 1999: 264).

52 El Grupo de Lesbianas Feministas de Barcelona se creó dentro de la Coordinadora Feminista de Catalunya y fue durante muchos años un espacio central para lesbianas dentro del movimiento feminista.

53 Ver <https://lanostraila.com/>.

movimientos independentistas de izquierdas (ver Gatamaula, 2018). Pero el caso de las lesbianas creo que es paradigmático como fuente de conocimiento y práctica interseccional a pesar de la invisibilización histórica que han sufrido como productoras de pensamiento y acción interseccional, y no solo a nivel local⁵⁴.

Un acontecimiento central donde se explicitó la visión interseccional del movimiento lésbico fueron las Jornadas Europeas de Lesbianas (European Lesbians Conference) celebradas en marzo de 1991 en Barcelona y organizadas por diferentes grupos de lesbianas de la ciudad y el ILIS (Servicio Internacional de Información Lesbiana). Más de 300 lesbianas de diferentes países participaron en un evento en el que el eje central, que había sido escogido por la organización a nivel europeo, era el lesbianismo y el racismo, y en el que se abordaron multitud de temas como las maternidades lesbianas, las lesbianas por la paz, el erotismo, las consecuencias de la unificación en Europa, el antisemitismo o la invisibilización del activismo lésbico en el Sur de Europa. Como explican en sus actas, se invitó a tres grupos para fomentar así su participación, algo que justificaban de la siguiente forma: a lesbianas negras europeas –porque sufrían una discriminación triple como negras, mujeres y lesbianas–, a las lesbianas del este de Europa, –porque vivían en una inestabilidad económica constante y tenían dificultades para conseguir los visados–, y a las lesbianas del sur de Europa, –porque también sufrían una situación económica complicada y habían sido olvidadas en muchos encuentros paneuropeos– (ILIS, 1991).

El tema escogido en sí mismo refleja este pensamiento de tipo interseccional, una clara voluntad de abordar las diferencias dentro del propio colectivo de lesbianas y una necesidad de reivindicar la posición de grupos especialmente invisibilizados. Pero ¿cómo se vivió

54 En los Estados Unidos, por ejemplo, cuando las autoras sobre interseccionalidad se refieren al Combahee River Collective, normalmente muestran la intersección entre la raza y el género en su pensamiento. Pero en sus manifiestos, su posición como lesbianas era un eje central para su lucha y sus conceptualizaciones. De hecho, la identificación de la homofobia tanto en el movimiento por los derechos civiles como en el movimiento feminista era una cuestión clave que estructuraba su activismo y su producción de conocimiento sobre las desigualdades interseccionales. Sin embargo, no se acostumbra a reconocer el lesbianismo ni como movimiento ni como posición política clave para el desarrollo de la interseccionalidad. Y no es solo en relación con este colectivo, sino que para muchas autoras referentes en el feminismo Negro sobre interseccionalidad en los Estados Unidos (como Audre Lorde o bell hooks) su pensamiento partía también de la experiencia de opresión heterosexista.

esto desde los colectivos barceloneses? La Comisión de Lesbianas del Eje Violeta lo explica así en *Mate Lila*:

El tema del racismo lo hemos dejado para el final porque fue el más presente y el que mas polémica trajo [...] Vinieron unas 30 lesbianas negras y asiáticas [...] fue en el primer plenario donde las Thamis⁵⁵ comenzaron a dar caña. En un primer momento, como organizadoras de las jornadas, nos sentimos atacadas, y la primera reacción fue a la defensiva, hasta que nos dimos cuenta de que las cuestiones que ellas plantearon no eran simples críticas, sino reivindicaciones del colectivo Thamis que nosotras desconocíamos (por ejemplo, exigir que la ILIS subvencionase el viaje a más Thamis, que todas las imágenes del cartel hasta el programa no fuesen solo de mujeres blancas...). En el plenario de clausura [...] el clima fue muy tenso y violento y había todo tipo de reacciones; desde lesbianas blancas que se sintieron atacadas por las Thamis; Thamis que se plantearon abandonar el debate porque estaban hartas y cabreadas de tener que explicar y justificar siempre sus posturas delante de las blancas [...] Como valoración general... los diferentes grupos de lesbianas de Europa se han constituido organizativamente desde sus realidades específicas, dejando así presente esta especificidad, que supone que la lucha *lésbica* resulte más dinámica y enriquecedora (Comisión de Lesbianas del Eje Violeta, 1991b: 8).

Otro de los grupos organizadores, el Grupo de Lesbianas Feministas de Barcelona, reflexionaba también sobre la situación que se vivió en las jornadas en relación con las reivindicaciones acerca del racismo:

El hecho más patente de esta experiencia es el desconocimiento que supone para nosotras, mujeres lesbianas blancas, la triple marginación social y cultural y del hecho de ser mujer, lesbiana y de color. Una realidad que en algunos países tiene rasgos dramáticos y que nosotras, lesbianas blancas, hemos conocido por primera vez y sobre el que tenemos abierto un debate interno de autoconcienciación (Grupo de Lesbianas Feministas de Barcelona, 1991: 6-7).

55 Thamis (o Zamis, como se llaman en inglés) es el nombre escogido por las lesbianas negras para autodenominarse.

Las reflexiones que plantean los dos colectivos muestran cómo las posiciones interseccionales y las diferencias entre lesbianas fueron un tema fundamental en las jornadas que generaron importantes tensiones y malestares. Por un lado, porque las organizadoras –blancas– se tomaron las reivindicaciones como un ataque, y por el otro, porque se sufría la invisibilización y la incompreensión por parte de las compañeras. Es necesario tener en cuenta que el carácter internacional de las jornadas y la diversidad de personas que participaron era un hecho bastante extraordinario en el contexto barcelonés. En Cataluña, durante los años noventa, la cuestión racial no era un tema central en las luchas políticas ni en el debate público. Aunque el pueblo romaní había sufrido históricamente –y seguía sufriendo– discriminaciones y exclusiones, y también había discriminación y xenofobia contra la población migrada desde el sur del Estado español en los años sesenta, la cuestión étnica tal y como la planteaban las lesbianas de otros lugares de Europa era una cuestión minoritaria en el contexto catalán. No es hasta principios de los noventa cuando hay un incremento importante de los movimientos migratorios desde el norte de África y América del Sur⁵⁶, a diferencia de la situación que se vivía en otros lugares de Europa donde ya se habían dado movimientos migratorios con anterioridad. Este hecho es seguramente un factor que explica la reacción de sorpresa y de desconocimiento de los colectivos barceloneses al escuchar las reivindicaciones de las lesbianas racializadas, ya que no era una realidad que viviesen en su cotidianeidad. Esto no quita que, obviamente, fuese su posición privilegiada como blancas, tal y como ellas mismas expresaron, y la invisibilización de las desigualdades raciales a nivel global, lo que hacía que no fuesen conscientes de la situación que podían sufrir otras mujeres. En este sentido, estas jornadas fueron un espacio muy importante de toma de conciencia política sobre un eje absolutamente menospreciado en el contexto catalán como fuente de discriminación, desigualdad y violencia.

Las jornadas de 1991 son un espacio clave en el que aparece el pensamiento y la acción interseccional por parte de lesbianas europeas con diferentes posiciones sociales y dónde se hace patente el desencaje. El racismo es el eje que estructura las jornadas y tiene un peso

56 Como ejemplos para ilustrar la situación, la inmigración externa por continente de origen en Cataluña fue: en 1988, 491 de África, 840 de América y 77 de Asia; en el 1992, 2844 de África, 1748 de América y 234 de Asia, y en el 2018, 23 350 de África, 68 128 de América y 17 811 de Asia (datos del Idescat).

fundamental en ellas, pero es interesante ver cómo la cuestión de la diversidad también estaba presente de forma transversal. En una parte del programa de las jornadas que se distribuía entre las participantes aparece un listado de notas que debían tenerse en cuenta durante el evento. Como se explica, es un listado surgido de la Conferencia de Lesbianas y Gays de Color celebrada en Londres en 1990, donde se recogen recomendaciones para potenciar un debate constructivo. Hay algunas notas que apuntan a la necesidad de tener en cuenta la cuestión de las lenguas o los problemas derivados de la inconcreción de utilizar términos generales como *América*, para referirse a *Estados Unidos*, o *España*, para referirse a Cataluña, Euskadi, Andalucía o Galicia, alertando que puede resultar molesto o causar confusión. Es especialmente relevante un apartado titulado «Notas sobre mujeres de capacidades diferentes (minusválidas)» donde se realizan una serie de recomendaciones sobre cómo hablar en los debates para que las mujeres que leen los labios puedan seguirlos, alertando de que no se presuponga que todas las mujeres pueden ver y haciendo recomendaciones sobre el lenguaje a utilizar o sobre cómo gestionar los espacios para que sean accesibles para todo el mundo.

Otro de los ejes que apareció en las Jornadas Europeas de Lesbianas fue la cuestión de la edad. Hubo una sesión específica en la que tres grupos de Barcelona, Madrid y Bilbao respectivamente presentaron y debatieron sobre sus experiencias y reivindicaciones. El colectivo barcelonés, la Comisión de Lesbianas del Eje Violeta (1991a), explicó en su ponencia cómo su realidad específica como jóvenes les hacía comprender de forma diferente su lucha como lesbianas. Planteaban temas como verse forzadas a vivir en las periferias de la ciudad a causa de los precios del alquiler, lo que implicaba que tuviesen menos posibilidades de encontrarse con otras lesbianas. En la misma línea, Lesbianas de Matarraskak, el grupo de lesbianas jóvenes de Bilbao, desarrollaron la intersección entre su orientación sexual y la edad analizando cómo los diferentes espacios donde se encontraban condicionaban su experiencia como lesbianas jóvenes. Analizaban diferentes espacios de la vida cotidiana como el hogar, la calle, los centros educativos, el trabajo o lo que ellas llaman «elguetto» para identificar las diferentes normatividades y exclusiones que sufrían, pero también las posibilidades que ofrecen estos sitios para vivir su lesbianismo (Lesbianas de Matarraskak, 1991). Hablaban de la triple marginalización como mujeres, como lesbianas y como jóvenes y se centraban en su experiencia para desarrollar pensamiento y acción política.

Más allá de las Jornadas de 1991, la cuestión de la edad había sido un eje fundamental para algunos colectivos de lesbianas. La propia creación del colectivo Comisión de Lesbianas del Eje Violeta, en paralelo al Grupo de Lesbianas Feministas de Barcelona, surge de la necesidad de organizarse en un espacio diferente para tratar su situación específica como lesbianas jóvenes. En sus textos explican cómo la juventud sufre opresiones específicas por su edad, pero que su experiencia como lesbianas y como mujeres es diferente. Reflexionan sobre la represión que sufren en el espacio privado a causa de la oposición de sus familias en su sexualidad, que limita su uso de los espacios domésticos, ya que no pueden ir con sus parejas. Muestran también las dificultades para la emancipación causadas por su posición de clase y edad, incluso el hecho de no encajar con el perfil de mujeres que podrían recibir subvenciones, que suelen ser heterosexuales, con pareja y adultas. Critican también la atención que reciben sobre la salud sexual y reproductiva, evidenciando el desconocimiento y la desinformación del personal sanitario sobre la sexualidad de las lesbianas. Y acaban afirmando que «la represión de las lesbianas jóvenes continúa existiendo bajo un lenguaje de igualdad y de permisividad» y que «lo que hay de fondo es la negación y la inexistencia de esta colectividad que somos nosotras, las lesbianas jóvenes» (Comisión de Lesbianas del Eje Violeta, 1991b: 7).

La cuestión de la edad aparece como un eje central de configuración de las desigualdades y discriminaciones que sufren, pero como se ha visto, lo relacionan también con otros ejes como la clase social o el género. De hecho, su activismo era muy amplio y abarcaba muchas luchas diferentes. A parte de en manifestaciones sobre cuestiones feministas, como por el derecho al aborto o por el día internacional de Gays y Lesbianas, también participaban en manifestaciones antimilitaristas contra la guerra del Golfo –que acabaron con su declaración de insubmisión– o mostraban su apoyo a Núria Cadenes, activista de la izquierda independentista presa por su vinculación con una acción fallida de Terra Lliure en el año 1988.

Sobre la cuestión nacional, muchos de estos colectivos trataban el tema de una forma indirecta, ya fuese vinculada con las causas con las que se solidarizaban, como la de Núria Cadenes, o la posición política de la que partían. Otros colectivos que luchaban por la liberación sexual, como el Frente de Liberación Gay de Catalunya (FAGC), lo abordaban de forma más directa. Como explican sobre la composición de su logo de 1977:

3. Orígenes, genealogías y hegemonías en la producción de conocimiento

Un triángulo invertido en memoria de los gays asesinados en los campos de exterminio nazi; y desde dentro, otro triángulo aparece con las cuatro barras como referencia a nuestro país⁵⁷; y finalmente, un puño cerrado como símbolo de la lucha de clases (Rodríguez y Pujol, 2008: 24).

Aparece aquí la cuestión de la clase social, la nacional y la sexual como imbricadas en una misma imagen que describe la lucha del FAGC. Una lucha por la liberación sexual que partía de una posición situada desde la cual articular las acciones concretas. En el lesbianismo cuesta más encontrar ejemplos así, y creo que puede tener que ver con la dificultad con la que se han tratado históricamente las cuestiones nacionales dentro de los feminismos (ver Gatamaula, 2018).

Muchas autoras feministas han mostrado las consecuencias negativas que los nacionalismos, las naciones y su defensa, reproducción y mantenimiento han supuesto para las mujeres y los cuerpos feminizados a lo largo de la historia (ver Yuval-Davis y Anthias, 1989). Este ha sido un trabajo imprescindible para señalar el carácter binarista y heterosexista de la constitución de los Estados modernos y la relación con el desarrollo y mantenimiento del capitalismo. Pero el hecho de que la mayoría de las investigaciones se centren en mostrar sus efectos perjudiciales se debe también a la centralidad de los nacionalismos hegemónicos y a la invisibilización de las propuestas de las feministas y activistas LGTBI de las naciones sin Estado y las que están en lucha por la liberación nacional. Algunas autoras han mostrado cómo el feminismo ha sido compatible con los movimientos antiimperialistas de liberación nacional en Asia y América Latina, mostrando que desde el Sur Global se podía reconceptualizar el nacionalismo de forma no esencialista y desde la base, de forma que potenciase la creación tanto de procesos democráticos como de la misma lucha feminista en sus territorios (Jayawardena, 1986; Seodu Herr, 2003). El caso del Kurdistan es un claro ejemplo, ya que ahí la lucha por la liberación como pueblo integra la lucha por la liberación de las mujeres y vincula además la cuestión étnica, religiosa y ecológica (ver TATORT Kurdistan, 2013; Dirik, 2018; VV. AA, 2015).

57 N. de la T.: Las cuatro barras a las que se hace referencia simbolizan la *senyera*, la bandera de Cataluña.

En el caso catalán, la relación entre feminismos y movimientos por la liberación nacional ha sido controvertida (Gatamaula, 2018), pero justamente este conflicto es el que ha implicado un desencaje interseccional productivo ya que ha posibilitado la reflexión, la teorización y la acción sobre las dinámicas interseccionales. Uno de los primeros textos que trata esta cuestión es el de «Mujer y nación» (Olivares *et al*, 1982), escrito por diversas activistas con motivo de las Segundas Jornadas de la Mujer de 1982. Es un texto que, de forma pionera, afirma cuestiones como que «el feminismo debe ser una herramienta de liberación global que rompa la cadena de opresiones interrelacionadas y difícilmente separables sobre las cuales se asienta la sociedad» y critica aquellas posturas, tanto dentro del movimiento feminista como en los movimientos independentistas de izquierdas, que pretenden «negar que uno y otro espacio interseccionan en algún punto, sostener que nos encontramos delante de dos campos que se excluyen mutuamente o que no tienen nada que ver». Sobre la experiencia personal y la práctica política, muestran también cómo «lo que a nivel personal experimentaban de forma absolutamente inseparable, nos hacía falta disociarlo y mantener una actitud constante de tensión e incomodidad, viviendo la incompreensión profunda hacia el feminismo; en el movimiento feminista, la reticencia frente a la cuestión nacional, y en la práctica, una inercia españolista incuestionada». Este texto es un escrito pionero donde aparecen la mayoría de las cuestiones centrales del pensamiento de tipo interseccional: las opresiones interrelacionadas e inseparables, la intersección entre ejes y la experiencia personal como fuente de conocimiento. Un pensamiento que nace de la propia experiencia de opresión por múltiples ejes y de la disociación entre esta experiencia y la configuración de los movimientos políticos.

Maria-Mercè Marçal fue una de las autoras⁵⁸, y el rastro de su pensamiento político se encuentra en muchas de las líneas citadas. Un pensamiento que partía de la propia experiencia como motor para la lucha política entre diferentes formas de opresión, como ya había mostrado en sus versos de 1977: «Al azar agradezco tres dones: haber nacido mujer/ de clase baja y nación oprimida./ Y el turbio azul de ser tres

58 Maria-Mercè Marçal (Ivars d'Urgell, 1952 – Barcelona, 1998) fue una poeta, narradora, editora, traductora, catedrática de instituto de catalán y activista política y cultural. Es considerada una de las poetas más reconocidas de la literatura catalana del siglo xx y fue galardonada con multitud de premios. Sus obras han sido traducidas a varios idiomas.

veces rebelde» (Marçal, 1977). Este poema titulado «Divisa», publicado el mismo año en que el Combahee River Collective daba a conocer su declaración, se vivió con tensión por una parte del movimiento feminista. Justo en el momento en que el sujeto «mujer» se constituía como un sujeto político a través del que se podía articular un movimiento, el poema de Marçal evidenciaba las «otras» identidades que también cruzaban las vidas de «las mujeres»: la clase y la nación como ejes que podían dividir el movimiento, pero también, ejes que proponían una mirada más compleja sobre las identidades y las luchas⁵⁹.

En estos ejemplos se muestra cómo la experiencia de opresión, el desencaje, es fuente de producción de conocimiento sobre la relación entre diversos ejes de desigualdad. El malestar en el feminismo, por su identidad nacional, o en los movimientos de izquierdas, por su posición de género y por su consciencia feminista, es una dinámica que se puede encontrar en muchos otros movimientos. Es también la que potenció la elaboración teórica y política de la triple opresión de género, nacional y de clase del movimiento feminista vasco o gallego, y es también la que identifican Manon Tremblay y Julie Podmore (2015) en relación a cómo el movimientolésbico de Montreal (Canadá) desde los años setenta del siglo pasado hasta los años 2000 articulaba cuestiones de orientación sexual y género conjuntamente con los ejes de clase social, lengua e ideología en relación con diferentes movimientos sociales y políticos, mostrando cómo fue precisamente esta articulación compleja de los diferentes ejes lo que le proporcionó un fuerte potencial movilizador al movimientolésbico.

En este sentido, los desencajes interseccionales productivos tienen paralelismos con los desencajes que llevaron al desarrollo de la interseccionalidad en los Estados Unidos. Sin pretender equiparar ni situaciones de opresión ni luchas políticas, la dinámica de desencaje entre las propias experiencias y los movimientos políticos en los que se participa, el feminista por un lado y el de los derechos civiles por el otro, creo que parte de una misma lógica interseccional. La misma que experimentaban las lesbianas entre los colectivos feministas, con tendencias heterosexistas, y los grupos LGTB, con tendencias misóginas. Es

59 El poema «Divisa» de Marçal aparece en el contexto de las Primeras Jornadas Catalanas de la Mujer (1976) donde otras autoras como Maria Aurèlia Capmany y Montserrat Roig ya habían defendido posiciones feministas, de izquierdas y de defensa de la lengua catalana, hecho que conllevó importantes controversias (ver Pàmies, 1976).

la disociación que expresaba Marçal también en relación con la cuestión de clase: «la angustia que comporta tener que librar dos batallas simultáneas y a menudo poco armónicas entre sí: contra la opresión de clase y la opresión sexista, que se manifiesta cotidianamente también en las filas de los que combaten el capital» (Marçal, 1979). Una experiencia de desencaje interseccional productivo que llevaba a la creación de espacios políticos propios y a la vez a la puesta en práctica de un pensamiento y una acción de tipo interseccional.

En este contexto es imprescindible resaltar cómo la experiencia lesbica también nutría este debate. Pocas veces se hace referencia al hecho de que muchas feministas que estaban desarrollando estos planteamientos pioneros en Cataluña, no solo en relación con la cuestión nacional sino en general sobre el desarrollo de los feminismos en los años setenta y ochenta, eran lesbianas. Lesbianas que se organizaban como lesbianas, pero también lesbianas que se organizaban en los espacios feministas por el derecho al aborto o para denunciar la explotación laboral de las mujeres. Marçal es un ejemplo claro. En su obra literaria incorpora la cuestión del lesbianismo, el amor y el sexo entre mujeres de una forma explícita⁶⁰ y muy poco común para la época —y lo relaciona con otras de sus posiciones—, pero este punto ha sido a menudo un tema olvidado. Como ella misma reflexionaba:

Es muy curioso, y me gustaría tenerlo más analizado, el extraño proteccionismo hacia mi persona, o hacia mi imagen, que ha funcionado en otros casos, hasta forzar interpretaciones de poemas de una forma increíble: ¿Pura miopía o voluntad de neutralización de un discurso disonante? No lo sé. Lo peor de todo es cómo este hecho interfiere con tus propios miedos, la propia automoderación, la autocensura. Si no en el nivel de escritura, como mínimo en el de su dimensión pública. Cómo contribuye, en definitiva, si no al enmudecimiento de la experiencia, sí a la perpetuación de la sordera social. A la invisibilidad si no a la inexistencia (Marçal en Mérida, 2011: 104).

60 Sobre esta última cuestión, es también relevante señalar el vínculo entre la obra de Marçal *La germana, l'estrangera* (1985) y la de Audre Lorde, *Sister Outsider* (2007 [1984]). En ambas aparece la reflexión sobre la maternidad, el amor entre mujeres y la experiencia interseccional, al mismo tiempo que la lucha por la palabra y contra los silencios impuestos. La obra de las dos sobre la visibilidad del cáncer es también otro punto de conexión importante.

3. Orígenes, genealogías y hegemonías en la producción de conocimiento

La «voluntad de neutralización» de la que habla Marçal ha sido una constante en la invisibilización del lesbianismo como práctica, como posición política y como forma de vida. Y ha sido también una forma de ocultar las contribuciones políticas de las lesbianas en diferentes movimientos como el feminista y el LGTB, y especialmente ha invisibilizado de qué manera su posición de desencaje permitía una mirada concreta con un fuerte potencial político. Una posición de desventaja social que, como defiende Sandra Harding (2004), puede convertirse en una ventaja epistémica y política. Creo que la contribución de las lesbianas al desarrollo del pensamiento y la acción del tipo interseccional es fundamental y es ejemplo de cómo la práctica y el pensamiento político se vinculan con la experiencia encarnada y con la producción colectiva de conocimiento.

Estos ejemplos que he mostrado tienen el objetivo de evidenciar cómo en contextos diferentes a Norteamérica y ya desde los años setenta existían desarrollos complejos sobre la relación entre diferentes ejes de desigualdad. Creo que el hecho de que se diesen en un ámbito externo a la academia, en un contexto periférico de producción de conocimiento y en una lengua minorizada han sido factores clave para su invisibilización, lo que evidencia las jerarquías en la producción de conocimiento. La motivación de recuperar estas propuestas es tanto la de reivindicar la riqueza de los planteamientos nacidos en otros contextos contra la hegemonía anglosajona como la de situar mi propia genealogía interseccional y evidenciar que el pensamiento y la acción interseccionales no son ni una cosa tan lejana ni tan importada de fuera como a veces parece. Reconocer los orígenes de la interseccionalidad en el feminismo Negro y la importancia de la raza en sus contribuciones debe ser compatible con la descentralización en la producción de conocimiento y, por tanto, con el reconocimiento de pensamiento y la acción de tipo interseccional desarrollado en otros lugares del mundo de forma paralela: desde Cataluña hasta el Kurdistán, en la India o en Brasil.

4. **Los *Relief Maps* como modelo metodológico, analítico y conceptual para la interseccionalidad**

El debate sobre las metodologías para la interseccionalidad se ha centrado en si estas ya existen o son necesarios métodos concretos para el estudio sobre la interseccionalidad, y si hay unos más adecuados que otros. Como afirma Lucas Platero (2014), la interseccionalidad no tiene una única metodología, como tampoco hay una sola metodología *queer*, feminista o antirracista. Sin embargo, diversas autoras han criticado precisamente que la interseccionalidad no tenga ninguna dirección metodológica definida (Davis, 2008; Phoenix y Pattynama, 2006; McKinzie y Richards, 2019; Hankivsky y Christoffersen, 2008). Que la interseccionalidad, más allá de proponer una forma de mirar, no establece métodos concretos para hacerlo.

Para autoras como Davis (2008), esta falta de dirección, de propuesta concreta fija, no es un problema sino una potencialidad que permite el surgimiento de nuevas preguntas y formas de investigar. Sin embargo, cualquier persona que se haya visto frente a la tarea de realizar una investigación desde una perspectiva interseccional se habrá dado cuenta de la necesidad de contar con herramientas concretas para llevarla a cabo. Un análisis interseccional requiere tener en cuenta muchos ejes de desigualdad, la diversidad dentro de cada uno, la relación entre ellos y la variabilidad que implica el contexto. ¿Cómo se puede llevar a cabo una investigación que implica esta complejidad? Se han realizado pocos esfuerzos para proponer metodologías específicas o métodos concretos que encajen con los supuestos de la

interseccionalidad y que sirvan como posible guía para llevar a cabo investigaciones interseccionales. Es en este sentido que presento aquí los *Relief Maps* (Rodó-de-Zárate, 2014) como una posible herramienta para trabajar sobre la interseccionalidad.

Los *Relief Maps* son una herramienta que surgió como un esbozo en los márgenes de un texto de Patricia Hill Collins que leía en una biblioteca de Nueva York en el 2012, en medio de experiencias personales que me hicieron vivir en mi propia piel las dinámicas interseccionales, la relevancia del lugar y la centralidad de las emociones para comprender su materialidad. Después de unos años de desarrollo y profundización, los *Relief Maps* se convirtieron en un modelo metodológico para recabar, analizar y visualizar datos sobre interseccionalidad, y actualmente son un modelo concreto para entender las dinámicas interseccionales desde una perspectiva geográfica y emocional. Se trata de una herramienta inicialmente desarrollada como metodología de investigación que ha sido aplicada en múltiples investigaciones, y al mismo tiempo se ha utilizado para la intervención y también como herramienta pedagógica en docencia.

A lo largo de estos años he podido ver cómo los *Relief Maps* ayudaban a hacer comprensibles y visuales cuestiones complejas. Es con este espíritu que los explico también aquí, como herramienta que visualiza las dinámicas interseccionales para que faciliten la comprensión de su complejidad teórica. Como se verá, no son solo un instrumento para recolectar y analizar datos, sino que permiten también un ejercicio introspectivo sobre las propias posiciones y las emociones en los espacios de la vida cotidiana. Un ejercicio que contribuye al desarrollo de un conocimiento situado a través de la reflexión sobre las propias opresiones y privilegios. Para facilitar su uso, en las siguientes secciones se encuentran reflexiones más teóricas junto con explicaciones más técnicas, y también referencias a trabajos concretos además de guías más específicas para su utilización.

Los *Relief Maps*: definición y características

Los *Relief Maps* o Mapas de Relieves de la Experiencia son una herramienta para la recogida, la sistematización, el análisis y la visualización de datos sobre la interseccionalidad que relaciona tres dimensiones: la social (los diferentes ejes de desigualdad), la geográfica (los lugares) y

la psicológica (las emociones). El nombre de «*Relief Maps*» viene de dos de las acepciones que la palabra *relief* tiene en inglés⁶¹: *a*) como acentuación, como lo que resalta o es importante, que sería la misma acepción que «relieve» en castellano y *b*) como alivio. Son un modelo metodológico y conceptual y una forma visual de mostrar las experiencias interseccionales en los espacios, yendo desde los espacios de opresión, que serían las colinas, las curvas que se acentúan, hasta los lugares de alivio o *relief*, que serían los valles, los lugares donde no se viven discriminaciones o malestares. Así, con una imagen espacialmente organizada, se visualizan las geometrías del poder cambiantes a través de la percepción subjetiva de las desigualdades de personas con diferentes posiciones sociales de manera diversa. En la figura 1 se puede ver un ejemplo de *Relief Map*.

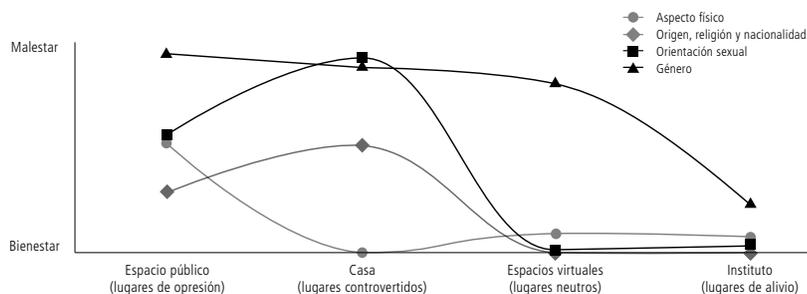


Figura 1: *Relief Map* de Sara⁶²

- 61 Como autocrítica, es necesario decir que utilizar una palabra inglesa refuerza unas determinadas hegemonías en la producción de conocimiento, que acaban siempre minorizando lenguas más pequeñas que no se consideran nunca aptas para el lenguaje científico. El contexto de creación (Nueva York) lo propició, aunque esto tampoco es una casualidad sino una consecuencia de unas determinadas dinámicas de poder que sitúan ciertos centros universitarios como los depositarios del conocimiento, creando lógicas centrípetas de atracción e interés hacia ellos.
- 62 Los ejemplos que se muestran en esta sección son parte de la investigación «Miradas poliédricas a las violencias de género: propuestas para la prevención en los centros de secundaria desde una perspectiva holística e interseccional», financiado por RecerCaixa y codirigido por Gerard Coll-Planas (UVic – UCC) y Maria Rodó-Zárate (UB). La parte empírica se basó en el trabajo llevado a cabo con 88 jóvenes de entre 14 y 16 años de cuatro centros de educación secundaria de la provincia de Barcelona con características sociodemográficas diferenciadas. Cada joven participante realizó su propio mapa a través de la herramienta en formato digital (www.reliefmaps.cat) desarrollada con la colaboración de la Universitat Oberta de Catalunya.

Como se puede ver en la figura 1, este *Relief Map* muestra la percepción subjetiva de la discriminación, la desigualdad y el privilegio de Sara. Sara es una chica de 15 años que se identificó como mujer blanca, bisexual, migrante y no creyente que vive en una ciudad mediana cercana a Barcelona y estudia en un instituto público. Rellenó su mapa en relación con su género (línea naranja – triángulo), orientación sexual (verde – cuadrado), origen, religión y nacionalidad (amarilla – rombo) y aspecto físico (lila – círculo) en cuatro lugares de su vida cotidiana: espacio público, casa, espacios virtuales e instituto. Los cuatro ejes y cuatro lugares se escogieron en base a los objetivos concretos de la investigación y la relevancia para el grupo específico con el que se trabajaba. En este sentido se incluyó el eje «aspecto físico» porque se consideró que era un factor muy relevante en las dinámicas de discriminación y violencia durante la juventud y era necesario tenerlo en cuenta. Como se puede ver en el mapa de Sara, cada línea hace referencia a una estructura de poder diferente y cada punto está situado en un lugar concreto en una gradación de más bienestar (abajo) a más malestar (arriba) por diferentes lugares de la vida cotidiana.

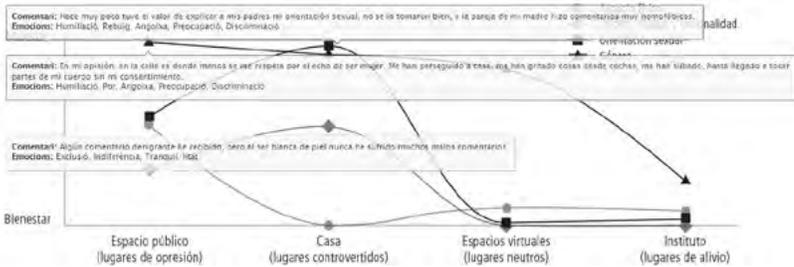


Figura 2: *Relief Map* de Sara con los comentarios sobre algunos puntos seleccionados.

Como se puede ver en la figura 2, que muestra algunos de los comentarios que escribió, hay puntos muy elevados relacionados con su orientación sexual en casa, donde se evidencia un malestar muy intenso y ella explica que «hace muy poco tuve el valor de explicar a mis padres mi orientación sexual, no se lo tomaron bien, y la pareja de mi madre hizo comentarios muy homofóbicos». Vincula este punto con emociones como humillación, rechazo, angustia, preocupación y discriminación. Sobre la orientación sexual también expresa un fuerte malestar en el espacio público, donde dice que ha recibido comentarios y miradas

intimidatorias en la calle cuando se daba un beso con una chica. También marca un punto muy elevado por género en el espacio público, donde comenta que «en mi opinión, en la calle es donde menos se me respeta por el hecho de ser mujer. Me han perseguido hasta casa, me han gritado cosas desde coches, me han silbado, hasta han llegado a tocar partes de mi cuerpo sin mi consentimiento». Vincula a este espacio emociones como humillación, miedo, angustia, preocupación y discriminación. También por el género, pero en su casa, explica que está «bastante mal; mis padres están separados, y he recibido mucho maltrato de parte de mi padre, hacia mí y hacia su mujer». Relacionado con el origen, la religión y la nacionalidad, como se puede ver en el mapa, explica que ha recibido algún comentario denigrante, pero que se mitigaba por el hecho de ser blanca. También añade que en casa «muchas veces he oído comentarios de la pareja de mi madre contra mi origen, eso me duele mucho». En las redes sociales, el punto por género está también bastante elevado, y cuenta que esto se debe a que ha recibido comentarios muy ofensivos y discriminatorios por la forma cómo viste y el tipo de vida que hace, y también por los comentarios sexuales ofensivos que ha recibido por parte de gente que no conoce.

La complejidad de las líneas que dibuja Sara y la profundidad de sus reflexiones muestran la discriminación y la desigualdad en su experiencia vivida. Según sus posiciones y los lugares donde está, tiene diferentes experiencias y emociones, y también diferentes grados de bienestar o malestar. Las cuestiones que ella expresa, aunque son percepciones individuales, apuntan hacia procesos sociales estructurales como la heteronormalización y adultificación del espacio privado o los procesos generarizados y racializados de producción del espacio público. Aquí el malestar no es solo el efecto de las relaciones sociales de desigualdad, sino que también es productor de desigualdades, ya que limita y restringe el uso, la participación y el disfrute en espacios de su vida cotidiana. Por tanto, el *Relief Map* muestra cómo partiendo de la experiencia personal de la opresión y el privilegio, se puede desarrollar un análisis de las desigualdades sociales estructurales. Es decir, analizando la experiencia concreta situada, se intenta entender cómo funcionan los diferentes sistemas de desigualdad, cómo se relacionan entre ellos y qué papel juegan las emociones y los lugares en su reproducción.

Este tipo de mapa muestra muchos puntos elevados y una reflexión profunda sobre cada uno de ellos que se expresa de manera clara. La gran complejidad de líneas que suben y bajan es una forma visual que

explica el dinamismo de la experiencia interseccional y la relevancia del lugar en la configuración de las desigualdades. Sin embargo, un único mapa en sí mismo puede no mostrar la desigualdad y por eso es interesante la comparación entre diferentes *Relief Maps*. En la figura 3 se puede ver el mapa de Marc.



Figura 3: *Relief Map* de Marc

En su *Relief Map* hay cuatro líneas planas y prácticamente no hay comentarios vinculados con los puntos. Su mapa muestra el privilegio de sentirse bien todos los lugares de la vida cotidiana y ni siquiera sentir emociones específicas vinculadas con las propias posiciones. No hay ningún desencaje entre sus posiciones y los lugares, y se puede mover a través de los espacios sin experimentar emociones espacialmente situadas. Las líneas planas nos enseñan cómo el privilegio también afecta a los fenómenos psicológicos, cuestión esencial desde una aproximación interseccional (Else-Quest y Hyde, 2016). Detrás de estas líneas planas hay un privilegio que se manifiesta en forma de silencio, un silencio que es la ausencia de emociones y que muestra la falta de consciencia de las propias posiciones. Es decir, no es solo que Marc no sienta miedo como chico en la calle, sino que ni siquiera se plantea si siente miedo. Este silencio es el sonido de encajar en un lugar y es el que, al lado del de Sara, muestra la desigualdad.

Sobre las líneas, que los puntos se junten es ejemplo de que la voluntad de los *Relief Maps* se aleja de la motivación de querer representar datos en un gráfico, ya que si fuesen un gráfico no podría haber líneas que juntaran valores discretos. Un gráfico pretende representar unos datos de forma objetiva y se asimila a aproximaciones positivistas sobre el tratamiento de datos. Los *Relief Maps*, en cambio, son un dibujo en base a la propia experiencia de malestar y bienestar. Los puntos no representan ningún dato objetivo obtenido previamente, sino que son una

aproximación subjetiva a la propia percepción de la experiencia de bienestar y malestar. Esta cuestión es fundamental, ya que en ningún caso pretenden cuantificar la experiencia ni presentarla como una cuestión objetivable y cerrada. Son una manera de expresar emociones organizadas espacialmente, una mapificación de las experiencias interseccionales visual y simbólica. Son una imagen parcial, inacabada e incompleta que sugiere preguntas y llama a la reflexión sobre la dimensión estructural de la propia experiencia de la opresión y el privilegio.

En los *Relief Maps* las líneas representan la movilidad. Son verbos que muestran la acción de ir de unos lugares (los de opresión) a otros (los de alivio). Siguiendo la conceptualización de las topografías y contratopografías de Cindi Katz (2001a, y 2001b), estas líneas se pueden entender como una forma simbólica de mostrar las *contour lines*. La autora utiliza las contratopografías como una imaginación geográfica que cruza escalas y lugares (Katz, 2011), y las *contour lines* son las líneas que conectan diferentes lugares que, a través de diferentes procesos históricos y geográficos, se han convertido en lugares concretos. En los *Relief Maps*, las líneas representan metafóricamente tanto el movimiento entre lugares como la vinculación entre ellos. Son verbos relacionados con la dimensión psicológica que escapan de los lugares de opresión, líneas emancipadoras, y lazos que ligan los lugares, relacionándolos entre ellos a través de la experiencia. En definitiva, estas líneas también son las que relacionan los lugares concretos con los procesos más estructurales y las relaciones de poder. Las líneas dibujan procesos sociales y colorean la experiencia cotidiana, mostrando que los lugares no están aislados, sino que se vinculan entre ellos a través de procesos de exclusión, privilegio y transformación.

Es importante remarcar que los *Relief Maps* no se deben entender como un fin en sí mismos, sino como un material para ser analizado, en el caso de una investigación, o como un proceso introspectivo para la reflexión cuando se utilizan para la intervención. No pretenden representar la realidad ni intentan mostrar objetivamente las dinámicas de la desigualdad: muestran la percepción subjetiva de la desigualdad a través de los efectos que tienen las posiciones en diferentes estructuras de poder en la vida cotidiana. Esto significa que un *Relief Map* nunca está bien o mal, porque todo lo que surge como problemático o que no encaja con una determinada concepción seguramente esconde unas causas estructurales. En este sentido, todo lo que «no cuadra» en un mapa acostumbra a ser un buen punto de partida para la reflexión.

Por ejemplo, en una investigación que llevé a cabo en el 2018, una persona de 67 años con una sexualidad no normativa no marcó ningún malestar relevante por orientación sexual, solo pequeñas acentuaciones en lugares muy concretos. Tenemos información sobre la discriminación que sufren las personas con orientaciones sexuales no normativas y sabemos que la edad es un factor muy relevante en la configuración de la desigualdad y la discriminación, en especial en edades avanzadas. ¿Por qué no expresó ningún malestar? En este caso, el mapa invita a preguntarse por los procesos de heteronormalización, de homofobia, sobre el propio proceso de subjetivación o hasta por su historia personal y sobre las situaciones pasadas con las que compara su malestar. Es decir, su *Relief Map* invita a preguntarse acerca de cómo su edad configura su percepción de la discriminación o el malestar y los efectos que conlleva. Por ejemplo, ¿está comparando el malestar actual con los malestares que vivía por su orientación sexual en los años ochenta del siglo pasado? O preguntarse si siente otros malestares más acentuados por otros ejes y cómo esto interrelaciona con su percepción acerca de su orientación sexual. O analizar si hay factores que mitigan su malestar (como el *passing*)⁶³, o si vienen dados por su posición de género o de clase, por ejemplo. En este sentido, los *Relief Maps* se deben ver como una herramienta que hace preguntas más que responderlas. Preguntas que se tendrán que responder con otras herramientas conceptuales y para las que la interseccionalidad puede ser muy útil. En la siguiente sección me detengo en el proceso de creación y en los diferentes desarrollos de la herramienta que se han llevado a cabo. Comprender cómo funciona puede dar más elementos para comprender también el modelo conceptual que propone.

Trazando las líneas de la desigualdad con lápices de colores

En sus inicios, los *Relief Maps* se crearon como una propuesta para ser realizada a mano. Desde ese momento se han ido añadiendo elementos que muestran dimensiones como la temporal o que, recortando con tijeras los mapas, crean imágenes colectivas sobre los relieves de malestar de un lugar. Más recientemente, como se verá en las siguientes

63 Sobre el *passing* como estrategia para mitigar opresiones ver (Rodó-de-Zárate, 2017a).

secciones, su desarrollo a través de herramientas digitales como una web y una aplicación han proporcionado nuevas herramientas, como el uso de aproximaciones cuantitativas o para la visualización de datos, tanto de forma interactiva como en base a sistemas de geoinformación. A pesar de las potencialidades que ofrece ahora el instrumento digital, creo que los *Relief Maps* en papel continúan siendo un desarrollo muy útil, sobre todo para la intervención. Su desarrollo se basa en tres pasos a seguir que detallo a continuación.

El *primer paso*⁶⁴ es la definición de las categorías y de los lugares. En papel, esto se realiza en una tabla como la que se presenta en la figura 4, las columnas se refieren a los ejes de desigualdad y las filas a los lugares. En las casillas, las participantes pueden escribir lo que sienten, de forma más o menos exhaustiva. Por ejemplo, en la primera la cuestión a responder sería: ¿Cómo te sientes en tu casa por tu orientación sexual? Después, ¿cómo te sientes en tu casa por tu género? Puede ser que para una casilla no haya ningún tipo de emoción a destacar, o que esta sea simplemente «bien». Este paso es la base de la herramienta, ya que es en el que se está relacionando la dimensión geográfica, la social y la psicológica de forma sistematizada. Es la comparación entre lugares y posiciones justamente la que permite explicitar determinadas emociones. Puedo pensar que en el trabajo estoy bien como lesbiana, pero si lo comparo con cómo estoy en mi casa, quizá vea que la experiencia es diferente y me dé cuenta de que no estoy tan cómoda. De la misma forma, si comparo cómo estoy en el trabajo como lesbiana o como adulta, quizá también vea que es diferente y pueda identificar que mi experiencia como lesbiana no es tan agradable como me podía parecer. Este proceso de comparación sistemática es fundamental para el proceso de toma de conciencia de situaciones de normalización de discriminaciones. Darse cuenta de este desencaje es lo que permite el surgimiento de cuestiones a menudo invisibilizadas.

64 En el anexo del final del libro se pueden encontrar los modelos de las diferentes tablas para cada paso, por si se quieren utilizar.

LLOCS	Com em sento per causa de la meva/ el meu SEXUALITAT	Com em sento per causa de la meva/ el meu GÈNERE	Com em sento per causa de la meva/ el meu EDAT	Com em sento per causa de la meva/ el meu ÈTNIA	Com em sento per causa de la meva/ el meu CLASSE
CASA MEVA (PARES)	MALAMENT. Els meus pares no accepten que sigui lesbiana.	Em fan fer moltes coses a mi que de mena general.	Tant a la no ajuda. En casa em tracten com una noia petita.	Bé.	Bé.
CARRER	Moltes vegades m'han dit coses. Ara no puc averiguar perquè això ha passat amb la dona però sí em afecta.	Com a noia truc per de nit. Em fan comentaris i no m'agraden.	Bé. Ni que em canvia.	Bé.	Bé.
INSTITUT	He tingut alguns conflictes amb professors i no ho podria dir mai.	Bé, però quan juguem a futbol no em tracten igual.	Bé.	Bé.	Bé, tot i que amb el meu grup d'amigues la situació es nota.
CASA CLARA	Aquí m'hi sento molt bé. És l'únic lloc on puc ser jo mateixa.	Molt bé.	Bé, però ella és més gran i a vegades hi ha problemes.	Bé.	Bé. Ella ja treballa.

Figura 4: Ejemplo de tabla referente al primer paso

Este paso implica una profunda reflexión. Obliga a reflexionar de manera ordenada sobre los malestares que se sufren por estar en posiciones de opresión y también a constatar a través de la escritura, los privilegios que se tienen en cada lugar. A veces, este proceso implica ciertas dificultades para la identificación de la causa de los malestares. Muchas veces resulta complicado separar entre orientación sexual y género, por ser dos ejes íntimamente relacionados en la experiencia. A veces se escriben cuestiones relacionadas con la expresión de género en la columna sobre orientación sexual, o cuestiones relacionadas con la represión de la sexualidad femenina en orientación sexual, cuando seguramente tendrían que estar colocadas en género. Estas cuestiones no deben entenderse como «errores», sino como elementos que señalan cuestiones complejas. ¿Por qué se confunden los ejes de género y orientación sexual? ¿Qué otros ejes se confunden entre ellos? ¿Qué está indicando esto sobre la relación entre categorías?

En el ejemplo de la figura 4 se puede observar cómo hay columnas muy llenas y otras que están casi vacías. El eje de la sexualidad, el de género y el de edad tienen bastantes frases escritas en sus casillas, mientras el de etnia y el de clase las tienen más vacías. Este vacío es el que se suele dar en las posiciones de privilegio, mientras que las casillas llenas acostumbran a indicar que aquel eje se vive de forma

problemática. Esta cuestión es muy evidente si se acompañan diferentes tablas, ya que hay casos en los que la tabla está vacía y no hay ningún malestar expresado en ninguna casilla. En este sentido, el vacío, el silencio, evidencia el privilegio, la ausencia de conciencia de las propias posiciones y la falta de emociones concretas relacionadas con estas.

El *segundo paso* consiste en la clasificación de los lugares en cuatro tipos diferentes: lugares de opresión, lugares controvertidos, lugares neutros y lugares de alivio. Los de opresión son lugares en los que se ha sufrido un fuerte malestar causado por uno o más ejes. Los lugares controvertidos son aquellos que provocan el alivio de alguna opresión y a la vez provocan otro malestar. Los neutros son aquellos en los que no se dan acentuaciones significativas y los de alivio son aquellos en los que se siente un gran bienestar y no destaca ninguna posición. Los lugares de opresión suelen verse de forma clara, como también los de alivio. Los neutros son lugares donde no hay demasiada carga emocional y los lugares controvertidos normalmente son muy interesantes desde una perspectiva interseccional, porque muestran la contradicción entre posiciones. Por ejemplo, un lugar controvertido puede ser una iglesia de una religión minoritaria donde acude una chica lesbiana. Este caso me lo encontré en la investigación que realicé en Brasil⁶⁵ donde la participante me decía que era el único lugar en el que se sentía bien por su religión, pero al mismo tiempo sentía un fuerte malestar por su orientación sexual, que escondía por el rechazo que podía llegar a sufrir. Es un lugar que sirve como refugio por unas posiciones (identidad religiosa) pero es fuente de un fuerte malestar por otras (orientación sexual). A nivel práctico, cuando alguna persona no sabe cómo clasificar un lugar, este acostumbra a ser un lugar controvertido. Son lugares con emociones contradictorias que resultan difíciles de definir desde una dimensión emocional.

Este paso es crucial para adecuar la herramienta a nivel teórico. Si en el primer paso se intentaba desmenuzar la experiencia, procurando diferenciar las causas de la opresión según diversos ejes, en este paso se realiza el ejercicio contrario. Una vez se ha reflexionado por separado sobre la experiencia por cada posición, en este paso se valora la experiencia en el lugar como algo integral. El ejercicio que requiere este

65 Proyecto realizado en el año 2015 en Ponta Grossa en el marco de la investigación postdoctoral financiada por PNPd/CAPES en la Universidade Estadual de Ponta Grossa. Se pueden ver los resultados en Rodó-de-Zárate (2017a).

punto es justamente el más interseccional: relacionar las diferentes posiciones y valorar la experiencia como integral, como compuesta por la interrelación entre los diferentes ejes. En lo que se refiere al marco analítico presentado en el primer capítulo, en este punto se estaría pasando de una individuación de las causas de la opresión según las posiciones a un análisis global de la experiencia, entendiendo las categorías como afectándose entre ellas. Este paso, aunque divide según espacios, implica una introspección relacional. Es decir, aunque los espacios estén separados, se deben clasificar en relación los unos con los otros. Esta clasificación es básica para pensar en la experiencia como integral y para reflexionar sobre la relacionalidad entre lugares. Y es también un paso clave para poder dibujar el mapa, ya que es la clasificación la que sitúa los lugares en un lado o en otro.

El *tercer paso* es la realización del propio *Relief Map*. En primer lugar, en un papel como la que se muestra en la figura 5, se tienen que situar los lugares según la clasificación del paso dos. Los de opresión a la izquierda, después los controvertidos, los neutros y a la derecha los de alivio. Si se cuenta con más de un lugar de un tipo, como en el caso de los controvertidos en la figura 5, se ponen de lado⁶⁶. Esta clasificación de los lugares es la que permite que los *Relief Maps* tengan siempre una misma lógica y que las imágenes sugieran la idea de las colinas, las líneas acentuadas que muestran malestar (izquierda), y los valles, los lugares de bienestar y alivio (derecha). Una vez situados los lugares, se selecciona un color para cada eje y se elige uno para ir poniendo los puntos. Un punto muy arriba indicará un fuerte malestar y uno muy abajo, un bienestar muy elevado. Por ejemplo, si el color naranja es por género, se irá poniendo un punto por cada lugar según el nivel de bienestar/malestar. El lugar en el que se colocan los puntos no sigue ninguna gradación numérica, es una aproximación a la percepción subjetiva del bienestar y el malestar según los diferentes ejes y tiene sentido dentro de la propia experiencia. Es decir, para la misma experiencia vivida, una persona puede colocar un punto muy alto porque es una cuestión que le ha afectado profundamente, pero para otra será un punto medio. Y lo será porque lo ha vivido de forma diferente, porque en comparación con otras experiencias esta ha generado menos malestar o porque es un malestar normalizado, entre otras posibles causas. Estos puntos son solo

66 Es importante no ponerlos en vertical, uno encima de otro, ya que entonces no hay posibilidad de poner puntos sobre cada lugar de forma diferenciada.

aproximaciones que llevan a la reflexión. Cuando se hayan colocado todos los puntos, se unirán con una línea. Y se sigue así con el resto de los colores.

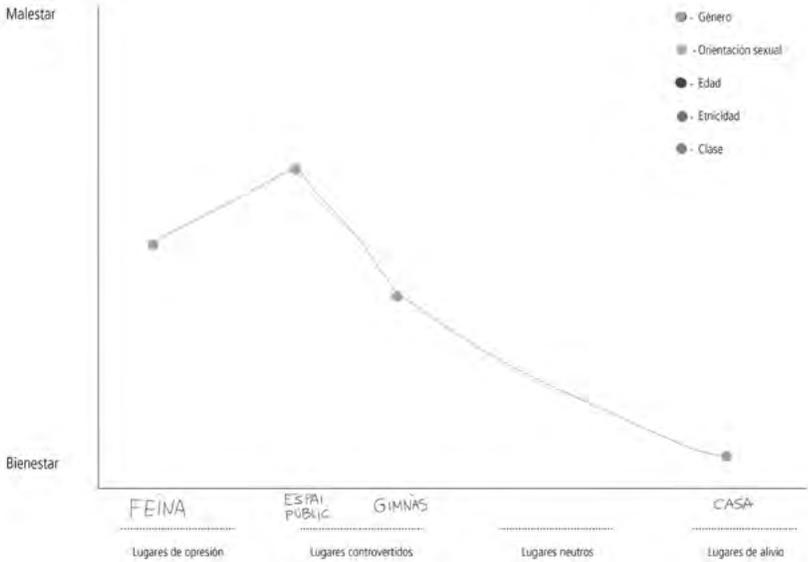


Figura 5: Ejemplo del proceso de realización del *ReliefMap* propio

Aunque el lugar donde se colocan los puntos está relacionado con cada una de las casillas sobre las que se ha reflexionado en el primer paso, muchas veces se modifica la posición en este tercer paso. Esto se debe a que quizá en la casilla se había expresado un malestar fuerte por alguna posición/lugar, pero al verlo en su globalidad, relacionando ejes y lugares, una se da cuenta de que la intensidad es menor. Estos cambios son muy interesantes y llevan a nuevas preguntas sobre la relacionalidad, por ejemplo.

En el mapa final, las líneas dibujarán curvas: las curvas de la opresión, que indicarán cuáles han sido los ejes que más han marcado la experiencia integral. Es decir, si hay una curva muy acentuada por causa del eje de etnicidad, seguramente indicará que este eje es el que primordialmente ha sido el causante de la clasificación de los lugares como opresivos, controvertidos, neutros o de alivio. La curva indica que hay una posición (o varias) que sobresale, que condiciona la vida en base a los malestares que supone. Esto indica que hay algunas posiciones que

causan más dolor que otras, que hacen que la experiencia integral de un lugar sea de malestar a pesar de que exista un alivio por otras posiciones.

Complementos y variaciones del modelo

Los *Relief Maps* son una herramienta para ayudar a comprender la complejidad de las dinámicas interseccionales, situadas y emocionales. No son un modelo cerrado, sino un conjunto de herramientas organizadas de tal forma que permiten pensar sobre cuestiones complejas. Los entiendo como subjetivos, siempre inacabados y parciales. A continuación, mostraré algunos elementos adicionales que se pueden incorporar al dibujar los mapas y que permiten añadir otros aspectos de la interseccionalidad. Es un juego de tijeras, formas y colores para estimular la creatividad en las metodologías y herramientas de análisis sobre la interseccionalidad.

Una primera cuestión que se puede incorporar son las flechas. Como se puede ver en el mapa de Laila en la figura 6, hay algunas flechas que van de una línea a otra, relacionando dos ejes. Las flechas serían la forma de visualizar las relaciones de intensificación mostradas en la sección «La relación entre categorías: una propuesta pluralista y contextual». En el caso de Laila, las flechas aparecen de color verde (etnicidad) y apuntando hacia el género, lo que indicaría una intensificación de la opresión de género a causa de su etnicidad en un lugar concreto. Otra de las flechas que aparece es la roja, apuntando hacia arriba el género en el lugar «España». Lo que ella está expresando aquí es cómo entiende que su clase social intensifica su opresión de género. En este caso son flechas que muestran un agravamiento de la situación, pero también podrían ser flechas hacia abajo, y podrían vincular más de dos ejes⁶⁷.

67 En el *Relief Map* de Laila aparece una imagen muy interesante. En el centro de su mapa, las líneas de género y de clase social dibujan una X en el medio. Este cruce indica que los lugares que por causa del género son motivo de malestar, son de alivio por la clase, y a la inversa. Relacionado con esto, Laila explicaba que en Manresa se encuentra en una situación muy precaria agravada por la crisis y que si volviese a Marruecos no tendría este problema. En cambio, en Manresa siente que tiene más libertad como mujer. Esta aparente contradicción muestra la complejidad de las relaciones interseccionales vistas desde una perspectiva geográfica y da elementos para entender los procesos migratorios, la complejidad de las decisiones que implican y su capacidad para gestionarlas. Ver un desarrollo en Rodó-de-Zárate, (2014).

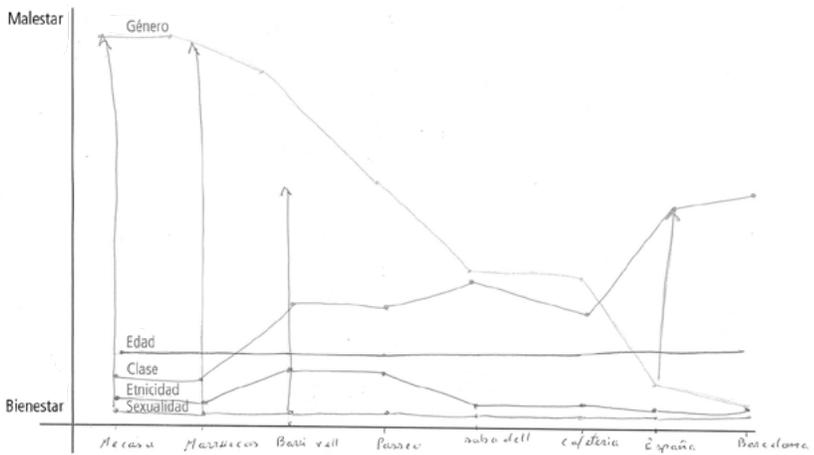


Figura 6. *Relief Map* de Laila

Dibujar flechas en los mapas suele ser un ejercicio complicado que requiere una abstracción importante, pero es una buena herramienta para pensar en relaciones situadas de intensificación y de mitigación entre categorías más allá de que todas ellas constituyan la experiencia. Esta parte puede ser también un ejercicio a realizar posteriormente por la propia investigadora, tratando de encontrar intensificaciones y mitigaciones en las narrativas de la persona participante. Puede ser parte del análisis y una forma de relacionar el *Relief Map* con la narrativa de guiar la parte analítica del proceso de investigación. Es también una forma de entender los *Relief Maps* como siempre inacabados, como herramienta con diferentes funciones y no como imagen cerrada que pretenda representar una experiencia fija.

Pensar en las flechas es una muestra de cómo los *Relief Maps* permiten el juego, la modificación y la creatividad. Por ejemplo, se puede considerar que es necesario colocar puntos por debajo del eje horizontal, mostrando que en un lugar concreto no solo se siente bienestar, sino que se supera esta línea. En una actividad, una mujer puso un par de puntos que escapaban del marco propuesto porque quería mostrar «muchísimo alivio». Los *Relief Maps* han de permitir esta salida del marco, el desdibujamiento de la organización propuesta, porque es también una forma de superar las lógicas rígidas a través de las cuáles expresar la experiencia interseccional.

Otra cuestión es la necesidad de mostrar el tiempo que se pasa en cada lugar. Por ejemplo, en algún caso me he encontrado con que los

lugares en los que una persona siente diversos malestares son los lugares en que pasa más tiempo: la casa y el trabajo. En cambio, aunque cuente con lugares que le generan bienestar, a veces son muy esporádicos: encuentros con amistades, espacios naturales para el ocio o aficiones. Para incorporar esta cuestión en la imagen, la propuesta es pintar el espacio del fondo que se corresponde con cada lugar con un color de intensidad diferente. Los lugares en los que se pasa mucho tiempo se pintan con un tono más fuerte, y los que son esporádicos, con un color más claro. De esta manera, los *Relief Maps* incorporan la cantidad de tiempo que se pasa en cada lugar como un indicador para analizar la relevancia de cada malestar en la vida cotidiana.

Otro elemento que da juego es el tamaño y forma de los puntos. Para mostrar diferentes tipos de malestares o bienestares se pueden diferenciar los puntos según la forma: los círculos son malestares sistémicos/sistémicos y las estrellas son malestares éticos. Para otro tipo de estudios, puede ser interesante ver cómo de recurrente es un malestar, información que se puede expresar con diferentes tamaños de un punto. Como se puede observar, las opciones son múltiples y cuentan con una gran elasticidad que permite adaptarlos según las necesidades. En este sentido, habilitan desarrollos nuevos que pueden mostrar otros elementos de las dinámicas interseccionales.

En esta línea, el trabajo de William Hanke y Marcio Jose Ornat (2019) es un desarrollo muy interesante que recorta y pega las experiencias de diferentes personas en un lugar para crear mapas colectivos de lugares concretos. Como se puede ver en la figura 7, el *Relief Map* muestra los relieves del malestar y el bienestar de diferentes personas en la escuela. En el eje horizontal, en lugar de los lugares aparecen las personas participantes en el estudio y los puntos de cada persona se refieren a la escuela. Así, se muestra la heterogeneidad de experiencias en un lugar según las diferentes personas. Y las líneas, en lugar de mostrar la relacionalidad entre espacios, vinculan experiencias, mostrando la relación entre emociones compartidas de discriminación y exclusión. Concretamente en esta imagen aparece la sexualidad como el eje más acentuado por todos los participantes, mientras que la clase social y la edad también tienen una presencia muy central. La religiosidad, en cambio, es un eje poco acentuado. Este mapa permite otro tipo de análisis y de mirada, y la fuerza de la visualización se dirige hacia otros conceptos como las experiencias compartidas, el significado de los espacios o las potenciales alianzas interseccionales.

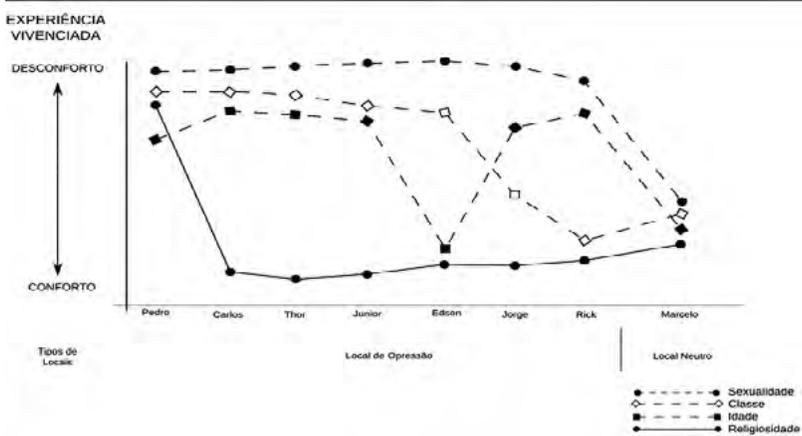


Figura 7: *Relief Map* colectivo para el lugar «escuela»⁶⁸

Por último, desarrollamos otro ejemplo de *Relief Map* con Joseli Maria Silva para el estudio de los procesos de envejecimiento de trabajadoras sexuales travestis en Paraná (ver Silva, Rodó-de-Zárate y Ornat, 2021). Algunas de ellas eran analfabetas o tenían dificultades para la escritura, así que adaptamos el modelo. Después de largas entrevistas, pasábamos a la realización del mapa, que en este caso no separaba por ejes, sino que se fijaba en la cuestión del envejecimiento, y por tanto del tiempo, y en la importancia de este aspecto para la configuración de su experiencia interseccional en los lugares de su vida cotidiana. Para facilitar su realización se sustituyeron palabras como *malestar* o *bienestar* por caras (emoticonos) expresando diferentes emociones. En este caso, los colores mostraban diferentes momentos de la vida, no diferentes ejes. Había un color que hacía referencian a cuando eran jóvenes y otro a la actualidad. Así, el mapa permitía mostrar cómo la edad es un elemento central en la configuración de los malestares interseccionales y cómo los lugares cambian de significado también según el paso del tiempo y el ciclo de la vida. En ese ejemplo se muestra la importancia

68 Esta imagen se puede encontrar en el libro *Zonas de sentido* (Hanke y Ornat, 2019: 162). Es una imagen realizada por los autores en base a los *Relief Maps* hechos por los propios participantes en su estudio sobre la experiencia interseccional de hombres gays en la ciudad de Ponta Grossa (Paraná, Brasil). Después de realizar los mapas de la forma habitual, recortó con tijeras el espacio «escuela» para cada uno de sus participantes y pegó todos los fragmentos en una hoja, teniendo al final un solo mapa colectivo.

de la edad en el desarrollo del trabajo sexual y también en la configuración de la experiencia para la identidad de género.

Como se puede ver, las opciones de transformación son múltiples y las entiendo como herramientas que se pueden utilizar de forma diferente según los objetivos. Utilizar los mapas para reflexionar sobre la propia posición como investigadora puede incluir un gran abanico de lugares, categorías y elementos adicionales. En cambio, para utilizar los *Relief Maps* en una investigación en la que se necesitan resultados concretos, quizá los mapas se tienen que simplificar o acotar. En este sentido, también se deben tener en cuenta cuestiones como su funcionalidad y adaptabilidad. A lo largo de estos años de aplicación de la herramienta he visto personas con diferentes niveles de formación, con lenguas diversas, habilidades y edades muy diferentes, desde los 13 hasta los 76 años, haciendo su mapa. Algunas haciéndolos de forma más simplificada y otras de forma más elaborada y con muchos matices. Creo que la dificultad que puede surgir no es técnica, si es que hay un buen acompañamiento y adaptación, pero tampoco de capacidad de abstracción o formación. Cuando las personas conectan con sus propias experiencias son expertas en su propia vida y pueden relacionar cuestiones muy complejas y expresarlas sobre el mapa. Puede que no lo escriban, pero pondrán el punto más arriba o más abajo como forma de expresar una emoción. Ahora bien, hay un elemento que sí que es necesario, y es la motivación para hacerlos. Requieren de un importante proceso de introspección que no se da si no hay motivación. En general, siempre me he encontrado con que las personas tenían interés en pensar sobre cuestiones que afectan de forma clara a su vida cotidiana, pero es un factor a tener en cuenta.

A continuación, presento los desarrollos digitales sobre los *Relief Maps* que, aunque tengan un claro objetivo de facilitar o potenciar la herramienta para procesos de investigación, son también una herramienta muy útil para la reflexión en entornos de intervención por su sencillez técnica.

Desarrollos digitales de la herramienta

En la sección anterior se ha mostrado el modelo de los *Relief Maps* en papel. Para las formaciones y para procesos de reflexión colectiva creo que el hecho de coger papeles y lápices de colores tiene un componente

terapéutico que se reduce con el uso de la tecnología, pero para la investigación, el uso de papeles dificulta enormemente los procesos de recogida, análisis, gestión y visualización de los datos. A veces no se entiende qué está escrito, se tienen que rehacer los mapas finales para que sean comprensibles y es complicado aplicar la herramienta a muestras grandes. Con el objetivo de facilitar estos procesos y crear nuevas posibilidades de aplicación, se ha desarrollado una página web y una aplicación. La fundamentación teórica y el modelo sobre el cual se basan son los mismos que en los *Relief Maps* en papel, pero en este caso las tecnologías proporcionan herramientas diferentes. Aquí explicaré básicamente los elementos que aportan novedades en cuanto a las aproximaciones metodológicas y conceptuales sobre las dinámicas estructurales de la desigualdad, no las cuestiones técnicas, que se pueden encontrar en la web: www.emotionalmapping.cat/reliefmaps.

En la adaptación web se pueden crear proyectos en base a los lugares y los ejes que se quieran, sin que haya limitación ni jerarquía entre ellos. También se pueden pedir datos de perfil con múltiples opciones, según la aproximación teórica en cuanto a la categorización. En la realización del propio mapa por parte de participantes, para cada lugar y categoría –por ejemplo, según la diversidad funcional en los espacios de ocio– se encuentra un espacio abierto para la explicación cualitativa en el que se puede escribir cómo te sientes en aquel espacio para aquel eje. También hay una lista de emociones que se pueden seleccionar y un eje de malestar en el que se tiene que mover un punto hacia arriba (malestar) o hacia abajo (bienestar). Estas tres formas de expresar las emociones vinculadas con las posiciones y los lugares permiten recoger datos de formas diferentes, adaptándose también a diferentes maneras de expresarse. Por ejemplo, si una persona no se expresa con fluidez de forma escrita, tener una lista de emociones y un eje de bienestar/malestar permite que lo exprese de otras formas. El segundo paso es idéntico al de la clasificación de los lugares del formato papel que se explicó antes. Y el tercero, la elaboración del propio mapa, es un paso que la web genera automáticamente en base a la gradación marcada de los puntos.

Es decir, cuando se han rellenado todos los datos para cada lugar/eje, aparece tu *Relief Map*. Para mantener la posibilidad de modificación, los puntos del mapa se pueden mover más arriba o más abajo para encajar con lo que se quiere expresar. También son interactivos, y poniendo el cursor sobre cada uno de los puntos, se puede observar qué comentarios y emociones se vinculan con cada punto (como se ha

mostrado en la figura 2). La persona que ha creado un proyecto recibirá todos los datos de sus participantes en una hoja de cálculo y también podrá ver de forma interactiva todos sus mapas. Esto permite tener una gran cantidad de datos tanto cualitativos como cuantitativos ya sistematizados, ordenados y codificados.

En este sentido, un dato que ofrece la herramienta digital es el grado de bienestar/malestar. Aunque la persona participante mueva un punto en un eje de bienestar/malestar y lo sitúe de forma aproximada en la gradación, la web registra un número del 0 (más bienestar) al 100 (más malestar). No tendría demasiado sentido comparar un malestar de 57 con uno de 62, ya que la situación del punto es muy aproximada, pero sí que hay diferencia entre expresar un 8 (mucho bienestar) o un 60 (malestar moderado). Por eso he creado una clasificación para analizar los datos numéricos en base a unos intervalos más generales: 0 es bienestar absoluto; de 1 a 10, bienestar, de 11 a 30, malestar bajo; de, 31 a 70, malestar moderado y más de 70, malestar alto. En base a esta información, por ejemplo, se analizaron los datos en el marco del proyecto «Miradas poliédricas»⁶⁹ y se identificaron cuestiones como que el 40 % de las chicas sentía un malestar moderado-alto en el espacio público debido a su género mientras que el 0 % de los chicos lo sentía. Relacionado con la escuela, el 44 % de las personas musulmanas sentía un malestar moderado-alto. Respecto a los ejes, se observaba también que los chicos sentían más malestar por su origen que las chicas, o que las chicas mostraban más malestar por su aspecto físico que los chicos. Estos datos muestran claramente cómo la discriminación por origen está configurada por el género, por ejemplo, y esta es una información muy interesante desde una perspectiva interseccional. La muestra era de 88 personas, así que resulta demasiado pequeña para hacer una aproximación de este tipo, pero creo que es un ejemplo de cómo se pueden utilizar métodos cuantitativos desde perspectivas interseccionales. En este sentido, entiendo este tipo de análisis como linternas que enfocan problemas sociales concretos, como puede ser la islamofobia dentro de los centros educativos. Aquí la tarea investigadora es la de analizar los datos concretos en cada *ReliefMap* para ver qué expresan en concreto, cualitativamente, y cómo lo vinculan con otros lugares y otros ejes.

Otra de las funciones que aporta la web es la posibilidad de crear mapas agregados. La posibilidad de hacer un mapa que visualice las

69 Ver nota al pie número 62.

experiencias agregadas de diferentes personas siempre ha sido una cuestión recurrente cuando explico los *Relief Maps*. Creo que en la lógica de la experiencia integral y entendiendo que muestran una percepción subjetiva, agregar los datos hace que se equiparen valores que quizás se refieren a cuestiones muy dispares. Aun así, en la web se pueden realizar mapas agregados, seleccionando los perfiles sobre los que se quieren visualizar. De esta manera se puede ver un mapa agregado (un solo mapa) realizado con los datos de todas las personas con orientaciones sexuales no normativas y otro con los datos agregados de todas las personas heterosexuales, pudiendo visualizar la desigualdad de la experiencia interseccional en los lugares según la orientación sexual. Creo que es interesante como punto de partida, para reflotar ejes, lugares o relaciones que se podrían perder desde un análisis cualitativo y de contenido. Es importante, pero no para mostrar una conclusión, sino para comenzar a hacerse preguntas que será necesario responder a través de un análisis más detallado y matizado.

Otro de los desarrollos de los *Relief Maps* ha sido la creación de una aplicación con el objetivo de poder recoger datos georeferenciados y elaborar mapas concretos de ciudades, por ejemplo, donde se vean las curvas de la discriminación y la desigualdad. En el modelo original de los *Relief Maps*, los lugares aparecen de forma más simbólica y abstracta, pero el modelo, la forma de relación de lo social/interseccional, lo geográfico y lo emocional, también se puede aplicar a lugares concretos. Así, gracias a la colaboración con Meritxell Gisbert, hemos desarrollado una aplicación que recoge una información muy parecida a la de la web, pero con datos de georreferenciación⁷⁰. Es decir, que las personas participantes, cuando se refieran a las emociones en un lugar, marquen el lugar específico sobre un mapa de su ciudad, permitiendo así la creación de mapas en base a sistemas de geoinformación que visualicen los relieves de la desigualdad.

Estas nuevas herramientas nos transportan al debate sobre las metodologías en la interseccionalidad y, en concreto, sobre si las herramientas cuantitativas o cualitativas son más o menos adecuadas para el estudio interseccional. Los orígenes de la interseccionalidad como propuesta contra aproximaciones aditivas sobre las desigualdades y como respuesta a epistemologías positivistas han hecho que

70 Se puede encontrar más información sobre la herramienta en www.emotional-mapping.cat/situa.

las investigaciones interseccionales fuesen generalmente cualitativas. McCall (2005) sugiere que los estudios de caso son la forma más efectiva de hacer investigación empírica sobre la complejidad existente en la experiencia vivida de sujetos situados en una intersección de opresiones. De hecho, la experiencia vivida ha sido un concepto clave en estudios sobre interseccionalidad, ya que poder analizar la manera en que se vive la opresión y el privilegio en la vida cotidiana es un punto de partida central para el análisis sobre las dinámicas de la desigualdad (ver Valentine, 2007).

En este sentido, muchas autoras han defendido que los métodos cualitativos son más compatibles con la interseccionalidad que los cuantitativos, en parte porque se asocia lo cuantitativo con el positivismo y claramente la interseccionalidad se aleja de este paradigma (ver Bowleg, 2008). Pero hay otras posturas que defienden la posibilidad de utilizar métodos cuantitativos para estudios interseccionales (McCall, 2005; Spierings, 2012; Kofi Bright *et al*, 2016; Else-Quest y Hyde, 2016), señalando cuestiones como que es necesario distinguir entre métodos cuantitativos y epistemologías positivistas (Else-Quest y Hyde, 2016). En este sentido, Else-Quest y Hyde (2016) defienden que los métodos cuantitativos pueden ser compatibles con el construccionismo social o incluso con las epistemologías del punto de vista (*standpoint*), ya que «cualquier método puede ser usado de forma sexista, y cualquier método puede ser también moldeado en un sentido feminista» (Else-Quest y Hyde, 2016). En concreto, para la investigación psicológica, proponen el uso de métodos mixtos, combinando tanto los cuantitativos como los cualitativos, ya que ambos poseen diferentes potencialidades y limitaciones que se pueden complementar para aportar visiones más ricas sobre fenómenos concretos. Así, aunque las aproximaciones cualitativas y los estudios de caso suelen ser los más comunes, lo cierto es que se han llevado a cabo investigaciones interseccionales con multiplicidad de métodos diferentes. La interseccionalidad propone unas premisas a seguir, pero no limita el uso de métodos concretos. Bajo mi punto de vista, como muestran Else-Quest y Hyde (2016), es importante diferenciar los métodos concretos de las epistemologías y creo que se pueden analizar los datos de los *Relief Maps* desde una aproximación tanto cualitativa como cuantitativa, siempre y cuando se tengan en cuenta las premisas de la interseccionalidad.

Finalmente, en relación con la georreferenciación, los Sistemas de Información Geográfica (SIG) y las geografías críticas todavía son dos

ámbitos muy alejados a pesar del potencial de las herramientas de geoinformación para la investigación sobre temas sociales. Núria Font (2020) muestra cómo las geografías feministas han evidenciado los efectos de la cartografía como dispositivo que crea la falsa idea de que el mundo se puede representar de forma objetiva y universal. La vinculación de los SIG con el poder y con el ámbito militar son también un elemento central en la discusión, como sus implicaciones éticas y políticas. Esta discusión está estrechamente vinculada con el debate presentado sobre metodologías cualitativas y cuantitativas, donde los SIG se ven como métodos cuantitativos que se alejan de las aproximaciones más críticas. Font (2020) muestra también las recientes aportaciones de geógrafas feministas en la apropiación de la práctica cartográfica, evidenciando que no tienen que ser necesariamente aproximaciones opuestas⁷¹. En este sentido, y siguiendo los trabajos de investigadoras como Mei-Po Kwan (2002) sobre visualización feminista, creo que es interesante vincular estas herramientas al estudio sobre las desigualdades interseccionales. El uso de las tecnologías debe poder ser una herramienta para la transformación social, y los mapas pueden tener un papel clave en la visualización de la desigualdad espacial si son utilizados desde perspectivas epistemológicas críticas, reflexivas y situadas. Los dos desarrollos de los *Relief Maps* mostrados pretenden avanzar en esta línea, utilizando las tecnologías para el estudio y la intervención sobre dinámicas interseccionales y espaciales de las desigualdades.

El encaje de los *Relief Maps* en la interseccionalidad

Los *Relief Maps* se fundamentan de manera muy sólida en las teorías de la interseccionalidad. Están concebidos para encajar en las premisas clave del concepto y proponen también formas concretas de concebirla. Los diferentes ejes de desigualdad –la dimensión social– se muestran a través de las diferentes líneas de colores. Estas líneas hacen referencia a las estructuras sociales que, siguiendo con la conceptualización de los ejes de desigualdad en la interseccionalidad, no están predeterminadas por el modelo: a través de cada investigación o cada

71 Ver Font (2020) para un desarrollo sobre las propuestas feministas sobre cartografía desde los años ochenta como forma de visualizar los espacios y las experiencias desde una perspectiva de género, tradicionalmente silenciada.

intervención se decidirá qué ejes pueden ser más explicativos de la experiencia de desigualdad o discriminación de un grupo concreto. Como se ha visto en el ejemplo, el aspecto físico fue uno de los ejes escogidos para el trabajo con jóvenes, por la relevancia que se preveía que podía tener en su experiencia de discriminación y violencia. Este eje no suele estar presente en las listas sobre ejes para tratar en la interseccionalidad, pero, en cambio, en talleres que he impartido sobre los *Relief Maps*, la cuestión del cánón de belleza ha aparecido muchas veces como una cuestión que sistemáticamente producía malestar. Tener una forma corporal o un peso que no encaje en los estándares normativos puede suponer limitaciones con implicaciones económicas, de salud mental, de violencia o de acceso a determinados lugares. Ir a la playa, encontrar trabajo, ir a la escuela o tener relaciones sexuales pueden ser cuestiones muy problemáticas. Con los *Relief Maps* y la perspectiva interseccional no se pretende colocar este eje, ni ningún otro, delante o detrás de otros ejes, sino analizar las violencias que genera en cuerpos concretos y en diferentes lugares de la vida cotidiana. En este sentido, los *Relief Maps* permiten que sea cada situación concreta la que muestre cuántos y cuáles son los ejes a tratar para comprender una situación específica de desigualdad o discriminación, no una selección hecha *a priori* de forma general. También es relevante ver que en los *Relief Maps* no hay un número limitado de ejes. Una investigación sobre diversidad funcional y género quizá seleccionará solo estos dos ejes y tratará las cuestiones de clase o edad de forma indirecta, por ejemplo.

Y esta es otra de las cuestiones centrales de los *Relief Maps*, que no hay una jerarquía entre ejes *a priori*. La cuestión de la jerarquía ha sido ampliamente tratada en los capítulos 1 y 2 y aquí se visualiza de forma clara lo que implica que no haya una jerarquía previa, sino que sean los contextos sociales concretos los que hagan que unas sean más relevantes que otras. Las estructuras se presentan todas en igual importancia, pero algunas personas tendrán un eje muy acentuado y otras menos. También según los lugares se verá cómo en algunos espacios algunos ejes están siempre más acentuados que otros. En este sentido, por ejemplo, para jóvenes con orientaciones sexuales no normativas, el eje de la orientación sexual acostumbra a estar muy acentuado en el espacio doméstico familiar, cuando para otros colectivos puede ser un lugar de refugio.

Como se mostraba en la sección «Desigualdades sociales: ¿de qué ejes prescindimos en un análisis interseccional?», diversas autoras han señalado que una cuestión central de la interseccionalidad es el hecho

de mostrar cómo, aunque los sistemas de poder están siempre presentes, la relevancia de cada uno de ellos varía según el tiempo y el lugar (Collins, 2000a: 74). Este punto es fundamental para la interseccionalidad y es precisamente lo que fundamenta los *Relief Maps* y lo que muestran de forma visual: la importancia de la experiencia y cómo diferentes aspectos son más relevantes o menos según los contextos, y de qué manera su configuración es dinámica. Es este dinamismo el que también permite romper con las dicotomías de oprimidos y opresores o víctimas y agresores. Según el eje y el lugar, se puede estar en una posición u otra y de forma simultánea (ver Valentine, 2007).

En este sentido, los *Relief Maps* son una forma de visualizar lo que he presentado en el primer capítulo como las geografías de la interseccionalidad. Los *Relief Maps* sitúan los lugares como centrales en la dinámica interseccional, mostrando cómo los espacios y las relaciones interseccionales están co-constituidos, aportando dinamismo y variabilidad y apareciendo como un importante motor tanto en la reproducción de las desigualdades como en su posibilidad de transformación. También permiten observar la relacionalidad entre lugares a través de las líneas que unen los diferentes puntos, mostrando una relación dinámica entre ellos y una visión más amplia de los lugares de la vida cotidiana. No jerarquizan entre espacios y permiten también incorporar cualquier escala, desde lugares concretos dentro de una casa (Pascual Bordas, 2020), calles específicas de una ciudad como São Paulo (Raquel, 2020), o procesos migratorios transnacionales (Rodó-de-Zárate, 2014). La diferencia entre los efectos según las posiciones y los lugares queda patente en la imagen, que ejemplifica cómo una misma línea puede tener puntos muy arriba, mostrando malestares muy importantes, o abajo, mostrando o bien situaciones de privilegio o bien de agencia. Aunque los lugares pueden parecer fijos o rígidos, es necesario comprender que son lugares sentidos, vividos, no su representación abstracta. Una misma calle, en mapas de diversas personas, serán múltiples calles, dejando entrar así la multiplicidad y la heterogeneidad en la perspectiva geográfica.

En este sentido, todos los puntos colocados encima de un lugar son los que configuran la experiencia de aquel lugar, no de forma aditiva –los puntos de diferentes colores no están sumados entre ellos– sino de forma constitutiva. En este caso, la relación de constitución central es entre los puntos y el lugar, que encaja con el marco de las propiedades y la perspectiva geográfica que se ha presentado en el primer capítulo. En la visualización de los *Relief Maps* puede parecer que las líneas son ejes

separados, ya que cada una tiene un color diferente y sigue un camino concreto. Sobre esto es importante remarcar que lo que muestra el mapa se debe entender como una totalidad que solo es separable a través de una abstracción. Como afirma Zack (2005: 2) «es solo en un nivel teórico que las diferencias se pueden, primero distinguir y abstraer, y después recombinar, porque las personas existen como totalidades integrales que son racializadas, generizadas, sexualizadas, edatificadas, socialmente jerarquizadas, etcétera». Es necesario entender que la realización de un *Relief Map* es un ejercicio de abstracción en el que se intentan identificar causas concretas de malestares, pero siempre partiendo de la experiencia como un todo.

Respecto a la relación entre categorías, los *Relief Maps* muestran de manera evidente lo que Hancock (2007a) expresa como que la relación es una pregunta empírica abierta. En cada lugar, los efectos de las relaciones interseccionales pueden variar y no hay un *a priori* entre los tipos de relación. Por otro lado, los *Relief Maps* también ofrecen la posibilidad de visualizar relaciones específicas entre categorías: pensar si la edad intensifica la discriminación homofóbica en el hogar o si una posición económica acomodada mitiga una discriminación de género, por ejemplo. Para visibilizar estas relaciones concretas se pueden añadir a los *Relief Maps* las flechas como símbolos de la intensificación (ver en la sección «Complementos y variaciones del modelo»).

Otra de las cuestiones centrales del modelo de los *Relief Maps* está relacionada con el debate sobre la categorización. Como se ha mostrado en el capítulo 2, hay una discusión abierta sobre si la interseccionalidad es o no un proyecto que pueda encajar con los planteamientos postestructuralistas, sobre todo en lo que se refiere al uso de las categorías. La crítica se basa en que, como defiende Jasbir Puar (2007: 212) «la interseccionalidad requiere el saber, nombrar y por tanto estabilizar la identidad a través del tiempo y el espacio». Aunque se han dado respuestas muy contundentes a este tipo de críticas (ver Cooper, 2015), puede haber efectivamente formas de utilizar la interseccionalidad que refuercen esta categorización y rigidez de las identidades. Pero los *Relief Maps* proponen un acercamiento a la interseccionalidad que no se basa en las categorías sociales sino en las estructuras de poder: no se basa en las posiciones, sino en los efectos que las estructuras tienen en diferentes lugares. Como se puede ver en la figura 1, 2 o 3, no se muestran categorías como «mujer» o «bisexual» sino el género o la orientación sexual como ejes de desigualdad. Esto tiene implicaciones relevantes porque,

en primer lugar, cualquier posición tiene la misma cabida en el modelo: mujer, trans, hombre, género no binario, no definido o cualquier otra posición no se visualizan en la imagen, y por tanto no se refuerza la categorización en este nivel. En cambio, sí que se enseñan los efectos que tienen estas posiciones en la vida cotidiana a través de la línea de género. Esto es muy relevante porque no limita la autoidentificación, ni prioriza unas categorías normativas y hegemónicas sobre otras. Para algunas investigaciones o según el objetivo con el que se haga el mapa, se puede solicitar el perfil de la persona y se pueden utilizar las categorías, pero en ningún caso el modelo lo requiere ni lo visualiza.

Las herramientas pueden usarse con diversas finalidades y, obviamente, los *Relief Maps* pueden servir para hacer análisis sobre la interseccionalidad que partan de la categorización. Pero, aun así, al haber incorporado la dimensión geográfica, la categorización no podrá ser siempre del todo estable y obligará a considerar el dinamismo de las posiciones según el contexto, minimizando la posibilidad de llevar a cabo análisis que consideren las categorías como rígidas y estables o que se centren en perspectivas individuales sobre la interseccionalidad. Los *Relief Maps*, al visibilizar las estructuras y no las identidades y añadir el dinamismo del lugar, se centran en los efectos que producen las posiciones y no en las posiciones en sí mismas. Es decir, se fijan en las dinámicas sistemáticas de la (re)producción de la desigualdad, más que en cuestiones identitarias. Por este motivo los *Relief Maps* también encajan en lo que Crenshaw (1991: 1297) identifica como la preocupación central del proyecto interseccional: los valores vinculados a las categorías sociales y cómo estos fomentan y crean jerarquías sociales, más que en la existencia o no de estas categorías.

Otra de las cuestiones centrales relacionadas con la interseccionalidad es la visibilización de que no hay «víctimas puras de la opresión» (Collins, 1990), que se puede estar simultáneamente en lugares de opresión y de privilegio, en el margen y en el centro. En este sentido, tanto las posiciones de opresión como las de privilegio son siempre visibles en el mapa. Recordar, visibilizar y tener en cuenta que las posiciones de privilegio configuran las experiencias es una cuestión central de la interseccionalidad. Ver que hay una línea plana nos recuerda, como participantes o como investigadoras que analizamos un *Relief Map*, que esta posición también está configurando la experiencia en este lugar, y en general en la vida cotidiana. Ser blanca en Barcelona puede ser una posición que pase desapercibida para la mayoría de las personas blancas,

como si su posición en este eje no fuese relevante para configurar sus experiencias. El hecho de que aparezca la línea, es decir, que el modelo de *Relief Map* lleve a tener que dibujarla como una línea no acentuada, posibilita que se tenga en cuenta como privilegio constitutivo de la experiencia interseccional y que implique una reflexión al respecto.

Este es uno de los puntos fundamentales de la interseccionalidad y una de las cuestiones más complicadas de comprender desde la propia experiencia: aunque se esté en una posición de opresión y se sufran los efectos sobre el propio cuerpo, se puede estar al mismo tiempo ejerciendo una posición de privilegio. Como se ha mostrado en la sección sobre la interseccionalidad y la acción política, la herida interseccional aparece en esta contradicción y muchas veces es complicado gestionarlo emocionalmente. Con los *Relief Maps*, estas cuestiones se visualizan y permiten reconocer las opresiones (líneas acentuadas) al mismo tiempo que los privilegios (líneas planas), mostrando que las dos cuestiones están presentes simultáneamente y que el hecho de tener un privilegio en una posición no tiene por qué mitigar o minimizar la opresión en otra posición.

Sobre los tipos de malestar y bienestar, según los objetivos que se persigan se pueden tener en cuenta unos tipos u otros. Por ejemplo, si el objetivo es realizar un estudio sobre la configuración de la desigualdad, quizá los *Relief Maps* se centrarán en los malestares y bienestar sistémicos/sistemáticos. Pero si se están utilizando los *Relief Maps* para reflexionar internamente sobre la experiencia de las trabajadoras municipales de un PIAD⁷² en relación con las personas a las que atienden, quizá lo interesante es ver la diversidad de bienestar y malestares, que en un *Relief Map* se pueden distinguir de diferentes formas. Este ejercicio reflexivo, cuando se hace de manera colectiva, puede generar vínculos de empatía importantes que tienen la potencialidad de reconciliar desde posiciones situadas y de reconocimiento y cuidado al mismo tiempo. En la última parte sobre las aplicaciones concretas de los *Relief Maps* a la cuestión emocional, desarrollaré estos aspectos, pero es importante vincularlos con el marco más amplio de la fundamentación del modelo en las teorías de la interseccionalidad.

72 N. de la T: Un PIAD (por sus siglas en catalán, un Punt d'Informació i Atenció a les Dones) es un servicio público en el que se ofrece información, asesoramiento y orientación a las mujeres en diversos ámbitos.

Por último, sobre la agencia, los *Relief Maps* muestran claramente cómo el contexto es clave para mostrar la tensión entre el individuo y la estructura. Ciertos lugares, y por tanto ciertos contextos sociales, condicionan las posibilidades de articulación de la agencia (ver Bilge, 2010). En la imagen se muestra cómo las estructuras condicionan los efectos relacionados con la discriminación y la desigualdad, pero también muestran que hay espacio para la subversión. La existencia de lugares de alivio, por ejemplo, evidencia la posibilidad de construir lugares de bienestar en los que los efectos opresivos de las estructuras sociales se reducen. También se muestra cómo en la relación entre categorías, y especialmente en la relación de mitigación, existe la posibilidad de negociación entre ellas, ya que permite el uso de unas posiciones por la minimización de los efectos negativos de otras.

Como metodología, por tanto, los *Relief Maps* encajan en la formalización del paradigma interseccional de Hancock (2007b), entendido como un conjunto que engloba tanto la teoría normativa como la investigación empírica (ver la sección «La relación entre categorías: una aproximación pluralista y contextual»). Hancock (2007a) defiende que una aproximación interseccional debe tener en cuenta más de una categoría, que todas importan igualmente y que la relación entre ellas es una cuestión empírica abierta, que hay una relación de interacción dinámica entre las cuestiones individuales y las institucionales, que la configuración de las categorías es diversa internamente, que es necesario examinar diferentes niveles en el análisis y que se requieren tanto desarrollos teóricos como empíricos. En este sentido, los *Relief Maps* aparecen como una propuesta metodológica específica para el estudio de la interseccionalidad ante el vacío de propuestas concretas.

Son una herramienta desarrollada concretamente para realizar análisis interseccionales y rigurosamente fundamentada en los debates teóricos y políticos sobre este marco. Ahora bien, es una herramienta pensada para unos objetivos concretos que se relacionan con la dimensión emocional y geográfica de la interseccionalidad. Aunque ambas dimensiones son útiles para pensar en un gran abanico de cuestiones relacionadas con la dinámica interseccional, habrá ámbitos de estudio, preguntas de investigación o intervenciones para las que serán útiles otras herramientas. En este sentido, los *Relief Maps* no son *el* método para estudiar la interseccionalidad, sino una herramienta concreta que puede ayudar a comprender, analizar y visualizar dinámicas interseccionales de la desigualdad que incluyan las emociones y los lugares como factores centrales.

En este sentido, los *Relief Maps* también se pueden considerar una metodología feminista. En primer lugar, porque contribuyen a comprender el funcionamiento de las estructuras de poder y sus efectos en la experiencia de la desigualdad. El hecho de que partan de la experiencia vivida y situada como fuente de conocimiento, consideren las emociones como dimensión de la desigualdad y eviten el refuerzo de las categorías mientras visibilizan las estructuras de poder también encaja en una concepción feminista de la investigación. Por último, implican un ejercicio de autoreflexión sobre la propia posicionalidad que es potencialmente transformador y contribuye a generar conocimiento situado (Harding, 2004).

Esta última cuestión de la autoreflexión ha sido un tema relevante en el uso y la aplicación de la herramienta; un tema que se relaciona con la dimensión emocional de la interseccionalidad, pero también con los *Relief Maps* como herramienta para la intervención. En la siguiente y última sección explicaré brevemente mi experiencia utilizando los *Relief Maps* para la investigación y la intervención con la voluntad de hacer explícitos también los efectos que tienen los usos de diferentes métodos sobre los participantes. Creo que una aproximación feminista sobre la metodología implica detenernos en estas cuestiones.

Toma de conciencia, gestión emocional y cuestiones éticas en la investigación

Durante mi investigación doctoral, una de las primeras veces que probaba los *Relief Maps* me encontré con una situación que supuso un punto de inflexión en mi forma de investigar y que me hizo reflexionar sobre los métodos que utilizamos y cómo los aplicamos.

Queralt era una chica de 16 años de Manresa. Realizamos una entrevista previa a la elaboración del *Relief Map* en la que me explicó cómo era su día a día, lo que hacía, los espacios a los que iba, sus actividades y cómo vivía la ciudad. Apareció el tema del miedo y de cómo lo gestionaba. Otro tema central fue la gestión de su orientación sexual en la calle, ya que había sufrido muchas agresiones, verbales y algunas físicas, por mostrar afecto a otras chicas en espacios públicos. Tenía una actitud combativa, y aunque las agresiones le provocaban mucho malestar, rabia y frustración, no hacían que dejase de mostrarse como lesbiana. Después de la entrevista, pasamos a la realización de su *Relief Map*. Estábamos

en un bar tranquilo de la ciudad, sentadas frente a frente. Rellenó cada casilla de la tabla, en silencio y muy concentrada. Yo siempre procuro intervenir poco, solo si veo que algo no concuerda con la entrevista previa, o si no lo entiendo. Escogió muchos lugares sobre los que hacer su mapa, así que estuvo mucho rato rellenando la tabla. Una vez hecha y con la clasificación de lugares terminada, comenzó a dibujar su *Relief Map*. Los puntos de color azul claro relacionados con su orientación sexual eran muy elevados –es decir, signo de un gran malestar– en muchos lugares, sobre todo espacios de ocio. Borró y rectificó algunos de los puntos, intentando que el dibujo reflejase lo que sentía. Cuando ya tenía todas las líneas dibujadas, dejó el lápiz de color en la mesa, cogió el papel, se lo acercó para verlo más de cerca y se puso a observar la hoja en silencio. Vi que le resbalaba una lágrima por la mejilla y le pregunté si estaba bien. Me dijo que se había dado cuenta de la gran cantidad de lugares en los que se sentía mal, sobre todo como lesbiana. Había visto que también eran lugares escogidos por ella, como bares y discotecas, y dijo que no podía entender por qué seguía yendo si lo pasaba tan mal. Yo le mostré, mirando su mapa, que eran lugares en los que se sentía muy bien por otras posiciones: como joven, por ejemplo. Y le enseñé también todos los lugares que estaban colocados a la derecha del mapa: los lugares de alivio. Ella había construido un montón de espacios en su cotidianidad –políticos, artísticos, de encuentro con las amistades, deportivos– en los que se sentía muy agusto y donde tenía todas las líneas en la parte inferior, signo de un gran bienestar. De hecho, creo que es el *Relief Map* en el que más espacios propios de alivio he visto. Le señalé la larga lista de lugares y cómo de bajos estaban todos los puntos, enseñándole la gran capacidad que tenía de buscar espacios-refugio en los cuales sentirse bien. No fue suficiente, pero se tranquilizó. Me dijo que tenía que pensar sobre todo lo que había pasado y que por hoy lo dejáramos ahí. Así fue.

Aquella situación también me dejó a mi pensando. ¿Qué le había provocado la elaboración del *Relief Map*? ¿Y qué tenía que haber hecho yo en aquel momento? ¿Había sido yo la responsable de provocar aquella situación? En la universidad no nos enseñan a gestionar estos momentos del trabajo empírico, como si no existiesen, como si no fuesen también parte de la ética en la investigación. Nos hacen rellenar papeles y pasar por todo tipo de procedimientos para validar las cuestiones éticas en una investigación, pero estos se centran en explicar si guardarás los datos en un armario cerrado con llave y si harás firmar

un consentimiento a los participantes. Nunca me han pedido que explique cómo abordaré la dimensión emocional de mi investigación o cómo gestionaré una situación de vulnerabilidad provocada por la misma investigación. En aquel momento yo no tenía ninguna formación sobre el tema ni más herramientas que mi sentido común y mi empatía para gestionar la situación con Queralt. Reflexioné mucho, lo compartí con compañeras y vi que lo que había pasado era también parte de los *Relief Maps*. No era un efecto colateral, sino que la introspección que implican los *Relief Maps* es también parte de la definición de la herramienta y es también lo que constituye la dimensión emocional de las desigualdades. Obligan a las participantes a reflexionar sistemáticamente sobre los efectos de sus posiciones en lugares concretos de su vida cotidiana y también implican una constante comparación que potencia la toma de consciencia.

He visto a miles de personas realizar los *Relief Maps* delante de mí en múltiples formaciones, clases, charlas e investigaciones y he visto sus caras cuando los están haciendo. Como con todo, hay quien se implica más y hay quien los hace de manera más superficial, dependiendo de diversos factores. Pero he visto a muchas personas quedar «tocadas» después de hacer su mapa. Algunas lo comparten después en espacios colectivos de puesta en común y a lo largo de los años he ido identificando algunas cuestiones que me parece interesante compartir. Lo que viene a continuación no es una exposición sistemática ni exhaustiva, sino un ejercicio autoreflexivo sobre mi experiencia como docente, investigadora y activista aplicando los *Relief Maps*, y creo que puede servir para pensar y para comprender mejor la dimensión emocional de la interseccionalidad, y en concreto, de la herramienta.

Una de las cuestiones que aparece es la toma de conciencia sobre la opresión. Es una situación dolorosa que puede ir acompañada del recuerdo de situaciones de violencia y que es complejo tratar. Muchas veces estas personas han realizado un mapa muy completo, han invertido mucho tiempo realizándolo y cuando lo terminan se quedan en silencio. Estos silencios se deben tener en cuenta y respetar. En una puesta en común después de la elaboración de los *Relief Maps*, cuando estos se han hecho en una formación, por ejemplo, siempre se debe explicitar que el hecho de compartir lo que se ha puesto en el mapa es voluntario. Nunca se debe obligar a mostrar el mapa en público ni a compartir informaciones concretas si la persona no expresa que así lo desea. Por ejemplo, yo nunca hago preguntas a personas específicas para evitar que sientan la incomodidad de tener que hablar. Pero el silencio no es

ausencia de información y, por tanto, en una realización de mapas en grupo, se deben proporcionar herramientas para reflexionar sobre qué ha pasado, aunque no se expresen en preguntas concretas. Mostrar la variabilidad, la naturaleza estructural y política de las cuestiones que surgen, la existencia de lugares de bienestar, el dinamismo que proporciona el lugar... Y en muchas de las situaciones en las que me he encontrado, una cuestión que acostumbra a ser clave para dar sentido a lo que ha pasado es vincular las experiencias personales con procesos sociales más amplios.

Caitlin Cahill (2004), en su artículo sobre los procesos de toma de conciencia a través de la investigación colectiva, reflexiona sobre estos momentos en los que nos damos cuenta de nuestras propias opresiones. La autora parte del acto de *conscientização* de Freire (1970) como un despertar de la conciencia crítica, pero señala las dificultades que comporta. Citando a Jones (Jones, 1993 en Cahill 2004) califica estos momentos como «otra puñetera experiencia de aprendizaje» (*another fucking learning experience*), refiriéndose al dolor, la conmoción o el conflicto personal que puede comportar darte cuenta de tus propias opresiones. Estas experiencias son las que se dan muchas veces con la realización de los *Relief Maps*, porque te muestran tus propios relieves de la opresión: cuestiones que podías tener normalizadas en tu vida cotidiana se convierten, con la comparación sistemática, en indicadores de una discriminación que sufres, y esto provoca dolor.

Pero también puede ser muy liberador. A menudo algunas personas se me han acercado al terminar la actividad con los mapas para darme las gracias, porque se habían «dado cuenta» de situaciones que vivían y que tenían que cambiar, pero también por haber visto la dimensión estructural de lo que les pasaba. Haciendo el *Relief Map* se habían dado cuenta de que lo que les provocaba un fuerte malestar no era una cuestión individual, sino que estaba vinculada con una posición en unas estructuras de poder. Y esto implica tanto una desculpabilización, que puede ser muy liberadora, como una toma de conciencia política. Es una herramienta para nombrar los malestares, para identificarlos como políticos y, por tanto, un punto de partida para un posible cambio.

Estos momentos de «toma de conciencia», aunque puedan ser dolorosos, tienen un fuerte potencial transformador, sobre todo si los *Relief Maps* se ponen en común colectivamente. Lo he comprobado en temas como el miedo en el espacio público, donde identificar que el miedo era una construcción social y que entre chicas de una misma edad

compartían muchas de las experiencias, les ayudó a reflexionar críticamente sobre los motivos por los que sentían miedo, qué estructuras reforzaban este miedo y cómo este limitaba su vida cotidiana. Estas reflexiones, en este caso, les llevaron a tratar el tema de forma colectiva, desarrollando diferentes acciones que iban desde la realización de talleres de autodefensa feminista a intervenciones en el espacio público (ver Rodó-de-Zárate, 2015).

El dolor y la toma de conciencia van muchas veces de la mano. A veces esta reflexión es transformadora y te orienta hacia el cambio, pero en ocasiones el dolor paraliza. He visto a personas saliendo del aula con la actividad a medio hacer, y a otras no querer acabar de hacerla. Siempre se tiene que dar esta opción y estar alerta por si hacen falta intervenciones concretas de acompañamiento. Creo que especialmente los *Relief Maps* potencian esta dimensión introspectiva y de toma de conciencia, pero no es una cuestión exclusiva de esta herramienta. Yo también me he encontrado haciendo una entrevista semiestructurada para una investigación o explicando los tipos de violencia de género en una clase y he visto a personas quedarse «tocadas». Estas situaciones son cuestiones que deben tenerse en cuenta. Es necesario estar atentas y hacernos cargo de lo que provocamos con los métodos que utilizamos en nuestras investigaciones, reflexionar sobre ello e intentar acompañar en estos procesos.

La otra cara de la moneda de la realización de los *Relief Maps* es la toma de conciencia del privilegio. Cuando he hecho los *Relief Maps* en grupos de personas adultas, como por ejemplo los diversos cursos que he impartido a profesionales de la administración pública, he comprobado cómo muchas veces la afectación emocional es fruto de verse como persona privilegiada. Después de haber escuchado mi explicación sobre la interseccionalidad y haber visto muestras de *Relief Maps*, hacen el suyo y ven que están bien en prácticamente todos los lugares de su vida cotidiana y por todas sus posiciones. Para un hombre implicado en organizaciones políticas de izquierdas que trabaja con colectivos vulnerabilizados, darse cuenta de que no sufre ningún malestar por ningún eje en ningún lugar no es fácil de asimilar. Ver todas las líneas planas también es un choque profundo entre la ideología y la posición de privilegio. En estos casos, aparte de la reflexión sobre el propio privilegio y la desigualdad estructural, intento que piensen en malestares éticos para poder vincular su malestar con su posición política. Por ejemplo, que dibujen puntos concretos por malestares que sienten en

su trabajo al acompañar a personas que sufren situaciones de violencia. O pensar en cómo su edad, como adultos, afecta su trabajo con jóvenes, por ejemplo. También se puede vincular su malestar con la falta de recursos necesarios para hacer frente a las situaciones que ven, o se puede relacionar con las prácticas institucionales que perpetúan ciertas dinámicas. Es decir, que a pesar de tener posiciones de privilegio y de no sentir ningún malestar por las posiciones propias, pueden identificar dónde pueden ser agentes para el cambio.

Hacer este ejercicio en grupo puede permitir la comparación, y muchas veces también genera empatías donde antes había incompreensión. En una ocasión, un grupo de estudiantes de secundaria hizo los *Relief Maps* en formato digital y uno de los chicos hacía muchas bromas durante la actividad. No se tomaba el ejercicio en serio y me decía que «todas las pantallas son iguales». En todos los lugares ponía que estaba bien y no veía la diferencia entre estar bien por su orientación sexual o su origen. Realizó el mapa en pocos minutos y sin escribir casi nada. Cuando lo pusimos en común, muchas personas de su clase compartieron experiencias muy duras relacionadas con el género, la religión o el aspecto físico. Él estuvo en silencio, escuchando, con una actitud muy diferente a la que tenía cuando hacía el mapa. Al terminar, cuando preguntamos qué les había parecido la actividad, él levantó el brazo y dijo que se había dado cuenta de que tenía mucha suerte y que el mundo estaba muy mal. Lo dijo serio, como fruto de una reflexión que había hecho escuchando al resto de la clase. Creo que estos momentos son también fundamentales, ya que son pequeños pasos que pueden ayudar a establecer puentes a través de la empatía.

Por último, también hay líneas planas que son fruto de la superación de situaciones de violencia pasadas. Varias veces me he encontrado con que algunas personas han intervenido en el grupo para explicar que hacer el mapa les había hecho ver que ahora, por fin, estaban bien. Que habían dejado un trabajo, una pareja o una casa y en consecuencia ahora había líneas planas en su mapa. Una vez una mujer explicó que si hubiese hecho el ejercicio un año antes le habrían aparecido malestares muy intensos, pero que había conseguido salir de situaciones de violencia y ahora su mapa tenía muchos lugares de alivio. Estas intervenciones muestran la agencia y también cómo los mapas son una imagen de un momento concreto y una herramienta para hacernos reflexionar sobre cuestiones complejas y cambiantes. También cuestiones como el tiempo y su papel en las dinámicas interseccionales

Creo que los mapas, en este sentido, también ayudan a trabajar sobre la herida interseccional. La forma cómo se trata el privilegio no es haciendo sentir a todo un colectivo como agresor, como culpable, ni a personas que sufren opresiones como víctimas. Se muestra la variabilidad, el dinamismo y la dimensión estructural de las desigualdades sociales y no he visto a nadie sentirse atacado por tratar el privilegio de esta forma, como tampoco he visto a nadie quejarse de que se le estuviese colocando como víctima sin sentirlo así. Es una manera de evidenciar que, aunque puedes tener una línea azul muy acentuada, también puedes tener una verde totalmente plana. Y que la persona a tu lado tiene la verde muy acentuada y la azul no. Pensar que el malestar que yo siento por la azul, mi compañera lo siente por la verde, puede facilitar que yo tenga cierta empatía o que la escuche pensando que, como ella no conoce mi malestar, yo no conozco el suyo, pero sé que lo puede sentir de forma tan intensa como yo lo siento. Las puestas en común de los *Relief Maps* acostumbran a ser espacios colectivos de toma de conciencia y también de cuidados. Se tiene que facilitar que así lo sean realizando una buena dinamización, pero creo que contribuyen a hablar sobre opresiones y privilegios de una forma situada, desde la propia experiencia, y que vinculan claramente las emociones con la dimensión estructural de las desigualdades y el lugar.

La interseccionalidad en diez puntos

Más como resumen que como conclusiones, en este apartado coloco por temas las ideas expuestas en los diferentes capítulos. No son puntos exhaustivos y se tienen que entender en el marco de su desarrollo a lo largo del libro, pero asumo el riesgo de la simplificación para contribuir a la claridad y sintetización de determinadas ideas.

1. *La interseccionalidad trata sobre el poder y la desigualdad.* La interseccionalidad es una propuesta surgida para analizar la manera en que se configuran las desigualdades y las discriminaciones de las mujeres negras norteamericanas, vinculando la experiencia de opresión condicionada por las posiciones sociales con las dinámicas estructurales de la desigualdad. No es una perspectiva que tenga como objetivo principal el análisis de los procesos de categorización ni tampoco la construcción de las identidades, sino sus efectos en relación con la desigualdad.

2. *La interseccionalidad puede encajar con múltiples perspectivas y teorías sobre la desigualdad, el poder y la identidad.* La interseccionalidad a menudo se contrapone a otras aproximaciones sobre la desigualdad, el poder y la identidad como es el marxismo, el postestructuralismo y hasta el propio feminismo o la lucha antirracista. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que son ciertas formas de aproximarse a estas teorías y ciertas formas de utilizar la interseccionalidad las que están realmente en contraposición. La interseccionalidad es una perspectiva general

construida en base a múltiples y diversas voces que puede incluir aproximaciones muy diferentes desde las que establecer puentes y analizar las desigualdades en su complejidad.

3. *La definición de los orígenes y las genealogías de la interseccionalidad es también una cuestión política.* En un contexto racista y de supremacía blanca, reconocer los orígenes de la interseccionalidad en el feminismo Negro de los Estados Unidos es crucial para visibilizar las voces, los cuerpos y las experiencias desde las que surge esta conceptualización. Es vital reconocer la centralidad de las cuestiones de género y raza y la radicalidad de los planteamientos iniciales para combatir la instrumentalización del concepto en el seno de la academia neoliberal. Al mismo tiempo, desde una perspectiva global, es necesario evidenciar que las jerarquías y hegemonías en la producción de conocimiento han privilegiado los desarrollos angloamericanos, invisibilizando y menospreciando *el pensamiento y la acción de tipo interseccional* surgido como fenómeno político de vinculación entre ejes en múltiples partes del mundo de forma paralela.

4. *Son necesarias metáforas sobre la interseccionalidad que no consideren los ejes como entidades separadas.* La metáfora de Kimberlé Crenshaw del tráfico en una intersección de calles ha provocado, de manera no intencionada, una imagen de las categorías o ejes de desigualdad como ejes que se cruzan. Esta imagen, a la que han seguido múltiples intentos de mejora de la metáfora, implica la reificación de las categorías e impide capturar su inseparabilidad. Con la propuesta de la metáfora del cesto de manzanas y el marco conceptual de las propiedades se pretende superar esta lógica conceptualizando las categorías como propiedades de una manzana/persona (amarilla, grande, madura / mujer, blanca, pobre) que condicionan la forma en que se configura su experiencia de desigualdad y discriminación.

5. *Los diferentes sistemas de dominación tienen ontologías diferentes que se constituyen entre ellos en la configuración de desigualdades.* Los ejes de desigualdad no se pueden reducir los unos a los otros, pero tampoco son completamente autónomos. Cada uno tiene ontologías diferentes relacionadas con las dinámicas de poder y exclusión, pero en la configuración de desigualdades, su interrelación es constitutiva. Es decir, que la forma en que se configura el sexismo, por ejemplo, dependerá de la edad, el

origen o la clase social. La relación concreta entre categorías, en el análisis de sus efectos, es pluralista y contextual, implicando que puede haber múltiples formas de relación específica entre ejes en contextos concretos.

6. *No hay jerarquía entre los ejes de desigualdad.* Desde una aproximación interseccional, no hay ejes más fundamentales que otros a priori, sino que son las situaciones concretas las que muestran cuáles son los ejes más relevantes en un contexto determinado. Una aproximación interseccional siempre puede acoger nuevos ejes que surjan de la identificación de causas concretas de desigualdad, y esta incorporación no minimiza, niega ni rechaza los otros ejes, sino que enriquece la comprensión de las dinámicas de desigualdad. Además, las diferentes formas de desigualdad comparten una base común, haciendo que el menosprecio de una forma de opresión no haga más que reforzar la base común sobre la que se sustentan todas.

7. *Todas las personas están posicionadas en todos los ejes de desigualdad.* No hay posiciones neutras. Las blancas tenemos etnicidad y los hombres, género. Nuestras posiciones, tanto de opresión como de privilegio, las vivimos de forma simultánea y son las que configuran nuestra experiencia. Por tanto, los grupos sociales no son homogéneos internamente ni se pueden contraponer de forma general y dicotómica como oprimidos y opresores. Los diferentes ejes están siempre presentes y será el contexto específico el que mostrará a unos como más relevantes que otros para explicar formas concretas de desigualdad y discriminación.

8. *La experiencia de la desigualdad es diferente según los cuerpos que la viven y según el contexto.* Una acción específica afecta a grupos sociales concretos de forma variable según sus posiciones en diferentes ejes de desigualdad. La reforma laboral, por ejemplo, no afecta de la misma forma a las mujeres que a los hombres, a las personas jóvenes que las adultas o a las jubiladas que a las activas. Además, las relaciones interseccionales son contingentes a los lugares y al tiempo. Es decir, que el espacio no es un contenedor donde pasan las dinámicas interseccionales sino que es una parte constitutiva de ellas. De la misma manera, es necesario comprender los procesos históricos de configuración de las desigualdades. Darle al contexto un papel central aporta dinamismo y permite romper con rigideces identitarias sobre la configuración interseccional de la desigualdad.

9. *Las emociones son una dimensión central en la configuración de las desigualdades sociales.* Las desigualdades sociales tienen una afectación emocional muy importante que se distribuye de forma desigual. Esta afectación se da también en forma de malestares políticos que se deben nombrar colectivamente, partiendo de la premisa de que todo el mundo tiene diferentes grados de opresión y privilegio. Desde la perspectiva emocional, la herida interseccional aparece por la posición interseccional de sufrir una opresión por un eje y ser identificada como opresora o privilegiada por el otro. Para la gestión de esta herida es necesario comprender la necesidad de expresar la rabia por el dolor sufrido y al mismo tiempo tener cuidado con el dolor que puede estar sufriendo otra persona por otro eje.

10. *Los Relief Maps son una herramienta concreta para el estudio y la conceptualización sobre la interseccionalidad desde una perspectiva emocional y geográfica.* Ante la falta de herramientas concretas para la sistematización de la interseccionalidad en la investigación, los *Relief Maps* proponen un modelo concreto para recoger, analizar y visualizar datos sobre desigualdades interseccionales. Además, debido a la reflexión e introspección que requiere su elaboración, también son útiles para la intervención y para la toma de conciencia sobre las propias posiciones de opresión y de privilegio. Sus desarrollos digitales facilitan su uso y la gestión de los datos al mismo tiempo que abren nuevas posibilidades de visualización de la desigualdad.

En conclusión, la interseccionalidad no es ni el problema ni la solución definitiva a los retos sociales actuales. Dependerá de cómo se utilice el concepto y con qué objetivos, pero ofrece un marco conceptual fundamental desde dónde pensar, investigar y actuar sobre las desigualdades y discriminaciones como interrelacionadas. Un marco desde el cuál comprender que los diferentes ejes de desigualdad se viven de forma asimétrica según las posiciones sociales. Un marco que rompe con las jerarquías y competiciones entre ejes y que llama al establecimiento de alianzas, a la autorreflexión crítica y permanente y a la solidaridad. No ofrece una forma universal de combatir la desigualdad porque no hay formas universales de vivirla. Así que la tarea de organizar la acción colectiva tendrá que ser cosa de todas.

Bibliografía

- Afroféminas (2018), «Por qué Afroféminas no se suma a la Huelga Feminista», *Afroféminas*, 30 de maig. En línea: <https://afrofeminas.com/2018/03/05/porque-afrofeminas-no-se-suma-a-la-huelga-feminista/>.
- Ahmed, Sara (2007), «A phenomenology of whiteness», *Feminist Theory*, núm. 8, pp. 149-168.
- (2017), *La política cultural de las emociones*, Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios de Género UNAM.
- (2018), *Vivir una vida feminista*, Barcelona: Edicions Bellaterra
- (2019), *La promesa de la felicidad: una crítica cultural al imperativo de la alegría*, Buenos Aires: Caja negra.
- Alexander-Floyd, Nikol G. (2012), «Disappearing acts: reclaiming intersectionality in the social sciences in a post-black feminist era», *Feminist Formations*, núm. 24 (1), pp. 1-25.
- Anderson, Ben, y Harrison, Paul (ed.) (2010), *Taking-place: nonrepresentational theories and geography*, Farnham: Ashgate.
- Anthias, Floya (2001), «New hybridities, old concepts: the limits of “culture”», *Ethnic and Racial Studies*, núm. 24(4), pp. 619-641.
- (2011), «Intersections and translocations: new paradigms for thinking about cultural diversity and social divisions», *European Educational Research Journal*, núm. 10(2), pp. 204-217
- Anthias, Floya (2012a), «Intersectional what? Social divisions, inter-

- sectionality and levels of analysis», *Ethnicities*, núm. 13(1), pp. 3-19.
- Anthias, Floya (2012b), «Hierarchies of social location, class and intersectionality: towards a translocational frame», *International Sociology*, núm. 28(1), pp. 121-138.
- Anthias, Floya, y Yuval-Davis, Nira (1983), «Contextualizing feminism: gender, ethnic and class divisions», *Feminist Review*, núm. 15, pp. 62-75.
- (1992), *Racialized boundaries: race, nation, gender, colour and class and the anti-racist struggle*, Londres: Routledge.
- Anzaldúa, Gloria (2016 [1987]), *Borderlands / La Frontera: La Nueva Mestiza*. Madrid: Capitan Swing
- Azpiazu Carballo, Jokin (2017), *Masculinidades y feminismo*, Barcelona: Virus Editorial.
- Bannerji, Himani (1995), *Thinking through. Essays on feminism, Marxism, and anti-racism*, Toronto (Canadá): Women's Press.
- Bell, David, y Valentine, Gill (ed.) (1995), *Mapping desire: Geographies of sexualities*, Londres: Routledge.
- Benería, Lourdes, y Roldán, Martha (1987), *The crossroads of class & gender: industrial homework, subcontracting, and household dynamics in Mexico City*, Chicago: University of Chicago Press.
- Bernabé, Daniel (2018), *La trampa de la diversidad. Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora*, Madrid: Akal.
- Bilge, Sirma (2010), «Beyond subordination vs. resistance: an intersectional approach to the agency of veiled Muslim women», *Journal of Intercultural Studies*, núm. 31(1), pp. 9-28.
- (2013), «Intersectionality undone. Saving intersectionality from feminist intersectionality studies». *Du Bois Review*, núm. 10:2, pp. 405-424.
- Bilgune Feminista (2015), *Jostorratzak dantzaz ditugu, hacia la soberanía feminista de Euskal Herria*, Ondarru.
- (2016), «Feminismos y procesos de autodeterminación de los pueblos. Miradas, estrategias y solidaridades», en: *Jornades Radicalment Feministes*, Barcelona: Xarxa Feminista de Catalunya
- Bohrer, Ashley J. (2019), *Marxism and intersectionality. Race, gender, class and sexuality under contemporary capitalism*, Bielefeld: Transcript.
- Bondi, Liz; Davidson, Joyce y Smith, Mick (2007), «Introduction: geography's "emotional turn"», en: Joyce Davidson, Liz Bondi i Mick Smith, *Emotional geographies*, Aldershot: Ashgate, pp. 1-16.

- Bowleg, Lisa (2008), «When black + lesbian + woman ≠ black lesbian woman: the methodological challenges of qualitative and quantitative intersectionality research», *Sex Roles*, núm. 59, pp. 312-325.
- Brah, Avtar (2004 [1992]), «Diferencia, diversidad, diferenciación». en: *Otras Inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, Madrid: Traficantes de Sueños, pp. 107-136
- Brah, Avtar, y Phoenix, Ann (2004), «Ain't I a woman? Revisiting intersectionality», *Journal Of International Women's Studies*, núm. 5(3), pp. 75-86.
- Brizuela González, Florencia, y López Martínez, Uriel (2018), *Descentrar la mirada para ampliar la visión. Reflexiones en torno a los movimientos sociales desde una perspectiva feminista y antirracista*, Barcelona: Descontrol Editorial.
- Bustelo, María (2009), «Spain». *International Feminist Journal of Politics*, núm. 11:4, pp. 530-546. DOI: 10.1080/14616740903237491.
- Busquier, Lucía (2018), «¿Interseccionalidad en América Latina y el Caribe? La experiencia de la Red de Mujeres Afrolatinoamericanas, Afrocaribeñas y de la Diáspora desde 1992 hasta la actualidad», *Con X*, núm. 4, pp. 1-17.
- Butler, Judith (2001), *Mecanismos psíquicos del poder: teorías sobre la sujeción*, Madrid: Cátedra.
- (2006), *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Madrid: Paidós.
- (2007 [1990]), *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona: Paidós
- Cahill, Caitlin (2004), «Defying gravity? Raising consciousness through collective research», *Children's Geographies*, vol. 2, núm. 2, pp. 273-286.
- Carastathis, Anna (2013), «Basements and Intersections», *Hypatia*, núm. 28 (4), pp. 698-715.
- (2014), «The concept of intersectionality in feminist theory», *Philosophy Compass*, núm. 9(5), pp. 304-314.
- (2016), *Intersectionality: origins, contestations, horizons*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Carbado, Devon W. (2013), «Colorblind intersectionality», *Signs*, núm. 38(4), pp. 811-845.
- Cho, Sumi; Crenshaw, Kimberlé Williams, y McCall, Leslie (2013), «Toward a field of intersectionality studies: theory, applications, and praxis», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, núm. 38 (4), pp. 785-810.

- Collins, Patricia Hill (1990), *Black feminist thought: knowledge, power and the politics of empowerment*, Boston: Unwin Hyman.
- (2000a), *Black feminist thought: knowledge, consciousness and the politics of empowerment*, 2a edición, Londres: Routledge.
- (2000b), «Gender, black feminism, and black political economy», *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, núm. 568, pp. 41-53.
- , y Bilge, Sirma (2019), *Interseccionalidad*, Madrid: Ediciones Morata.
- Coll-Planas, Gerard (2013), «“El circo de los horrores”. Una mirada interseccional a las realidades de lesbianas, gays, intersex y trans», en: Raquel (Lucas) Platero (ed.), *Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada*, Barcelona: Edicions Bellaterra, pp. 255-276.
- , y Cruells, Marta (2013), «La puesta en práctica de la interseccionalidad política: el caso de las políticas LGTB en Cataluña», *Revista Española de Ciencia Política*, núm. 31, pp. 153-172.
- , y Missé, Miquel (2020), «The (trans)formation of identity: the evolution of categories related to gender diversity in the case of trans-activism in Barcelona (1978-2010)», *International Journal of Iberian Studies*. En línea: https://doi.org/10.1386/ijis_00022_1.
- ; Rodó-Zárate, Maria, y García-Romeral, Gloria (coord.) (2021), «Mirades polièdriques: guia per a l'aplicació de la interseccionalitat a la prevenció sobre violències de gènere amb joves».
- , y Solà-Morales, Roser (2019), «Guia per incorporar la interseccionalitat en les polítiques locals», Terrassa: Ajuntament de Terrassa
- Combahee River Collective (1981 [primera publicació: 1977]), «A black feminist statement», en: Cherríe Moraga y Gloria Anzaldúa (ed.), *This bridge called my back: writings by radical women of color*, Nova York: Kitchen Table, Women of Color Press, pp. 210-218.
- Comissió de Lesbianes de l'Eix Violeta (1991a), «Per tot això...». Comunicació per a European Lesbians Conference. Barcelona.
- (1991b), *Mate Lila*, núm. 3, Barcelona.
- Cooper, Brittney (2016), «Intersectionality», *The Oxford handbook of feminist theory*, DOI: 10.1093/oxfordhb/9780199328581.013.20.
- Crenshaw, Kimberlé (1989), «Demarginalizing the intersection of race and sex: a black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory, and antiracist politics», *University of Chicago Legal Forum*, núm. 140, pp. 139-167.

- (1991), «Mapping the margins: intersectionality, identity politics, and violence against women of color», *Stanford Law Review*, núm. 43 (6), pp. 1241-1299.
- Cresswell, Tim (1996), *In place / out of place: geography, ideology and transgression*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- (2004), *Place: a short introduction*, Oxford: Blackwell.
- Cruells, Marta, y Coll-Planas, Gerard (2013), «Challenging equality policies: the emerging LGBT perspective», *European Journal of Women's Studies*, vol 20, núm. 2, pp. 122-137.
- Curiel, Ochy (2007), «La crítica postcolonial desde las prácticas políticas del feminismo antirracista», *Revista Nómadas, Teoría de-coloniales en América Latina*, núm. 26, pp. 92-101.
- (2013), *La nación heterosexual*, Bogotá y Buenos Aires: Grupo Latinoamericano de Estudios, Formación y Acción Feminista (glefas), Brecha Lésbica.
- Davis, Angela Y. (2005 [1981]), *Mujeres, raza y clase*, Madrid: Akal.
- Davis, Flora (1999), *Moving the mountain: the women's movement in America since 1960*, Champaign: University of Illinois Press.
- Davis, Kathy (2008), «Intersectionality as buzzword: a sociology of science perspective on what makes a feminist theory successful», *Feminist Theory*, núm. 9 (1), pp. 67-85.
- De Beauvoir, Simone (2017 [1949]), *El segundo sexo*, Madrid: Cátedra
- Deleuze, Gilles, i Guattari, Félix (1980), *Mille Plateaux: capitalismo et schizophrénie*, París: Éditions de Minuit.
- Dirik, Dilar (2018), «The revolution of smiling women: stateless democracy and power in everyday life in Rojava», en: R. Shilliam i O. Rutazibwa (ed.), *Routledge handbook of postcolonial politics*, Abingdon: Routledge.
- El Periódico (2017), «Subíamos la Rambla gritando: detrás de las ventanas hay lesbianas», en línea: <https://www.elperiodico.com/es/barcelona/20170627/subiamos-la-rambla-gritando-detras-de-las-ventanas-hay-lesbianas-6131050> [fecha de consulta: 02.12.2019].
- Else-Quest, Nicole M., y Hyde, Janet Shibley (2016), «Intersectionality in quantitative psychological research: I. Theoretical and epistemological issues», *Psychology of Women Quarterly*, vol. 40(2), pp. 155-170.
- Elwood, Sarah A. (2000), «Lesbian living spaces: multiple meanings of home», *Journal of Lesbian Studies*, núm. 4 (1), pp. 11-27.

- Epelde Pagola, Edurne; Aranguren Etxarte, Miren, y Retolaza Gutiérrez, Iratxe (2015), *Gure genealogia feministak. Euskal Herriko mugimendu feministaren kronika bat*. Espartza: Emagin Elkarte.
- Espinosa, Yuderkys (2007), *Escritos de una lesbiana oscura, reflexiones críticas sobre feminismo y política de identidad en América Latina*, Buenos Aires y Lima: En la Frontera.
- Espinosa Miñoso, Yuderkys; Gómez Correal, Diana, y Ochoa Muñoz, Karina (ed.) (2014), *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*, Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Fanon, Frantz (2010 [1961]), *Los condenados de la tierra*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Federici, Silvia (2010), *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid: Traficantes de sueños.
- (2013), *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de sueños.
- (2018), *El patricado del salario. Críticas feministas al marxismo*, Madrid: Traficantes de sueños.
- Filigrana García, Pastora (2018), «La clase obrera ya está rota», en línea: [ctxt_https://ctxt.es/es/20180808/Firmas/21149/Pastora-Filigrana-Garcia-diversidad-clase-lucha.htm](https://ctxt.es/es/20180808/Firmas/21149/Pastora-Filigrana-Garcia-diversidad-clase-lucha.htm)
- (2019), «Vuelven las jornaleras marroquíes de la fresa», en línea: <https://www.ctxt.es/es/20190327/Politica/25171/Pastora-Filigrana-recolectoras-fresas-marroquies-abusos-explotacion.htm>
- (2020), *El pueblo gitano contra el sistema-mundo. Reflexiones desde una militancia feminista y anticapitalista*, Madrid: Akal.
- Font, Núria (2020), «Prácticas cartográficas para una geografía feminista: los mapas como herramientas críticas», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, vol. 66/3, pp. 565-589.
- Fraser, Nancy (1997), *Justice interruptus: critical reflections on the 'post-socialist' condition*, Nueva York: Routledge.
- Freire, Paulo (1970), *Pedagogia do oprimido*, Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Friedan, Betty (1965 [1963]), *La mística de la femineidad*, Madrid: Cátedra.
- Gandarias Goikoetxea, Itziar (2017), «¿Un neologismo a la moda? Repensar la interseccionalidad como herramienta para la articulación política feminista», *Investigaciones Feministas*, núm. 8 (1), pp. 73-93.
- ; Montenegro Martínez, Marisela, y Pujol Tarrés, Joan (2019), «Interseccionalidad, identidad y articulación: hacia una política de la agregación», *Feminismo/s*, núm. 33 (juny), pp. 35-63.

- García Ramon, Maria Dolors (2012), «Las diferencias que crea el lugar. Una mirada crítica a la hegemonía angloamericana en geografía», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, núm. 58 (2), pp. 307-319. En línea: <https://doi.org/10.5565/rev/dag.176>.
- Garry, Ann (2011), «Intersectionality, metaphors, and the multiplicity of gender», *Hypatia*, núm. 24(4), pp. 826-850.
- Gatamaula (2018), *Tierra de nadie: perspectives feministas sobre la independencia*, Barcelona: Pol·len edicions.
- (2019), *Tierra de nadie: perspectives feministas sobre la represión*, Barcelona: Pol·len edicions.
- Goikoetxea, Jule (2021), *Estallidos: revueltas, clase, identidades y cambio político*, Barcelona: Icaria.
- , y Larruzea, Teresa (2018), «Sobre monoteísmo, capitalismo y patriarcado: respuesta a Koltza», *El Salto Diario*, en línea: <https://www.elsaltodiario.com/polirika/sobre-monoteismo-capitalismo-y-patriarcado-respuesta-a-koltza> [fecha de consulta: 19.11.2020].
- Gómez Beltrán, Iván (2018), «La despenalización identitaria y la amnistía política masculina en la España de la Transición democrática: movimiento feminista y LGTB / The identity decriminalization and the masculine amnesty policy in the Democratic Transition in Spain: feminist and LGBT movement», *Arenal*, núm. 25:2, pp. 425-442.
- Gordon, Linda (2016), «“Intersectionality”, socialist feminism and contemporary activism: musings by a second-wave socialist feminist», *Gender & History*, vol. 28, núm. 2 (agost), pp. 340-357.
- Gorman-Murray, Andrew (2007), «Contesting domestic ideals: queering the Australian home», *Australian Geographer*, núm. 38 (2), pp. 195-213.
- (2009), «Intimate mobilities: emotional embodiment and queer migration», *Social and Cultural Geography*, núm. 10 (4), pp. 441-460.
- Grosfóguel, Ramón (2006), «La colonización de la economía política y los estudios postcoloniales: transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global», *Tabula Rasa*, núm. 4, pp. 17-46.
- Grup de Lesbianes Feministes de Barcelona (1991), *Tribades*, núm. 7, Barcelona: Economic Press.
- Haider, Asad (2020), *Identidades mal entendidas. Raza y clase en el retorno del supremacismo blanco*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- Hancock, Ange-Marie (2007a), «When multiplication doesn't equal quick addition», *Perspectives on Politics*, núm. 5(1), pp. 63-79.

- Hancock, Ange-Marie (2007b), «Intersectionality as a normative and empirical paradigm», *Politics and Gender*, núm. 3 (2), pp. 248-254.
- (2012), *Empirical intersectionality: two approaches*, California: University of California, Irvine Law Review.
- (2016), *Intersectionality: an intellectual history*, Nueva York: Oxford University Press.
- Hanke, William, y Ornat, Marcio Jose (2019), *Zonas de sentido*, Curitiba: Appris Editora.
- Hankivsky Olena, i Christoffersen, Ashlee (2008), «Intersectionality and the determinants of health: a Canadian perspective», *Critical Public Health*, núm. 18(3), pp. 271-283.
- Haraway, Donna J. (1991), *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinvencción de la naturaleza*, València, Universitat de València.
- Harding, Sandra (ed.) (2004), *The feminist standpoint theory reader*, Nueva York y Londres: Routledge.
- Hartmann, Heidi (1981), «The unhappy marriage of Marxism and feminism: toward a more progressive union», *Capital & Class*, núm. 3 (2), pp. 1-33.
- Haslanger, Sally (2012), *Resisting reality. Social construction and social critique*, Nueva York: Oxford University Press.
- Holliday, Ruth (1999), «The comfort of identity», *Sexualities*, núm. 2, pp. 475-491.
- hooks, bell (2020a [1981]). *¿Acaso no soy una mujer? Mujeres negras y feminismo*. Bilbao: Consoni
- (2020b [1984]). *Teoría feminista. De los márgenes al centro*. Madrid: Traficantes de sueños.
- (1990), *Yearning: Race, Gender, and Cultural Politics*, South End Press, Boston.
- Hopkins, Peter, y Pain, Rachel (2007), «Geographies of age: thinking relationally», *Area*, núm. 39.3, pp. 287-294.
- Hubbard, Philip (2000), «Desire/disgust: mapping the moral contours of heterosexuality», *Progress in Human Geography*, núm. 24,2, pp. 191-217.
- Hyams, Melissa (2003), «Adolescent Latina bodyspaces: making home-girls, homebodies and homeplaces», *Antipode*, núm. 35, pp. 535-558.
- ILIS – International Lesbian Information Service (1991), *Conferencia Europea de Lesbianas*, Barcelona, España, ILIS, Amsterdam
- llouz, Eva (2007) *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, Madrid: Katz.

- Jabardo, Mercedes (ed.) (2012), *Feminismos negros. Una antología*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- Jayawardena, Kumari (1986), *Feminism and nationalism in the Third World*, Londres: Zed Books.
- Jorba, Marta, y Rodó-Zárate, Maria (2019), «Beyond mutual constitution: the property framework for intersectionality studies», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 45, núm. 1, pp. 175-200.
- Jordan-Zachery, Julia (2007), «Am I a black woman or a woman who is black?: a few thoughts on the meaning of intersectionality», *Politics & Gender*, núm. 3(2), pp. 254-263.
- Juliano, Dolores (1998), *La causa saharauí y las mujeres*, Barcelona: Icaria.
- Katz, Cindi (2001a), «On the grounds of globalization: a topography for feminist political engagement», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 26, núm. 4, pp. 1213-1234.
- (2001b), «Vagabond capitalism and the necessity of social reproduction», *Antipode*, núm. 33 (4), pp. 709-728.
- (2011), «Accumulation, excess, childhood: toward a countertopography of risk and waste», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, vol. 57/1, pp. 47-60.
- Keith, Michael, y Pile, Steve (1993), *Place and the politics of identity*, Londres: Routledge.
- Ken, Ivy (2008), «Beyond the intersection: a new culinary metaphor for race-class-gender studies», *Sociological Theory*, núm. 26 (2), pp. 152-172.
- Kentlyn, Sue (2008), «The radically subversive space of the queer home: “safety house” and “neighbourhood watch”», *Australian Geographer*, núm. 39 (3), pp. 327-337.
- Khader, Serene J. (2013), «Intersectionality and the ethics of transnational commercial surrogacy», *International Journal of Feminist Approaches to Bioethics*, núm. 6 (1), pp. 68-90.
- Kobayashi, Audrey (1994), «Unnatural discourse: “race” and gender in geography», *Gender, Place and Culture*, núm. 1, pp. 225-243.
- Kofi Bright, Liam; Malinsky, Daniel, y Thompson, Morgan (2016), «Causally interpreting intersectionality theory», *Philosophy of Science*, núm. 83, pp. 60-81.
- Kwan, Mei-Po (2002), «The metaphysics of metaphors: Symbiosis and the quest for meaning», *UMKC Law Review*, núm. 71 (2), pp. 325-330.

- Lakoff, George, y Johnson, Mark (1980), *Metaphors we live by*, Chicago: University of Chicago Press.
- Lefebvre, Henri (2013 [1974]), *La producción del espacio*, Madrid: Capitán Swing.
- Lesbianas de Matarraskak (1991), «Young lesbians», Comunicació per a European Lesbians Conference. Barcelona.
- Lewis, Holly (2020), *La política de todas. Feminismo, teoría queer y marxismo en la intersección*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Lombardo, Emanuela, y Verloo, Mieke (2010), «La interseccionalidad del género con otras desigualdades en la política de la Unión Europea», *Revista Española de Ciencia Política*, núm. 23, pp. 11-30.
- Lombardo, Emanuela, y Bustelo, María (2012), «Political approaches to inequalities in Southern Europe: a comparative analysis of Italy, Portugal, and Spain», *Social Politics: International Studies in Gender, State & Society*, núm. 19 (4), pp. 572-595. En línea: <https://doi.org/10.1093/sp/jxs019>.
- Longhurst, Robin (2001), *Bodies: exploring fluid boundaries*, Londres: Routledge.
- Lorde, Audre (1982), *Zami, a new spelling of my name*, Trumansburg: Crossing Press.
- (2007 [1984]), *Sister outsider: essays and speeches*, Trumansburg: Crossing Press.
- (2009), «There is no hierarchy of oppression», en: Johnetta B. Cole I Beverly Guy-Sheftall, *I am your sister: collected and unpublished writings of Audre Lorde*, Nova York: Oxford University Press, pp. 219-220.
- Lugones, María (1994), «Purity, impurity, and separation», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 19, núm. 2, pp. 558-479.
- (2007), «Heterosexualism and the colonial / modern gender system», *Hypatia*, núm. 22 (1), pp. 186-209.
- (2008), «Colonialidad y género», *Tabula Rasa*, núm. 9, pp. 73-101.
- Lutz, Helma (2002), «Intersectional analysis: a way out of multiple dilemmas?», ponencia presentada en *International Sociological Association Conference*, Brisbane, julio.
- Mann, Susan Archer (2013), «Third wave feminism's unhappy marriage of poststructuralism and intersectionality theory», *Journal of Feminist Scholarship*, núm. 4, pp. 54-73.
- Marçal, Maria-Mercè (1977), *Cau de llunes*, Barcelona: Proa.

- (1979), «Moviment d'alliberament nacional i moviment feminista. Com interrelacionar-los» [fragmento escrito por Maria-Mercè Marçal dentro del documento de trabajo del PSAN «Per una política comunista als Països Catalans (2)»], en: Francesc Codina i Valls, «Maria-Mercè Marçal i la renovació del discurs polític. Del PSAN a Nacionalistes d'Esquerra (1979-1984)», *III Jornades Marçalianes (2012)*, Sabadell: Fundació Maria-Mercè Marçal, pp. 49-82.
- (1985), *La germana, l'estrangera (1981-1984)*, Sant Boi de Llobregat: Llibres del Mall.
- Marx, Karl (2010 [1867]), *El Capital*. Madrid: Alianza Editorial.
- Massey, Doreen (1991), «A global sense of place», *Marxism Today*, núm. 38, pp. 24-29.
- (1994), *Space, place and gender*, Cambridge: Cambridge Polity Press.
- (2005), *For space*, Londres: Sage.
- Matsuda, Mari J. (1991), «Beside my sister, facing the enemy: legal theory out of coalition», *Stanford Law Review*, núm. 43(6), pp. 1183-1192.
- May, Vivian M. (2015), *Pursuing intersectionality: unsettling dominant imaginaries*, Nueva York: Routledge.
- McCall, Leslie (2005), «The complexity of intersectionality», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, núm. 30, pp. 1771-1802.
- McKinzie, Ashleigh E., y Richards, Patricia L. (2019), «An argument for context-driven intersectionality», *Sociology Compass*, DOI: 10.1111/soc4.12671.
- Mendoza, Breny (2010), «La epistemología del sur, la colonialidad del género y el feminismo latinoamericano», en: Y. Espinosa Miñoso (ed.), *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*, Buenos Aires: En la Frontera, pp. 19-36.
- Menon, Nivedita (2015), «A critical view on intersectionality from India. Is feminism about women?», *Economic & Political Weekly*, vol. 50, núm. 17.
- Mérida Jiménez, Rafael M. (2011), «Viratges, visibilitats i reminiscències de Maria-Mercè Marçal», En: Meri Torras, *Accions i reinencions: cultures lèsbiques a la Catalunya del tombat de segle xx-xxi*. Barcelona: Editorial UOC, pp. 99-106.
- Mignolo, Walter (2003), *Historias locales / diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Madrid: Akal

- Mitchell, Eve (2014), «I am a woman and a human: a Marxist feminist critique of intersectionality theory», *Libcom.com*.
- Molina, Natalia (2014), *How race is made in America: immigration, citizenship, and the historical power of racial scripts*, Oakland: University of California Press.
- Mollett, Sharlene, y Faria, Caroline (2018), «The spatialities of intersectional thinking», *Gender, Place and Culture*, vol. 25:4, pp. 565-577.
- Moraga, Cherríe, y Anzaldúa, Gloria (ed.) (1983), *This bridge called my back: writing by radical women of color*, Watertown (Massachusetts): Persephone Press.
- Moreno Laullón, Ricardo, y Tirado Sánchez, Arantxa (2017), *La clase obrera no va al paraíso. Crónica de una desaparición forzada*, Madrid: Akal.
- Nash, Jennifer C. (2008), «Re-thinking intersectionality», *Feminist Review*, núm. 89, pp. 1-15.
- (2016), «Feminist originalism: intersectionality and the politics of reading», *Feminist Theory*, vol. 17 (1), pp. 3-20.
- Noble, Greg (2005), «The discomfort of strangers: racism, incivility and ontological security in a relaxed and comfortable nation», *Journal of Intercultural Studies*, núm. 26, pp. 107-120.
- Oakley, Ann (1974), *The sociology of housework*, Londres: Martin Robinson.
- Olivares, Maria; Maso, Carme; Duran, Eulàlia; Gusi, Tona; Marçal, Maria-Mercè, y Sentis, Sonsoles (1982/2018), «Mujer y nación: feminismo y nacionalismo», En Gatamaula (2017), *Tierra de nadie: perspectivas feministas sobre la independencia*, Barcelona: Pol·len Edicions.
- Olivella Quintana, Maria (2016), *Explorando las (im)posibilidades de una ley interseccional sobre violencias de género en el estado español*, tesis doctoral, Tarragona: Universitat Rovira i Virgili.
- Olivera, Mercedes (1976), «Sobre la explotación y opresión de las mujeres acasilladas en Chiapas», *Cuadernos Agrarios*, núm. 9 (México), pp. 43-55.
- Ortiz, Daniela (2017), «Cataluña, colonialidad y racismo institucional», en: Gatamaula, *Tierra de nadie: perspectivas feministas sobre la independencia*, Barcelona: Pol·len Edicions.
- Osborne, Raquel (1978), *Las prostitutas*. Barcelona: Dopesa.
- (2008), «Entre el rosa y el violeta. Lesbianismo, feminismo y movimiento gay relato de unos amores difíciles», en: Raquel Platero

- (coord.), *Lesbianas. Discursos y representaciones*. Barcelona: Melusina, pp. 85-106.
- Pain, Rachel, y Smith, Susan (2008), *Fear: critical geopolitics and everyday life*, Aldershot: Ashgate.
- Pàmies, Teresa (1976), *Maig de les dones. Crònica d'unes jornades*, Barcelona: Laia.
- Pascual Bordas, Júlia (2020), «Experiències de Joves LGTBI+ de Manresa a l'espai privat», treball de fi del màster en Estudis de Dones, Gènere i Ciutadania. Institut Interuniversitari d'Estudis de Dones, Gènere i Ciutadania. Universitat de Barcelona.
- Pateman, Carole (1995 [1988]), *El contrato sexual*, Barcelona: Anthropos
- Peake, Linda (1993), «“Race” and sexuality: challenging the patriarchal structuring of urban social space», *Environment and Planning D: Society and Space*, núm. 11, pp. 415-432.
- Pérez Orozco, Amaia (2014), *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- Phoenix, Ann, y Pattynama, Pamela (2006), «Editorial», *European Journal of Women's Studies*, núm. 13 (3), pp. 187-192.
- Pineda, Empar (2008), «Mi pequeña historia sobre el lesbianismo organizado en el movimiento feminista de nuestro país», en: Raquel Platero (coord.), *Lesbianas. Discursos y representaciones*. Barcelona: Melusina.
- Platero, Lucas (ed.) (2012a), *Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada*, Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Platero Méndez, Lucas (Raquel) (2012b), «¿Son las políticas de igualdad de género permeables a los debates sobre la interseccionalidad? Una reflexión a partir del caso español», *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, núm. 52, pp. 135-172.
- Platero, Lucas (2014), «Metáforas y articulaciones para una pedagogía crítica sobre la interseccionalidad», *Quaderns de Psicologia*, vol. 16, núm. 1, pp. 55-72.
- Platero, Raquel (coord.) (2008), *Lesbianas, discursos y representaciones*, Madrid: Melusina.
- Pratt, Geraldine (1999), «Geographies of identity and difference: making boundaries», en: D. Massey, J. Allen i P. Sarre, *Human geography today*. Cambridge: Polity Press, pp. 151-168.
- Puar, Jasbir (2017 [2007]), *Ensamblajes terroristas, El homonacionalismo en tiempos queer*, Barcelona: Edicions Bellaterra

- Puar, Jasbir K. (2011), «I would rather be a cyborg than a goddess. Intersectionality, assemblage, and affective politics», En línea: <http://eipcp.net/transversal/0811/puar/en> [fecha de consulta: 20.11.2020].
- Quijano, Aníbal (1997), «Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina», *Anuario Mariateguiano*, vol. IX, núm. 9, p. 113-131.
- Ramajo, Bárbara (2019), «Barcelona té nom de revolta lesbiana i feminista», *Ca la Dona*, en línea: www.caladona.org/barcelona-te-nom-de-revolta-lesbiana-i-feminista/ [fecha de consulta: 19.11.2020].
- Raquel, Roberta (2020), *Mulheres, mobilidade e direito à cidade: espacialidades e experiências cicloativistas*, Tesis doctoral, Santa Catarina: Universidade Federal de Santa Catarina.
- Rodó-Zárate, Maria (2014), «Developing geographies of intersectionality with *Relief Maps*: reflections from youth research in Manresa, Catalonia», *Gender, Place & Culture*, vol. 21(8), pp. 925-944.
- (2015), «Young lesbians negotiating public space in Manresa: an intersectional approach through places», *Children's Geographies*, vol. 13, núm. 4, pp. 413-434.
- (2017a), «Affective inequality and heteronormative discomforts», *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie [Journal for Economic and Social Geography]*, vol. 108, núm. 3, pp. 302-317.
- (2017b), «Maria-Mercè Marçal i els feminismes interseccionals als Països Catalans», en: Gatamaula, *Tierra de Nadie: perspectivas feministas sobre la independencia*, Barcelona: Pol·len Edicions.
- (2019a), «Gender, nation and situated intersectionality: the case of Catalan pro-independence feminism», *Politics and Gender*, vol. 16, núm. 2, p. 608-636.
- (2019b), «Intersectionality for and from queer urban activism viewed through lesbian activism in Barcelona», *Geography Research Forum*, vol. 39, p. 152-166.
- , y Baylina, Mireia (2018), «Intersectionality in feminist geographies», *Gender, Place and Culture*, núm. 25 (4), pp. 547-553.
- ; Estivill Castany, Jordi, y Eizagirre Telleria, Nerea (2019), «La configuración y las consecuencias del miedo en el espacio público desde la perspectiva de género», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 167, pp. 89-106.

- , y Jorba, Marta (2012), «Commentary on Leslie McCall: the complexity of intersectionality», *Humana. Mente. Journal of Philosophical Studies*, vol. 22, pp. 189-197.
- , y Jorba, Marta (2020), «Metaphors of intersectionality: reframing the debate with a new image», *European Journal of Women's Studies*. En línea: <https://doi.org/10.1177/1350506820930734>.
- Rodríguez, Eugeni, y Pujol, Joan (coord.) (2008), *Dels drets a les llibertats. Una història política de l'alliberament gai a Catalunya (FAGC 1986-2006)*, Bilbao: Virus Editorial.
- Romero Bachiller, Carmen, y Montenegro Martínez, Marisela (2018), «Políticas públicas para la gestión de la diversidad sexual y de género: un análisis interseccional», *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, núm. 17.1, pp. 1-14.
- Romero, Mary (2018). *Introducing intersectionality*. Cambridge: Polity Press
- Rose, Gillian (1993), *Feminism & geography: the limits of geographical knowledge*, Cambridge: Polity Press.
- Rose, Nikolas (1996), *Inventing our selves: psychology, power and personhood*, Cambridge: University Press
- Rubin, Gayle (1975), «The traffic in women: notes on the “political economy” of sex», en: R. Reiter (ed.), *Toward an anthropology of women*. Nova York: Monthly Review Press.
- Ruddick, Sue (1996), «Constructing difference in public spaces: race, class, and gender as interlocking systems», *Urban Geography*, núm. 17, pp. 132-151.
- Said, Edward (2001), «Traveling theory reconsidered», *A: Reflections on exile and other literary and cultural essays*, Londres: Granta Books, pp. 436-452.
- Salem, Sara (2016), «Intersectionality and its discontents: intersectionality as traveling theory», *European Journal of Women's Studies*, núm. 25 (4) pp. 403-418.
- Sedgwick, E. Kyrá (1998), *Epistemología del armario*, Barcelona: Ediciones de la Tempestad.
- Segato, Rita Laura (2016), *La guerra contra las mujeres*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- Seodu Herr, Ranjoo (2003), «The possibility of nationalist feminism», *Hypatia*, núm. 18 (3), pp. 135-160.
- Silva, Joseli Maria, y Ornat, Marcio Jose (2015), «Intersectionality and transnational mobility between Brazil and Spain in travesti

- prostitution networks», *Gender, Place & Culture: a Journal Of Feminist Geography*, núm. 22 (8), pp. 1073-1088.
- Silva, Joseli Maria, y Ornat, Marcio Jose (2016), «Mundialização do conhecimento científico e controle do privilégio epistêmico na geografia: poder e sexualidades no Brasil», *Geographia*, vol. 18, núm. 36, pp. 43-61.
- Silva, Joseli Maria; Rodó-de-Zárate, Maria, y Ornat, Marcio Jose (en impresión, 2021), «Age, sexuality and intersectionalities: spatial experiences of Brazillian travestis and transwomen aging process», *The Routledge Research Companion to Transgender Studies*.
- Spierings, Neils (2012), «The inclusion of quantitative techniques and diversity in the mainstream of feminist research», *European Journal of Women's Studies*, núm. 19(3), pp. 331-347.
- Stolcke, Verena (1992), *Racismo y sexualidad en la Cuba colonial*, Madrid: Alianza.
- Talpade Mohanty, Chandra (2008 [1988]), «Bajo los ojos de occidente. Academia Feminista y discurso colonial», En: L. Suárez Navaz y A. Hernández, *Descolonizando el feminismo: teorías y prácticas desde los márgenes*, Madrid: Cátedra, pp. 112-161
- TATORT Kurdistan (2013), *Democratic autonomy in North Kurdistan: The council movement, gender liberation, and ecology – in practice. A reconnaissance into Southeastern Turkey*, Porsgrunn: New Compass Press.
- Thrift, Nigel (2004), «Intensities of feeling: towards a spatial politics of affect», *Geografiska Annaler*, núm. 86B, pp. 57-78.
- Torras, Meri (2011), *Accions i reinvencions. Cultures lèsbiques a la Catalunya del tombant de segle xx-xxi*, Barcelona: Editorial UOC.
- Tremblay, Manon, y Podmore, Julie (2015), «Depuis toujours intersectionnels: relecture des mouvements lesbiens à Montréal, de 1970 aux années 2000», *Recherches Feministes*, vol. 28, núm. 2, pp. 101-120.
- Trujillo Barbadillo, Gracia (2008), *Deseo y resistencia. Treinta anos de movilizaci3n lesbiana en el Estado espa3ol*, Madrid: Egales.
- Tuan, Yi-Fu (1979), *Landscape of fear*, Oxford: Blackwell.
- Valentine, Gill (2001). *Social geographies: space and society*. Harlow: Pearson Education.
- (2007), «Theorising and researching intersectionality: a challenge for feminist geography», *The Professional Geographer*, núm. 59 (1), pp. 10-21.

- , y Skelton, Tracey (2003), «Finding oneself, losing oneself: the lesbian and gay “scene” as a paradoxical space», *International Journal of Urban and Regional Research*, núm. 27 (4), pp. 849-866.
- Verloo, Mieke (2009), «Intersectionaliteit En Interferentie: Hoe Politiek En Beleid Ongelijkheid Behouden, Bestrijden En Veranderen» [Interseccionalidad e interferencia: cómo la política y las políticas preservan, lluchan en contra y cambian las desigualdades:], lectura inaugural de la Radboud Universiteit Nijmegen, 18 de septiembre.
- Viñuales, Olga (2000), *Identidades lésbicas: discursos y prácticas*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Viveros Vigoya, Mara (2016), «La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación», *Debate Feminista*, núm. 52, pp. 1-17.
- Vogel, Lise (2014), *Marxism and the oppression of women: towards a unity theory*, Chicago: Haymarket Books.
- VV.AA (1977), *Jornades Catalanes de la Dona. Barcelona, maig 1976*, Barcelona: Documentación y Publicaciones Generales.
- VV.AA (2015), *La revolució ignorada. Feminisme, democràcia directa i pluralisme radical a l'Orient Mitjà*, Barcelona: Editorial Descontrol.
- Walby, Sylvia (1986), *Patriarchy at work*, Cambridge: Polity Press
- (1988), *Gender segregation at work*, Milton Keynes: Open University Press.
- ; Armstrong, Jo, y Strid, Sofia (2012), «Intersectionality: multiple inequalities in social theory», *Sociology*, núm. 46(2), pp. 224-240.
- Winkler, Gabriele, y Degele, Nina (2011), «Intersectionality as multi-level analysis: dealing with social inequality», *European Journal of Women's Studies*, núm. 18(1), pp. 51-66.
- Witt, Charlotte (2011), *The metaphysics of gender*, Nova York: Oxford University Press.
- Yuval-Davis, Nira (1994), «Women, ethnicity and empowerment», *Feminism and Psychology*, núm. 4(1), pp. 179-198.
- (2006), «Intersectionality and feminist politics», *European Journal of Women's Studies*, núm. 13 (3), pp. 193-209.
- (2010), «Theorizing identity: beyond the “us” and “them” dichotomy», *Patterns of Prejudice*, núm. 44(3), pp. 261-280. DOI: 10.1080/0031322X.2010.489736
- (2011), *The politics of belonging. Intersectional contestations*, Londres: SAGE Publications.

- Yuval-Davis, Nira, y Floya Anthias (ed.) (1989), *Woman, nation, state*, Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Yuval-Davis, Nira; Wemyss, Georgie, y Cassidy, Kathryn (2017), «Everyday bordering, belonging and the reorientation of British immigration legislation», *Sociology*, 52 (2), pp. 1-17.
- Zack, Naomi (2005), *Inclusive feminism: a third wave theory of women's commonality*, Lanham (Maryland): Rowman and Littlefield.
- Zapata, María (2020), «En el ring del malestar: terapia versus política», *El Salto Diario*. En línea: https://www.elsaltodiario.com/cuidados/en-el-ring-del-malestar-terapia-versus-politica?fbclid=IwAR3-iDcXTSOiMi_jtcqGWDVTjF7-2s5iWJ4y7AUpc96wQ1UH-B6uIpsrxfw [data de consulta: 19.11.2020].

Anexo.
**Tablas para la realización
de los *Relief Maps* en papel**

Tabla 1

1. Escoge 4 lugares que sean relevantes para tu vida cotidiana y escríbelos en cada casilla de la primera columna.
2. Piensa en cómo te sientes en cada uno de ellos según tu posición de género, clase, etc., (las categorías se pueden modificar) y escríbelo con una frase en cada casilla.
3. En la última columna puedes añadir otro eje que creas que es relevante para tu vida cotidiana: religión, diversidad funcional, canon estético...

Cómo me siento por causa de mi ...				
Cómo me siento por causa de mi CLASE				
Cómo me siento por causa de mi ETNIA				
Cómo me siento por causa de mi EDAD				
Cómo me siento por causa de mi ORIENTACIÓN SEXUAL				
Cómo me siento por causa de mi GÉNERO				
LUGARES				

Tabla 2

Clasifica los lugares escogidos según estos cuatro tipos. Pueden estar todos dentro del mismo tipo o en tipos diferentes.

- *Lugares de opresión*: sientes malestares importantes debido a una o más posiciones.
- *Lugares controvertidos*: te sientes bien en relación con un aspecto, pero mal en relación con otra posición.
- *Lugares neutros*: no sientes ni malestar ni alivio.
- *Lugares de alivio*: sientes bienestar.

Lugar	Qué clase de lugar es?
	<ul style="list-style-type: none"> o Lugar de opresión o Lugar controvertido o Lugar neutro o Lugar de alivio
	<ul style="list-style-type: none"> o Lugar de opresión o Lugar controvertido o Lugar neutro o Lugar de alivio
	<ul style="list-style-type: none"> o Lugar de opresión o Lugar controvertido o Lugar neutro o Lugar de alivio
	<ul style="list-style-type: none"> o Lugar de opresión o Lugar controvertido o Lugar neutro o Lugar de alivio

Relief Map

1. Escribe los lugares en la parte de abajo, siguiendo el orden de la Tabla 2. Ponlos uno al lado del otro (no uno encima del otro).
2. Para cada eje, coge un lápiz de un color y dibuja un punto más alto o más bajo para cada lugar.
 - Arriba = fuerte malestar
 - Abajo= bienestar, alivio
3. Dibuja una línea entre los puntos de un mismo color.

